



SIETE GORRIONES

Lucio Vásquez (Chiyo) - Sebastián Escalón Fontan





SIETE GORRIONES

Lucio Vásquez (Chiyo) - Sebastián Escalón Fontan

Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen



Director

Carlos Henríquez Consalvi

Concepto gráfico

Francia Salazar

Diagramación

Mariana Rivas

Francia Salazar

Corrección de textos

Tania Primavera Preza

Supervisión editorial

Rodolfo González

Coordinación

Claudia Anay García

Distribución

Ivón de Colorado

© Primera edición, 2012.

© Primera reimpresión, 2014.

© Segunda reimpresión, 2017.

© Lucio Vásquez Díaz y Sebastián Escalón Fontan.

Museo de la Palabra y la Imagen
27.^a Av. Norte, #1140, Urb. La Esperanza
San Salvador. El Salvador.

PBX: (503) 2564-7005
mupi@museo.com.sv
www.museo.com.sv

Con apoyo de:

 **terre des hommes**
Apoyo a la Niñez



920.840 53

V335s

Vásquez Díaz, Lucio Atilio, 1970-
Siete Gorrones / Lucio Atilio Vásquez Díaz, Sebastián Escalón
Fontan. -- 1ª. Edición. -- San Salvador, El Salvador: Ediciones Museo
de la Palabra y la Imagen, 2011
328 p. : il. Fot. ; 14x21 cm.

sv

ISBN 978-99923-840-7-7

1. Vásquez Díaz, Lucio Atilio, (Chiyi)- Relatos personales.
2. Literatura de testimonio. 3. El Salvador- Historia- Conflicto armado
- I. Escalón Fontan, Sebastián, 1977-, coaut. II. Título.



A nuestras familias



 PRÓLOGO

Era el invierno de 1981 en las montañas de Morazán, la guerra había comenzado con toda su intensidad cuatro meses atrás. Recuerdo que estaba escribiendo el editorial que al atardecer debía leer ante los micrófonos de la insurgente Radio Venceremos. De pronto oí un silbido infantil, desde el camino empedrado surgió la figura de un niño. De su gorra terciada brotaba un rebelde mechón. Era Chiyo, con intensos nueve años de edad, a quien entrevistaría esa tarde sobre su historia personal.

Con Chiyo vivimos juntos la guerra, y ahora, en el Museo de la Palabra y la Imagen, vivimos la memoria, como una celebración de esperanza y fe en la humanidad. Sebastián Escalón recogió y ordenó con pulcritud su historia, para entregarla como un código ancestral que nos habla de comunidades que siguen luchando por construir espacios de solidaridad y vida digna.

Carlos Henríquez Consalvi, “Santiago”

 NOTA DE INTRODUCCIÓN

Conocí a Chiyo en San Salvador, en el Museo de la Palabra y la Imagen, institución donde él labora, durante la inauguración de una exposición sobre el escritor Salarrué. Un grupo de personas lo rodeaba en silencio: sentado sobre una banca, él contaba cosas de la guerra. Me puse a escuchar y, como los demás, quedé fascinado. No eran sólo unas anécdotas dramáticas o pintorescas. Había allí una calidad de narración, un manejo extraordinariamente hábil de las palabras y los tiempos mezclado con el encanto infinito del habla campesina salvadoreña. Intuí esa noche que la aparente ingenuidad de Chiyo, su humildad, sus bromas, eran una forma de cubrir sus heridas y esconder su dolor.

A la mañana siguiente lo tenía claro: quería escribir un libro que recogiera la experiencia guerrillera de Chiyo. Cuando le hablé de mi intención, el director del museo, Carlos Henríquez Consalvi (Santiago), lanzó dos cohetes de vara para celebrar. A la vez, me informó que Chiyo llevaba años queriendo escribir ese libro y que tenía acumulados cientos de páginas escritas a mano. Sentía la necesidad de hacer un homenaje a su familia y a sus compañeros de armas, en especial a los que siempre estuvieron en primera línea de fuego.

Chiyo aceptó que trabajáramos juntos. No tuvimos ni que hablar mucho. Nos pusimos de acuerdo casi de inmediato: milagrosamente, teníamos la misma visión.

Sería un testimonio, sí, pero no en el sentido judicial: no buscaríamos enjuiciar a nadie ni convertir a nadie en víctima clamando justicia. Sería un texto político, exento de la pesada retórica con que se agobiaba a los militantes durante la guerra, que intentaría ser imparcial: la adhesión a una causa no implica silenciar los crímenes hechos en nombre de ella. Sería, por fin, un texto literario que, sin inventar nada, contando las cosas sin tratar de magnificarlas, buscaría ordenar y dar sentido al intenso flujo de observaciones, sensaciones y vivencias experimentadas por Chiyo y sus compañeros a lo largo de la guerra civil.

En definitiva, el libro narraría una aventura bastante común en Morazán y otras partes del mundo: la de un niño al que la guerra vino a buscar a su casa, la de una familia que se perdió. Y en medio de la tragedia, la vida misma, sus alegrías, placeres, tribulaciones y el humor y la picardía de los compas. Chiyo es un observador extraordinario de las cosas cotidianas; esto nos permitió contar la guerra desde la perspectiva de un niño y de un joven combatiente, dejando las altas esferas de la estrategia bélica, con sus metáforas ajedrecísticas, o las tormentosas relaciones entre cúpulas de organizaciones clandestinas, a otros mejor informados.

Algo sobre nuestro método de trabajo: a lo largo del 2010 y 2011, fui cada mes a San Salvador a entrevistar a Chiyo. Grabamos casi cien horas de conversación. Chiyo, por su lado, preparó minuciosamente cada entrevista recabando y estructurando sus recuerdos, tomando numerosos apuntes. Además, se reunió con un buen número de excombatientes que estuvieron con él en el frente. La memoria es traicionera y algunos recuerdos suyos o eran muy borrosos, o no encajaban bien en el orden cronológico o bien resultaban ser de difícil interpretación. Hay que tener en cuenta que Chiyo tenía sólo siete años cuando empezó la guerra y doce cuando empezó a combatir. Estos compas, generosamente, le ayudaron a reconstruir algunos hechos importantes de su vida y enriquecieron el relato con sus propias vivencias.

Mi trabajo consistió en escribir el libro a partir de la entrevista. El texto no es, por supuesto, una transcripción de nuestras conversaciones. Para elaborarlo, tuve que seleccionar el material más significativo y elocuente, organizarlo, articularlo y modelarlo de manera a obtener un texto literario

y fiel a la narración de Chiyo. No hace falta señalar que no inventé nada, ni diálogos, ni situaciones, ni comentarios, ni mucho menos personajes. Quisiera que los que conocen a Chiyo, encuentren en el texto su forma tan especial de hablar.

Finalmente, Chiyo leyó y releyó atentamente el texto y ambos discutimos sobre los cambios y adiciones que podíamos aportarle.

Sebastián Escalón Fontan

Guatemala, 17 de mayo del 2011



Agradecimientos:

Valeriano Vásquez, Emérita Díaz Vásquez (Carolina), Irma Díaz Vásquez, Rodrigo Rey Rosa, Gerber García, Domingo Tovar (Melo), Francisco Mena Sandoval (Manolo), Familia Berrios, Familia Hernández (Los Gatos), Francisca Hernández (La Gatita) y Cristino Hernández (El Gato), Rufino Canales (El Chacalín), Samuel López (El Coyote), Celso Ramírez (Chicho), Lorenza Claros (Rosita), Georgina Hernández, Paz García, Raquel de los Ángeles Pérez, Pedro Martínez (Filomeno), Jaime Ayala (Renato), Meimy Elizabeth Cerpas, Guillermo, Alba Marina y Perla Escalón, Marie Noëlle Fontan, Marilyn Boror, Alexis Rojas, Lorena Juárez Saavedra.

Equipo del Museo de la Palabra y la Imagen.





1

Algo que recuerdo bien es cuando con Julito y otros niños nos íbamos a meter a un piñal que estaba como a dos kilómetros del campamento. Te hablo del campamento de la casa de don Julio, el primero que conocí, y al que gran cantidad de población perseguida llegó buscando la protección de la guerrilla. Cuando no había mucho peligro, que no había fuego de artillería ni se acercaba el “cola seca” a ametrallarnos, podíamos ir a buscar unas piñas muy dulces que les dicen piñas de azucarón.

Desde lo alto del cerro donde estaba el piñal, se podía ver la carretera. Siempre nos asomábamos a ver los carros y los buses que iban de Osicala a San Simón, o de Osicala a San Isidro, o de Gualococti a Osicala. Nos gustaba escuchar el rumor de los motores.

Entre niños platicábamos. Ellos me decían:

— Mirá, ¿y tu casa por dónde está?

Yo buscaba la casa y les decía:

— A la sombra de aquel palo de conacaste, allá está la casa de nosotros—, aunque esa casa ya no fuera nuestra pues la habíamos abandonado.

Se veían también los cultivos, los cañales, las milpas, los mezcalares, el río que pasaba cerca de la casa. Esa era nuestra pequeña aventura dentro de la guerra: ir al piñal a ver el panorama y el paso de los carros y los buses. Y acordarme de la casa. Saber que esa era la casa y que ya no podíamos vivir en ella, eso dolía. Dolía, pero tampoco al grado de llorar, ni al grado de la

nostalgia. Uno no sabe lo que viene, pero sí sabe que extraña su lugar y la vida de antes.

La casa de mi familia era de adobe, de paredes gruesas y techo cubierto con una teja que ya no se fabrica. Alrededor había un empedrado que había puesto mi papá. Estaba situada en una estribación del cerro Cacahuatique desde el cual bajaba mucha brisa. Desde el corredor se tenía una vista no tan mala sobre el norte del río Torola. En esa casa viví hasta los ocho años, hasta que la guerra llegó a nosotros. Allí pasé ese periodo mágico que es la infancia, en el que no te preocupás de nada; no te preocupa si mañana va a haber comida y no hay otra cosa que hacer en la vida más que vivir, vivir vivir.

Recuerdo el trapiche, los bueyes girando, la molienda, el bullicio de los niños ayudando a los adultos. A los cinco o seis años, yo ya empezaba a tameguar, a limpiar la tierra para la siembra del maíz. Recuerdo a los perros que se quedaban echados a la sombra de los árboles, esperando que el campesino, su amigo, acabara de trabajar. Y después de una jornada de trabajo, volver a la casa, tomarse un cafecito con pan dulce y tenderse en la hamaca. Toda esa rutina que se repite cada día, que parece pesada pero esa es tu infancia, ese es tu hogar. De niño no hay cosas pesadas, solo cosas mágicas.

Los domingos, mi mamá me llevaba a misa. Antes de entrar en la iglesia, ella siempre me compraba un guacal de arroz en leche donde una señora de la que todavía me sé el nombre: ña Cleta le decían, y cuando nos veía, ya sabía que mi mamá quería arroz en leche. Un guacalito para mí, y un guacalito más grande para ella. Con canela, un sabor tan rico.

De allí pasábamos a la misa. Mi mamá, con su gran religiosidad, escuchaba al padre y cantaba los coros. Mi mamá se los podía todos y tenía una voz muy bonita. Pero a uno, de niño, no le interesan los coros o lo que dice el padre porque ese no es su mundo. El mundo de uno es ver a los otros niños entrar, ver quiénes son, qué hacen y qué se puede imitar de ellos.

Luego tocaba comprar los abastos para la semana: azúcar, aceite, sal, algún pescado, alguna libra de queso o cuajada cuando no se tenía en casa. Si algo se me antojaba, un dulce, una galleta, mi mamá me lo compraba.

En ese tiempo no andábamos pidiendo cosas de lujo. Nos conformábamos con cosas muy sencillas. Y cuando tu mamá te compraba una camisita o un par de zapatitos nuevos, ese domingo era mágico para vos.

El mercado de Osicala era muy alegre. Tenía un colorido muy bonito y el bullicio de la gente que compraba un machete, un petate o un sombrero. La gente bajaba de los cantones, de Las Huertas, El Limón, El Tablón, La Montaña, Los Hernández, y confluía allí para vender y comprar sus cosas.

Cuando regresábamos con mi madre a El Huilihuiste, nuestro cantón, que está como a veinte minutos caminando de Osicala, cruzábamos un potrero. Allí nos parábamos a recoger burril. El burril es el excremento de la vaca, pero ya seco, y en ese tiempo se le prendía fuego para ahuyentar a los zancudos. Mi mamá ponía su cesto a la par del camino y me decía:

— Recojamos burril y cortemos hojas de chaparro.

Las hojas tiernas de chaparro tampoco podían faltar en casa porque servían para lavar los trastes y los guacales de morro.

Otros días yo acompañaba a mi papá al mercado a vender el mezcal o el dulce que producíamos. Recuerdo bien a mis hermanos, los domingos, muy de madrugada, llevando hacia Osicala los quintales de mezcal ya seco y lavado y los puchos de dulce. Parecían una columna de zompopos, con Hilario y Chepe, los más fuertes, siempre a la cabeza. En esos días mi papá se ponía bien tipo, bien arrechito decía él, con la camisa planchadita, el pantalón bien puesto, su cincho, su sombrero y los zapatos bien lustraditos. Siempre vendía el dulce rápido porque la gente sabía que era un dulce de calidad, muy clarito, producido con una caña tan blanda que se podía pelar con los dientes. Cuando ya empezaban a venderse los puchos de dulce, una de las alegrías mías era meter la mano en el bolsillo de su pantalón y sacar un par de moneditas para comprar alguna golosina. Cuando mi papá empezaba a vender, yo sabía que algo me iba a dar. Esa era la rutina bonita del fin de semana.

En esos tiempos había más solidaridad con los precios. Todo era más humano, y no era eso de que te voy a explotar el bolsillo. Los intercambios eran justos: este producto tiene esta calidad, pague tanto. Este es de menos calidad, pague nada más esto. No había engaño. Los que nos compraban eran vecinos, amigos o gente que venía de lejos sabiendo que lo que vendíamos eran cosas producidas con mucho empeño y sacrificio.

La vuelta de Osicala era un calvario con mi papá. En el camino, a cada paso se iba encontrando con amigos que lo invitaban a pasar a su casa a tomar un atol o a comer algo.

— Siéntese don Valerio. Platiquemos — le decían.

A mi papá le entraba la platicona con todos. A uno le dedicaba diez minutos, al otro veinte, al siguiente media hora y si se encontraba con alguien de su edad para hablar de los tiempos de antes, esas ya eran pláticas eternas. Para nosotros, que no teníamos nada que platicarles a esas personas, esos regresos eran cansados. Con mi mamá era igual: atendía a todos los que querían platicar con ella. Así es la gente de los cantones, siempre se da chance para una buena platicona en los mercados, en la calle, a la orilla de los caminos, sobre las gradas de las casas, en una zacatera sentados sobre un par de piedras.

El terreno de mi papá tenía unas seis manzanas, contando la parte productiva y la parte pedregosa. Eso daba para el cañal, la milpa, el mezcalar, las hortalizas y el almácigo. Para delimitar el terreno, mi papá sembraba izotes. La flor de izote es bien rica con huevo. Teníamos como tres vaquitas, un par de bueyes, a veces un cerdo, y a mi mamá le gustaba tener gallinas; no olvido los animales que nunca faltan en una casa campesina: los gatos que te comen el ratón, y los chuchos. Nosotros teníamos dos chuchos: Canela, que era coloradita, y Nerón, que era negro. En cambio, no acostumbrábamos tener pajaritos enjaulados. Mi papá decía que tenían que estar en libertad porque así habían nacido. Su vida es corta, decía, y basta con mirarlos cuando pican el maíz o están pegados sobre la fruta.

Recuerdo los despertares de la familia. Éramos muy madrugadores. A las cuatro de la mañana ya mi mamá tenía lista la jarra de café y ya mi papá estaba cafeteado. En eso se levantaban mis hermanos, se vestían y se ponían los caites. Y antes de salir a los trabajos, prendían el radio.

*Tengo una vaca lechera
No es una vaca cualquiera*

Esa cancioncita que sonaba por las mañanas la tengo bien presente. Igual que los gallos, que cantaban de hora en hora desde las dos de la mañana, contestándose, siguiendo el orden de las casas desde Osicala

hasta El Limón.

Una de las primeras cosas que había que hacer de mañanita era liberar a los chuchos. Eso, cuando el maíz estaba maduro y los animales salvajes perseguían el elote. Los chuchos habían pasado la noche bajo una casita de zacate. Allí mi papá los amarraba del pescuezo a un larguero de forma que ellos no pudieran echarse a dormir. Toda la noche se quedaban de pie, latiendo si se acercaba algún bicho, algún tacuacín. A las cinco o seis de la mañana los íbamos a liberar, y ellos se ponían bien felices.

De noche era su turno de guardia en la milpa y de día era el nuestro. Mi papá nos mandaba a zanatear con Gerber, mi sobrino. Eso era una tristeza para nosotros. Nos teníamos que quedar todo el día lejos de la casa. Nuestra tarea era proteger con nuestras hondillas la milpa y la frijolera cuando las hojas estaban tiernitas. Le tirábamos a los zanates y a un pájaro que le dicen el cingo, que es como un cuervo pequeño que baila mucho cuando canta. También le tirábamos a las cherenquecas, unas iguanas pequeñas con un copetito en la cabeza. Con Gerber sólo hablábamos tonteretas de niños o si no, nos poníamos a comer nances y a recoger aceitunas. Las semillas de aceituna sirven para hacer jabón.

Si el sol pegaba fuerte, con los chuchos nos echábamos a descansar bajo la sombra de un quebracho. A mediodía nos traían el almuerzo y nos quedábamos hasta las cinco de la tarde. Antes de volver, sobre esa misma ladera, nos poníamos a leñar. Siempre traíamos un tercio de leña para mi mamá.

Otros días ayudábamos a tameguar la milpa y la frijolera. Eso era muy difícil: había que tener mucho cuidado para quitar el monte sin dañar las plantitas de maíz o de frijol. Para alimentar a las vacas, nos mandaban a recoger cogollo de caña; y si no era cogollo de caña, recogíamos lechuga, una planta que se da a la orilla de los ríos, o flor de nube, otro monte que comen las vacas. La recogida de leña era divertida. Íbamos todos con nuestro lazo y nuestro machete y siempre competíamos para ver quién hacía el mejor tercio de leña. De niño, todas esas tareas son tu educación. Vas asimilando que en el trabajo está la vida y que no trabajás para vos, sino para toda la familia. Para los niños el trabajo no era tan duro. Mi papá sabía en qué momento tenía que dejarnos volver a la casa.

Eso sí, él era muy estricto con las tareas. Siempre nos decía:

— Cuando corten una caña, quiero que sea a ras de tierra; no quiero que me anden dejando troncones de caña.

La cosa era producir, pero sin arruinar el terreno, porque no puede ser que por una cosecha o dos cosechas echés a perder tu tierra.

Mi papá es de esos viejos que cuando están en la milpa o cuando están cortando caña, nunca voltean hacia atrás para ver cuánto han avanzado. Sólo voltean a ver cuando ya está todo hecho; de esos viejos que a la hora de hacer un recuento de su vida, podrían acordarse del placer de agarrar un calabazo de agua en lo más ardiente del sol y empinárselo entero. O del placer de sentarse, simplemente, o de echarse en la hamaca después de una jornada con esa picazón que produce una aporreada de maicillo o de frijol.

El tiempo de las eloteadas era muy importante para nosotros. Poco a poco ibas aprendiendo qué tipo de elote era para las tortillas, qué tipo de elote para el atol y qué tipo de elote para los tamales. Aprendías a reconocer el momento en que el maíz estaba en su punto para la tapizca y era tiempo de doblar la milpa para que empezara a secarse. Mi papá era el encargado de cortar el maíz a la hora de las atoleadas de maíz nuevo. Escogía las mazorcas más tiernas y, con su cuchillo bien afilado, las pelaba con cuatro o cinco deslices.

Recuerdo a mis hermanos cuando se procesaba el mezcal. El mezcal es el henequén, del que se saca una fibra para hacer cuerdas, alfombras y toda clase de tejidos. A las tres y media de la mañana prendían un motor que mi papá tenía, o talvez se lo alquilaban, no te lo sé decir, y empezaban a meter y sacar las pencas de mezcal. Luego, había que rasparlo y el mezcal sacaba una sustancia lechosa que picaba la piel. Para quitarle eso y quitarle los residuos, había que lavarlo en la pila. Después se atortaba y se dejaba prendido en un armazón de madera. De lejos, eso se veía muy bonito: era como una gran manta blanca secándose al sol. Los niños participábamos en estas tareas. Era divertido porque toda la familia se empilaba para hacerlas.

La caña era otra gran faena: cortar la caña, llevarla al trapiche para sacar el caldo y procesarlo para que se hiciera la miel y luego el dulce. El tiempo de la molienda, cuando se producía el dulce, era uno de los más alegres

del cantón. Llegaba gente del pueblo y de todos los caseríos aledaños. Venían los amigos con su pichel o sus depósitos para que mi papá les vendiera o les regalara miel de caña. Allí llegaban siempre los hijos de don Tito, los de Domingo Díaz, los de don Juachito y los de Gabriel y entre todos jugábamos a la lucha libre entre el bagazo de caña húmedo. Luego de la lucha, venía la chupada de puzunga: cortábamos un pedacito de caña y le machacábamos la punta, y esa puntita machacada la usábamos como cuchara para agarrar la puzunga, que es como una espuma que va saliendo de la miel cuando está hirviendo y se va haciendo más espesa. Mis hermanas acostumbraban a meter guineos en el perol, y cuando los sacaban empapados de miel, eran bien ricos.

Nos gustaba jugar con unas abejitas negras que se posaban sobre el molde de las panelas a chupar la miel. Las agarrábamos y amarrábamos a sus patitas un hilo de tule. Entonces las liberábamos y salían volando arrastrando el hilito, y eso era divertido.

A mediodía me tocaba llevarles el almuerzo a mi papá y a mis hermanos adonde estuvieran. Una vez, mis hermanos estaban cortando mezcal en una loma, sobre un terreno muy resbaladizo. Yo les llevaba huevos cocidos en un recipiente. Y en eso, yo me resbalo. Se me cae el recipiente y los huevos salen rodando cuesta abajo. Tuve que buscar dónde encontrar agua para lavarlos, porque ¿cómo iba yo a llevárselos cubiertos de tierra? Por suerte no se dieron cuenta, porque si no, me hubieran regañado o me hubieran castigado. Esas son cosas que de niño te dan mucho miedo.

A la casa llegaban los guardias nacionales, con sus cascos alemanes y sus uniformes verde olivo. Traían fusiles G3, así decían ellos que se llamaban, y los desarmaban delante de nosotros. Nos mostraban las balas para que viéramos el tamaño que tenían. En las hamacas o en el corredor, ellos descansaban o se ponían a chupar caña. Mi mamá les daba de comer. A los niños nos mandaba a recoger alguna fruta para que los guardias pudieran comer tranquilos, antes que nosotros.

Mi mamá era así, siempre muy solidaria con todos los que llegaban a la casa. Tenía mucho prestigio en el cantón porque cuando la gente venía a comprar una libra de azúcar o un racimo de guineo, ella lo regalaba

o lo vendía muy barato. Mi mamá era muy humilde, muy trabajadora, agradable, de pocas palabras pero siempre bien dichas; veía con mucho respeto a los demás. Decían que tenía los modos de mi abuelita Fernanda que vivía en El Limón.

Era muy recta y cuando decía “hay que hacer esto”, sólo lo decía una vez, y si nadie hacía caso, lo hacía ella misma; y si no le obedecíamos, nos castigaba con el cincho: unos tres correacitos en el lomo o en las nalgas. Una vez, con Pajarillo, Romeo, nos peleamos por una charamusca. Y por pelearnos, mi mamá nos subió los pantalones y nos hincó sobre maicillo como media hora. Luego nos levantó, nos regañó y dijo que nos abrazáramos y que no volviéramos a pelear. Desde esa vez nunca más peleamos Romeito y yo. Romeito tenía como cuatro años más que yo. Yo era el más pequeño de la familia, el secaleche, como se decía. Por eso me llamaban Chiquillo primero, y luego sólo Chiyo, que también es el nombre de un pájaro.

Mi mamá era un poco alta, delgada, morenita. La recuerdo con sus zapatitos de mil hoyos y un vestidito oscuro con motivos amarillos y morados en la franja. Todos los años se iba a Ciudad Barrios en procesión. Mucha gente del cantón iba también. Tengo entendido que caminaban dos días para llegar. Cuando mi mamá volvía, todos los niños estábamos impacientes por ver qué nos había traído. Siempre nos traía algo: calendarios, o lucecitas, o unas cruces decoradas con rayitas de color, o cualquier cosa bonita para colgarse en el cuello.

Una cosa bonita que yo recuerdo del cantón es cuando con mis hermanos íbamos a cazar con hondillas. Por las tardes, cruzábamos terrenos ajenos donde era típico escuchar el canto de la codorniz. Allí, a Romeo le gustaba matar una o dos codornices porque eran bien ricas con arroz. Tenía mucho pulso y una forma de moverse que los pajarillos ni lo sentían. El lugar preferido de Hubert para cazar era la maicillera. Cazaba palomitas rodadoras. Cuando la producción ya estaba, la maicillera era muy tupida. Era fácil esconderse en ella y esperar a que vinieran las palomas y tirarles desde abajo. Acostumbrábamos a poner cimbras, unas trampas que tenían la forma de una casita y que armábamos con pedacitos de madera seca atados con pita. Las cimbras eran para las palomas rodadoras que se sientan

en ramas bajitas o sobre el suelo y se la pasan buscando gusanitos. Dentro de la trampa se ponía maicillo; cuando la palomita entraba, pisaba una cuerda, caía la cimbra y quedaba encerrada. El gusto nuestro era dárselas a mi mamá para que las preparara con arroz.

Camino a Osicala había un guayabal donde abundaban los pájaros: palomas blancas, palomas azules, loros, pericos, chejes de cabecita roja y chiltotas, esos pajaritos amarillos que cuelgan unos nidos alargados. Mi papá decía que cuando la chiltota hace el nido bajito, va a llover mucho en invierno, y si lo hace alto, el invierno va a ser suave. El guayabal era de unos vecinos, pero no les molestaba que estuviéramos allí porque en ese tiempo la fruta abundaba. Recuerdo bien que el bullicio de los niños se confundía con el de tanto pájaro que había en el cantón, y la alegría de estar allí comiendo guayabas.

Tengo bien presente el canto de las colchonas, unos pajaritos muy pequeños pero que hacen un gran escándalo. A estos pájaros les gusta hacer su nido entre las ramas espinosas de los naranjos. Estaban las chichilcas que hacen un ruido muy finito pero abundante porque cantan en manada. Y la chacha, un pájaro grande, café como el gavilán, que canta al pie de los barrancos de tarde y de mañana. Su canto era muy fuerte, y se expandía por todo el callejón haciendo eco. Mi papá decía que las chachas decían en su canto:

— Maíz colorado.

¡Maíz colorado! ¡Maíz colorado!, se escuchaba por las veredas. Por los potreros veíamos correr a las tanunas, que también se conocen como almas de perro o corre caminos. Se oía el canto de los ruiseñores, parados sobre un palo de jiote que produce sus semillitas preferidas. En su canto, los ruiseñores decían:

— ¡Cristo fue! ¡Cristo fue!

Las chontas, que es como llamamos nosotros a los cenizontes, igual se escuchaban. En abril, su canto se volvía muy particular: estaban llamando el invierno. A veces matábamos un par de chontillas, que son bien ricas asadas con un poco de limón. Por eso, a donde fuéramos, siempre andábamos las hondillas que eran de una sola patita. En ese tiempo no sabíamos eso de que a los pájaros hay que respetarlos. También intentábamos darle a algún garrobo o a alguna guatuza, aunque para eso había que tener más técnica

y una hondillera más fuerte.

Una vez, en el jugueteo, agarré una piedra y quise darle a un zopilote que andaba volando bajito. Y resulta que al tirarle, se me enredó el hule y me di yo mismo en las costillas. Imagínate, una pedrada en estos huesitos es bien doloroso. Estuve revolcándome como una hora sobre el suelo. Vino Romeo y me preguntó:

— ¿Y a qué le estabas tirando?

— A un zopilote —le dije yo porque no podía mentirle a mi hermano.

— ¿Y quién te manda a tirarle a un zopilote? —me dijo— ¿No te dije que a los zopilotes y a los panales no se les tira?

Romeíto decía que a los panales no se les tira porque el hule de la hondilla se te pica, y a los zopilotes tampoco porque son de mal agüero. Pero igual lo hacíamos, de vez en cuando.

De niño me impresionaba mucho el paso de las guerreadoras, unas hormigas que atacan en cantidad. Se formaban unas manchas que abarcaban un área de unos diez metros; se veían como una regazón de maicillo que avanzaba. Las guerreadoras barrían con todo y sacaban de sus cuevas gusanos, cucarachas, ratones, lagartijas, alguna serpiente de coral. Mataban rápido a sus presas porque tienen una sustancia anestésica. Por eso, cuando te pica una de esas hormigas, primero te duele y luego te adormecés.

Antes de Semana Santa venía la época de las chicharras. Era mágico, en medio de ese bullicio, andar con los hijos de los vecinos por los potreros, buscando marañones, zapotes, aguacates. Camino a Osicala había un manzanal muy oscuro de manzana pedorra por el que nos decían que salía el duende. Había por allí un palo de paternas al pie de unas rocas. Era fácil subirse a las rocas para alcanzar las paternas con las manos. Con Romeíto íbamos a una palizada de capulines. El capulín es una frutita rosadita del tamaño de una canica. Subíamos a los árboles con bolsas y cortábamos todos los que podíamos. Eran muy dulces. Los pájaros también aprovechaban la cosecha, sobre todo los pericos. Entonces era como una disputa entre los niños y los pájaros por los capulines.

Recuerdo bien las mangueadas con Romeíto. Cuando nuestros palos no tenían mangos maduros, íbamos a bajar los de una señora, ña Tana. Se los bajábamos con hondilla, pero cuando ella se daba cuenta, nos perseguía

levantando una raja de leña, bien enojada. Nosotros recogíamos todo lo que podíamos y salíamos corriendo. Pero luego, ña Tana le ponía la queja a mi mamá y ella nos regañaba. Abajito de donde don Juachito, había una casa donde comíamos mandarinas. Allí sí le pedíamos permiso a la dueña y ella nos decía:

— Sí, bajen mandarinas y lleven a su casa.

A mi mamá le gustaba cuando íbamos a buscar marañones. Le traíamos puñados de nueces de marañón que luego tostaba y molía para hacer atol. Recuerdo muy bien el olor de la nuez cuando se estaba asando sobre las brasas y soltaba una sustancia lechosa. La nuez asada tiene un olor que se reconoce enseguida, como cuando vas por un camino y están tostando café en una casa. Para marañonear, el mejor lugar era el panteón de Osicala. Allí había muchos palos, pero la gente prefería no cortar esos frutos, dejaban que se perdieran porque decían que estaban abonados con sangre de difunto. Pero nosotros no andábamos pensando en eso y bajábamos marañones en cantidad.

Por la tarde, venían los hijos de los vecinos a jugar a la casa, bajo el gran conacaste. El sonido de los trompos chocando entre sí era muy típico. El juego consistía en dibujar un círculo en la tierra y poner en el centro una moneda de veinticinco centavos. Ganaba el que lograba sacar la moneda del círculo con su trompo. También jugábamos a la guerra con fusilitos de palo que iban amarrados con una pita, o con pistolitas de madera de laurel que mis hermanos mayores hacían, o con arcos y flechas de caña. Jugábamos en los cañales a la par de la casa. Hacíamos dos grupos, y nos tendíamos emboscadas, intentando sorprender a los que avanzaban. Pero no era nada violento. No era de lanzarse a golpear a nadie, y si acaso, nos tirábamos una pelotita de lodo.

En las tardes de abril, mis hermanos y yo íbamos a pescar a un río que había muy cerca de la casa. Eran tardes de mucha magia. En esos tiempos, en el río abundaba el chacalín, un camarón minúsculo, y un cangrejo negro que era bien rico frito. Ese era uno de mis platos preferidos, junto con el garrobo asado y el arroz curtido. Mis hermanos decían que el periodo más apropiado para la pesca de cangrejos eran las tardes de abril porque son calurosas. Cuando el calor pega, el cangrejo sale de su cueva. También

pescaban guapotes y congas, que le daban un sabor bien rico a la sopa de frijol. Yo no pescaba porque mi mamá me regañaba si me metía al río, por miedo a que me ahogara. Pero les servía de ayudante a mis hermanos.

En esa misma quebrada, en invierno, el arroyo formaba como una isleta, y en esa isleta, mi papá sembraba maíz. Pero ese no era maíz para nosotros sino para los tacuacines, las ardillas y los demás animales que dañan la milpa. Como estaba un poco retirada de la casa, esos animales podían ir allí y hacer todos los destrozos que quisieran, como probar una mazorca y dejarla, agarrar otra y dejarla también, sin acabar de comérselas nunca.

Ves, eran tiempos más dulces aquellos. Los inviernos eran regulares y todavía podías sembrar sin abono. Sembrabas y estabas seguro que el maíz se daría. Era una época en que no necesitabas gastar mucho para comer. Había más respeto entre la gente y se tenía la educación de quitarse el sombrero a la hora de almorzar. No necesitabas controlar las anonas, las naranjas o las flores de izote porque nadie te las robaba. Ahora sí, hay que estar bien pendiente.

Recuerdo bien a mis hermanos por las tardes. A Hubert le gustaba dibujar. Hilario leía la Biblia. Chepe era sastre y siempre lo veías en el corredor tallando una camisa o un pantalón que le hubieran encargado o tomando las medidas de alguno de nosotros. Cuando doblaba los brazos sobre la mesa se le dibujaban bien los gatos. Él era muy fuerte. Mi mamá decía que eso era porque siempre comía plátano con frijol. Juan era el más flaco. Se burlaban de él porque era el más flaco y también el que más comía. Hasta ocho tortillas, de las bien hechas, se comía él y no engordaba. Juan era el más andariego y el más alegre de la familia. Por las tardes, después del trabajo, se ponía guapo y se iba a buscar novia por el cantón o por los otros cantones. Tocaba guitarra y cantaba. Tenía un conjunto musical, una chanchona, con la que amenizaba bodas, cumpleaños y cualquier otro baile en el cantón.

Mi hermana Teodora era la más parecida a mi mamá. Era muy serena, un tanto callada y muy hacendosa. Recuerdo que era algo guapa, con el pelo largo y ondulado. Tan largo era su pelo que para peinarse tenía que echárselo para adelante. Irma y Carolina eran un tanto diferentes. Ellas preferían el trabajo de campo a quedarse en la casa palmeando o cociendo

un atol. Ayudaban mucho a mi mamá. Acostumbraban a levantarse bien temprano para quebrar maíz, hacer café, palmear y echar las tortillas. Luego iban a lavar ropa o maíz al río.

Juan y Carolina eran los mayores y creo que los más abusados de la familia. Carolina fue la que más estudió; me parece que sacó su noveno grado. Mis demás hermanos llegaron hasta sexto y el que menos estudió fui yo: no me dejaron acabar ni el primer grado.

Después del trabajo, mi papá hacía un montón de pequeñas tareas puntuales que para él eran como diversión: arreglar una matita de tomate, afilar su machete, reparar una manguera. También salía a cazar con un fusil 22 que tenía. No exageraba matando animales, pero de vez en cuando le gustaba cazar alguna guatuzo o algún garrobo. Iba a un lugar donde había unos palos de huilhuiste. La semillita que se desprende del huilhuiste es la preferida de los garrobos, y en ese lugar abundaban. Por eso a las gentes de allí les dicen los garroberos o los garrobos. A veces mataba algún tacuacín. Estos también se comen, saben a gallina, quizás porque comen mucha gallina.

En invierno, cuando venían los temporales y que había que ordeñar las vacas, mi papá me daba un plástico y me decía:

— Con esto hacés una casita para que tu mamá ordeñe.

Romeo y yo, que éramos los más pequeños, improvisábamos una casita: de un lado amarrábamos el plástico a la alambrada y del otro lo sosteníamos nosotros, y así mi mamá podía ordeñar durante el temporal sin mojarse. A nosotros sí nos encantaba mojarnos, chapalear en los charcos, caminar sobre el lodo, por el potrero húmedo, o por el cañal con el agua corriendo.

Al final del invierno pasaban unas nubes de pájaros que se llaman azacuanes. Migraban de forma bien ordenada, y por las tardes, en el cielo se veían sus grandes columnas. Los azacuanes volaban en círculo por un rato y luego se iban hacia su próxima estación. Era como si llevaran un guía. Mi papá decía que iban a “tapar el agua”, que significaba, ir a parar el invierno. Las golondrinas también anunciaban el verano. Se les veía sobrevolar el callejón que llegaba a la casa. A las golondrinas nunca se les ve sentarse o posarse sobre las ramas de un árbol. Mi papá decía que eso es porque se alimentan del aire.

Por las noches, mi mamá miraba las estrellas, y me decía:

– Mirá, aquellos dos luceritos, esos son tus ojos, porque son los ojos de Santa Lucía.

Lo decía porque yo nací el día de Santa Lucía. Antes de dormir, ella me tarareaba canciones:

*Dormite niñito cabeza de ayote
Si no te dormís te come el coyote*

Cuando era un poco más pequeño y cuando sonaban los truenos durante las grandes tormentas, recuerdo que mi mamá me abrazaba bien fuerte para que no sintiera miedo, y me pedía que rezara el Padre Nuestro y me persignara. Era en agradecimiento por un día más vivido, pidiendo que el siguiente fuera también para la vida.

La Navidad se celebraba con humildad, con una cenita, matando una gallina, quemando una ruedita de cohetes. Era un ambiente de mucha amistad ya que, en ese entonces, en el cantón la gente se llevaba bien.

El empedrado de la casa se llenaba de gente. Llegaban de todas partes a visitar a mi papá y se organizaba un convivio. Recuerdo el pan con café, los bichos jugando trompo, las señoras hablando de sus temas, de las cosas de la vida. Cuando caía la luz de la luna sobre el empedrado, ya sólo quedaban las personas adultas. Y había grandes pláticas, cuentos, leyendas: que si le salió la Siguanaba a tal señor, que si se aparece una señora de blanco. Fulano hablaba de esto, y fulano de esto otro. Siempre con mucha hermandad, respeto y grandes carcajadas.

Un poco antes de Navidad, pero siempre en diciembre, era la noche de los jogones, o fogones. La gente pronuncia “jogón”, pero supongo que es fogón porque tiene que ver con fuego. Esa tarde, todo el mundo andaba recogiendo hojas secas, hoja de huerta, mecates, leña casi podrida, amontonando zacate, broza, todo lo que pudiera quemarse y que hiciera que la llama subiera muy alto. A las siete u ocho de la noche, se le prendía fuego. Se veían fogones en todos los cantones. El valle, al que no había llegado la luz eléctrica, parecía un gran pueblo iluminado.

Siempre tratabas que tu fogón lo viera la demás gente. Igual que

nosotros veíamos los fogones del otro lado del río Torola, queríamos que ellos vieran el nuestro. Mi papá decía que se hacían los fogones porque la Virgen estaba visitando los cantones y había que iluminarle el camino. Esa era la costumbre. Ahora que han llegado las religiones, la tradición de los fogones se ha perdido mucho.

Recuerdo las procesiones, la cantidad de gente que salía de los cantones siguiendo una imagen. No recuerdo si era una virgen o un santo pero era bonito ver a la gente marchando, los adultos, los niños y los chuchos caminando en un mismo rumbo con mucha calma, hacia la capilla de El Limón. Los cantos, las pausas... era un lapso de paz muy especial. Cada quien llevaba una cruz hecha con una planta que le dicen Flor de Mayo, y que tiene un olor muy especial, distintivo de los caminos de Morazán.

Los entierros me impresionaban mucho también, con las flores, el colorido, el café y los tamales y esa solidaridad de todos apoyando a la familia que había perdido a alguien. Eran momentos de mucho respeto y todos sentían como si el difunto fuera un familiar o un amigo.

Otra cosa que me gustaba era la feria de Osicala, el dos de febrero. Nunca nos la perdíamos. Allí se oían esas canciones para borrachos, el chun ta ta de los corridos y las rancheras. Sonaba una canción que decía:

Aborrezco este amor que tanto amaba

Y la guardia capturando bolos, y los bolos, que por andar bolos se sentían más machos, macheteándose unos a otros. Había grandes ruedas, montones de niños, dulces y golosinas.

Me encantaba ir al tianguis a ver animales. Yo iba detrás de mi papá, con Romeíto, mientras mis hermanos grandes lidiaban con los animales que habíamos comprado o que veníamos a vender. Era bien divertido ver ese gran animalero, vacas, cuques, toros, y los dueños esperando a que alguien les viniera a decir “¿este en cuánto me lo das?”, para empezar el regateo del tianguis.

Otros días muy especiales eran los de la corta de café. A las cuatro de la mañana se formaba un gran bullicio por toda la gente que salía hacia un lugar que le dicen La Haciendona, más arriba en el Cacahuatique, donde estaban las fincas de café de Calderón Sol. Eran jornadas muy duras para

los cortadores, pero a la vez divertidas porque se iba en grupo. Mi hermana Irma tenía un novio en El Tablón, un Santos, con el que se iba a cortar café y a hacer sus fichitas. Al regresar, sólo hablaban de cuánto cortó fulano, de cuánto le van a pagar y de lo que se iba a comprar cada uno en Osicala. Luego de la corta, venía la pepena, y allí cada uno podía traer hasta una arroba o una arroba y media de café.

Todas estas cosas del cantón son bien importantes para mí. Mis recuerdos de infancia son los que me atan a mi familia, a mi madre, a mis hermanos. Yo lo que quisiera con todo esto es revivir a mi familia y revivir el cantón tal y como era antes. Porque el libro también tiene que ser como un pequeño homenaje a esta familia disgregada, a esta familia muerta.

Mis hermanos eran: Juan Bautista Díaz Vásquez (Benavides), José Santos – Chepe –Díaz Vásquez, Irma Esperanza Díaz Vásquez, Emérita Díaz Vásquez (Carolina), Hilario –Layo– Díaz Vásquez, Teodora Vásquez Díaz, Isabel Vásquez Díaz –hermanito al que no conocí pues murió de enfermedad a los quince años–, Valeriano Vásquez Díaz (Hubert), Romeo Vásquez Díaz (Pajarillo), y yo soy Lucio Atilio Vásquez Díaz pero me dicen Chiyo. Mi mamá era Feliciano Díaz y mi papá es Valeriano Vásquez. Se casaron después de que nació Layo, y por eso en los siguientes nombres cambia el orden de los apellidos.



2

Cuando cumplí siete años, me tocó ir a la escuela. Esta quedaba bastante cerca del cantón. Era una escuelita normal de El Salvador, con pupitres individuales o pupitres para dos, techo de duralita y la maestra con su pizarrón y sus pocas cositas sobre el escritorio.

Antes de ir, mi mamá nos ponía a barrer la casa. Romeo y yo teníamos que dejar bien limpios los cuartos y el corredor, porque si no, no íbamos a la escuela. Nosotros, con las prisas, a veces escondíamos la basura debajo de las camas y mi mamá nos castigaba por eso. Salíamos con un bolsoncito de tela verde olivo que tenía un botoncito para cerrarlo y un cordoncito para colgárselo al hombro. En él metíamos un cuaderno o dos, que iban dentro de una bolsa plástica, y en el bolsillo llevábamos quince centavos para el refrigerio, un panecillo con pollo y un fresco de horchata.

Salíamos a la una y en el camino de regreso, a pajarear un ratito con las hondillas que siempre andábamos. Pero sólo un rato porque mis papás sabían cuánto tiempo nos podíamos tardar desde la escuela, y nos regañaban si nos demorábamos mucho.

Pocas cosas me dio tiempo de aprender allí: el abecedario, y quizás a escribir algunas palabritas y a articular alguna frase sencilla. No fui más de tres meses a la escuela. En ese momento, ya el panorama se estaba opacando.

Todo eso de lo que hablábamos, el bullicio de la gente, las cortas de café,

la caña, las aporreadas de maicillo, las jaladas de dulce, todas las cosas que te hacen sentir vivo, desaparecieron en pocos meses. Las noticias de los muertos, las noticias de los desaparecidos, de los torturados, empezaron a tomar fuerza en la radio. Se oía decir muchas barbaridades, gente colgada, gente decapitada que aparecía. Ya era el año 78. Pronto empezaron a aparecer muertos en Morazán, y hasta en el mismo cantón. El Huilihuiste también fue noticia en la radio.

La política empezó a tomar mucho lugar en la familia. Mis hermanos participaban en marchas campesinas y reuniones. Antes, cenábamos o almorzábamos todos juntos alrededor de una gran mesa. Pero llegó un tiempo en que mis hermanos ya no se sentaban a comer. Recuerdo muy bien a Hilario y Chepe, con prisa para salir a una reunión, pedirle a mi mamá que sólo les pusiera la comida en la mano, con una o dos tortillas. Mi mamá les preguntaba que para dónde iban,

— Para aquí nomás, ya vamos a regresar.

Ellos no querían decir a lo que iban porque mi papá no estaba muy convencido de apoyarlos. Mi papá era un poco más conservador.

Mi mamá tenía más conciencia política que él. Ella escuchaba las homilías de Monseñor Romero, los domingos a las nueve de la mañana en La Voz Panamericana. Nos regañaba mucho si en ese momento interrumpíamos, o hacíamos bulla o correteábamos por la casa. Ella se concientizó escuchando a Monseñor Romero.

Yo recuerdo que al cantón llegaba Miguel Ventura, un cura que se movía por Morazán. En la casa hacía reuniones con mis hermanos y decía que la iglesia tenía que estar del lado de los más humildes. También decía que había que organizarse para luchar y que las cosas fueran más justas. El padre Miguel Ventura era un señor narizón, un poco barrosito, de estatura regular pero muy fornido. Era muy respetuoso a la hora de conversar y de hablar de las cosas de Dios.

De los que llegaban a las reuniones, recuerdo a Benitón, un señor que luego me salvó la vida, a Gabino, a un chele Beto. Llegaban un Chevo de San Lucas, Lissette y varios catequistas como mi tío Román. A los catequistas los perseguían como si fueran delincuentes.

Un día, capturaron a Miguel Ventura los comandos de Gotera. Lo torturaron, lo amarraron y lo tuvieron colgado de un árbol en la plaza de

Osicala. Decían que era un cura comunista, y lo acusaban de guerrillero, de subversivo. Se armó mucha bulla y hubo movilización. Se reunió gente del sur y del norte del río Torola y lo lograron rescatar.

Uno de los comandos que torturó a Miguel Ventura era Freddy. Freddy era hermano de Miguel, el esposo de Teodora. Poco después, Freddy desertó con algunos fusiles para unirse a la guerrilla. En los campamentos se encontró de nuevo con Miguel Ventura. Freddy lo abrazó y le pidió perdón, pero Miguel Ventura le dijo que no tenía por qué disculparse ya que él había recibido órdenes.

Las cosas se pusieron cada vez más tensas en el cantón. En Osicala estaban los puestos de la Guardia Nacional y de los paramilitares, Defensa Civil se llamaba en ese entonces. Andaban por los cantones con listas buscando sospechosos, buscando a la gente que colaboraba con los subversivos, como decían ellos. En esas listas estaban mis hermanos. Ellos tenían el informe de que mis hermanos se reunían con el padre Miguel Ventura.

Para esos días, mi papá me dijo:

— Hijo, ya no vas a ir a la escuela porque la Guardia Nacional te busca para matarte. Dicen que somos guerrilleros.

Parece que dos avisos le llegaron a mi papá, y al segundo aviso decidió que ya no iría a la escuela. Para mí eso no fue doloroso. Estudiar o no, no me importaba mucho.

Un día, Hilario y Chepe estaban en la quebrada del Guasmal sembrando mezcal. En ese terreno, mi familia siempre sembraba maíz, y era adonde nos mandaban a zanatear a Gerber y a mí. Pero ese año, ellos decidieron sembrar mezcal. Y en eso estaban cuando llegó Pasita, la esposa de Juan, mi hermano mayor, y les dijo:

— Bichos, ustedes no deberían de joderse tanto. ¿Por qué no siembran sólo maíz y frijol?

Layo la volteó a ver y le dijo:

— Pasita, esto que estamos haciendo, no nos va a servir a nosotros.

Esto es por los demás bichos, los que van a crecer.

— ¡Puchica! —fue que le dijo Pasita—. Me estás hablando como si te fueras a morir.

— A saber Pasita, nadie sabe. Lo cierto es que esto que viene, no le va a

gustar nada al Gobierno.

Eso fue lo que le dijo Hilario en la quebrada del Guasmal. Y era como una premonición.

En esos días llegó la Guardia Nacional a ametrallar la casa. Por suerte, las paredes nos protegieron y pudimos salir huyendo de la balacera por el cañal. Pero mataron a Tunito, un mozo de mi papá. Parece que lo hirieron en un mezcalar y lo remataron. Lo dejaron partido con ráfagas de la cara a los pies. Cuando llegué yo, ya lo tenían tapado con hojas de huerta. Por la tarde, mi familia lo llevó a su lugar de origen para que lo velaran.

El dolor, lo empezamos a sentir en carne propia cuando Carolina, Hilario y Chepe salieron para San Salvador a participar en una marcha campesina. Esto fue el 29 octubre del 79. Un vecino llegó a la casa y le dijo a mi papá:

- Don Valerio, ¿no está oyendo la emisora?
- No –le dijo mi papá.
- Ponga la emisora porque está saliendo la noticia de unas personas que fueron asesinadas en San Salvador. Y los nombres de sus hijos, creo que son los que aparecen allí.

Mi papá puso la YSKL y empezó a sonar la alarma de las noticias de última hora. Dieron una lista de setenta personas acribilladas en la marcha por la Guardia Nacional. A mitad del listado dieron los nombres de Hilario Vásquez Díaz y José Santos Vásquez Díaz. Aparecían también otros amigos nuestros, Benjamín Martínez Romero, hijo de Munda, y José Isidro Martínez Ulloa, hijo de un señor Porfirio. Así supo mi papá lo que había pasado.

Luego llegó mi mamá y al ver su rostro, le preguntó que qué pasaba. Mi papá no sabía cómo decírselo. Al final, sólo le dijo:

- Mataron a aquellos.
- ¿A quiénes?
- A Chepe y a Layo.

Mi mamá se quedó callada. Luego dijo:

- Mataron a mis dos palomitos. Pero atrás de ellos voy yo.

No preguntó nada más. Sólo se volteó hacia una ventana y se quedó viendo hacia afuera, sin llorar.

Yo no me acuerdo de qué tanto me entristecí, si dije cosas o si no las dije, o si es algo que sólo viví por dentro. Pero en el hecho de tener

dos hermanos muertos, lo que pesa en vos es el recuerdo de ellos, los almuerzos con ellos, los trabajos junto con ellos, irles a dejar comida cuando estaban trabajando.

Mi hermana Irma, inmediatamente después de saber la noticia, buscó esquivar todos los retenes de Defensa Civil y de la Guardia de Osicala para llegar a San Salvador a ver qué había pasado. Ella estuvo averiguando y comprobó que era cierta la noticia de la YSKL.

Carolina llegó a la casa con Freddy, que también había estado en la marcha. Sus caras lo decían todo. Freddy se recargó contra la pared y no pudo ver de frente a mi familia. Se quedó con la mirada para abajo. Lo pensó mucho antes de hablar, y cuando alzó la cara para decir lo que había pasado, sólo dijo:

— La cagamos... a aquellos, los mataron.

Durante la balacera, al ver a sus hermanos caer y a sus compañeros caer, Carolina no se tiró al suelo. Se quedó de pie con la esperanza de que una bala la matara. Eso no ocurrió. Cuando acabó la balacera, besó por última vez a Layo. Él tenía varios impactos de bala de la cintura para abajo, y se había puesto la mochila como almohada. Giró un poco su rostro y ya se quedó muerto. Luego besó a Chepe, que tenía un disparo en la frente. Freddy ayudó a cargarlos hasta la iglesia del Rosario. Allí, Carolina les quitó el cincho y los zapatos para traerlos a la casa. Chepito y Layo quedaron enterrados en esa iglesia junto con veintiún personas más. Las autoridades tiraron a los demás muertos a fosas comunes, y luego lavaron la sangre de la calle para borrar evidencias de la masacre.

Unos días después, mi mamá dijo que había que llorar, pero había que comprender que en este país, sólo luchando se podría lograr algo. Mi mamá, de alguna manera, tenía conocimiento de que la familia de nosotros iba a meterse de lleno en la lucha, y que ese iba a ser un camino duro, de mucho sacrificio. Y esa es una pequeña historia que se cierra allí, con la llegada del vecino, la alarma de la YSKL y el listado de muertos.

Pero en el cantón, las persecuciones siguieron. La Guardia Nacional mató a una señora del cantón de Los Guevara. La acusaron de ser guerrillera, cuando sólo era una señora que vendía pan. La dejaron con una estaca metida en su cuello, en un tiradero de basura. Y a la niña que iba con ella, también la mataron. Para ese entonces ya habían matado a Juachito, un

señor que le prestaba la carreta a mi papá. También mataron a Fausto, un señor que dejaron pedaceado sobre unos cercos, a la par de unos amates en la callecita que va a Osicala. Y todavía lo estuvieron cuidando para que nadie lo moviera y los zopilotes se lo comieron. Buscaban aterrorizar a la gente, como diciendo: “miren cómo van a quedar si quieren ser guerrilleros”.

Al pie de la loma de la Ceiba, aparecieron muertas la mujer de Gabriel y la mujer de Celio junto a sus hijos pequeños. Se habían refugiado en una hondonada, pero los soldados las encontraron porque iban guiados por Adán Guevara, que era del cantón. Las violaron y las mataron, y a los niños los ahogaron. Eran niños que sabían venir a la casa a jugar.

Luego se produce lo de mi madre. Fue en febrero del 80. Yo tenía ocho años. Con Romeo habíamos ido al potrero a dejarles a las vacas sal, lechuga y cogollo de caña. Eran como las cuatro de la tarde. A las vacas les gusta que les den la sal con la mano, pero esa vez nosotros la dejamos sobre una piedra, y ahí que ellas lamieran. En eso, se oyó una balacera un poco pausada, pero con bastantes disparos. Romeo dijo:

—Vamos, que eso fue en la casa.

Salimos corriendo y agarramos una callecita y allí aceleramos más todavía. Cuando íbamos a la altura de donde vivía Juachito, vimos a dos hombres que iban corriendo, como huyendo, por un mezcalar.

Seguimos corriendo y llegamos a la casa. Nos asomamos por la parte trasera de la casa. Lo único que pudimos ver en el corredor fue a mi mamá recargada sobre una banca. Se había llevado las manos hacia su cara y tenía doblado el abdomen. Había sido doblada por los disparos. Y en la hamaca, en frente de la banca, estaba Teodora. Ella quedó con su pelo a un lado de la hamaca y sus pies del otro; en forma de arco quedó su cuerpo. Y bien ensangrentadas. Bien ensangrentadas.

No sé si Romeo sintió lo mismo que yo, pero el cuerpo se me puso así como piel de gallina, y el pelo se me puso erizo. No lloramos en ese momento, quizás por la gran impresión y el miedo. Cuando nos volteamos a ver con Romeo, vimos que teníamos el mismo pavor en el rostro. Lo único que Romeo me dijo fue:

—Vámonos al cañal, no vaya a ser que nos estén esperando también a

nosotros para matarnos.

Nos metimos a un cañal que estaba detrás de la pila y allí esperamos. Después llegaron Irma y mi papá.

Mi papá lo había visto todo desde una altura. Él vio cuando a ellas les estaban disparando, pero eso te lo voy a contar más allá. En ese momento, lo más importante fue limpiar la sangre de ellas. Irma y mi papá se encargaron de lavarlas y de limpiar la sangre en el corredor. Las vainillas de los disparos rodaban por el piso. Yo recuerdo que la única forma en que pude ayudar fue jalando pailas de agua.

Así fue que yo vi cómo habían dejado a mi mamá de su cara, y a mi hermana de su cara y de su abdomen. Les habían dado como doce balazos, porque los casquillos de nueve milímetros seguían en el piso.

Luego sí pudimos llorar. Es un dolor fuerte. Recuerdo que Irma se tiraba sobre el cuerpo de mi mamá y sobre el cuerpo de Dorita, preguntando a los asesinos por qué no la habían matado a ella también. Ella merecía morir junto a su mamá, decía ella.

Ya pasados algunos días, mi papá contó cómo había ocurrido. Él había regresado de un terreno suyo en El Roblar adonde Dora le había traído de almuerzo una sopita de frijoles. En eso, mi tío Román, que era catequista, llegó a la casa y le dijo:

— Valerio, andate de la casa porque los militares te buscan.

Mi tío Román acababa de huir de su casa. Estaba raspando mezcal cuando escuchó que del otro lado de la casa preguntaban por él. Por la forma de preguntar, se dio cuenta que eran militares. Y antes de huir oyó que preguntaban dónde vivía don Valerio. Román bajó a El Huilihuiste y se lo contó a mi padre:

— Andate de la casa, los militares te buscan —le dijo.

Mi papá preparó su mochila y le dijo a mi mamá:

— Chana, vámonos que los militares parece que nos buscan.

Y mi mamá le contestó:

— Te buscan a vos, Valerio, porque sos hombre. Nosotras somos mujeres, no nos van a hacer nada.

Mi papá le insistió y le insistió, pero vio que ella no iba a salir de casa. Entonces mi papá lo intentó con Dora:

— Teodora, vámonos nosotros.

— No —dijo ella—, si le pasa algo a mi mamá, que me pase a mí también.

Yo a mi mamá no la dejo sola.

Y ni modo, a mi papá no le tocó más que irse. Ganó una altura desde la cual se veía la casa de frente. Y cabal, como a la media hora vinieron bajando dos hombres desde un amate. Eran militares disfrazados de ganaderos. Hoy después, sabemos sus nombres. Fueron Eliseo Canales, comandante local de Osicala, y Adán Guevara, soldado del DM-4. Adán Guevara era vecino de nosotros. Mi mamá le daba de comer siempre que llegaba a la casa. Murió poco después asesinado por sus propios compañeros de cuartel. Eliseo Canales está vivo, y de vez en cuando se le ve visitando a sus familiares en Osicala.

Cuando llegaron a la casa, mi papá vio cómo uno de los hombres caminaba de un lado para otro, como conversando con ellas. Caminaba y caminaba y giraba en medio de ellas dos. Estuvo hablando como media hora. Y de repente, pareció que esos babosos se iban. Mi papá se alegró porque los vio alejarse de la casa. Pero cuando ya iban por donde está la sombra de un laurel, Eliseo Canales regresó. Primero le disparó a mi mamá y después le disparó a Teodora. Así dijo mi padre.

De allí, hay otras cosas feas. Teodora estaba embarazada. También tenía un hijo de tres o cuatro años, Armandito, que en ese momento estaba dentro de la casa, junto al güirrito de mi hermana Carolina, Willito, que tenía como seis años. Ellos se quedaron detrás de la puerta y lo oyeron todo, la discusión y los balazos. Armandito era muy pequeño y no podía hablar mucho, pero Willito sí mencionaba algunas de las palabras de cuando las insultaban. Que les decían viejas putas, y que mencionaban a las LP28, una organización campesina que había, y preguntaban dónde estaban los comandantes. Tuvieron suerte, porque si los militares hubieran abierto la puerta en ese momento, o ellos hubieran gritado o llorado, los hubieran matado también.

Luego vino el velorio, con los rezos, los cantos que generan tristeza. El llanto de mis hermanas, creo que es lo que más me dolió. Allí fue que mi papá dijo:

— Vamos a enterrar a estas mujeres en el panteón. Pase lo que pase.

Mi papá asumía el riesgo del entierro. Y sí era arriesgado: el panteón estaba como a cuarenta minutos de la casa, caminando despacio, y Osicala

quedaba en medio. Osicala, en donde estaban los puestos militares. Ya en ese momento se hablaba mucho de los orejas, que le ponían el dedo a cualquier persona, fuera o no guerrillero. Pensamos que la gente no tendría el valor de acompañar el entierro hasta el panteón. De hecho, traer los ataúdes fue un gran problema porque nadie quería hacerlo. El que lo hiciera mostraría que estaba apoyando a la familia de mi papá. El que se atrevió fue un familiar, don Victorino, que rodeó todos los retenes y logró traer escondidos los ataúdes. Se aventó toda una faena. Los ataúdes eran celestes porque varios días antes, mi mamá les había dicho a mis hermanos, que si a ella la mataban un día, le gustaría que le consiguieran un ataúd celeste.

Llegó el momento de retirar los ataúdes de la casa. Recuerdo a Miguel, el esposo de Teodora, llorando sobre el ataúd de ella. Le decía:

— No te preocupés Dorita. Pronto vamos a estar juntos en el cielo. No tomamos la calle principal que lleva a Osicala, sino un camino estrecho. Para llegar al panteón por allí, se cruzan unos potreros, luego un lalaj blanco como de talpuja y un mezcalar. Viene entonces un tramo sobre una callecita pedregosa y una quebrada. Luego hay una planicie donde se forman charcos en invierno y se oye ruido de ranas. Al cruzar un desvío, cerca de unos palos de marañón, por allí queda el panteón.

Lo asombroso del entierro fue que, a pesar del clima de terror, la gente acudió. Ese camino se convirtió en una verdadera calle, por la multitud que salió y apoyó. Se formaron tres filas: una de mujeres, una de hombres y una de niños. Era un entierro con miedo, pero se convirtió en un desafío a los militares. Había gente que traía armas caseras en caso de que la Guardia asomara. Ya en el panteón, mi hermana Carolina tomó un megáfono y combatió a los guardias. Habló contra los militares y los comandos, y les echó la culpa al Gobierno y al presidente por ese crimen tan bochornoso y cobarde. Y prometió mucha lucha, mucha lucha. La arenga de Carolina ayudó a mucha gente a no tener miedo.

Dorita y mi mamá quedaron en la misma tumba. Después del entierro, nadie pudo darle mantenimiento o ponerle flores el día de los difuntos. Y es que si andabas enflorando la tumba de alguien que había sido acusado de guerrillero, te podían matar. Además, el panteón de Osicala se convirtió en una posición militar muy vigilada. Por eso ya no existe esa tumba. Como

referencia, sólo quedan las sombras de tres amates que cubren el área donde las enterramos. Y queda el recuerdo bonito de que el pueblo te acompañó.

Hace poco hablé con doña Amalia, que creo que era de la familia de Miguel, y le pregunté:

— Y usted, doña Amalia, ¿fue al entierro de mi mamá?

— Cállese, que yo ese día tuve que echarme unos tragos. Me eché unos tragos y agarré valor. Sentí el calor y me dije que durante el entierro de su mamá, yo no me quedaba en mi casa. Después de esa gran barbaridad que habían hecho esos hombres, lo menos que podía hacer una era apoyar en el entierro.

Regresamos a la casa, con el miedo que implica volver a un lugar que ha sido tocado por el crimen y la muerte. El clima de terror y de cateos siguió. Unos días después, mientras estábamos fuera, llegaron los cuilios y le dieron vuelta a la cocina, a las camas, a los colchones. Buscaban armas y guerrilleros debajo de cualquier cosa.

Me acuerdo de un ruido bien feo que producía un helicóptero, el “cola seca”. Así le decíamos.

— ¡Ahí viene el cola seca! — decía la gente.

Volaba bien cerca de las casas mientras los militares andaban disparando y buscando a gente. Y si a la gente la encontraban, ya se sabía que la iban a matar. En ese tiempo ya eran grandes despliegues militares, como si eso fuera una zona de combates, como si estuvieran combatiendo a gente armada y no a gente corriente que sólo trabajaba. Así se sentía el clima.

Los orejas seguían denunciando gente. Ellos vivían su mejor momento. La Guardia, los militares y Defensa Civil les obedecían para matar a cualquier persona. Por eso, por envidia, o por algún odio personal, te podían poner el dedo. Les decían también los “pone dedo”. El que se hubiera peleado con otro por una vaca, una gallina o una carta de ventas, podía ser denunciado como guerrillero y asesinado. Así mataron a Máximo Sorto, que era hermano de mi papá por parte de su padre. Don Máximo tenía una tienda de abastos que funcionaba bien. Pero un señor Abraham, por envidia, fue a contar que había visto guerrilleros salir de su casa. A don Máximo le llegaron amenazas, pero se las tomó a broma. Sus amigos le pidieron que

se alejara del pueblo, y se fue a trabajar unas tierras que eran de él, allá por Jalacatal, San Miguel. Su error fue llevar a unos mozos de Osicala. La Guardia llegó hasta él, y lo mató. Cualquier excusa era buena para matar. Había una señora muy cercana a la familia que había confeccionado las mortajas de mi mamá y de mi hermana. Los paramilitares se enteraron de eso y la mataron. Aquello era miedo sobre miedo y muerte sobre muerte.

A Doroteo León, también hermano de mi papá, lo mataron a pesar de que estaba en contra de la guerrilla. Él siempre criticaba a mi papá. Le decía que no apoyara esas cosas contra el Gobierno porque contra las fuerzas armadas no se podía lograr nada. Que no anduviera en eso, le decía a mi papá, y mi papá le contestaba:

— Es que en estas cosas no anda nadie porque quiere. A uno lo obligan.

Y tenía razón. A Doroteo León lo mataron por ser hermano de mi papá. Se habló de un muchacho que se llamaba Juan Sánchez. Él iba en un bus que los comandos detuvieron. Y mientras revisaban a los pasajeros, él les gritó:

— ¡A los hombres y las mujeres se les respeta, hijos de puta!

Sacó una nueve milímetros, mató a un soldado e hirió a dos. Otro soldado, montado sobre la parrilla del bus, le disparó y lo mató. Parece que luego, un oficial dijo que si en Morazán había veinticinco más como ese hijo de puta, se iba a poner seria la cosa.

Mis hermanos Carolina y Juan empezaron a tener un papel muy fuerte en la organización. Juan al principio no quería organizarse, pero cuando vio lo que nos había pasado sin ser guerrilleros y sin andar armados, le entró de lleno al movimiento. Él tenía como unos 26 o 27 años y Carolina, quizás unos 25 años. Jugaron un papel bien fuerte en la zona. Nosotros, los más pequeños, seguimos en la casa con mi papá, pendientes de los movimientos de los militares. A mis hermanos mayores ya no los veíamos mucho. Nos visitaban cuando se sentían más en seguridad.

Un día, recuerdo que el maíz ya estaba para hacer atol, nos reunimos todos en la casa. Estábamos alrededor de la mesa, ya listos para comer, cuando Juan se quedó viendo hacia la vereda que venía de Osicala y dijo:

— ¡Hijos de puta, ahí vienen los guardias! Záfense suavcito; no den

mucha malicia. Sálganse despacito detrás de la casa, y corran por el cañal.

Todos empezamos a movernos. Cuando ya íbamos por mitad de la casa, listos para aventarnos por una ventana, empezó en estruendo de las ráfagas. Las mismas ráfagas que oímos cuando mataron a Tunito, con las balas pegando en las paredes, pegando en el enteado de la casa, pero más fuerte todavía.

Mi papá me llevaba de un bracito y yo cargaba su mochila. Cuando saltó por la ventana, pegó con la frente en el marco y se le cayó el sombrero. Se dio cuenta y volvió a buscarlo. Eso, en medio de la balacera. Mi hermana le gritó:

— ¡Váyase a la mierda, papá! ¡Qué putas está recogiendo sombreros!
¡Váyase a la mierda!

Dejó botado el sombrero, y nos metimos al cañal. Luego se calmó la balacera. Nosotros ya habíamos llegado a la quebrada y tomado una vereda que pasaba por un cultivo de una vara que le dicen vara de tuza, que sirve para hacer casas. En ese varal me escondí yo. Me puse detrás de una piedra, y me aterré con hojas.

Pero capturaron a mi sobrino Gerber. Oí sus gritos, y en los gritos me llamaba a mí. Entonces yo le contesté. Llegó al filo de la quebrada y me gritó:

— Dicen los guardias que salgás, porque si no salís me van a matar.

Agarré la mochila, y salí.

— ¿Dónde están? —le dije yo.

— Allí arribita están —dijo él.

Arribita estaban los guardias. Nos estaban observando, y a cualquier movimiento nos hubieran disparado.

— Vamos —dije yo.

Fuimos hacia ellos y llegamos a los palos de quebracho que estaban detrás de la casa. Nos empezaron a golpear. Uno de ellos nos empezó a preguntar dónde estaban los comandantes, y nosotros le dijimos que no sabíamos de comandantes.

— ¿Y dónde están los campamentos?

— Yo no sé de campamentos —le dije yo.

— Hijos de puta —dijo el guardia— bien adiestrados tienen a estos bichos

cerotes para que no hablen. ¿Y los demás para dónde corrieron?

— Yo no sé. Yo nomás corrí cuando oí la balacera.

Como no les dimos respuestas a lo que preguntaban, nos golpearon todavía más. Nos llevaron al patio de la casa, que estaba cubierto por la sombra del conacaste, y nos golpearon con la boquilla del fusil, con la culata del fusil, con el plano de un corvo que tenía la empuñadura en forma de águila. Y nos tumbaban al suelo de un golpe, y nos levantaban del pelo y nos volvían a golpear. Me acuerdo de un moreno que tenía la cara como si no fuera normal o como si estuviera drogado. Él era el que más nos golpeaba y el que más se había enfurecido.

Nosotros teníamos ya bien morado el lomo y las costillas. Pero se enfurecieron todavía más cuando abrieron la mochila y encontraron dos bombas hechizas. Eran dos bombas de contacto de las que la guerrilla hacía con pólvora, hierros y tiro. A mi papá le habían dado dos. No sé cómo se le ocurrió guardarlas en la mochila. Tuvimos suerte porque esas cosas, si se caían de un sólo, de un sólo estallaban. Con que cayeran de una altura de treinta centímetros estallaban. Cuando el guardia revisó la mochila, lo hizo con cuidado. Si no, nos hubiera matado a nosotros dos, y los guardias también se hubieran muerto.

— ¿Y esta mochila de quién es?

— Es de mi papá —le dije.

— Mirá qué viejo hijo de puta. Mirá lo que anda. Ya van armados.

El guardia me tendió una bomba y me dijo:

— Tomá, tirásela a la casa. —Yo no la quise agarrar—. Tomá, talvez ya te hayan enseñado a tirarla.

Pero yo no la agarré porque no sabía lo que era. Sólo sabía que era una cosa peligrosa.

— Volteen a ver para allá —dijo, y tiró una bomba sobre el techo de la casa — ¿Y eso qué fue? —me dijo.

— No sé.

— No sabe, dice. ¡Niños hijos de puta!

Y nos siguió pegando. Luego tiró la segunda bomba. Las dos bombas de contacto rompieron unas cincuenta tejas de la casa.

De la mochila sacaron unos lentes que mi papá llevaba y los hicieron pedazos. Sacaron unos frascos de medicinas para no sé qué dolor, y los

pedacearon también. Luego acuchillaron la mochila con los machetes. Y como nosotros seguíamos sin contestar a sus preguntas, se enfurecieron más. Nos siguieron golpeando. Después, nos hincaron en el patio de la casa, con las manos en la nuca.

— Arrodíllense allí y pónganse las manos en la nuca, dijeron. Como no quieren hablar, aquí nomás van a quedar.

Sólo nos vimos con Gerber, con la angustia de que ya sólo esperábamos los balazos. Pasaron los segundos, y luego varios minutos, y no hicieron nada. Entre ellos estaban secreteando.

Luego nos llevaron a un lugar donde mi hermano Chepito tenía una tomatera. Le gustaba ese lugar porque decía que el tomate se daba bien allí, al pie de un peñón. Nos pusieron boca abajo, con las manos en la nuca. Manipularon los fusiles. Sentimos que esta vez sí nos iban a disparar. Entonces dijeron.

— Ojalá levanten la cabeza. Ojalá volteen a ver para algún lado.

No sentimos nada. Pasaron quince o veinte minutos. Ya no se oían voces.

— Quizás ya se fueron —dijo Gerber.

— No, no nos movamos —dije yo.

Pasó media hora. Levantamos por fin la cara, con miedo, y ya no vimos a nadie. Ya se habían ido.

La vida fue cada vez más difícil. Ya no era eso de que te incorporás a tu trabajo y sólo te preocupás de los cultivos. Allí, cualquier salida, a buscar una vaca, a buscar leña, a hacer un mandado, se hacía con cuidado y mucho temor. Ya no podías ir adonde tu tío, o adonde fulano a jugar un rato, a divertirte con tus amigos. Según las informaciones que le llegaban a mi papá desde el pueblo, dormíamos o no en la casa. A veces nos íbamos a dormir en cuevas, o en el monte, o donde había parras de bambú, o a la orilla de las quebradas. Otras veces los niños nos quedábamos con Pasita, la esposa de Juan, mientras mi papá se quedaba en el monte.

En una de esas salidas de la casa, fue que mi papá oyó la voz de mi madre. Eran como las diez de la noche; él ya estaba acostado cuando sintió que un animal le saltaba sobre el cuerpo. Se levantó, encendió la linterna, pero no vio nada y se volvió a acostar. A los pocos segundos sintió que aquello se volvía a mover y saltaba como un gato. Nuevamente quiso ver,

pero no vio nada. Y cuando se volvió a acostar para dormir, sintió la voz de mi madre que le decía:

— Valerio, Valerio, Valerio. . .

Se sentó a escuchar la voz que le hablaba:

— Mataron a Monseñor Romero.

Mi papá no lo sabía, pero eso es lo que había pasado ese día. Esto dice mucho de cómo ellos se compenetraban escuchando a Monseñor Romero. Cuando mi papá me lo contó, a mí me dieron ganas de llorar.

A mis hermanos mayores ya los veía muy poco. Ellos se movían por distintas áreas: La Alejandría, Agua Zarca, El Limón, La Montañita, El Huilihuiste, todos esos lugares aledaños a Delicias, Gualococti y Osicala. El Ejército comprendió rápido la capacidad organizativa que tenía Carolina. Ella tenía mucho prestigio. La gente sabía lo que había sufrido su familia. Por eso los militares empezaron a hacer campañas contra ella. En sus emisoras, decían que la habían matado, o con megáfonos, voceaban que a esa guerrillera le habían cortado un brazo o una pierna. Nosotros nos acostumbramos a esas mentiras. Nunca las creímos. Simplemente, eran parte de ese clima tan cargado de cosas, cateos, helicópteros, persecuciones, capturas.

Como un mes después de lo de mi mamá y de mi hermana, mataron a Miguel. Lo que él había dicho sobre el ataúd de Dorita resultó ser como una premonición. Ese día, Pasita, que era hermana de Miguel, me mandó a llevarles una matata de tamales a don Rómulo y doña María, sus padres. Ellos vivían en el caserío Los Hernández, que estaba como a quince minutos andando rápido. Eran algo así como las tres de la tarde cuando yo llegué. Saludé, y les dije a doña María y a don Rómulo que esas cosas se las mandaba Pasita. Doña María me dijo que me sentara, que me iba a dar café. Yo le dije que me quería ir rápido. Pero igual me senté sobre un trozo de madera en el corredor, esperando a que me devolvieran la matata. Miguel estaba allí, de pie, apoyado sobre una mesa. De la misma ruta por donde yo había entrado, asomaron como siete guardias. Arrepuntó el primero y dijo:

— Buenas.

— Buenas —le contestaron.

Señaló a Miguel con una lista pequeña que tenía en la mano:

— ¿Vos sos Miguel Ángel Vásquez?

— Sí, yo soy Miguel Ángel Vásquez.

— Prepárese porque nos va a acompañar.

Eso quería decir que lo iban a matar. Acompañar a un cuerpo como la Guardia Nacional significaba que ibas a ser torturado y asesinado.

— Está bien. Sólo voy a amarrarme los zapatos —le contestó Miguel.

Cuando terminó de amarrarse el segundo zapato, se aventó sobre la mesa y salió corriendo por una puerta trasera. Se lanzó por una ladera que llegaba al trapiche. Pero los otros guardias, que ya habían rodeado la casa, le dispararon.

Cuando oí la balacera, yo no esperé ni la matata ni nada. Por puro instinto me fui corriendo a través de una aradona. Un guardia todavía me aventó como cinco balazos. Pero como yo era chiquito y ya sabía que había que correr en zigzag, no me dieron.

Salí a una callecita que es como un camino real, dejé atrás el desvío a Osicala, y agarré una vereda que pasaba por una quebrada y luego por un trapiche que no sé de quién era, para salir por la casa de don Victoriano. Él me cuenta que al pasar yo le grité llorando que habían matado a Miguel. Y eso que yo no sabía realmente que lo habían matado. Pasé luego por un potrero para seguir recto a la casa de Pasita. Por el paso acelerado que yo llevaba, ella presintió que algo malo había pasado. También había escuchado la balacera. En esos callejones y vaguadas, las balaceras hacen eco y resuenan mucho.

Como a las cinco de la tarde varios de nosotros fuimos a ver, y se confirmó lo que yo había dicho, que habían matado a Miguel. La gente y los familiares que lo cuidaban contaron que a Miguel lo alcanzó una bala en el tobillo cuando corría hacia el trapiche. Todavía logró esconderse, pero dejó una huella de sangre. Los guardias anduvieron rastreándolo y lo encontraron porque se estaba quejando del dolor de la bala. Lo terminaron con ráfagas sobre su cuerpo, sus piernas y sus brazos. Él tenía brazos y piernas muy fuertes. Era uno de esos hombres de cantón que generan mucha fuerza física por el hecho de trabajar en los mezcalares, en la corta de café, en la jalada de caña y todo ese tipo de tareas. Doña María rompió cobijas y con pedazos de hilacha le cubrió las grietas que a Miguel le habían causado las ráfagas.

Don Victoriano me cuenta que mi hermano Hubert pasó ese día por

su casa.

— Yeyito pasó aquí bien triste — me dijo. — Pasó por el corredor, caminó por el potrero, y allá por esa altura donde hay un cerco de piedra y unos palos de nance, Hubert se sentó, y quizás hasta estaba llorando. Miguel era un gran amigo de la familia. Quizás por eso Hubert sintió esa desesperación, esa impotencia de ver que, pucha, nos están matando. ¿Y qué hacemos entonces?

Unos días después fue asesinado Ernesto, hermano de Miguel. Los paramilitares lo capturaron en Osicala y lo mataron de un tiro de gracia en los barandales del puente del río Torola. La caída del puente al río son como veinticinco metros. Luego capturaron a otro hermano suyo, Santos, en la cancha de Osicala. Lo separaron de su niñita que iba con él y lo llevaron hasta las últimas construcciones del pueblo. Sobre un potrero lo pedacearon. Eran tres hermanos, los tres civiles, que mataron acusándolos de ser guerrilleros.

Era imposible quedarse más tiempo en la casa. Ya se hablaba en ese entonces de campamentos de la guerrilla en El Limón. Mi papá empezó a enterrar cosas, los azadones, el arado, las barras, la piedra de moler, el molino para maíz. No recuerdo qué hizo con las vacas, el trapiche y las cosas grandes que no se podían trasladar. Dentro de unos botes, enterró algo de dinero pensando que tal vez podríamos regresar pronto.

Arriba de nuestra casa vivía la familia de una señora González. Ellos eran informantes del Ejército. Vivían como a doscientos metros de nosotros, pero la ubicación de su casa les permitía ver todo lo que pasaba en la nuestra. Vieron que en la casa se reunían los catequistas con mis hermanos, y puede que un informe de ellos haya convertido a nuestra familia en un blanco de la Guardia y de los paramilitares. En esos días, de madrugada, la guerrilla mató a un hijo de esa señora en su propia casa. Cualquiera hubiera podido decir que nosotros lo habíamos matado. Y eso acabó de vencer a mi papá de que nos fuéramos.

Pero ya te imaginás lo difícil que es dejar la casa, la tierra, los familiares muertos.

El día en que nos fuimos, enfurecido por todo lo que había pasado, mi papá macheteó los horcones de la casa y dijo:

— A estas mujeres las mataron como a un perro. A nosotros no nos van a matar como a un perro; a nosotros nos van a matar peleando.

Y era la voz final. Abandonábamos la casa. Cada quien agarró su mochilita, y salimos hacia los campamentos. Los chuchos nos seguían. Como sos su dueño, o sos un gran amigo de ellos, los chuchos te siguen.

Lo que es capaz de retener la memoria. . .

Alguna vez he intentado poner estas cosas por escrito, pero ahora siento que me salen mejor platicándolas. Sentí como si mi mente me dijera:

— Hablá, hablá, hablá, que ahorita es cuando tenés que hablar.

Mientras que escribiendo te tenés que frenar, volver atrás, retomar la idea. Por eso es importante ponerle chispa a la hora en que estamos encandilados.



3

Tocaba empezar una nueva vida. Yo tenía ocho años. Calculo que eran mediados del año 80 porque salimos a los campamentos como tres meses después de la muerte de mi mamá y después del asesinato de Monseñor Romero.

Pocos días después de que nos fuimos, la casa fue saqueada e incendiada. Se robaron las tejas, la madera y cortaron los árboles del terreno. Fueron los colaboradores del Ejército, a los que les dijeron que se podían quedar con las cosas de los que habían denunciado como guerrilleros. El Huilihuiste se convirtió en un lugar desolado después de tantos cateos, asesinatos y persecuciones con los listados. Había muchas casas abandonadas como la nuestra.

Llegamos a un campamento guerrillero que estaba en el terreno de un señor Julio Pérez, como a una hora caminando desde la casa. Lo que me impactó primero fue la cantidad de gente que había. No sabría decirte cuántas personas eran, pero eran muchas. No sólo eran guerrilleros. Había muchos niños, mujeres embarazadas, ancianos. Era gente de todas partes: de El Limón, Potreríos, San Simón, San Lucas o El Huilihuiste. Nos uníamos, pues, a un contingente que huía del terror; gente que acudía a la poquita guerrilla que había para defenderse de los militares. Ese era nuestro común denominador.

Cada quien andaba haciendo sus cosas: los que preparaban tapescos de

vara de bambú para descansar, los que hendían leña o destazaban vacas, las mujeres cocinando. A un lado de la casa sobresalía una gran parra de bambú debajo de la cual siempre había compas limpiando sus armas, fabricando bombas de contacto, improvisando cacerinas con pedazos de mochila, improvisando arneses y cinturones.

Las armas eran todavía muy escasas. Se veía alguna Uzi, alguna metralleta que le decían Beretta, unas carabinas M1, fusilitos 22 de dieciocho tiros. Algunos compas sólo andaban bombas de contacto. Otros tenían pistola y sobre el pecho llevaban una cananita de tiro. Mi papá tuvo que entregar una de sus dos pistolitas como un aporte al proceso, así le dijeron. Luego, los compas se la perdieron y él se enojó mucho.

Uno de los primeros días llegó un helicóptero a darnos la bienvenida. Había en ese momento una gran concentración de gente dentro de la casa de don Julio. El “cola seca” se queda volando sobre la casa, como estático y de allí empieza a rafaguear y a rafaguear y a rafaguear. Fue la balacera más tupida que yo había oído. Las balas polvoreaban las paredes y el tejado. A pesar de que había mucha gente metida dentro de la casa, en el corredor y en los cafetales alrededor, no mató a nadie. Sólo a una señora que le decían o le dicen —no sé si todavía está viva— ña Nacha, una bala le atravesó el brazo, pero sólo le tocó la carne. Fue bien extraño: por la forma en que el helicóptero polvoreó el enteado y las paredes de adobe, tenía que haber matado a mucha gente.

Después de ese ataque se cavaron los tatús. Eran unos huecos de unos seis o siete metros de largo que podían albergar a quince o veinte personas. Sobre esas zanjas se ponían unos troncos muy gruesos y después una gran capa de tierra. Desde entonces fue un ir y venir: los helicópteros llegaban y la gente corría hacia estos bunkers improvisados. Ya no era un clima de amenazas, era un clima de guerra. Tenías que estar listo para los ataques de artillería y los bombardeos con bombas de 100 o 200 libras. Si no había un tatú donde meterse, había que regarse. No había que quedarse amontonados en un mismo lugar. Así, un mortero no podía dañar a más de una o dos personas. Esas cosas las vas aprendiendo con la guerra.

Cada uno tenía sus tareas asignadas. Yo recuerdo bien a Irma cocinando en medio de un gran olor a gas. A ella no le gustaba perder tiempo

prendiendo la leña, que a veces estaba mojada o húmeda, así que siempre le echaba un poquito de gas. También se la pasaba haciendo uniformes, cacerinas y arneses para los compas con una máquina de coser de la que no se separaba nunca. Mi papá era un gran hendedor de leña, y siempre le pedían cien o doscientas rajas para la cocina. Y si no, se la pasaba jalando caballos para llevar maíz y frijol a la cocina. Mis otros hermanos estaban más metidos en la organización. Siempre andaban en misiones y por eso ya no los veía mucho.

Los niños pequeños como yo no teníamos mucho que hacer. A veces hacíamos de correíto: llevábamos una nota, un aviso verbal o una comida a los postas que vigilaban los caminos. Cosas pequeñas, sin mucho riesgo, y que no nos cansaban nada. Teníamos una gran habilidad para caminar, y llevar algo a, digamos, tres kilómetros de distancia no era nada difícil. La mayor parte del tiempo nos la pasábamos jugando.

A esa edad, lo que más fluye es la curiosidad. Todo lo que está pasando te interesa y tu cabeza se llena de preguntas. Entonces vas y venís, preguntás, escuchás, mirás cómo se improvisan los explosivos y las cacerinas o cómo se mata y se lava una vaca; aprendés los nombres de las armas. Te envuelve tanta cosa que en el momento no tenés conciencia de lo que estás viviendo, de todo lo que tu cerebro va acumulando. Es una cotidianidad que te envuelve. Tus tareas las hacés y punto, sin pensar que son parte de un proceso revolucionario o una cosa así. Incluso las situaciones feas se te vuelven normales. En realidad, sentía más curiosidad que miedo, salvo en los momentos puntuales en que caían bombas y se me comunicaba el miedo que veía en la cara de los demás.

De los niños que andaban ahí recuerdo pocos nombres. Recuerdo a Julito, hijo de Julio Pérez, a Caliche y a Ricardito. Con ellos era que nos íbamos a meter al piñal del que ya te hablé. Entre la gente adulta estaban Victorio, que era mando y era novio de Carolina y Pepito, un gran amigo de la familia. Recuerdo a Javier Negro y a Isra, que se la pasaba riendo todo el tiempo. Ellos habían sido militares y se les notaba en el estilo: sabían mejor lo que estaban haciendo. Estaba Lissette, una chava morena, de cuerpo fuerte, pelo corto y mucho temple, igual que mi hermana Carolina. Ellas dos siempre hacían pareja en los trabajos de organización. Eran de las más

aguerridas y siempre andaban en misiones en las que había que caminar en zonas de peligro, plagadas de retenes. Estaban Checho y Alonso, hermanos de Benjamín que cayó en la manifestación en San Salvador junto con mis hermanos. Recuerdo a Lico, un muchacho al que le faltaba un ojo; a una muchacha brigadista, Felipa; a Lucita, la mamá de Caliche; a Guayo; a Alcides; a Héctor; a mi tío Crecencio; a mi tío Román y muchas otras caras a las que ya no sé poner nombre.

Había una señora ya grande, ña Fonchita. Siempre que escuchaba un ruido entre las hojas secas, que podía ser un perro o una tanuna cruzando, ella se asustaba y decía:

— Oy oy, oy oy, ¡ahí vienen los comandos!

Entonces los compas siempre le hacían la burla y cuando la veían le decían: “Oy oy, oy oy, ahí vienen los comandos”, y luego se reían. Pero ña Fonchita era de las cocineras más activas. Era de esas viejitas bien madrugadoras, bien luchadoras. Sus patitas siempre las andaba moviendo rápido: que a dónde iba, que dónde estaba, si estaba cocinando, si iba a buscar agua al río, si iba a traer leña, y eso que era una señora de edad ya bastante avanzada.

Uno de esos días reapareció en los campamentos el padre Miguel Ventura, y cuando mi hermano Juan lo vio, se exclamó:

— ¡Putá, padre cabrón, qué tiempo de no verte!

Y mi papá regañó a Juancito por la falta de respeto.

— No se preocupe don Valerio —le dijo Miguel Ventura—, yo ya conozco la forma de ser de su hijo.

Lo de Juan era una cosa muy espontánea, como recordando los tiempos en que Miguel Ventura concientizaba a los jóvenes del cantón en nuestra casa.

También llegaba a los campamentos el padre Rogelio Ponseele, un cura belga que todos respetaban y admiraban. Era un hombre fuerte, alto, rubio, con mucha serenidad y mucha sonrisa, que saludaba a todos con la misma humildad. Todos los días se levantaba a las cuatro, hacía sus ejercicios, y a las cinco ya iba de camino a las comunidades o a los campamentos con su mochila bien puesta y su Biblia bajo el brazo. Nunca aceptó un fusil de la guerrilla. Decía que su única arma era la verdad que él llevaba, y que esa verdad sólo se podía defender con la verdad. Era de esta gente que dan aliento y saben ponerle humor cuando la situación está tensa. Rogelio

Ponsele se ganó el respeto de todos los compas a pulso.

Algunos compas tenían un radio y ponían música. Se escuchaban las rancheras de los Tigres del Norte y de Vicente Fernández y canciones de Camilo Sesto y José Luis Perales. Y me acuerdo de una canción de Emmanuel que decía:

*Todo se derrumbó dentro de mí, dentro de mí
Hasta mi aliento ya me sabe a biel, me sabe a biel
Mira mi cuerpo cómo se quiebra
Mira mis lágrimas cómo no cesan por ti.*

Siempre que se podía, si no había operativos o bombardeos, se escuchaba música.

En el campamento había un niño que le decían Chocoyo. Tenía una armónica y la tocaba con la nariz. Y eso a mí no me gustaba porque hubiera querido sacarle la armónica prestada para intentar tocar yo algo, pero como la tocaba con la nariz, ya no me daban ganas de soplarla.

Cada día se organizaban turnos para ir de posta a los cerros desde donde se podían observar los movimientos del Ejército y de la Guardia. Día y noche se mantenían postas en el cerro de la Curcucha, por si las tropas venían desde Delicias, y en el Picacho, cerca de El Huilihuiste, por si venían desde Osicala. Los postas llevaban bombas de contacto que reventaban cuando veían llegar al Ejército para dar el aviso al campamento.

A mí me gustaba ir con mi hermano Juan cuando era su turno de posta. A él no le agradaba tanto que lo acompañara porque lo podía distraer, pero a veces me dejaba. Yo aprovechaba para preguntarle muchas cosas. Siempre le preguntaba cuando regresaríamos a casa.

— Pronto Chiquillo, pronto vamos a regresar a la casa.

Él siempre me daba esa esperanza. Una noche estuvimos cuidando la calle que va hacia El Limón. Le pregunté sobre unos pájaros nocturnos que parecían murciélagos y que volaban sobre el pedrero del camino.

— Ese pájaro es el pucuyo, que de día se adhiere a los árboles para descansar, y en la noche, a la hora de la oración, se convierte en un pájaro que guía a la gente. Cuando vas por el camino, él va adelante como si te guiara, y en su canto dice: “Caballero”.

Cuando sonaban las bombas de contacto, era la señal: todo el mundo a preparar su mochila, a reunir los peroles de la cocina y todo lo que fuera posible llevar cargado, para salir huyendo. “Guindas” les llamábamos a las huídas repentinas. Se convirtieron en parte de la cotidianidad. Durante los operativos del Ejército, toda la población civil nos íbamos a un lugar más retirado al que le dicen la loma de la Ceiba. O si no, nos íbamos a La Conejera, a La Alejandría o al cerro La Campana.

De esas huídas por caminos empinados recuerdo muy bien el olor a chichicaste. Las ramas de ese monte se trababan en las mochilas y la ropa, echando un olor bien propio. Todavía lo tengo bien presente, y lo relaciono con las guindas y con el silbido de los morteros.

El zumbido del viento cuando golpeaba la caja de los fusiles se oía uuuuuuuuh, y eso me recordaba cuando mi papá llamaba a las vacas en el potrero soplando un cacho de vaca. Cuando las vacas oían ese llamado, iban adonde estaban los barriles de agua, y sabían que mi papá les iba a dar sal o comida.

Mientras huíamos, algunos compas, un grupito de diez o doce, se quedaba para contener el avance del Ejército. Contener no era combatir por una hora o dos horas: no había grandes combates en ese tiempo. Consistía sólo en abrir fuego, y si se le causaba un herido o un muerto, pues se entorpecía el avance de la unidad militar. Nosotros oíamos las balaceras y sabíamos que los compas estaban peleando contra los cuillos.

Estas escaramuzas también servían para ver cuáles eran las intenciones del Ejército, y así mover a la población al lugar más seguro. Los que más problemas les dábamos a los compas éramos los niños por ser más lentos a la hora de correr, o a la hora de protegernos de un fuego de artillería.

Cuando la zona se volvía muy conflictiva, los desplazamientos eran bien cuidadosos. Y es que en esas rutas podían haber emboscadas de guardias y comandos que sabían por dónde nos desplazábamos gracias a los informes de los orejas. En los lugares peligrosos, había gente adelantada explorando para estar seguros de que no se ponía en riesgo la vida de la gente. Los guías conocían muy bien los movimientos del Ejército: sabían dónde se mantenían los soldados, dónde podían tender emboscadas y a qué horas se podía mover a la población sin tanto peligro. Muchas veces había que caminar de noche y en silencio. Hasta se les pedía a las mamás que los

niños de pecho no lloraran tanto. Por eso ocurrió lo de los perros.

Un día, un mando dijo que ya no estaba permitido tener perros en el campamento porque nos podían delatar a la hora de un desplazamiento. A los chuchos los ahorcaron uno por uno con un sólo lazo, y los fueron tirando a un hoyo. En ese hoyo quedaron los chuchos de la casa, la Canela y el Nerón. Te imaginás, para un niño que había andado con esos chuchos en las zanateadas, en la buscada de leña... Perder a los chuchos fue como perder a un miembro de la familia.

Ese ir y venir, huyendo del Ejército en las estribaciones del cerro Cacahuatique duró varios meses. El Ejército armaba sus operativos, rastrillaba la zona, y luego se retiraba. Nosotros podíamos entonces volver a los campamentos y retomar la rutina. Pero esos desplazamientos, con tanta población, no eran fáciles. Además, ya empezaban a haber heridos. A ellos siempre los movían primero cargados en hamacas tendidas entre dos largueros.

Con nosotros había brigadistas y médicos para atenderlos. Recuerdo las heridas de mortero. Podías ver los huecos que dejaban las esquirlas cuando les quitaban las gasas a los heridos. Huecos sobre el pecho, los brazos, las piernas que a veces eran tan hondos que cuando los estaban limpiando, les entraba toda la pinza. Era escalofriante ver eso. Las brigadistas no dejaban que los compas vieran sus heridas porque eso los podía angustiar más. Las curaciones eran bien duras porque no siempre se tenía anestesia. Sólo se tenían cosas muy básicas, pinzas, gasa, agua oxigenada, pomadas, alcohol, algodón. Entonces, a los heridos les ponían un trapo en la boca para que mordieran y se mantenía su mirada lejos de la herida. Pero se notaba que era horrible.

Un día de invierno, un muchacho que iba para la letrina se resbaló y al caer le estallaron dos bombas de contacto que llevaba en la espalda, debajo de la camisa. Cuando ya lo habían recostado sobre un tapesco, en su agonía, les pedía a los compas que lo mataran. Sobre su panza se podían ver los orificios de las esquirlas. Él lloraba, se veía mucho dolor en su rostro. Los compas se miraban unos a otros, pero nadie lo quería matar porque era un compañero. Se sentía esa incapacidad de ayudar a alguien que necesita ayuda. Es bien fuerte ver eso. Al final ese chavo murió. Sólo

recuerdo que era de Chilanga y que había llegado al campamento junto con otro muchacho, Chombo, que era flaco, alto y de dientes grandes.

Mi hermano Hubert también estuvo a punto de matarse con esas bombas de contacto. Iba a una misión a Osicala con dos bombas en las manos, cuando se resbaló. Pero todavía, mientras caía, pudo aventarlas lejos y se salvó.

Las guindas eran muy duras para las mujeres embarazadas. Te imaginás, estar a punto de dar a luz y andar huyendo, a veces de noche, sin poder encender linternas, o bajo el fuego de artillería. Pero en ese tiempo las mujeres eran bien valientes. Para dar a luz, sólo buscaban un lugar apartado donde nadie las viera, en medio de una robleda o de una pineda. Luego seguían caminando. Flora, una muchacha de San Lucas, parió a su hijo en esas condiciones. En la comunidad donde yo vivo, así como de broma, hablando de algunos chavos que hoy tienen veinticinco o veintiocho años, se dice:

— Ah, este fue parido en una guinda.

Se dice en broma pero es verdad, y se sabe por sus madres que han contado cómo se las arreglaron en esa situación.

La ventaja que tenías en el cerro Cacahuatique es que allí encontrabas abundante agua. Siempre había una fuente, un riño, una quebrada, un pozo o cuando menos, alguna cañería del servicio de agua. Las compas tenían prioridad en el uso del agua. Algo que afectaba mucho a las mujeres en las guindas era la menstruación. Por eso tenían prioridad para que lavaran su ropa, las mantillas si llevaban niños pequeños, y para que se bañaran ellas.

Una vez, durante un operativo del Ejército, doña Teófila, la abuela de Guayo, no quiso salir en guinda con nosotros. Pensó que por ser anciana, el Ejército no le iba a hacer nada, y por eso no quiso irse de su casa, que era un ranchito de zacate. Los soldados lo incendiaron con ella dentro. Cuando los compas volvieron, la encontraron carbonizada.

Durante los operativos, dormíamos en el suelo, a veces con la mochila y los zapatos puestos, listos para huir. Si era invierno, armábamos unas champitas improvisadas con plástico. Si era verano, bastaba con la hojarasca

de un cafetal para tender un nylon y dormir. Se sentía bien calentito, pero ya no era la camita donde mi mamá me abrazaba cuando sonaban los truenos.

Recuerdo la loma de la Ceiba, uno de los lugares donde nos refugiábamos. Allí había un cerco de piedra que dividía dos terrenos, y a lo largo de ese cerco, la gente se regaba cuando había fuego de artillería. Se oía entonces el silbido de unos obuses, los de 105. No siempre estaban bombardeando nuestra posición, pero de todas formas había que protegerse. Los compas con más experiencia decían:

— Cuando la granada va a caer cerca de donde estás, la salida se oye más suave. Y cuando la granada va caer más lejos, la salida se oye fuerte.

Entonces, cuando la salida se oía suave, sabíamos que había que protegerse más, porque las granadas podían caer sobre un árbol, y si caen sobre un árbol, te bañan las esquirlas, y si caen sobre el cerco, el cerco te protege; y si caen en un callejón, las explosiones hacen mucho eco. Y cuando caen cerquita, dejan un gran tufo a pólvora, ramas cortadas y unos huecos de metro y medio de radio. Unas veces tiraban de tarde, otras a mediodía y otras de madrugada.

Cuando arreciaban los operativos, la comida se racionaba, aunque, como yo era niño y los niños teníamos prioridad, nunca lo sentí realmente. Quizás por eso no recuerdo si alguna vez hubo escasez de comida. Sopa de frijol, arroz, carne de res, esas son las cosas que más había.

Las redes de población civil abastecían los campamentos con azúcar, queso, frijoles, maíz y otras cosas básicas para la cocina. Se tendieron varias redes de manera a que, si la comida no podía llegar de Osicala, que llegara de Delicias, y si de allí tampoco, que llegara de Gotera. La idea era asegurar al menos dos tiempos de comida.

Carne de res había casi siempre. Los compas les decomisaban las vacas a los orejas y a la población que colaboraba con las fuerzas armadas. Era como una forma de hacerlos colaborar con la guerrilla. A veces pasaba que cuando los compas estaban destazando vacas, llegaban los aviones o sonaban las bombas de contacto que avisaban de un avance del Ejército. Entonces les tocaba cortar rápidamente lo mejor de la carne y dejar esa babosada tirada para salir corriendo.

Llegó la noche en que la guerrilla le dio un golpe fulminante al Ejército.

Fue el primer gran vergazo a los militares en las estribaciones del cerro Cacahuatique. Fue como decirles a los cuilios: “Hijos de puta, cuando se metan al Cacahuatique, le van a tocar los huevos al tigre”.

Nosotros estábamos durmiendo en la loma de la Ceiba. Habían llegado informes desde la población civil según los cuales se preparaban operativos. Como a las once de la noche llegó uno de los mandos, Victorio, y nos gritó:

– Hijos de puta, durmiendo están y los cuilios ya vienen para acá. Todos levántense y estense alertas.

Escogió como a cinco o seis entre los cuales iba mi tío Crecencio para poner una emboscada a la altura de La Curcucha. Llevaban una carabina, un par de fusiles 22, unos matates con bombas de contacto y un abanico que habían traído desde Meanguera. Los abanicos eran unas minas para vehículos militares que pesaban más de una arroba.

Nosotros nos levantamos y caminamos como media hora subiendo la loma. La Luna estaba tan clarita que parecía de día. Luego nos volvimos a acostar, pero con la mochila puesta y los zapatos amarrados.

Como a las doce de la noche o a la una de la madrugada, se escuchó un rumor de motores. Era el zumbido característico de los camiones Magirus que transportaban tropa. Y en eso se oyó una explosión estremecedora, como nunca había oído yo en mi vida. Ya había oído explosiones fuertes, como la de los morteros, pero nunca un estruendo como ese. La gente dijo:

– Ya les explotó el abanico a esos malditos.

Luego se oyeron las explosiones más suaves de las bombas de contacto y después un fuego de fusilería con cierta pausa.

Cuando Victorio y los demás volvieron, contaron que aquello había sido una gran masacre. Y eso, a pesar de que la operación había empezado mal: cuando estaban preparando la emboscada, uno de los compas le quiso pasar una bomba de contacto a otro, pero se le cayó y explotó. Tuvo que retirarse herido.

Luego llegaron los camiones. Eran tres: un camión de policías, un camión de guardias nacionales y un camión de comandos. El que venía adelante era el de guardias. El abanico le dio de lleno a la carrocería. El camión rodó un buen trecho, matando a los que no habían muerto por la explosión.

Con las bombas de contacto los compas le dieron al camión de policías. Sólo los comandos pudieron reaccionar y le acertaron un balazo en la mano a mi tío Crecencio, y eso fue porque los compas, ya sin munición, todavía se quedaron tirándoles piedras.

Parece que los militares tuvieron como sesenta muertos esa noche. Una maestra de Yoloaiquín contaba que al día siguiente, esos babosos se avergonzaban de ir a recoger a tantos muertos. Y es que a ese Ejército, que se las llevaba de muy macho, de repente le tocaba cargar con tantos muertos chorreando sangre por la calle. Les dio mucha vergüenza volver a la sede de Gotera con todos esos pedazos de piernas, de brazos, de cascos, de armas.

Después de la emboscada, mi tío Crecencio se puso a tomar. Un oreja lo encontró bolo por La Haciendita, le quitó la pistola, lo mató y salió corriendo. Pero en esa misma ruta había un retén de compas a los que les pareció sospechosa la carrera del muchacho. Además, habían oído los balazos. Le mandaron el alto, y cuando agarraron la pistola, vieron que olía a pólvora. Caminaron con él por la calle hasta que encontraron a Crecencio muerto. Allí mismo mataron al oreja.

Para esos días, la guerrilla capturó a Tacho, otro hijo de María González, de la que ya te hablé, la vecina que colaboraba con el Ejército. No sé cómo contarlo...es bien gacho. Y es que a este Tacho, vi cómo lo estaban torturando con una tenaza. Lo habían capturado los compas en una construcción cerca de Oscalea. Lo subieron al campamento y allí lo estuvieron torturando para que dijera a qué personas había denunciado. Con una tenaza le agarraban el cuero de las costillas y se lo retorcían como cuando retorces un trapo que acabás de lavar. Me acuerdo de que el chavo gritaba. Le pregunté a mi papá que por qué le hacían eso a Tacho. Me dijo que ese era un oreja, que había entregado a bastante gente y que por su culpa habían matado a muchos. Luego mi papá me dijo:

— Vámonos.

Y me apartó de allí para que no siguiera viendo eso. Pero sí se te queda esa imagen bien fuerte de un hombre gritando. Luego a Tacho lo mataron.

La política con los orejas cambió después y salvo que fueran colaboradores del Ejército muy reconocidos, ya no se les mataba. Se tomaba una medida

de expulsión de la zona. Si no querías colaborar con la guerrilla, no estabas obligado. Pero lo que no se permitía más era que siguiera habiendo orejas entregando gente o señalando dónde estaban los campamentos.

Poco a poco, la guerrilla se iba haciendo más fuerte. Ya se veían grupitos de doce o quince compas más aguerridos, mejor equipados y armados. Había movimientos en los que se iba a buscar armas por el lado de La Unión. Eran misiones complicadas porque los compas tenían que pasar por lugares que no conocían bien y donde había escasez de agua. En una de esas, un primo mío fue desaparecido por una bomba de quinientas libras en el cerro Conchagua. El Ejército usó allí fósforo blanco y napalm, unas cosas que prenden hasta las piedras.

A medida que la guerrilla se iba equipando, el Ejército presionaba más. Había más operativos y más bombardeos. Eran momentos de mucha tensión en los que todo se volvía sospecha. Encontrarte a algún poblador sofocado te ponía a pensar: “¿Y este por qué está nervioso?” Cualquier latido de chucho te paraba las orejas. La guerrilla y la población se trasladaron entonces a la zona de Pueblo Viejo, que ya no es jurisdicción de Osicala, sino de Gualococti.

En ese tiempo caían unos aguaceros tremendos que podían durar dos horas, en medio de temporales que duraban una o dos semanas. Pero eso no era obstáculo para los desplazamientos, y menos para los niños que estábamos acostumbrados a chapalear en los charcales, en los ríos, en los potreros. Para nosotros era más divertido con lluvia. Recuerdo unas fincas de café, los beneficios de Sinforoso, en donde siempre soplaban el viento. Eran lugares poco poblados y las casas eran bien poquitas. Los cafetales se ponían muy oscuros cuando caía la tarde. Para caminar de noche teníamos que ir bien pegaditos unos a otros o ir agarrados de la mochila del que iba adelante, porque si no, uno fácil se perdía. En esos lugares, a saber dónde se hallaba la comida, pero a veces había que esperar y esperar y esperar a que llegara.

Para dormir, buscábamos algún cerro que nos diera la ventaja. Cada quien improvisaba su champita, un cuadrilátero pequeño rodeado por una zanja que permitía que el agua corriera hacia los lados y no te mojara la espalda.

En un campamento de San Lucas había unos grandes patios de cemento en donde los cortadores regaban el café para que se secara, y unas pilas con abundante agua. Recuerdo a mi hermana Carolina bañándose en esas pilas, con el pelo de ella echado para adelante. El olor del jabón Lux siempre me lleva de vuelta a ese lugar, cuando Carolina se bañaba y me decía:

— ¿Ya te has bañado? Porque si no, vení a bañarte. Y quitate la ropa, yo te la voy a lavar.

Mi hermana siempre se preocupaba porque yo anduviera algo en la mochila, un pan dulce, una pasta dental o un cepillo, que de todas formas no usaba, o mi jabón Lux como el de ella. A veces me decía:

— ¿Andás dinero?

Si yo no andaba, ella me daba dos o tres pesos, que en ese tiempo era bastante. Con eso podía comprar galletas, dulces, churros o alguna gaseosa que traían desde Gualococti o que se conseguían en las tiendas.

Carolina aprovechaba cualquier espacio para que mejorara mi lectura y mi escritura. En la escuela apenas había aprendido el abecedario. Ella buscaba algún cuaderno para que yo me pusiera a escribir. Con mi hermana, recuerdo haber aprendido a formar palabras e incluso a articular frases. También me decía que tenía que tener mucho cuidado con las armas, que eran peligrosas y que se podía matar uno mismo manipulándolas. Decía que podía preguntar todo lo que quisiera, pero no tocarlas.

En el campamento se organizó un pequeño taller de prensa y propaganda en el que trabajaba Carolina. La recuerdo, entre el olor a tinta, haciendo volantes con llamados a la población para que se incorporara a la lucha contra la dictadura y consignas contra el Gobierno.

La familia estaba dispersa, cada cual en sus tareas. Mis hermanos podían estar en cualquiera de los campamentos. Cuando los veía, nos abrazábamos, pero eso sólo ocurría de vez en cuando. Carolina y Juan la mayor parte del tiempo estaban en misiones en las que había que caminar mucho, organizando a la población. Hasta Romeito, Pajarillo, estaba demasiado ocupado para jugar conmigo como antes. Él hacía de enlace entre los campamentos, y si alguna vez pasamos un tiempo juntos,

ha de haber sido muy leve: no habrá durado ni un mes ni quince días.

* * *

Yo siempre andaba con mi papá. Cuando llegamos a la zona Pueblo Viejo ya no nos quedamos tanto en los campamentos. Preferíamos, si se podía, ir a la casa de gente de la población civil. Mi papá hizo muchos amigos en ese lugar, y teníamos que ir a visitarlos. Los ayudábamos con los trabajos del campo, la corta de café, de maicillo, o en la milpa y la frijolera. A cambio, mi papá obtenía una parte de la cosecha. Incluso, algunos campesinos le prestaban unas tierras para que tuviera sus propios cultivos.

La guerrilla y la población estaban muy entrelazadas. Por eso le daban a mi papá la libertad de alejarse de la rutina de los campamentos para mezclarse con la gente de confianza, que siempre podía colaborar en algo con la guerrilla.

Era muy alegre porque la gente nos recibía con los brazos abiertos. A veces, estas familias conocían a Juan y Carolina, que eran unos grandes locos para hacer amigos, y sólo con eso, la confianza estaba ganada. En todas las casas a las que llegábamos decían:

- Don Valerio, venga a tomar café con pan.
- Don Valerio, tenemos un atolito.
- Don Valerio, venga a comer.

Nos trataban como si fuéramos familiares. Y a mí, que era chiquitito, me daban las cosas primero. Ya me conocían como el niño de don Valerio, y me daban plátanos fritos con café, o guineos majonchos, o pan dulce, o un fresco de limón. Yo era un niño que le causaba mucha gracia a la gente. Cuando por alguna razón no iba con mi papá, preguntaban:

- Y el niño, ¿no viene con usted, don Valerio?

Les hacía sentir bien vernos a mí y a mi papá, que era bien platicador.

Recuerdo que íbamos mucho a la casa de un señor don Reyes, que tenía tres hijas: Reina, Rogelia y Estela. Yo era el consentido de ellas:

- Este niño tiene que comer primero —decían.

Cuando nos quedábamos a dormir en su casa, las muchachas me decían:

- Vení a acostarte con nosotras.

Y yo me iba a acostar con ellas, y ellas me apapachaban así, me querían así, en mi inocencia pues. Me apapachaban y yo sentía ese aprecio, como si fuera el de una hermana mayor. Su mamá era Santos, y tenían un hermano, Eugenio, que ya estaba incorporado a la guerrilla.

Llegábamos también donde un señor Gonzalito. A él le ayudábamos a sembrar maíz y frijol. Don Gonzalo sabía tener molienda, y entonces mi papá le ayudaba a envolver dulce. Yo no sabía envolver dulce, pero los ayudaba acercándoles la tuza. Y ayudaba en la milpa, tameguando o recogiendo maíz cuando ya estaba tapiscado, como un pequeño trabajador.

En otra casa, mi papá se hizo muy amigo de don Santos Chicas. Don Santos y él se tenían una gran confianza para carcajear, bromear y hablar de los tiempos de antes. También compartían trabajos en la Joya del Matasano, donde estaban unos terrenos de don Santos. Hablaban de política y de la situación. Don Santos Chicas no se sentía identificado con la guerrilla. Decía que hablaba y se llevaba bien con la guerrilla, pero nada más porque la guerrilla estaba asentada allí y no porque él fuera guerrillero. Se decía neutral de cara al conflicto. Mi papá le contestaba:

— Mire usted don Santos, usted me está diciendo por qué no colabora con la guerrilla. ¿Pero, usted cree que siendo neutral, las fuerzas armadas no le van a hacer nada? Yo le aseguro que si los soldados pasan por aquí y lo encuentran a usted, no le van a andar preguntando si es neutral o no. Sólo van a decir, bueno, este anda en una zona de la guerrilla, entonces es guerrillero. . .

Y las pláticas se hacían eternas.

Don Santos Chicas tenía una hija, Natividad, que unos meses después se acompañó con mi papá. Se creó una familiaridad bien profunda con la gente de esa casa. Algunas veces llegaban mis hermanos y Native lidiaba con todos como si fueran hijos de ella. Al verlos llegar, ella adivinaba si venían sólo a visitarla y no tenían mucha hambre, o si necesitaban comer rápido. Hasta podían pedir gustos. A Romeo le gustaba el arroz curtido con frijoles y huevo estrellado. Hubert pedía también arroz curtido y frijoles pero que al huevo frito no le echara cebolla. Entonces mi papá le decía:

— Yo ya sé, jodido, por qué no querés comer cebolla.

Era para que a la hora de besar a alguna novia, no le oliera mal el aliento.

Entonces Hubert se reía suavemente, así como era él de callado y tranquilo.

Estuve hablando con Native. Ella me dice que sí se acuerda de mí en esos días. Dice que andaba yo bien panzoncito, con mi mochilita y una gorra roja, y que le decía a mi papá:

—Hoy van a destazar en tal lugar y quiero que me compre costillas de cerdo.

El gusto mío era llegar con una bolsita de costillas de cerdo para que Native las fritara.

Descansábamos mi papá y yo cerca de la casa de don Santos Chicas, en un ranchito de paja donde había zacate empacado. Sobre esas pacas de zacate tendíamos el nylon. Había muchos zompopos allí. Estaba lleno de esos volcancitos que forman las zompoperas, y de los caminitos que dibujan ellos. De noche, sonaban los zompopos debajo del plástico, produciendo un ruido bien fino.

Alternábamos ese lugar con una manzanera donde soplaba mucho la brisa que emanaba del cerro la Campana. Cuando ya era de noche, y no había nada más que oír, escuchábamos el zumbido que hacían los pinos cuando los movía la brisa.

Platicábamos mucho en aquellas noches, y mi papá me hablaba de los tiempos de antes. Me hablaba de los fletes de leña que hacía cuando tenía trece años y que lo llevaban hasta San Miguel con la carreta de bueyes. Tardaba como tres días de ida y tres de vuelta, algo más cuando era invierno, y a su paso siempre le salía algún ladrón.

Me contaba de sus tiempos en el cuartel. En aquel tiempo los salarios eran bien bajos, y a los soldados les daban sólo un par de reales, y siempre les descontaban algo con cualquier excusa. Por eso mi papá, para ganar algo de dinero, les compraba semitas a unas señoras de la calle y se las vendía a los soldados que estaban sancionados en la cárcel del cuartel. Con eso fue ahorrando un dinerito. Luego, después de mucho sacrificio, pudo comprar su terrenito, porque don Lucio, mi abuelo, no le dio nada. Mi papá trabajó muy duro para don Lucio, durante años, y don Lucio le prometía que un día le daría un pedazo de tierra para que levantara su ranchito. Pero nunca lo hizo. Tanto fue así que cuando don Lucio ya se estaba muriendo, no se lograba morir pensando en la promesa que le había

hecho a mi padre. Su conciencia le pesaba por saber lo mucho que había explotado a mi papá. Mi papá fue a verlo cuando estaba ya agonizando y le dijo que no se preocupara, que no tuviera remordimientos porque él no le guardaba rencor. Y después de que mi papá le dijera que se podía morir sin pena de nada, don Lucio se murió.

Mi papá me hablaba también de las manchas de chapulín. Cuando llegaba ese animalero, era una alarma general. Las familias reunían a toda su gente para matarlos con tablas o escobas de monte. Pero aún así, los chapulines arrasaban con todo. Después quedaba el mal olor de tanto chapulín muerto. Luego ya se combatieron con avionetas que rociaban veneno sobre esa plaga. Todo eso me lo contaba mi papá.

Yo andaba una pequeña armónica. No recuerdo cómo me la había conseguido mi papá, pero con esa armónica, yo le tocaba cancioncitas cuando se hacía de noche. Había una que decía:

*Estrellita del norte al oriente,
recorría una luz mineral
son tus ojos que alumbran mi frente
son tus ojos que me hacen llorar*

Esa canción le gustaba que se la tocara, y también la de “María de los guardias”.

Desde ese lugar se podía ver el reflejo de las luces de San Francisco Gotera y de Yoloaiquín.

Mi papá acostumbraba a escuchar radio Chortí, una radio de Guatemala que ponía canciones de cuerda y violín. Le encantaba esa emisora. Pero si había cuillos en la zona, me decía:

— Esta noche no vamos a hacer bulla de nada. Ni de armónica, ni de radio porque esos babosos andan cerca.

Y nos quedábamos en silencio, pendientes de los latidos de chucho.

Por las mañanas, si la situación estaba tensa y había que permanecer escondidos, las hijas de don Santos Chicas nos venían a dejar el desayuno. Ellas salían como disimuladas, como si fueran a su trabajo, pero en realidad, venían a dejarnos comida.

Mientras trabajábamos con don Santos, a veces pasaba Juancito con su fusil y gritaba:

— Papá, ¿qué putas está haciendo allí? ¿Qué no ve que los cuilios ahí vienen? ¡Váyase a la mierda!

Era el momento de buscar la escapada. Mi papá le decía a Juan:

— ¿Adónde te vas a ir, vos?

— Usted váyase para donde pueda que usted sabe cuidarse y déjeme ver a mí cómo hago.

Mi hermano siempre estaba pendiente de mi padre en esos momentos raros que ni eran de guerra ni eran de paz, que por ratos eran más de guerra y por ratos más de tranquilidad.

Un día mi papá me enseñó a tirar. Él tenía una pistolita tres ochenta con un cargadorcito de ocho tiros.

— ¿Sabés quitarle el seguro a la pistola? —me dijo.

— Sí —le dije, porque yo ya había visto disparar en los campamentos.

— Bueno, quítale el seguro y quiero ver cuántos tiros le metés a ese roble —. El palo estaba como a diez metros. Le quité el seguro —. Vaya, son ocho tiros los que tenés, a ver cuántos le atinás.

Empecé a tirar con cierto miedo. Tiré hasta que la babosada ya no dio más. No me acuerdo bien, pero creo que le pegué dos o tres tiros al roble.

— La verdad es que no está mal para ser tu primera vez.

Agarró la pistola y me dijo:

— Cuando alineás para disparar, cortás la respiración. Este punto tiene que quedar exactamente en medio del espacio que marca el alzamira. La pistola tenés que apoyarla sobre la otra mano. ¿Querés hacerlo otra vez?

— Vaya —le dije—. Y mejoré.

Por ahí vivía don Gertrudis Chicas, hermano de don Santos, otro gran amigo de mi papá. Gertrudis tenía una sacadera en la que fabricaba una cususa de maíz fermentado y dulce de panela. Yo me acuerdo de haber visto el chorrito transparente de guaro que se formaba a partir del vapor en el alambique. Este señor siempre invitaba a mi papá a tomar en un cafetal. Mi papá sabía que estaba prohibido el guaro en la guerrilla, pero

igual se echaba sus tragos, aunque sin emborracharse. Mi papá me decía:

— Hijo, andá a traerme una pichinguita de agua.

Yo corría a buscar agua a un pocito tan limpio que hasta las arenitas del fondo se veían, y que estaba en medio de una huerta de guineo caribe. Don Gertrudis y mi papá aprovechaban que yo no estaba para echarse sus cutucazos de guaro. Y no les faltaba un su fusil 22 para cazar alguna chonta, ni limones, pepinos y tomates, el bocadillo que ellos usaban.

Yo recuerdo que cuando todavía vivíamos en la casa, mi papá acostumbraba a tomar los domingos. Como él mismo decía, él no era un bolo tonto, de esos que ves tambaleándose por los caminos, o que aparecen tirados en una polvazón. Él la borrachera se la pasaba en la casa acostado. A mi mamá no le gustaba que tomara, pero al menos no era como unos bolitos que veíamos subir rumbo a El Limón haciendo locuras. Había un bolito bien loquito que gritaba y macheteaba los árboles, y lo que a él más le gustaba era caer sobre una piedra plana que estaba a la sombra de nuestro conacaste. Caer encima de esa piedra era la gloria para él.

Algunas veces, mi papá se daba espacio para visitar a amigos que vivían en zonas más alejadas. Como en todas partes, nos regalaban café con pan, y para mí era un sufrimiento porque nos lo servían bien caliente. Mi papá saliendo del fuego se lo tomaba. Pero yo tenía que esperar a que se enfriara.

— Tan inútil que sos —me decía cuando me tardaba demasiado y nos teníamos que ir sin que yo hubiera probado el café.

Entonces, cuando no me veían, yo botaba el café debajo de alguna planta.

La gente siempre era muy amigable con nosotros. A veces me pedían que sacara la armónica, y yo tocaba las cancioncitas que me sabía. Y cuando nos íbamos, siempre le decían a mi papá:

— Lleve guineos para el niño.

— Lleve pan, lleve tortillas con queso, no sea que más allá le dé hambre.

Ellos sabían cómo habían matado a mi mamá, y talvez por eso nos apoyaban tanto.

La guerrilla se reforzó hasta que en el Cacahuatique, se estableció un

poder de doble cara, así decían: un territorio controlado a la vez por la guerrilla y por las fuerzas armadas. El Ejército tenía que planear mejor sus avances. Ya no era como antes, cuando podían venir así nomás a matar. Ya había gente que se les enfrentaba con decisión y con más idea.

Pero a la vez, eso condujo a que arreciaran los ataques con artillería y fuerza aérea. Al principio, la fuerza aérea intentaba bombardear los campamentos guerrilleros, pero luego, se puso a bombardear las casas de la población civil. También arreciaron los operativos, cada vez más peligrosos.

La guerrilla decidió entonces reunir un gran contingente de población civil para llevarlo a Honduras a un lugar seguro. La idea era evacuar a los niños pequeños, los ancianos y las mujeres embarazadas. Mi papá decidió que yo me iría con ese contingente. Se cerraba así ese periodo de varios meses en el que compartimos y trabajamos con los amigos.

Mi papá y Carolina me explicaron que el Ejército se iba a poner más perro, que la población que andaba con los compas estaba en peligro y que por eso me mandaban allá, para que yo estuviera más seguro. La señora encargada de cuidarme sería María Ventura. Mi papá y toda mi familia se quedaban en la zona mientras que yo me iba. Y lo tuve que aceptar. Creo que no protesté.

* * *

Empezó una caminata eterna, un calvario. No recuerdo exactamente cuántos éramos, pero creo que íbamos más de mil personas huyendo del cerro Cacahuatque hacia Honduras. Era un desplazamiento muy delicado. Pasamos cerca de Osicala y Meanguera, ciudades controladas por el Ejército y los paramilitares. Casi siempre caminábamos de noche, en silencio y sin alumbrar. A los niños pequeños, su mamá les tapaba la boca con un trapo.

Doña María Ventura era una señora alta, chelita, pelo ondulado y con coronitas en los dientes. Hace unos días fui a hablar con ella y le pregunté si yo lloraba durante la caminata. Ella me dijo que sí, que yo lloraba. Que cuando ella me preguntaba si me sentía cansado, yo sólo la volteaba a ver

y le movía los ojitos de bravo, pero no le contestaba nada. A veces yo me sentaba a llorar, y su hijo, que era más pequeño que yo, aprovechaba para sentarse a la par mía y descansar un rato.

Con nosotros iban guías y grupitos de gente armada respaldando el movimiento. Por el día, nos escondíamos. Se buscaban espacios un poco solitarios para que la población del lugar no se percatara de que estábamos allí, o lugares donde se sabía que había población amiga. Pasamos un día entero metidos en unos cañales en Tortolico mientras un grupo de compas buscaba comida, frutas o mandaba a hacer fresco para la gente.

Fue una caminata lenta por todas las cosas que se llevaban y porque la mayoría eran ancianos, mujeres embarazadas y niños. Me acuerdo de que entre nosotros había bastantes niños descalzos. Se hacían paradas frecuentes para que la gente tuviera la fuerza de seguir caminando con ese montón de bultos, ropa, peroles, el maíz y los frijoles crudos.

Tomábamos agua en las quebradas que íbamos cruzando. Allí nos dábamos chance de descansar un poco y comer algo. Se comía tortilla dura con frijoles, o totopostes con frijoles. Y si no había frijoles, les poníamos dulce de panela a las tortillas.

Anduvimos por caminos pedregosos que no conocíamos. Llegamos luego a una zona de montículos, cerros pequeños donde la gente tenía sus milpas y sus frijoleras. Ya no había cañales ni mezcalares. Pasamos por algunas arboledas de palos de laurel, de mango y de quebrachos, y por varios zacatales.

Me contó María Ventura que antes de cruzar el río Torola, una mujer dio a luz. Como no llevaba nada para limpiar al niño, las señoras que llevaban delantal se lo dieron. Y los compas, para evitar que la mujer se fuera a enfermar metiéndose recién parida al agua, la pasaron en cadenita por encima del río. Yo de esto no me acordaba.

Después de varios días en ese calvario, llegamos a la frontera de Honduras. Creo que fue a la altura del río Negro. A sólo una hora quedaba Colomoncagua, que era el lugar asignado a la población refugiada. Pero allí, el Ejército hondureño se opuso a que la gente salvadoreña pasara. Recuerdo que se armó una gran discusión entre la población y el Ejército hondureño. Pero de nada sirvió: los soldados tenían órdenes de no dejar pasar a los refugiados.

Nos tuvimos que desviar y avanzamos hacia Joateca. Fue una marcha todavía más dificultosa porque los niños ya teníamos bastante cansancio, y los ancianos también. En esa ruta no era fácil encontrar un palo de mango, o de aguacate, o de carao, o cañales, alguna cosa que te pudieras comer y te sustentara. Eran terrenos más áridos, o zacatales, pineras y robledas, pero con muy pocos frutales. La gente dependía de lo que llevaba cargando desde el Cacahuatique.

Caminamos dos días más por unos caminos pedregosos de tierra colorada hasta llegar a un campamento de la guerrilla, el campamento de El Extranjero. Allí, los compas atendieron bien a la gente del Cacahuatique. Nos recibieron con sopa de res, frijoles, arroz y tortillas. Recuerdo que me impresionó un llano donde tenían como doscientas reses paridas y para matar.

Allí, eran todos rostros desconocidos, combatientes de zonas que nada tenían que ver con mi lugar. Se notaba que la guerrilla era más poderosa en ese campamento. Se veían columnas más grandes, más estructuradas, con mejores armas.

Poco a poco, me fui relacionando con estos compas. Conocí a Paco y a Tita. Ellos eran hermanos. Se encariñaron tanto de mí, que pronto me convertí en el niño consentido de esta familia extraña. Paco era un muchacho chele que siempre andaba con boina, y Tita era gordita, con ojos negros muy grandes. Tita me llevaba a su casa y me daba comida, me daba sorbetes, me daba ropa y zapatos o me daba algo de dinero para que comprara lo que yo quisiera en la tienda. Estaba siempre pendiente de que no me faltara nada.

Con Paco nos volvimos muy amigos. Recuerdo que a todos les decía que yo era su hijo. Y a la hora del almuerzo, a los que repartían la comida les decía:

— A mi hijo no me lo dejen hambrear.

Entonces me daban de comer primero. Los compas me daban además unos grandes pedazos de carne asada o sopa de res. La sopa no tenía muchas verduras de guarnición pero yo la sentía bien rica; y las tortillas eran bien grandes. A veces había yuca cocida. Mi mamá también hacía yuca cocida y le gustaba con crema, queso o cuajada, o con limón y sal.

Paco me llevaba con él cuando iba a reunirse con las familias que eran la base social de la guerrilla. Así fui conociendo las zonas aledañas a Joateca. Recuerdo lugares como Piedras Bellas, La Embajada, La Esperanza, El Extranjero. Eran nombres ficticios para que sólo los compas supieran ubicarlos. Cerca de la frontera con Honduras había un nacimiento de agua caliente en el que se podían hacer huevos sancochados. Recuerdo cultivos de yuca, cañales, y un olor a mandarina y a lima que todavía tengo bien presente. La gente nos regalaba frutas y siempre saludaba a Paco con mucho aprecio y nos daba cosas de comer.

Cuando a Paco le tocaba estar de posta, también me llevaba con él. Recuerdo un lugar rodeado de muchas piedras de laja, con algo de zacate y pocos árboles. De allí se observaban las veredas que iban de Corinto a los campamentos de La Embajada. Como él caminaba mucho, a veces estaba bien cansado y me decía:

— Quédate pendiente vos y despertame en una hora. Tenés que observar de aquí para allá y de allá para allá, pero ponete buzo.

Paco se quedaba dormido con el equipo puesto, y yo me quedaba vigilando. Si veía algún movimiento raro, rapidito le avisaba.

Y así, el aprecio de él hacia mí fue cada vez más grande. Él me decía:

— Usted va a prepararse para ser un gran hombre. Tiene que serlo. Así que ponga mucha atención a las cosas que puede aprender aquí con nosotros.

En los campamentos de Joateca no había muchos niños, y yo era el más pequeño. Por eso me tenían tanto cariño. Yo era un niño que le caía siempre bien a la gente. Era bien activo, y en medio de los compas nunca me ahuevaba. Era como una mascotita de los compas. Ellos me hacían bromas, pero no bromas pesadas, y yo les contaba cualquier pasadita.

Los compas me preguntaban de dónde venía, y mi familia cómo era. Me ponían a hablarles de mi lugar y yo les contaba por qué ya no estábamos en la casa. Les hablaba de mi mamá. Ellos también venían de una población que había sufrido mucho, entonces compartíamos eso.

Les hablaba del manzanal de manzana pectorra que había cerca de la casa. Yo les contaba que nunca lo cruzábamos después de las seis porque se ponía bien oscuro y nos podía salir el Duende, o la Siguanaba o el

Cadejo. Los compas se reían. Recuerdo que también les tocaba las poquitas canciones que me sabía con la armónica.

Por las noches, desde Piedras Bellas, se veían las luces de varios poblados. Yo no sabía identificar las luces de Osicala, pero sí reconocía la antena del Cacahuatique, y eso me servía de referencia. Entonces les contaba de mi papá y de los campamentos de allá.

Los compas tenían también sus radios musicales. En esos meses, una canción que se oía casi a diario era la de Camilo Sesto que dice:

*Cuál es mi camino después de ti,
cuál es mi destino después de ti*

Además de Tita y de Paco, me acuerdo de Gustavo, hermano de ellos, de Simón, un moreno que llevaba sombrero, de Raúl y Altagracia, que eran hermanos, los dos medio colochos y de Tito “Cinco Cañones”, no sé por qué le decían así. También estaba Benitón, un señor panzoncito, barrosito, moreno, siempre muy activo, que había trabajado mucho en la concientización de la gente de nuestro cantón.

El caso es que, a medida que convivía con los compas de Joateca, me fui desligando de la gente del Cacahuatique. Pasado un tiempo, ya casi no los veía, de tanto andar con Tita y Paco. Sentí tanto cariño por parte de la gente de Joateca que decidí no irme para Honduras. Fue una decisión repentina. Un día pensé:

— ¿Qué diablos voy a ir a hacer a Honduras?

Todos mis familiares estaban en el Cacahuatique, y los que no, estaban muertos. Y el haber conocido a estos compas, tener esa confianza con ellos, hizo que me desligara de María Ventura.

Ella falleció el año pasado. La última vez que fui a visitarla, le pedí que me contara un poco más sobre este episodio de mi vida del que no me acordaba bien. Ella me contó que un día llegué y le dije que no me quería ir a Honduras, que me quería quedar en los campamentos.

— ¿Y por qué te querés quedar en los campamentos? — me preguntó.

— Porque me gusta andar con los compas; y ellos me dan carne.

Luego llegó Benitón, que era el mandamás —como dice ella— y preguntó quién era el responsable de ese niño, que era yo.

— Siéntese un momentito, que quiero hablar con usted — le dijo Benitón a María Ventura.

Ella se sentó sobre el pasto. Benitón le dijo que me iba a quedar en los campamentos porque yo era un niño que necesitaba aprender canciones revolucionarias y capacitarme en otras áreas. Quedaba así bajo la responsabilidad de los compas. Por eso, cuando la gente del Cacahuatique poco a poco fue cruzando la frontera para fundar el campamento de refugiados de Colomoncagua, yo no iba con ellos.

Doña María Ventura tampoco se fue para el refugio. Cuando la situación se puso difícil, y ya no podía permanecer población civil junto con la guerrilla de Joateca, ella, junto a cuatro familias del Cacahuatique, tomó un bus de madrugada para volver a Osicala. A la altura del río Torola, el bus se paró en un retén. Los soldados les pidieron la cédula, y ellos no la quisieron mostrar; dijeron que la habían perdido. No querían que los soldados supieran que eran de El Limón porque tenía fama de ser área de guerrilleros. Se volvieron sospechosos. Los soldados pidieron instrucciones por radio.

— ¿Qué hacemos? ¿Matamos a estas viejas putas? —preguntaron por radio. Al final, dice María Ventura que los dejaron pasar y pudieron llegar al área de Osicala. Se quedaron en El Limón, a pesar de que estaba desolada el área. María Ventura se quedó con sus hijos en una casa abandonada, y cuando llegaban los soldados, iba a refugiarse a una cueva, la cueva del Murcio o del Murciélago, no recuerdo bien, que está por Hondable. Allí permanecía con sus hijos. Cuando el operativo la agarraba por sorpresa y tenían que huir sin llevar alimentos, lo que les daba de comer a sus hijos era agrilla, que es un bejuco silvestre, delgadito, ácido y que con sal se halla rico, y un tubérculo blanco parecido a la yuca y que le dicen malanga. Con eso se mantenían mientras pasaba el operativo.

Tè sigo contando acerca de los campamentos de Joateca. La cotidianidad allí era más bien tranquila: descansar en el monte, ordeñar a las vacas de madrugada para repartir el queso y la cuajada, salir a caminar con Paco o con Tita. Había un clima de tensión, pero estábamos relativamente tranquilos cuando no había operativo. Eso daba confianza en el campamento para

contar chistes y pasadas, y escuchar música.

Sí padecimos varios operativos, fuego de artillería y de helicópteros. Los enfrentamientos con el Ejército eran más intensos. Sabía que la guerrilla era más fuerte en esa zona, y por eso preparaba mejor sus operativos. No era tan fácil perseguir a los guerrilleros y dejarlos lejos en una guinda. Sentía allí más resistencia y se enfrentaba con columnas mejor preparadas, con más fusilería y más munición. Los guerrilleros ya tenían fusiles FAL, de calibre bien fuerte, 7.62. Por eso se les veía contentos a la hora de ir al combate.

Una vez, después de una guinda, nos paramos en una zona de pineras cerca de Honduras. Eran como las cuatro de la tarde y unos compas estaban pelando una vaca. Se había puesto vigilancia pero los postas estaban pendientes del lado salvadoreño. Y el que apareció fue el Ejército hondureño. Empezó la balacera y se armó la de San Quintín. Salimos todos en estampida. En eso, yo me quedo trabado en unos bejucales en un barranco y ya no me puedo salir. Sólo me pongo a gritar y a gritar pidiendo ayuda. El que me auxilió fue Benitón. Con su machete cortó los bejucos que me retenían, mientras seguían sonando los balazos, y pudimos escapar por la quebrada. Pero allí yo dejé la mochila. Y en lo primero que pensé cuando me di cuenta que había perdido mi mochila fue en la armónica, la música que siempre andaba cargando. Ya no la encontré más y no volví a tener armónica en toda la guerra. Casi treinta años después, volví a ver a Benitón, que por cierto acaba de morir, y lo primero que me dijo fue:

— ¿Te acordás de cuando quedaste trabado en una bejuquera y yo te salvé?

Allí volvimos a recordar el hecho, y la pérdida de mi armónica.

Mi estancia en los campamentos de Joateca duró como cuatro meses. Recuerdo que extrañé mucho a mi familia. Un día, Tita me dijo:

— Mirá, estamos averiguando dónde está tu papá. Vamos a esperar un periodo tranquilo para mandarte de vuelta para allá.

Ellos tenían contactos con los campamentos del Cacahuatque a través de correos, y fue así como lograron encontrar a mi familia, que estaba muy preocupada porque ya sabía que no estaba en Honduras. Un día, Tita y Paco me dijeron que me tenía que ir porque ya habían ubicado a mi papá en un campamento de Pueblo Viejo. Me dijeron que no me preocupara

porque no iba a ir sólo, que un guía me iba a acompañar. Tita me preparó una mochilita con comida, ropa y zapatos para que nada me hiciera falta. Los dos me abrazaron, y me fui con el guía, y allí se cierra este episodio en Joateca.

He pensado muchas veces que el no haberme ido para el refugio de Honduras de alguna manera me permitió sobrevivir a la guerra. Desde muy chiquito tuve que adaptarme a esta realidad. Me acostumbré a las balaceras, a los bombardeos, a las guindas. Y con los compas aprendí desde niño a moverme como ellos, a correr, a parapetarme bien a la hora de los morteros, a poner en práctica todo lo que la guerra te va enseñando. Los niños de mi edad, en el refugio de Colomoncagua entraban en programas de enseñanza y alfabetización y, a pesar del hostigamiento del Ejército hondureño, estaban en una situación mucho menos riesgosa. De haber estado allí, hubiera aprendido más cosas de estudio, pero a la vez, puede que me hubiera convertido en un joven más vulnerable, más propenso a morir en un combate o un bombardeo. La verdad no se sabe. Pero a los chavos del refugio, cuando cumplían trece o catorce años, los mandaban de vuelta a la guerra, y a veces entraban a la fuerza estrictamente militar. Algunos de ellos sólo volvían a El Salvador para morir en su segundo o tercer combate, y a algunos de ellos, en su primer combate los mataban. De haberme ido a Honduras, quizás hubiese vuelto sólo para que me partieran el ayote.

* * *

Empezamos a caminar como a las seis de la tarde. Cruzamos potreros, caminos, palizadas y yo iba siguiendo al guía sin tener idea de por dónde iba. De vez en cuando él me decía:

— Si nos pasa algo más adelante, nos encontramos aquí.

Dejaba pistas para que no me pudiera perder tan fácilmente.

A lo largo del camino él iba diciendo cosas como: “La vez pasada aquí hubo una balacera —o—, aquí mataron a un compa en una emboscada”. Cosas que daban miedo. Yo estaba acostumbrado a ir por donde había un montón de gente armada y no a caminar sólo con un guía que nada

más cargaba una pistolita 38. Y él, en vez de darme confianza, más me asustaba.

Otras veces me decía:

—Aquí vamos a pasar con más cuidado porque puede haber emboscadas.

O si no:

—Aquí vamos a pasar con más silencio, sin hacer ruido con las piedras.

Había tramos en donde él alumbraba para que pudiéramos avanzar más rápido y otros en donde no alumbraba nada. Pero yo ya tenía costumbre de andar de noche. Tenía habilidad para caminar y también bastante resistencia. No necesitaba tomar mucha agua, igual que mi papá, que a pesar de los trabajos bien fuertes, nunca tomaba mucha agua.

Llegamos a la altura de Yoloaiquín como a las tres de la mañana. Los compas decían que esos pasos hacia el norte eran bien peligrosos. Muchos compas habían caído allí. Los comandos conocían los que utilizaba la guerrilla para trasladar armas, munición o gente, y allí tendían sus emboscadas, de día y de noche. Algunos trechos, como el paso del Pedernal o el paso de Yoloaiquín, que era muy estrecho, se conocían como pasos de la muerte, y había que caminar bien abusados. Íbamos pendientes de cualquier movimiento raro, de cualquier latido de chucho o de alguna luz de cigarro que nos pudiera alertar sobre la presencia de alguien.

Recuerdo haber visto las luces de Yoloaiquín muy cerca. De allí agarramos la cuesta que está entre Yoloaiquín y Pueblo Viejo, una de las más empinadas que yo conozco. Esa subida duró como dos horas. Cuando pasamos eso, el guía se sintió más confiado y me dijo:

—Caminemos más rápido.

Eso significaba que habíamos llegado a un lugar más seguro, porque cuando caminás rápido, más ruido hacés. Como a las cinco o seis de la mañana llegamos a un campamento cerca de un palón de amate que había sido volado por la aviación.

Lo primero fue el abrazo con mi padre. Él me abrazó y creo que hasta lloró. A Hubert también lo vi. Él tenía esa tranquilidad, era muy sereno, con una sonrisa bien leve. Se contentó al verme, igual que Pajarillo. Luego llegaron Irma y Carolina, y bueno, ya te imaginás, ellas ya no hallaban

ni qué hacer conmigo, ni qué darme de comer, ni qué regalarme, una camisita, un jabón, una pasta dental, lo que fuera. . .

Luego fuimos a ver a Juancito, que en ese momento estaba en el cerro La Campana. No le hablé: llegué por detrás para sorprenderlo. En ese momento, él estaba escuchando una emisora que daba la noticia de una patrulla del Ejército que había sido atacada por la guerrilla en Santa Ana. Hablaban de muertos y heridos en esa patrulla. Al oír eso, Juan dio un salto y levantó su fusil, gritando:

— ¡Ahora sí, hijos de puta! —en ese momento me vio—. ¡Chiquillo cabrón! ¡Volviste! —me abrazó y me levantó en sus brazos— ¡Putá, Chiquillo, pensamos que te habían matado!

Todos pensaban que me habían matado en algún lugar del camino a Honduras. Sólo mi papá decía que él sabía que yo estaba en Joateca porque un guía le había hablado de un niño que estaba en esos campamentos y que decía que era del Cacahuatique. Mi papá adivinó que ese niño era yo, y hasta le ofreció dinero a este señor para que me trajera a Pueblo Viejo.

Muchas cosas habían cambiado desde que me había ido. El clima de guerra era más fuerte, las columnas de la guerrilla más ordenadas. Había crecido el nivel de combatividad y de disciplina. Se veían más caras. Las formaciones militares, las órdenes, las armas, los uniformes y los ejercicios militares que se hacían ya dejaban ver que la guerrilla se estaba transformado en un verdadero Ejército. Era otro ambiente el que se respiraba en los campamentos de Pueblo Viejo.

Las Fuerzas Armadas también habían mejorado. Ya volaban unos aviones, los Fouga Magister, bastante veloces, que tienen el ala hacia atrás. Lanzaban unas bombas grandes, que creo que eran de quinientas o de doscientas libras, unos bombazos que se oían bien fuerte. De noche, de madrugada, de día o de tarde se podía oír la salida de morteros desde la pista y desde un lugar cercano a Gotera. Disparaban hacia el norte del río Torola. A veces nos disparaban a nosotros, pero no tanto como hacia el norte del río, a un lugar llamado La Guacamaya. Era bien continuo ese bombardeo. Se oían cinco morteros seguidos, diez morteros, veinte, treinta morteros, y eso dejaba ver que la guerra era ya una cosa más fuerte.

Aun así, con mi papá, volvimos a la rutina de antes: él seguía apoyando

en los campamentos jalando leña, maíz y frijol, pero dándose chance para ir a visitar a los amigos de la población civil.

Fuimos primero a ver a don Reyes, y tuve la sorpresa de ver que sus hijas Estela y Rogelia ya estaban incorporadas a la guerrilla. Bien jóvenes ellas, pero ya incorporadas. Recuerdo que a Pajarillo le gustaba Rogelia, y una vez llegó Hubert y le dijo que se pusiera las pilas, porque si no, se la iba a ganar él.

Fuimos luego a la casa de don Santos Chicas a ver a Native. Por el camino entre las casas de don Reyes y don Santos se pasaba por un llano donde el Ejército había hecho una matanza de como treinta animales, caballos y vacas. El comité de prensa de las Fuerzas Armadas dijo luego que habían sido guerrilleros los que habían matado. Cerquita de ese llano había una sirinera. El sirín es un árbol que no crece mucho y que da una frutita verde, de sabor no muy agradable pero que es la preferida de las chontas. En esa sirinera habían enterrado a don Santos Chicas. Mi papá me contó con mucho dolor cómo lo habían matado.

Había sido en el operativo militar en que mataron a los animales. Mi papá siempre le advertía que, como estaba la situación, los soldados no lo iban a considerar neutral y que era mejor que se fuera. Pero don Santos no hizo caso. En vez de huir como lo hizo casi toda la gente, e incluso su propia familia, él se quedó a trabajar en sus beneficios de café. Cuando los soldados de la Brigada Atlacatl pasaron por la vereda cerca de su casa, don Santos salió del cafetal a saludarlos. Pero los de la Atlacatl andaban enfurecidos. Lo capturaron y lo llevaron por el camino hacia Pueblo Viejo golpeándole el cuerpo, los brazos, las piernas, con un machete. También habían capturado a don Fermín y a don Concepción. Los mataron en un cerrito cerca de su casa. Para mi papá fue un gran dolor esa muerte, y peor porque él y Native, la hija de don Santos, ya se habían acompañado.

En ese momento ya había muerto don Gonzalo, el amigo al que ayudábamos en el trapiche y a envolver dulce. Una noche, como a las ocho, Gonzalito volvía con unos amigos de traer maíz para los campamentos cuando el compa que vigilaba ese camino real le disparó y lo mató. Luego, vino la guerrilla a decirle a la familia que don Gonzalo había muerto en una contingencia, que el posta se había confundido.

Pero queda la interrogante. La familia de don Gonzalo tiene la fuerte

sospecha de que su muerte no fue tan accidental como dijeron. Gonzalito era catequista y había sido formado en un centro de capacitación que estaba en El Castaño, en San Miguel. Era muy humano y muy colaborador, pero también era crítico con las cosas que no le gustaban de la guerrilla; y resulta que la unidad que lo mató estaba al mando de Cheyo, con quien había discutido varias veces por cosas que se hacían en nombre de la causa y que a él no le gustaban.

Poco tiempo después de la muerte de Gonzalito, Cheyo desertó. Y no sólo desertó, sino que además se llevó una buena cantidad de dinero de la organización y fue a presentarse al DM-4. Les dio a los cuillos información muy valiosa, y poco después se produjeron unos bombardeos bien precisos en los que un campamento fue destruido.

Mi papá siempre hablaba de ese gran hombre que había sido don Gonzalo y de todo lo que habían compartido juntos, lo que habían trabajado juntos, mi papá con su fuerza de trabajo, y don Gonzalo facilitándole un pedazo de tierra para que pudiera producir sus puchitos de maíz y de maicillo.

Mientras yo estaba en Joateca, se produjo una larga guinda que duró como dos meses. Los operativos estaban tan perros que la guerrilla del Cacahuatique se replegó hacia lugares como El Guarumal, Piedra Luna y Avelines, que son de la jurisdicción de Sensembra y Yamabal. De esos sectores se ve el volcán de San Miguel y la ruta a Gotera. Pero también los sacaron de allí porque eran lugares con pocos montículos para protegerse de los bombardeos y pocos caminos y veredas para huir. Además, era bien difícil encontrar comida cuando había operativos. No pudieron maniobrar cuando la zona fue asediada por varias compañías, así que volvieron a Pueblo Viejo.

Yo le pregunté a Irma cómo se había sentido en esos momentos, y ella me contó que en un operativo, ella andaba cinco o seis bombas de contacto en la mochila, y en un avance de soldados por una maicillera, allí le sirvieron. Contuvo el avance mientras la gente huía.

También me contó que mi papá una vez estaba jalando puchos de maíz con una bestia, en un lugar donde hay veredas bien resbaladizas. Y en eso la bestia cae al barranco, y mi papá se va rodando detrás. Entonces yo le pregunté a mi papá:

—Oiga papá, ¿es cierto lo que me cuenta Irma, que usted una vez se rodó con todo y la bestia por un barranco?

—¡Esa, bruta es que es! —dijo mi papá— Es cierto que se rodó la bestia, pero yo no me rodé con ella.

Mi papá me habló de una vez en que se topó con una patrulla de guardias nacionales. Él iba por la ruta entre San Lucas y El Limón junto con un muchacho y una muchacha. En el camino, se acercaron a una casa para pedir agua, pero, por las voces que venían del corredor, se dieron cuenta de que allí había militares. Siguieron de largo y buscaron otra ruta hacia El Limón, una caminata de no menos de tres o cuatro horas por las precauciones que iban tomando, caminando a campo travieso o por vereditas.

Llegaron a un pozo que estaba en medio de cultivos de tule y aprovecharon para tomar agua. De repente, mi papá levantó la vista y vio, en un potrero, una columna de guardias dirigiéndose hacia donde estaban ellos. La muchacha, al ver a los guardias sólo dijo:

—Vaya don Valerio, Dios con nosotros —y se cruzó de brazos a esperar que la mataran.

—¿Cuál Dios con nosotros? —dijo mi papá, y sacó la pistolita que cargaba—.

Cuando yo haga el primer disparo ustedes salgan corriendo.

Agarró al primer guardia de la columna cuando estaba como a ocho metros. Allí lo apretó. El militar no cayó hasta que recibió como cinco disparos, y es que la pistola era de calibre pequeño. Los demás guardias se tiraron al suelo, y eso les dio tiempo para correr y rodar hasta una vaguada. La balacera arriba cortaba hojas y ramas. Un callejón les permitió escapar.

Una vez que mi papá estaba cerca de Yoloaiquín se encontró con un amigo que conocía del mercado de Oscalea. Mi papá le preguntó si había soldados en Yoloaiquín y el señor le dijo que no, que no había problema. Pero al llegar a las primeras casas del pueblo, mi papá se encontró con otro amigo quien, con señas y sin dar malicia, le indicó que se fuera, que no entrara al pueblo. Mi papá rodeó entonces Yoloaiquín, y desde las alturas pudo ver que estaba lleno de soldados. El primer señor le había mentido. Y eso es lo que genera la guerra: un clima de desconfianza, y ese temor por no saber si es o no es. Cuando te daban una información, no te quedabas satisfecho con ella. Tenías que verificarla. Nosotros teníamos familiares, tíos, primos, que ni nos veían mal ni nos veían bien, pero otros sí estaban

en contra de nosotros y hasta nos hubieran podido denunciar. Por eso había que ir con cuidado y no dejarse confundir. Esa desconfianza te mantenía abusado siempre, te desarrollaba el instinto de supervivencia.

Mi papá también me contó de una unidad guerrillera que, cuando salía a operar por Ciudad Barrios o Gotera, aprovechaba para robarle a la población, como una banda de asaltantes. Robaban relojes, dinero y hasta violaciones cometían. Gente de la población y colaboradores de la guerrilla los reconocieron y empezaron a mandar escritos con denuncias a los puestos de mando. Además, se notaba que ellos siempre tenían dinero, cosa insólita en la guerrilla.

Cuando se supo que había una banda peligrosa dentro de las filas, se empezó a pensar en cómo deshacerse de ella. El riesgo era que al tratar de capturarlos, eran más de diez, ellos reaccionaran y se armara una balacera. Entonces la comandancia, que estaba al otro lado del río Torola, los mandó a llamar, diciéndoles que los solicitaba para entrar a un curso de capacitación para las Fuerzas Especiales, por ser combatientes destacados. Allá los arrestaron y los ajusticiaron.

Y es que esas jugadas sucias no estaban permitidas en la guerrilla. En las charlas, siempre nos decían que la población civil era nuestra aliada número uno; era la que te cuidaba a un herido, la que te vendía comida y te daba información y protección.

Un detalle curioso es que uno de esos compas que pasaron de justos a pecadores logró escapar, dicen que en calzoncillos. Regresó al Cacahuatique y pidió incorporarse de nuevo. Dijo que aceptaba sus errores y que no iba a volver a ellos. Y sí, se volvió a incorporar.

Pero para seguir tejiendo la historia de mi familia, estuve hablando con Pasita, la mujer de mi hermano Juan. Le pregunté cómo era la vida de ella en esos meses. Lo difícil es que ella tenía muchos hijos: Gerber, que era como de mi edad, Alexis, Gladys, Juan y Ballardo, el más pequeño. Como ella, eran muchas las mujeres que estaban de lleno con la guerrilla, pero por tener muchos hijos, pasaban de ser madres a ser guerrilleras una y otra vez. Se establecían en casas de la población cercanas a los campamentos, y cuando era necesario su apoyo, iban a apoyar. Pasita había sido capacitada como brigadista y la llamaban para hacerles curaciones a los compas

que regresaban heridos de acciones y para colaborar en campañas de vacunación destinadas a la población civil.

Ella me cuenta que Hubert una vez llegó y le preguntó que cómo le hacía para que los cuilios no la detectaran con tantos niños que andaba. Pasita le sonrió, y le dijo que se había hecho con unos sedantes y que se los ponía a los niños cuando la situación era de mucho peligro para que se quedaran dormidos. En las guindas, se apoyaba en sus hijos más grandecitos: Alexis, el segundo, era el que le ayudaba a cargar los bultos; y Gerber, el mayor, era el que le ayudaba a cargar a los bichos pequeños.

Pasita salió para el refugio de Colomoncagua en un segundo contingente de población civil que la guerrilla organizó. Ella me contó del cansancio de esa marcha. Fue de un tirón, en una sola noche, para evitar que fuera tan prolongado el movimiento. La meta era amanecer en la frontera con Honduras.

En la frontera, fueron topados nuevamente por los soldados hondureños, pero esta vez fueron entregados a tropa salvadoreña. Los soldados salvadoreños les preguntaron de dónde eran, y dijeron todos que eran de Yoloaiquín. Los llevaron a Yoloaiquín y los encerraron en una galera, como un corral vigilado. Allí permanecieron varios días mientras los militares averiguaban el verdadero origen de ellos. Pasaron días de incertidumbre por no saber qué iban a hacer con ellos. Entonces una madrugada, tipo cuatro y media, Pasita les dijo a los bichos que se prepararan porque se iban a ir de allí fuera como fuera. Esperó el momento en que se descuidaron los soldados, y logró salir con los niños. Logró llegar a los campamentos de Pueblo Viejo y se reencontró con Juan. Después de un par de meses, él los llevó para el refugio, pero con un grupo más pequeño y más fácil de maniobrar, y esa vez lograron pasar.

La cotidianidad con mi padre, visitando amigos y permaneciendo en los campamentos duró unos meses, pero viendo que la guerra era cada vez más intensa, decidieron que volvería de nuevo al área de Joateca, pero esta vez a una escuelita que la guerrilla había montado para los niños que habían perdido familiares. Carolina, mi papá y el padre Rogelio Poncele me llevaron para allá.

Pero antes de eso, fue la ofensiva general de enero del 81. “Ofensiva

Final” se le llamó a esa operación. Nadie podía imaginar que faltaban más de diez años de guerra. Recuerdo haber visto los preparativos, a los compas limpiando sus armas, calentando la munición al sol, preparando comida para ir en condiciones óptimas al combate. Iban a combatir a San Francisco Gotera. No sé cuántos hermanos míos participaron en ese deschongue, no sé si fueron todos o sólo tres.

Durante el combate, mi papá y yo nos quedamos en un rancho entre Yoloaiquín y el cerro La Campana, donde abundaban los zompopos y había una palizada de sirín. De allí se miraban las luces de Gotera. Esa madrugada, se vieron los destellos de las granadas y los morteros, se escucharon las ráfagas de ametralladora y el estruendo de las explosiones. Vi las luces de las trazadoras, unas balas de ametralladora que llevan como una bola de fuego en la punta, como si fueran brasas.

No sé qué pensaría mi papá viendo las luces del combate. Pero seguro que por su mente pasaban muchas preguntas. Frente a esa imagen, las luces de esa ciudad lejana, de madrugada, en una operación de envergadura nacional, con hijos tuyos en el combate y teniendo ya a cuatro familiares muertos, lo que surgen son las interrogantes. A ver si regresan aquellos... Ojalá vuelvan bien...

En mi caso, creo que curiosidad era lo que más sentía. Ese combate se sumaba a la cotidianidad de los operativos y las mortereadas, y a todas las veces en que mis hermanos venían y decían:

— Vamos a pelear un rato por allá.

— Vamos a un desvergue por tal lugar.

Al día siguiente, estábamos con mi papá sentados sobre un cerco de piedra cuando vimos pasar una gran columna de guerrilleros que venía de Gotera. Llevaban como a diecinueve compas cargados en hamacas. A saber si estaban todos muertos o si había heridos graves entre ellos. A los muertos los enterraron en el cerro La Campana.

Yo sentí bien feo viendo que los muchachos que andaban al lado de mis hermanos regresaban en esas condiciones, sin saber si ellos estaban bien, o si estaban muertos o heridos. Es feo y doloroso y no podés abrir la boca, ni preguntar porque nadie te va a dar información. No te van a decir lo que está pasando sólo porque tengás curiosidad. Pero en los rostros, la tristeza y el dolor lo decían todo; se veía que había sido una operación frustrada.

A mi hermana Carolina le tocó combatir en El Dieciocho, que está como a siete kilómetros de San Francisco Gotera. Estaba al mando de una escuadra, una unidad de diez compas, encargada de contener los refuerzos de la Tercera Brigada que pasarían por allí en cuanto Gotera fuera atacada. Pero, no sé si por un error de mando o qué, a ellos sólo les dieron armas cortas. En ese tiempo, no todos los compas llevaban armamento eficiente. Mi hermana contó, al regreso de la operación, que los habían rodeado en El Dieciocho y le habían prendido fuego a la zacatera donde se habían apostado. La unidad de Carolina no pudo contener los refuerzos militares, los cuales lograron atacar por la retaguardia a las otras unidades de compas que peleaban en la ciudad. Eso costó muchas vidas. Los compas habían ido a pelear sin experiencia, y Gotera es un terreno bien yuca que hay que saber manejar. La guerrilla tuvo allí como trescientas bajas, heridos y muertos. Algunos compas que quedaron rodeados fueron ayudados por la población y pudieron escapar vestidos de civil.

Entre las malas noticias que nos llegaron, supimos que en el desvío de El Dieciocho habían matado a Pepito. Él era hijo de Tacho, uno de los que mejor organizaba gente en La Montañita de Osicala. Pepito era un gran amigo de la familia, casi como un hijo para mi papá. Carolina lo vio muerto al pie de un árbol antes de retirarse con su unidad hacia el Cacahuatique. Se sentía la muerte de todos los compañeros, pero se sentía más cuando era la de un amigo.

No lo supe hasta mucho después cuando me reencontré con Tita, pero en esa ofensiva también cayó Paco, mi amigo de Joateca. En el combate, se adentró demasiado en las calles de Gotera y los compas no pudieron rescatar su cuerpo. Luego, los cuilios recogieron a los combatientes muertos, los rociaron con gasolina y les prendieron fuego.

Carolina, mi papá y Rogelio Poncele me llevaron de vuelta a Joateca, pero esta vez a la escolita de menores de la guerrilla para que aprendiera de verdad a leer y a escribir. No me daba cuenta de eso, claro, pero la guerra nos estaba separando a nosotros como familia.



4

La escuela de menores no estaba en un lugar fijo. Era una estructura más de la guerrilla y por lo tanto podía moverse en cualquier momento según los operativos del Ejército. Cuando se ponía en marcha toda junta, parecía un gusanito. La escuela surgió en 1980 a partir de un grupo de diez o doce niños que, por una razón u otra, quedaron a cargo de Rosita, una cocinera. Eran hijos de compas, y Rosita lidiaba con todos ellos. La querían tanto que la llamaban “mamá Rosita”. Pronto se vio la necesidad de enseñarles a leer y a escribir. Trajeron maestros y se formó la escuela de menores que se llamó más tarde “Luis Hernández Ramos”, por un niño correíto que cayó en un enfrentamiento.

Las clases nos las daban bajo la sombra de algún árbol, o dentro de algún pedazo de casa abandonada, o sobre cercos de piedra. A veces nos sentábamos en pupitres que encontrábamos en las escuelas bombardeadas y si no, en el suelo, apoyándonos sobre una tablita o una piedra para escribir. Eso era lo de menos. Lo más importante eran los cuadernos. Tu cuaderno era único, era sagrado, y de punta a punta tenías que utilizarlo.

Cuando yo llegué, la escolita de menores estaba en Agua Blanca, jurisdicción de Cacaopera. Me acuerdo de que lloré cuando Carolina, Rogelio Ponseele y mi papá se iban y me dejaban.

Antes de irse, intentaron darme confianza. Me dijeron que la gente adulta iba a estar pendiente de mí, que estaría junto con otros niños y

que seríamos grandes amigos. Pero igual es feo cuando uno siente que se queda sólo. Te estoy hablando del 81, o sea que tenía yo nueve años.

Los primeros días me sentí bien extraño porque yo estaba acostumbrado a los niños del campamento y de los de allí, no conocía a ninguno. Yo era bien tímido y hasta algo huraño. Pero con la jodarría, el estudio, el ejercicio, las comidas, poco a poco me fui uniendo al grupo. La vida colectiva hizo que la timidez se me quitara.

En la escolita conocí a Moris, Gutiérrez, Pánfilo, Resuelto, Freddy, Hernán, Adán, un muchacho de origen hondureño que luego fue un gran elemento de las Fuerzas Especiales, Ulises, Santiago, el Pescado Seco. Había otro Chiyo, y era chistoso porque a su hermano lo llamaban Gusanillo. Entonces a él le decían Chiyo hermano de Gusanillo y a mí Chiyo hermano de Pajarillo. Estaban también Adonai, Giovanni y Amán, que luego se encargó de monitorear las comunicaciones del Ejército. Luego llegó Ricardito, que era mi amigo en los campamentos del cerro Cacahuatique. Éramos como cien niños, todos con la cabeza rapada para que no tuviéramos piojos. No había niñas, no sé por qué.

Las jornadas empezaban a las cinco de la mañana. Sonaban una trompetita, y era la señal de que había que levantarse rápido. La sonaban dos veces y al que no se despertara, o al que se quedara retorciéndose en su nido, le caía una cubetada de agua fría.

Una vez levantados, cantábamos el Himno Nacional, el himno de la Internacional Socialista y el himno del FMLN que dice:

*El FMLN, vanguardia de un pueblo que lucha
será el que nos guiará a la victoria final
hermanos unidos para combatir
avancemos a la Revolución.*

La jornada seguía con el ejercicio matutino, que era bien pesado y duraba como dos horas. Primero nos ponían a trotar. Teníamos que darle diez vueltas a una cancha de fútbol. Las tres últimas vueltas eran a carrera abierta, como una competencia para ver quién corría más. Someta, uno de los instructores, andaba en el dedo un anillo bien abultado y con ese les

daba en la cabeza a los bichos que se rezagaban.

Luego hacíamos pechadas, abdominales y sentadillas, como quinientas o mil sentadillas. Yo no estaba acostumbrado a un ejercicio tan pesado y los primeros días, cuando amanecía, puya, sentía como si las piernas se me fueran a despegar. No podía ni sentarme ni pararme. Cuando pasaron dos o tres semanas, yo ya estaba más dócil y aguantaba más sentadillas, más pechadas y más trotes. Pero a medida que te ibas poniendo más dócil, más de todo te ponían.

Había otra clase de ejercicios que eran los que nos preparaban para la guerra. Teníamos que pasar bien arrastraditos por debajo de una alambrada tejida a menos de una cuarta y media del suelo. Si topabas con los codos, las nalgas o los talones, te rallabas porque era alambre de púas. Así aprendimos a hacer avances bien pegados a la tierra. Aprendimos también a correr en zigzag, bien agachaditos, y a hacer avances lentos y silenciosos. Luego tocaba una carrera con obstáculos a la altura del pecho. Eran como veinte obstáculos que teníamos que pasar saltando, con un palo en las manos que simulaba el fusil.

Las instrucciones militares eran parte del entrenamiento. Todas las aprendimos con los fusiles de palo:

- Unidad... ¡Atención fir!
- Presenten... ¡Ar!
- Al hombro... ¡Ar!
- Descansen... ¡Ar!
- Unidad... ¡A la izquier!
- Unidad... ¡Rompan fila!
- Muerte al imperialismo, ¡Venceremos!

Éramos como un pequeño ejército jugando a la guerra en medio de la guerra.

Nos daban pequeñas enseñanzas de primeros auxilios: cómo poner un torniquete para evitar un sangrado, cómo improvisar camillas con dos largueros, una tela o cualquier pedazo de trapo lo suficientemente ancho para poder llevar a alguien; y veíamos cómo se retiraba a un herido.

Había un ejercicio que consistía en darle dos o tres vueltas a la cancha con alguien en el lomo, y eso para que fuéramos capaces de aguantar el peso de otra persona por un buen trecho.

Otra práctica era la pelea con guantes. El instructor nos enseñaba pequeñas mañas, fintas, el bailoteo, cómo cambiar de perfil con un movimiento de pies, cómo hacer los quiebres de cintura y protegernos la cara al mismo tiempo que dábamos un golpe. Las cosas elementales de boxeo. Luego nos ponían por parejas, y ¡a pelear!

Había bichos que cuando ensayaban, se picaban. Los golpes les calentaban la sangre, y si no lograban pegarle al otro, se desesperaban. Y es que los pencazos que te caían en la frente y en las mejillas no eran de broma. Se quitaban entonces los guantes y se agarraban a puño limpio. Allí, los separaban.

En una de esas me tocó pelear con un chavito de Cacaoopera que le decían Adán, de la misma edad que yo. Fue bien difícil porque él era zurdo, y se siente bien feo pelear contra un zurdo. Ya había peleado con otros, que eran diestros, y me acomodaba más. Con él, acabamos quitándonos los guantes y nos fuimos a las patadas y los puñetazos.

Ensayábamos también la lucha cuerpo a cuerpo. Hacían una fila de veinte frente a otra de veinte, y a los de una fila les daban tres segundos para tener a los de la otra en el suelo. Eso era un poco más divertido porque no era de golpearse. El instructor decía que en la lucha había que usar la fuerza del otro. Que si eras un poco más flaco y un gordo te levantaba y te giraba para tirarte al suelo, tenías que usar su misma fuerza para que él quedara debajo. Y sí, había bichos flacos con mucha maña para luchar. Aunque viéndolo bien, todos éramos bichos flacos. Yo no era tan bueno y me domaban algo rápido, pero aunque uno perdiera, la lucha cuerpo a cuerpo era parte de la preparación para la guerra.

Otro ejercicio era el tiro con olotes mojados. Ponían a tres o cuatro bichos a cinco metros de vos, y ellos te iban lanzando olotes. Tenían prohibido pegarte del pecho para arriba, pero los olotazos siempre dolían, aunque te dieran en la pierna o en la barriga. Y si te habías quitado tres olotazos, ya te venían cuatro más, y si de esos cuatro te pegaba uno, pues de los cuatro siguientes, a intentar quitártelos todos. Había que ser muy hábil para esquivar los tiros, pero ya teníamos mucha práctica para brincar y rodar. Todo eso era parte del matutino.

El instructor militar era Payín, uno de los hermanos Perica. La familia de los Pericas era de la Villa del Rosario y se incorporó todita a la guerra.

Murieron todos los hermanos. Payín era narizoncito, de piel clara, delgado, siempre con boina y su fusil colgado. Era estricto pero no pesado; severo con los indisciplinados, pero si hacías lo que él decía, no te sancionaba sólo por sancionarte.

La disciplina en la escuelita era bien estricta. Te decían que debías ser un niño bien portado y bien disciplinado porque te preparabas para ser un combatiente del pueblo y tenías que dar el ejemplo. Tenías que demostrar lo que era la disciplina de los revolucionarios. Y cuando uno se salía de los límites del respeto y buscaba pleito, lo sancionaban: todos los bichos de la escuela formaban un círculo y lo pasaban al centro a hacer sentadillas. Y si eran dos los que llevaban el pleito también los pasaban al centro, pero allí, en vez de sentadillas, les daban tres minutos para reventarse el hocico. Era como decirles:

— Bueno, si quieren pelear, quítense las ganas.

Se daban con todo y a veces sangraban de la nariz. Y si seguían con el pique, los volvían a sancionar.

A mí esas sanciones no siempre se me hacían justas porque se daba que el que empezaba el pleito era un chavo grande, y aún así, el pequeño estaba obligado a pelear. Durante esas peleas se daba el gran bullicio de todos los bichos que gritaban:

— ¡Dale, vos, dale duro!

Yo siempre fui bastante indiferente con ese tipo de cosas. No me ponía a gritar con los demás y no celebraba tanto que una pareja de chavos se fuera a reventar la nariz a golpes.

Yo era de los más disciplinados. Quizás no fuera de los más inteligentes, pero sí me tomaba muy en serio la cuestión de la disciplina, el compañerismo y la solidaridad. Por eso, a mí nunca me tocó pasar al centro de uno de esos círculos.

Pero había niños que después de una sanción desertaban. Buscaban a algún familiar que viviera por allí, y no los volvías a ver. Otros se iban porque no les gustaba esa disciplina tan estricta o porque el ejercicio matutino era demasiado pesado. Para nosotros, que alguien se saliera de la escuela así, era como una traición. Entre nosotros decíamos:

— Ay, mirá fulano que nos traicionó.

Recordá que éramos como un pequeño Ejército. Si de casualidad volvíamos

a ver a uno que había desertado, para él era una gran vergüenza.

También te podían sancionar si cuando te mandaban a dejar un correíto, te tardabas mucho, o si salías del campamento sin permiso, o si volvías muy tarde, cosas así. Se hizo fuerte el rumor que uno de los maestros, Emiliano, sancionaba a los bichos que le hablaban a una chava, Sonia, que era su mujer o su novia. Se decía que si vos te acercabas a ella con la intención de cuentearla, Emiliano se ponía celoso y te culuquiaba. Te ponía a hacer sentadillas o pechadas. Entonces, entre los niños se oía:

— ¡Hey, bicho, te van a sancionar si seguís hablando con esa!

Después de los ejercicios, como a las ocho de la mañana, nos daban el desayuno. Luego venían las clases. En los llanos de Agua Blanca eran en una casita de adobe abandonada a la que le faltaban pedazos de pared. Nos hablaban de la condición del proletariado, de por qué el capitalismo dañaba a las sociedades y no creaba la paz, y de la lucha de nosotros. Nos decían que el Estado se debía al pueblo, que el Estado tenía que garantizar la democracia y que todas sus decisiones debían ser consultadas con el pueblo.

— Ustedes, como niños del futuro, van a garantizar que en este país haya justicia social —nos decían.

Nosotros luchamos —decían— para que en El Salvador se respeten los derechos humanos y haya igualdad. Por eso, teníamos que formarnos, teníamos que ser compañeros, teníamos que ser solidarios, teníamos que sacrificarnos y ser luchadores.

Esas eran las charlas políticas. También veíamos algo de Sociales, de Matemática y de Lenguaje. Entre los maestros estaban Emiliano, que era del lado de El Volcancillo, y Carmelo, de La Unión, que era chele, medio calvo y de rostro muy alegre. Ellos enseñaban bien y nosotros poníamos atención porque aprender y asimilar las clases era parte de la misma disciplina.

Una de las cosas que más me costó al principio fue pasar al pizarrón. Ellos nos decían:

— Vaya, fulano, resuélvame este problema de Matemática.

— Escribame y léame estas oraciones.

Los maestros veían así cuál niño tenía más timidez y pasaba mucho miedo,

y cuál tenía más habilidad. También te calificaban la letra, la ortografía, el uso de la puntuación y veían si tu lectura era una lectura suelta o temerosa. Eso influía al final, cuando decidían a qué estructura de la guerrilla te mandaban. A veces, teníamos que dar ponencias sobre temas como nuestra familia, la represión, la explotación de la gente humilde o la vida de Farabundo Martí.

Nos hablaban de la historia de El Salvador, y conforme fui madurando, le fui poniendo más atención a esta materia. Me interesaba lo de la Independencia y de cómo se había logrado sólo para dar paso a la explotación de los pueblos indígenas por la oligarquía hasta llegar al genocidio del 32. Nos hablaban del levantamiento de Anastasio Aquino y de la toma del poder por dictaduras militares que desembocaba en la guerra en la que nos encontrábamos. Y Emiliano no dejaba de recordarnos que éramos los niños del futuro, que nos preparábamos para la guerra, para que las nuevas generaciones vivieran en un país libre de dictaduras, con acceso a la salud, la vivienda y el estudio.

A veces se interrumpía la clase para cantar canciones revolucionarias. Había una que decía:

*Todo el mundo debe estar
pendiente de El Salvador
por lo que pueda pasar
preparemos nuestro accionar
en la lucha salvadoreña se juega la dignidad
de América Latina y de todos nuestros pueblos
que luchan diariamente por su ansiada libertad*

Y la canción del Vietnam:

*Con un verso y otro verso hacemos una canción
con un plomo y otro plomo liberaremos nuestra nación
los buitres del norte están con ganas de intervenir
el pueblo salvadoreño no los dejará salir
estamos dispuestos a todo no nos vamos a rendir
no no no a la intervención*

*El pueblo quiere revolución
si no se van si no se van
les va a pasar como en Vietnam
si no se van si no se van
les va a pasar como en Vietnam*

Estas canciones, claro, se cantaban a toda garganta.

Luego nos daban el almuerzo. Cuando se podía, nos daban los tres tiempos. Para pedir la comida, no era que no todos nos ajolotáramos: teníamos que formar una columna. Y la comida, no creás que te la daban en un plato, con tus cubiertos. Era así, en la mano. Te daban un par de tortillas y por encima un puñado de arroz, de frijoles o de cuajada, y adiós, que pase otro. Otras veces traían unos grandes recipientes de sopa de res. A cada uno le daban una paila con sopa, que a veces era sólo hueso y agua. No siempre había verduras, ni mucho que ponerle al caldo más que sal y tortillas. Por eso en las mochilas, siempre andábamos madurando algún aguacate si era temporada de aguacates. Sacabas tu aguacate de la mochila y lo compartías con tus compañeros. Eso te respaldaba y le daba un sabor más rico a las tortillas.

Recuerdo a un señor Alcides, a un señor Filomeno, a un Adrián que siempre andaban pendientes de que no faltara la leña, el maíz, el frijol, las cosas elementales de la cocina. A ellos les llamaban los logísticos. Había un pequeño hato ganadero en una explanada donde antes estaba una ermita. Unos muchachos eran los responsables del ordeño, de preparar la cuajada y repartirla entre las estructuras.

Una de nuestras tareas diarias era ir a conseguir frutas. Me acuerdo de que salíamos en grupos a buscar guineos, naranjas, mangos, mandarinas, caña, zapotes. Había un lugar que le decían El Junquillo, que se hizo famoso porque allí, el capitán Medina Garay, el “carnicero de El Junquillo”, como lo llamaron después, mandó a matar a más de setenta personas en marzo del 81. En la escuela había un bicho que se llamaba Cayetano, que era sobreviviente de esa masacre. Mientras recorriamos ese sector, nos contaba cómo había sido, y con lo que contaba entendíamos por qué estaba tan desolado el lugar. Allí sólo había casas abandonadas, escombros,

techos quemados y derrumbados y en esa soledad, estaban los árboles de mango y de naranja.

Con las frutas verdes hacíamos guacas para madurarlas: cavábamos un hueco en la tierra, lo cubríamos con hojas secas y sobre esas hojas colocábamos las frutas. Las enterrábamos y cuando volvíamos a los tres o a los cinco días, las frutas estaban bien maduritas. Todas las guacas eran colectivas. No estaba permitido hacer guacas individuales. Aún así, algunos chavos aprovechaban la ausencia de sus compañeros para hacer una guaca sólo para ellos. Pero eran pocos los que pensaban eso de que “ahora que estoy solo, voy a comer”.

Cuando ya estaban maduras las frutas, se hacían porciones iguales para cada uno. Cada porción tenía por ejemplo tres guineos, dos naranjas, cuatro zapotes y un pedazo de caña, que luego andabas en la mochila y te sustentaban a la hora del almuerzo.

Recuerdo que nos sentábamos sobre los cercos de piedra, y allí nos poníamos a chupar caña. Era divertido. Una vez, estando yo en uno de esos cercos, conocí a un señor extranjero que le decían Gaspar. Era un médico alemán que había venido a colaborar en los frentes de guerra. Él me vio pelando caña con los dientes, porque en ese tiempo los dientes los tenía bien sanos y para pelar una caña yo era como una guatuza. Este señor alto, chele, me dice:

— ¿Y no te duelen los dientes?

— No.

— Y si te regalo una navaja, ¿creés que la usas?

— No creo, yo estoy acostumbrado a pelar caña así.

— Igual te voy a regalar una. Pero tenés que aprender a usarla.

Era una navajita suiza. Él me explicó cómo tenía que usarla. Luego esa navaja yo se la regalé a mi papá. Quién sabe qué habrá pasado con este Gaspar. Yo creo que se regresó a Alemania.

A las cinco, nos daban permiso para salir a distraernos. Recuerdo unos planos donde sobrevolaban unos pájaros que les llaman tijeretas porque su cola forma una tijera. Cazaban insectos. En ese llano, los conejos tenían muchas guaridas y a esa hora les caíamos. Era una cacería a campo abierto. Los cazábamos con hondillas, o si no, entre varios los rodeábamos hasta

agarrarlos tirándonos sobre ellos. Los íbamos cercando: el conejo topaba con uno, daba la vuelta y se topaba con otro, y así hasta que lo agarrábamos.

Luego nos aliábamos con las cocineras para que nos los prepararan y los agregaran a la repartición de comida. También tratábamos de matar algún un garrobo, unas cuantas codornices o a veces una guatuzza para acompañar las tortillas con frijol o arroz.

En una ocasión la escuela se asentó en El Limón de Joateca. Allí había un río cerca y una quebrada que le decían quebrada del Pedernal en donde pescábamos guapotes, y canacheábamos, que significa agarrar cangrejos; nadaban los que sabían nadar. Yo nunca aprendí a nadar, pero me divertía andando en medio de todos. Desde ese río jalábamos el agua para la sopa de res y los frijoles.

En Los González también había una quebrada buena para pescar. Era un rinconcito situado en una hondonada donde había varios cultivos pequeños de caña, mango, mandarina, aguacate, güiripe y naranja. Era un pequeño paraíso para los niños. Además, allí teníamos suficiente protección: zanjas, árboles y cercos de piedra para resguardarnos de la artillería y la aviación.

Un día en que estábamos allí, apareció un C-47, un avión que tiraba unas balas calibre 20 milímetros, las más grandes que yo había visto nunca. Y empezó a ametrallarnos. Nos dispersamos. Las balas pegaban sobre las piedras y sonaban como pedradas tiradas con hondilla sobre un cristal. Ya cuando se fue el avión, después de aquella regazón de frijoles, nos reunimos de nuevo. Entre risas y nervios, cada uno se puso a contar lo que había sentido. Nadie quedó muerto o herido. Y es que alguna ventaja tenías cuando era un solo avión el que ametrallaba, porque bastaba con que observaras su movimiento para protegerte detrás de una roca o de un árbol. Cuando son más aviones los que te vuelan encima, lo mejor es meterse a alguna zanja o en una cueva.

Otra cosa que recuerdo bien es cuando íbamos a una molienda que estaba en Cumaro, en la hondonada antes del puente del río Sapo, sobre la calle que va a Joateca. Había siempre mucha actividad. Se concentraban allí los alimentos que luego se distribuían por toda la fuerza militar. Los compas sembraban frijol y maíz, y abastecían en dulce a todas las estructuras de la guerrilla. Se veían cuadrillas de compas, unidades de milicia, gente con su

pistola, sus fusiles 22 y sus machetes bien afilados para la tameguada y la corta de caña. Era como una pequeña empresa y nosotros, los niños, en medio del bullicio, nos la pasábamos entre la caña cortada y el bagazo. A mí me fascinaba esa molienda. Me recordada la de mi papá. Era el mismo ambiente, con los compas pelando caña, puzungueando, envolviendo dulce, oyendo música.

En cada molde en donde se deposita la miel, hay unos depósitos pequeños que les dicen los toritos. Esos toritos unidos y envueltos en tuza hacían un atado pequeño que los compas nos regalaban. Cada uno regresaba bien contento de la molienda con su atadito de toritos. Y si no, nos daban lo que sobraba de los recipientes o un puñado de raspadura, que es un dulce molido más suave. Esa era la alegría de nosotros.

Regresando de la molienda, pasábamos por un lugar que le dicen El Pinalito, donde de tarde había muchos pájaros. Una vez, en ese lugar, yo iba con mi hondilla en la mano, y un compa se me acerca y me dice:

— ¿Tenés pulso con la hondilla?

— Sí —le dije yo.

— A ver, demostrámelo.

Entonces le tiré a un cheje, un pájaro que tiene un gorrito rojo. Le pegué y lo maté. Bien orgulloso me puse yo.

Recuerdo que una vez en un campamento, yo oí la plática de un compa que decía que si uno se comía el corazoncito de siete gorriones, uno se volvía inmortal. Gorrión es como llamamos nosotros al colibrí. Entonces me agarró la locura de ir a vigiar a los gorriones, allí donde había unas matitas de capulín, con la intención de matar a siete. Aquel día maté a tres, y cuando ya volvía con los gorriones, un compa me vio y me preguntó.

— ¿Por qué matás a los gorriones?

Entonces le conté el cuento que había escuchado.

— ¡Es que no seás tonto! —me regañó—. Comiéndote los gorriones no te vas a hacer inmortal.

Ya no les volví a tirar.

Por las tardes jugábamos al trompo. Recuerdo bien el zumbido de todos los trompos girando juntos. Jugábamos también al maule, que son las canicas, y

al fútbol con pelotas de basura: reuníamos pedazos de plástico y papel, los hacíamos bola y sujetados con bastante pita, teníamos con qué jugar.

En las casas abandonadas conseguíamos carretillas de mano y las utilizábamos para acarrearlos unos a otros, haciendo carreras. Era un juego de niños, pero servía para darnos resistencia en los brazos. También fabricábamos nuestras propias carretillas con un gancho de laurel o de guayabo, dos travesaños y un lazo para girar a la derecha o a la izquierda. Las llantas, que eran de tallo de huerta, se metían en los travesaños y se sujetaban con una cuña. Estas carretillas nos servían para correr en bajada. Rodaban bien hasta que las llantas de palo de huerta se desgastaban o se rompían, pero siempre teníamos repuestos.

Yo aprovechaba los espacios libres para caminar solo, ir a buscar alguna fruta, o ir a saludar a alguien a otra estructura. En El Zapotal estaba una vez paseando por un cañal, chupando caña. En eso, se asomó un muchacho narizón, colucho, moreno claro. Era algo lento para caminar y yo supe de inmediato que era un muchacho del área urbana. Su contextura física mostraba que no era del campo. Le pregunté si quería caña.

— Sí —me dijo— porque ando con hambre. Pero yo no sé pelarla.

Entonces yo le pelé una caña y se la partí en varios pedazos con un machetillo que andaba. Él se quedó admirado por la habilidad con que la pelé. Y así nos hicimos cheros. Me preguntó de dónde era yo, y le dije que del Cacahuatique. Le hablé de mi familia, de los compas, de los deschongues del Cacahuatique, y le mencioné a mi hermana Carolina. Él ya la conocía y por eso agarró más confianza todavía. Me dijo que venía de San Salvador y que era un inútil para pelar caña. Se llamaba Mauricio y era uno de los técnicos de Radio Venceremos, la radio clandestina de la guerrilla. Le decían Mauricio Jocote porque los dedos de las patas los tenía bien gruesos.

Por las noches siempre escuchábamos Radio Venceremos. La escuchábamos casi religiosamente. Era una disciplina que se daba en todos los campamentos y todas las estructuras de la guerrilla. Sus transmisiones permitían saber lo que estaba pasando en el país: la represión, la gente asesinada, los movimientos sindicales. Los partes de guerra que transmitían contaban cómo estaban operando los compas de San Miguel,

de Chalatenango o de Guazapa. Yo me acuerdo de que no la escuchaba sólo por escucharla: lo hacía con más sentido político, analizando lo que se decía.

Con los maestros y los niños se formaba un colectivo para conocer la opinión de cada uno sobre lo que habían dicho las noticias:

— A ver compañero, ¿y usted qué piensa de la transmisión de hoy? Todos decían su forma de ver las cosas y hacían un pequeño análisis. Escuchar Radio Venceremos te subía la moral. Las voces de Santiago y de Mariposa agitando al pueblo, animando a los que quisieran ser combatientes a incorporarse a las filas del FMLN, nunca dejaban de emocionarte.

La radio hablaba de las victorias que obtenía la guerrilla. Y eso te fomentaba la voluntad de incorporarte al combate y de hacerlo tan bien como los muchachos que estaban ya luchando. Esperabas con ansias el momento de tener un arma y ser enviado a una misión.

Cuando caía la noche, cada quien preparaba su nido con hojas de huerta seca o nada más tendía su plástico sobre la tierra. En invierno era más complicado y había que improvisar champas. Hacías una armazón en forma de concha de cusuco con tres maderitas. Por encima tendías el plástico, y alrededor de la champa cavabas una zanja para que el agua no se te metiera por la espalda. Dentro de la champa ponías hojas secas, hojas de huerta de ser posible porque son bien calentitas. Podías construir una champa sólo para vos, o construirla con un par de amigos de confianza.

Había periodos, como cuando estábamos en El Zapotal de Joateca, en que a los niños nos daban chance de ir a visitar estructuras asentadas cerca de la escuela. Mi hermana Carolina estaba en la de prensa y propaganda, y yo la podía ir a ver. Cuando la Caro me veía llegar, dejaba lo que estaba haciendo y corría a abrazarme. Y de allí, rápido me llevaba a la cocina para ver qué podía darme de comer: alguna galleta, un guineo maduro. Siempre era eso, me abrazaba y me decía:

— ¡Abuzado, Lucíto, abuzado!

No me acuerdo de qué conversábamos, pero sé que ella en el campamento hablaba mucho de mí diciendo que yo era un niño muy inteligente. A la gente le hablaba de más de lo que era yo, pero era por la misma emoción de verme, el niño más chiquito que le había quedado. Cuando se despedía,

me daba un jabón, una pasta dental y me decía que me cuidara mucho, y me daba mucho ánimo. Me inyectaba fuerzas para seguir adelante.

A la par de su estructura estaba la comandancia, donde recuerdo haber visto a Luisa, a Villalobos, a Rosita la cocinera, a Jonás, a Mariana, a Apolonio y a Genaro, un muchacho mexicano que se había incorporado a la guerrilla salvadoreña.

Por allí quedaba también la sección de comunicaciones donde me reencontré con Tita, la chava que me había recibido en los campamentos de Joateca junto con su hermano Paco. Allí fue cuando me enteré que Paco había caído en el ataque a San Francisco Gotera. Cuando Tita me habló de eso, se me vino la imagen de mi padre sentado sobre el cerco de piedra en Pueblo Viejo, y los compas heridos que traían en hamacas. Pero Paco quedó entre los muertos a los que los soldados rociaron gasolina y quemaron.

También estaba por allí Radio Venceremos, donde conocí a Maravilla, Mariposa, y Santiago. Fue en una de las visitas a Carolina que Santiago me entrevistó por primera vez. Carolina era amiga de Santiago. Recuerdo que Santiago me saludó bien amable y me dijo que si le podía contestar unas preguntas. Carolina me dio ánimos, y me dijo que no tuviera miedo, que no fuera tímido. Entonces Santiago sacó su grabadora y su micrófono y me preguntó:

— ¿Cómo te llamás?

— Lucio Atilio Vásquez Díaz. Vengo del Cacahuatique y mi familia se encuentra pedaceada.

Luego le conté lo de mi mamá.

Con Sebastián, uno de los músicos de los Torogoces de Morazán, el conjunto musical de la guerrilla, canté la canción del setenta y nueve, que habla de la masacre de San Salvador en la que murieron mis hermanos Chepe y Layo. La canción dice algo como:

*El veintinueve de octubre señores tengan presente
que la junta de Gobierno solita se dio en los dientes
quiso masacrar al pueblo
con su armamento pesado,
pero...*

No recuerdo qué viene allí... pero luego sigue así:

*Ese veintinueve fuimos abatidos
por los más tiranos
cuerpos represivos
llevando tanquetas
y todo volado
y radiopatrullas
que sólo eran bulla*

La canté un tanto desafinada, pero de que la canté, la canté. Hubo otra ocasión en que me grabaron, y fue cuando se organizó la toma de Radio Venceremos por los niños. Fue un programa especial de la radio en el que se suponía que los niños de la escuela de menores la tomábamos por asalto. El programa lo hicimos los niños víctimas de la represión, y allí tuvimos espacio para cantar, leer noticias, locutar y decir poemas. Supongo que a los que oyeron el programa, se les hizo divertido.

En el camino de regreso, después de ver a Carolina, yo aprovechaba siempre para ver otras cosas que pasaban en los campamentos. Me gustaba ver a los combatientes ensayando el disparo sobre unas siluetas que estaban como a ciento cincuenta metros de ellos. Así creció mi interés por las armas. Siempre encontraba a alguien que me explicara cómo se usaban los G3 y los FAL. Preguntaba acerca de las ametralladoras, su calibre, su alcance, y me fijaba cómo se les ponía la canana. Miraba cómo se le colocaba el proyectil a un lanzagranadas RPG-2, el bastón chino, y ya sabía que había que usarlo con cuidado porque al momento de disparar, suelta una llama hacia atrás que si topa sobre una pared o un árbol, te puede quemar a vos mismo.

Sobre ese mismo camino quedaba el taller de explosivos de Nivo, donde los compas hacían bombas de contacto y espoletas de madera o de lata para las granadas hechizas de fusil, fabricaban morteros caseros, armaban minas y abanicos. Me encantaba el ambiente de ese taller, con los radios musiqueros sonando mientras los compas trabajaban.

De vez en cuando todas las estructuras se reunían en grandes

celebraciones. Había discursos, actos culturales, bailes y espacio para conocer gente nueva. Yo recuerdo bien los teatrillos que se formaban. En las obras, había papeles para los adultos y para los niños, papeles de guerrilleros, de guardias nacionales, de generales y de víctimas civiles. Otros hacían de avión y lanzaban bombas de ceniza, y otros más hacían de helicóptero corriendo y dándole vueltas a un cincho que simulaba la hélice. Siempre había alguno haciendo de camarógrafo, con una caja que llevaba escrito el nombre de alguna cadena de televisión. Unos llevaban peluca, vestido largo, se pintaban los labios y los cachetes, y debajo del vestido se ponían una gran panza de oligarquía. Se ridiculizaba al Ejército, a los guardias, a los gringos y a la vieja burguesía salvadoreña. Era muy divertido.

De la escuela de menores, el que mejor actuaba y el que más gracia causaba era un bicho que le decían el Gato. Yo me acuerdo de haber participado en varias obras, pero no de mis papeles. Yo participaba más en los coros. Siempre estaba en la primera fila de niños que cantábamos *La Internacional*, el himno del FMLN y las canciones revolucionarias. También se recitaban poemas, y el encargado era el Pescado Seco, un bicho muy suelto que hacía grandes ademanes cuando soltaba el poema.

Más tarde, venían los Torogoces de Morazán y empezaba el baile. Recuerdo bien a los compas bailando con los fusiles atravesados a la espalda. Los que más sabían bailar, pasaban al centro. Los niños también bailaban, y los más pilas hasta sacaban a alguna chava. Y todo eso era un gran bullicio, con aplausos y risas.

Una vez la comandancia del ERP organizó un acto muy importante, no sé si se conmemoraba algo o qué, pero recuerdo que se reunió gran parte de la fuerza del norte del río Torola. Fue una concentración con las estructuras logísticas, administrativas, de propaganda, Radio Venceremos, unidades militares, milicias. Todas estaban representadas.

Como tres días antes, los maestros me habían dado un poema dedicado a Rafael Arce Zablah, uno de los fundadores del ERP. Me tocaría recitarlo solo delante de todo el mundo y me lo tenía que aprender de memoria. Me dijeron que en esos tres días me iba a librar de algunas tareas de rutina para dedicarme sólo a estudiar el poema. Que lo estudiara lejos del bullicio, me dijeron. Entonces me iba lejos de la gente y debajo de

algún árbol, yo solito me ponía a leerlo y a ensayarlo con los ademanes que le había visto al Pescado Seco. El escrito empezaba con un saludo a las diferentes estructuras, y eso fue lo primero que me aprendí.

— A la estructura tal, un saludo de parte de la escuela de menores, así como saludamos a la comandancia del ERP del norte de Morazán. . .

Y yo ensayaba como si estuviera delante del público.

Los demás bichos me hacían burla:

— Ajá, allí no vas a estar con toda la escuela: te va a tocar hablar solo y te vas a trabar y te vas a equivocar —me decían.

Pero yo agarré esa tarea con disciplina. Sabía que no era un juego, que aprenderme ese poema era como una orden que me hubieran dado. Me puse, me puse y me puse, y después, con uno de los maestros lo ensayé.

— Vaya, ya llevás un día. Hagamos un ensayo —me dijo Emiliano—. Quiero ver cómo se va a oír delante del público. Leído no, guardá el papel.

Y empecé a recitarlo con los ademanes que había ensayado:

— A los miembros de la comandancia del ERP de Morazán, de parte de los niños del futuro de la escuela de menores, reciban un saludo revolucionario.

En el primer ensayo llegué como a la mitad de una página sin equivocarme, y cuando me equivoqué, fueron sólo palabritas que no me impidieron seguirle el hilo al escrito. Y así seguí trabajando.

Y llegó el día del acto, con todas las estructuras ya concentradas y las compas repartiendo comida. Era en una gran explanada, como a las cuatro de la tarde. Había bastante personal filmando eso.

Empezaron los puntos: el mensaje de la comandante no sé qué, el mensaje del comandante Joaquín Villalobos, el mensaje del representante de las fuerzas militares. Todo el mundo pasó a dar su mensaje. Y ya en la parte final dijeron:

— Bueno, la escuelita de menores también va a tener su participación.

Y me empecé a sentir con muchos nervios. El maestro me dijo:

— Ánimo, ánimo, ¡usted puede! Pero por si acaso hay alguna traba, llevá el poema y lo leés.

A mí eso me pareció una burla: después del gran miedo que me habían metido para que me lo aprendiera de memoria, ya en lo último me decían:

“Podés leerlo si no te lo sabés”. Me metí el poema en la bolsa, pero en ese momento ya no confiaba tanto en el papel, sino que confiaba más en mi memoria.

Dijeron:

– Le toca el turno a Lucio Vásquez, un niño de la escuela de menores, que va a recitar un poema sobre Rafael Arce Zablah.

Los aplausos de la gente, y yo subiendo a una pequeña tarima que habían improvisado. Agarro el micrófono y en ese instante se me olvida cómo empezar. Se me olvida el inicio, el saludo. Abajo, estaba el maestro haciendo gestos:

– ¿Qué pasa? ¡Empezá, empezá!

Total que agarro valor y empiezo:

– A los miembros de todas las estructuras aquí presentes, (y empecé a nombrarlas), a la comandancia del ERP de Morazán, reciban un saludo revolucionario de los niños de la escuela de menores, de los niños del futuro que nos preparamos para entrar en la acción revolucionaria, por la defensa de este pueblo oprimido, de este país en lucha contra el imperialismo que es El Salvador...

Un rollo así era el saludo. Y a medida que iba recitando eso sin equivocarme, sentía que agarraba más aire y me tenía más confianza para hacer ademanes.

Luego recité el poema dedicado a Rafael Arce Zablah. Lo dije todo, y sólo tuve una pequeña equivocación: dije que había muerto en 1975 en la Villa del Rosario, cuando lo mataron en Villa el Carmen, que está en La Unión.

Y cuando terminé, les dije que muchas gracias y rapidito me aventé de la tarima a formarme con los demás. Me felicitaron. Luego me felicitaron los maestros y mis compañeros. Esa es una de las cosas que más recuerdo de la escuelita de menores cuando estábamos en La Guacamaya.

* * *

Mientras estábamos en clase y empezaba el fuego de artillería o de aviación, corríamos todos a protegernos. Ya teníamos práctica: cada quien sabía dónde parapetarse y en algunos lugares teníamos tatús. Ya no usábamos ropa de color o ropa blanca para que los aviones no nos

detectaran tan fácil. Mientras estuve en la escuelita, ningún niño fue muerto o herido por un ataque de esos.

Una vez nos llevaron a ver un bombardeo ocurrido en el cantón El Guachipilín. Los aviones habían tirado como cuatro o cinco bombas grandes que destruyeron la escuela del lugar. Vimos los destrozos, los grandes huecos y sentimos el tufo a pólvora. Encontramos unas esquirlas de más de un metro de alto, enormes y filudas. Alguien dijo que esas cosas, en el momento de la explosión, salían con fuego a la velocidad de una bala.

Recuerdo también un día en que pasó un avionón, un C-47, sobrevolando el área de la escuela de menores. Pero en vez de tirar bombas, dejó caer una lluvia de piedras. Fue bien extraño. No golpearon a nadie y luego todos los bichos las andábamos recogiendo. Había piedras de distintos colores que parecían pintadas. Nunca supimos qué sentido tenía eso.

Cuando los operativos del Ejército eran más fuertes, las estructuras tenían que moverse a lugares más seguros. Aprendimos a caminar, caminar y caminar. Los desplazamientos podían ser de día o de noche. Los niños no sentíamos tanto cansancio, por esos entrenamientos diarios con quinientas o mil sentadillas, los trotes y demás ejercicios. Por ser niños, teníamos los huesos bien frescos.

Durante las marchas, sobre todo en invierno, cuando los caminos estaban resbalosos, siempre se caía alguien, y eso nos daba risa. Y si te caías vos, pues ni modo, a levantarte. Pero con la práctica, cuando nos caíamos ya no nos golpeábamos; nos levantábamos y ya, a seguir la marcha. Los que llevaban un perol o una olla con arroz y frijoles en las manos, cuando se resbalaban intentaban caer sentados, para que no se regara la comida por el suelo. Cuando llegábamos a una quebrada o un pozo, todos llenábamos nuestras caramañolas y bebíamos toda el agua posible, porque nunca sabías cuándo ibas a encontrar agua otra vez. Y también se aprovechaba para hacer un Café Listo o cocer un chocolate.

La caminata no era tanto el problema, sino la comida, que a veces no se tenía o tardaba mucho en llegar. A veces sólo nos daban un poco de maíz cocido al que le poníamos sal y limón para sentirle sabor. O si no, nos daban un atado de dulce que teníamos que repartirnos entre doce o

quince niños. Cuando ya cambiaban las condiciones y nos daban tortilla con frijol, con queso o con arroz, eso se sentía buenísimo.

A mediados de diciembre del 81, recuerdo una marcha en la que pasamos cerca de El Mozote. Íbamos huyendo de un gran operativo del Ejército. Nos habíamos reunido con varias estructuras: con nosotros iban la comandancia y Radio Venceremos. Son recuerdos muy leves los que tengo, pero antes de llegar al río Sapo, cuando todavía no había amanecido, en las casitas humildes, a través de las paredes de vara de tuza ya se veía el fuego de las cocinas y las siluetas de las mujeres palmeando. Bajamos esa cuesta tan pronunciada que llega al río Sapo, pasamos por El Volcancillo y El Bramadero y luego cruzamos la calle que va de Arambala a Joateca. En un lugar entre el cerro de las Pilas y Talchiga nos estacionamos. Fue allí donde nos llegaron los informes de que a la gente de El Mozote la habían masacrado.

Por curiosidad, varios niños subimos a unos cerros para ver desde allí la hondonada en la que está asentada la aldea. Se veían columnas de humo. Los combatientes adultos que también observaban, nos dijeron que eran unas casas incendiadas. Era cierto que algo había pasado en El Mozote.

Luego se supo con más detalle: la Brigada Atlacatl, bajo las órdenes del coronel Domingo Monterrosa, acababa de asesinar a toda la población de la aldea. Mataron a más de mil personas, hombres, mujeres y niños en El Mozote y en varios caseríos aledaños. Fue el peor operativo de tierra arrasada que hizo el Ejército en Morazán.

Nos instalamos luego en los alrededores de Perquín. Allí llegó a la escuela un niño, Chepito, uno de los únicos sobrevivientes de la masacre. Toda su familia había sido asesinada en El Mozote. Chepe Mozote lo llamamos después.

Chepito contó lo que había vivido: cuando llegaron, los militares separaron a los hombres, a las mujeres y a los niños. A los niños los llevaron a un costado de la iglesia, detrás de una zacatera y allí los mataron. Chepito iba en ese grupo de niños; al ver que los estaban matando, empezó a correr. En su huida, todavía le dispararon pero no le dieron. No sé como vino a parar luego a la escuela de menores.

Chepito nos contaba unas cosas de pesadilla, que a los niños les metían

los puñales y los degollaban, que a los más tiernitos los tiraban al aire y los ensartaban con el yatagán del fusil. Nosotros no le creíamos mucho. No eran cosas que se pudieran creer.

Luego, cuando se empezaron a escuchar los testimonios de otros sobrevivientes en Radio Venceremos, vimos que Chepito decía la verdad. El primer testimonio que se escuchó en la radio fue el de Rufina Amaya, quien logró esconderse de los soldados. A las otras mujeres las llevaron al cerro La Cruz, donde las violaron y asesinaron. Rufina dio cuenta de esas atrocidades.

Como un mes después, cuando ya el operativo del Ejército había terminado, la escuela de menores se asentó en El Mozote. Sólo quedaban ruinas de casas, con las tejas quebradas, las columnas ahumadas, los techos y las paredes derrumbados. Habían volado la iglesia para que las paredes cayeran sobre los niños muertos. Dentro y alrededor de las casas se veían juguetes aventados, los cuadernos de los niños tirados, todo a la deriva, a la intemperie.

Andaban los animales enloquecidos. Los cerdos, los perros, las vacas huían de las personas. Las gallinas se habían hecho monteses y cacareaban entre la vegetación, como extrañando a la gente. Y si intentabas agarrar una, no era tan fácil. Nosotros las agarrábamos, pero tirándoles con hondilla. Una vez, por andar buscando a esos animales, nos persiguió un toro que tenía ojos rabiosos, y una alambrada nos salvó. Todos los animales habían quedado locos por la masacre.

Nos mandaban a buscar frutas alrededor de El Mozote. En las casas, que tenían los techos derrumbados y las columnas de madera incendiadas, o en las milpas, o en el guate de las milpas, o en los patios de las casas, era fácil encontrar tres calaveras aquí y dos calaveras, cuatro calaveras allá. Se distinguían por el tamaño las que eran de niños. Algunas todavía tenían el pelo pegado. Encontrábamos huesos y distinguíamos los de las mujeres por los vestidos, y los de los ancianos, por los zapatos o por las hebillas de los cinturones que eran típicas de la ropa de viejo. Trabajados sobre los alambrados, o tirados por allí, encontrábamos vestidos de mujer. Y muchos huesos sueltos. A esos muertos, los zopilotes y los perros se los habían comido.

A unos doscientos metros de la iglesia hallamos unos cuerpos enteros. Eran de unas señoras asesinadas dentro de su casa. No las habían tocado ni los zopilotes ni los perros. Se les veía bien la piel pegada al hueso y el pelo sobre las calaveras.

Fuimos a explorar lugares como Los Toriles, La Joya, La Poyeta, La Chumpa y Jocote Amarillo. Había mucho aguacate por allí, del que parece como un calabacito y del otro, que es redondito y bien rico. En La Joya se da mucho el mango, y de allí nos llevábamos los maduros y los tiernos. Éramos bandadas de bichos, caminando, fregando, pero cuidándonos siempre de los ataques de artillería que podían empezar en cualquier momento. En La Joya mataron a ochenta personas. Pero no era como en El Mozote, donde habían reunido a toda la gente del pueblo. En La Joya habían reunido a dos o tres familias a la vez para matarlas. Y sí recuerdo haber visto esos grupos de diez o quince personas muertas.

En Los Toriles y en La Chumpa habían matado a la gente casa por casa. Se veían todas las cosas abandonadas, desoladas, sin una voz, sin nada más que la soledad del lugar y el bullicio de nosotros que aprovechábamos que en el río que pasa por allí se pescaba mucho el guapote, el cangrejo, y hasta el chacalín, un camaroncito menudito. Pescaban los bichos que sabían pescar; los demás nada más ayudábamos o nos quedábamos sólo por la gracia de andar con la banda.

A pesar de que había cuilios en la Planta de Jocoaitique, que está como a cuatro kilómetros, entrábamos a Arambala, un pueblo totalmente abandonado después de una masacre donde mataron a no menos de ochenta hombres. Nos metíamos en la alcaldía, en las casas y en las escuelas para buscar libretas, cuadernos, cualquier cosa que nos pudiera servir para el estudio. A veces, entre las cosas desparramadas, alguien encontraba medio cuaderno libre, o alguna de esas libretas grandes que ocupan en las alcaldías.

Cerca de Arambala encontrábamos mucho guineo. Amarrábamos racimos enteros a un larguero que cargábamos entre dos. En un larguero podíamos llevar tres o cuatro racimos. En una de esas expediciones, cuando ya habíamos reunido bastantes guineos y ya los teníamos amarrados, a un chavo que le decían Pineda no se le ocurre otra cosa

que subirse al campanario a sonar las campanas de Arambala. Como al minuto de haberlas sonado, empezó el fuego de artillería sobre el pueblo. Tuvimos que volver al campamento corriendo, sin usar la calle, porque desde la Planta de Jocoaitique nos hubieran visto los cuilios y nos hubieran mortereado más.

A la vuelta, los maestros averiguaron qué había pasado y vieron que era culpa nuestra ese mortereo. Nosotros quisimos echarle toda la culpa a Pineda, pero no nos escucharon y nos sancionaron a todos.

Una vez, unos bichos agarraron una calavera y la amarraron con una pita. Cuando atardecía, se subían a un árbol, y esperaban que alguien pasara por allí para bajar la dichosa calavera delante de él. Pronto vinieron a avisarnos de que no pasáramos por allí de noche porque salía una calavera. A nosotros se nos hizo muy divertido.

Había niños a los que les gustaban las historias de espantos. A mí no tanto, y cuando los bichos hablaban de eso, yo me apartaba. Y es que nos movíamos por lugares donde había habido muchos muertos. Ya en ese momento, en todo Morazán había gente sepultada, o cuyos restos habían quedado a la intemperie y yo pensaba que si me ponía a escuchar una leyenda o un cuento de ese tipo, no iba a tardar en vivirlo en carne propia. Y es lo que me ocurrió una vez unos años más tarde, cuando ya había salido de la escuela de menores, por escuchar a unos compas viejos que decían que en El Mozote, cuando uno pasaba de noche, se escuchaban tejas y trastes quebrándose, paredes cayéndose y llantos de niños.

Unos días después, me mandaron a dejar una nota a La Guacamaya. Ya llevaba una carabina. Y al pasar por El Mozote, me acordé de esa plática. Y lo más terrible es que allí empiezo a oír exactamente lo que habían dicho: llantos de niños, paredes cayendo, tejas quebrándose. Me entró el pánico. Sentí que la piel se me erizaba. Después de varios segundos paralizado por el miedo, me armé de valor y seguí caminando, silbando y caminando. Desde esa vez resolví no volver a escuchar esas pláticas, que si se aparece una mujer de blanco, que si se aparece el Duende, que si sale la Siguanaba.

Un par de años después de la masacre de El Mozote, se conoció también la historia de Andrea, una señora que creyeron era la Siguanaba. Esto me

lo contó Fidelia, la hija de Rufina Amaya, quien ya estaba incorporada en la guerrilla cuando ocurrió la masacre de El Mozote. Y es que en un momento dado se desató la bulla de que en el paso entre La Guacamaya y el cerro Ortiz, salía la Siguanaba a pescar. Decían que la Siguanaba era una mujer de pelo largo y pechos caídos. A los compas de la unidad donde estaba Fidelia, les pudo la curiosidad e intentaron acercarse a ella varias veces. Pero cuando se acercaban, la mujer corría a esconderse. Un día, como a las seis de la tarde, la siguieron río arriba hasta la cueva donde se escondía; allí se dieron cuenta que era una mujer y no un espanto. Intentaron hablar con ella, pero el habla se le entrecortaba y no articulaba bien: la mujer, por no haber hablado con nadie en tanto tiempo, se estaba quedando muda. Los compas la sacaron de la cueva y la llevaron al campamento. Andrea, así resultó llamarse, era una mujer de La Joya que había huido de la masacre llevando una niña herida en sus brazos. La niña murió y ella la enterró en la cueva. Había quedado traumatizada y cuando veía pasar gente, siempre imaginaba que eran soldados. Por eso se escondía. Durante más de dos años había vivido de comer cangrejos y pececitos que agarraba. Una cosa curiosa del caso es que entre el pelotón que la rescató, estaba su marido, que ya estaba en la guerrilla cuando mataron a esa gente. Me imagino que la daba por muerta. Después la sacaron al refugio de Honduras.

La escuela de menores permaneció varios meses en El Mozote. El cerro La Cruz, donde los soldados habían matado y violado a las mujeres, la explanada de El Mozote y el cerro Chingo se convirtieron en los campos de batalla donde los niños jugábamos a la guerra. Era la guerra de mentiritas en medio de la guerra, y era parte del entrenamiento diario. Nos organizaban en escuadras y pelotones. Las escuadras eran de diez chavos y los pelotones de treinta. El mando de las escuadras y pelotones iba rotando, aunque yo no recuerdo haber estado al mando alguna vez.

Empezaba entonces la guerra de los niños. Enviaban primero a treinta a tender una emboscada, y luego te mandaban a vos y a otros treinta a caminar por la calle. Nunca sabías en dónde te estaban esperando. Todos llevábamos fusiles de madera. Yo tenía un fusil idéntico a un M16 que un compa me había regalado. Estaba muy orgulloso porque era uno de los mejores fusiles de madera.

De repente, empezaba la balacera. Los disparos se hacían con la boca, ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! Y las ráfagas sonaban ¡Prrrrrrrrrran! ¡Prrrrrrrrrrrran! ¡Prrrrrrrrrran! ¡Pran! ¡Pran! ¡Pran! ¡Pran! Eran treinta locos contra treinta locos, y eso te da una idea de la enorme balacera que se formaba. Para simular explosivos, llevábamos bombas de ceniza o de tierra, y olotes mojados. Las explosiones con la boca sonaban ¡Puuuum! Era divertido, pero también era como un combate de verdad. Nos mostraban cómo caer tendidos, no todos hacia un mismo lado, porque ¿qué tal si el fuego salía por otra dirección? Cuando caíamos en la emboscada, cada uno ya sabía qué hacer: fulano y fulano cubren el flanco derecho, fulano apunta hacia el frente, vos cubrís el flanco izquierdo y aquel y aquel, la retaguardia. Esas cosas las ibas aprendiendo. Siempre observábamos los entrenamientos de los más grandes, con armas de verdad, y nosotros los imitábamos.

La consigna en esos ejercicios era no dejarse capturar. No me acuerdo de que me hayan agarrado una sola vez porque cuando se me acababan las bombas de ceniza, ¡patitas pa' qué las quiero!, yo salía huyendo. Y es que a los prisioneros de guerra los vergueaban. Les daban de verdad. Mejor huir a que te hicieran prisionero.

* * *

En mayo de 1982, a unos cuatrocientos metros de la escuela, sobre una zacatera y una arboleda no tan cerrada, se asentó una columna de compas mucho más grande de lo habitual. La constituían unidades de diversos lados, de San Vicente, del Cacahuatque y de otras zonas. Se estaban preparando operaciones militares importantes.

Cuando teníamos un poco de tiempo, nos reuníamos un grupito de bichos amigos para ir a curiosear. Los veíamos trotar, gritar consignas, cantar unos coros bien cortos que aludían a la revolución y la lucha de los pobres.

Observábamos sus entrenamientos, cómo se desplazaban, cómo rodaban, cómo se parapetaban, y la distancia que mantenían entre unos y otros. Ellos lo hacían con fusiles de verdad, y a veces con explosivos reales. Simulaban los movimientos en el campo de batalla y tenían mucha agilidad y coordinación.

A veces formaban un círculo y en el centro había alguien hablándoles, quizás de la situación del país o de la necesidad de ser cada vez mejores en la lucha. Siempre había un hombre o una mujer mando dándoles charlas. Nosotros entendíamos que esa concentración de unidades anunciaba grandes combates.

En Las Guarumas, no tan lejos de El Mozote, se asentó el pelotón de Isra, un muchacho del Cacahuatique que era compañero de vida de Irma. Con él iba mi hermano Hubert. Después de uno de los entrenamientos que hacíamos por el pequeño mezcalar a un lado de la escuela, una tarde, como a las cuatro, oí los gritos de un niño que me llamaba:

— ¡Chiyo! ¡Chiyo!

El niño me traía un recado, y era que me llamaba mi hermano. Fui para donde estaba él. Cuando llegué a la altura de un palo de jagua y un cerco de piedra vi a Hubert. Estaba sentado sobre una piedra. Había puesto su mochila a un lado y tenía el fusil sobre las piernas. Sólo me sonrió y me hizo señas para que me acercara. Me empezó a preguntar cómo me sentía en la escuela, y le conté lo que hacíamos y lo que nos enseñaban. Luego me habló algo de mi familia. Ya habían pasado varios meses desde que me había incorporado a la escuela de menores, y desde entonces no sabía nada de Pajarillo, ni de mi papá, ni de Irma, ni de Juan. Hubert me habló también de la demás gente del Cacahuatique, y me dijo que estaba más o menos tranquila la zona.

Seguimos conversando quizás como media hora, y de repente, le cambió el semblante. De la alegría de ver lo bien que me lo pasaba en la escuela, y de la alegría de hablar de la familia, sabiendo que no estaban en mucho peligro porque estaba tranquila la zona, su cara se puso seria. Y le dije que qué pasaba.

— Lo que pasa es que te quiero dejar una frazada blanca que traigo aquí y una camisa blanca. Me las cuidás, y si cualquier cosa, ahí que te sirvan a vos.

— ¿Y qué pasa? ¿Van a salir a algún lugar, a alguna misión? —le dije.

— Sí, vamos a ir a darnos verga. Nos estamos preparando para ir a un gran deschongue, y eso va a ser algo de lo que no se sabe.

— ¿Y adónde van a ir?

— Esa es una información que yo no te puedo dar.

Me dio la frazada y la camisa. Se volvió a acomodar su mochila, se colgó el fusil al hombro y cuando ya se iba me dijo:

– Te cuidás mucho. No te vayás a preocupar por cualquier cosa.

Me quedé con un sentimiento extraño. Volví a la escuela pensando en si Hubert volvería o no volvería.

En los primeros días de julio, los trotes, los ataques simulados, los entrenamientos de esa gran concentración de unidades ya no se vieron más. Ya no se oía su gran bullicio. Se habían ido a lo que iban.

El 6 de junio, Radio Venceremos daba informes de una gran batalla en el cerro El Moscarrón, a unos doce kilómetros, o quizás menos, de El Mozote. Unos días antes, los compas habían tomado Perquín y sitiado San Fernando. En El Moscarrón se estaban enfrentando con las unidades del Ejército que habían llegado por Carolina a apoyar a las tropas de San Fernando. Eran combates muy intensos, de día y de noche, y se decía que los compas tenían rodeadas a tres compañías del Ejército.

Mientras tanto, el fuego de artillería hacia el norte del río Torola se intensificó. Tiraban desde Osicala, La Aradona y Gotera, y los morteros abarcaban toda la zona entre la Planta de Jocoaitique, La Guacamaya, cerro Pando y El Mozote. Ese mortero constante era una reacción de ellos a las pérdidas que estaban sufriendo en El Moscarrón.

Fue una situación complicada para nosotros porque teníamos que meternos a los tatús. De día o de noche, cuando empezaba el fuego de artillería, corríamos a protegernos dentro de los tatús, en donde cabíamos quince o veinte cipotes. Pero como era en pleno invierno, estaban llenos de agua y lodo, y allí teníamos que aguantar, aguantar y aguantar con el lodo hasta las rodillas y el frío.

Para esos días aparecieron los aviones A-37 Dragonfly. Los vimos girar por el cerro La Cruz, cerquitita de la escuela. Eran distintos de los Fouga Magister que tienen las alitas hacia atrás. Los A-37 las tienen en cruz. Yo me fijaba y notaba que eran más atrevidos: bajaban muchísimo más que los otros aviones. Allí yo supe del ruido que hace esa babosada cuando viene en picada en la dirección en que vos estás. Sentías como si te fuera a arrancar de la tierra, y en ciertos momentos, sentías hasta pánico. Hasta pánico sentías cuando venía en picada y veías la bomba desprenderse de su ala.

Y después de tirar las bombas, se quedaban rafagueando como diez o quince minutos con una ametralladora electrónica. Decían que soltaba tres mil tiros por minuto, y yo creo que es cierto porque cuando estabas protegido en una arboleda, parapetado detrás de una piedra o de un árbol, y esa ráfaga pasaba por encima de ti, luego caía un montón de hojas. Era una ráfaga muy tupida. Esos eran los nuevos aviones que había recibido la Fuerza Aérea salvadoreña de los americanos.

Apareció también un tipo de bomba que le decían antirrefugio, diseñada para dañar a la gente que estaba metida en los tatués. Era una bomba que se enterraba como cinco metros y luego explotaba. Formaba un cráter más grande que las bombas normales. El peligro de estas bombas no era tanto las esquirlas, sino que si te caía cerca podías quedar aterrado. Se hablaba de varios compas a los que habían salvado desaterrándolos con palas después de un bombazo de esos. También emplearon unas bombas de 500 libras bien extrañas, porque al nomás tocar tierra estallaban. Estas no hacían cráter. Eran muy peligrosas porque barrían con todo sobre la tierra. Y las ramas y las piedras que se levantaban, en su caída también te podían lesionar. Luego dejaban un montón de tronconales quemados y piedras partidas.

Los niños de la escuelita fuimos a una pequeña finca con un manzanal y unos palos de ceiba situada entre El Mozote y El Pinalito. Había sido bombardeada con esas bombas y allí había muerto Jimmy, de Río Seco, que le decían el Gato, junto con su radista Marvin. Jimmy era un mando que yo había conocido en el Cacahuatique y que era un gran amigo de la familia. Lo que encontramos fue un gran tufo a pólvora y árboles volados, árboles gruesos cortados como con hacha. Un poco después, surgió una cosa curiosa. Se decía que en el manzanal por donde había muerto Jimmy, se aparecía un gato negro, cuando andabas por ese camino, el gato se cruzaba justo en frente de vos. Siempre que me tocaba pasar por allí, esperaba ver el gato, aunque la verdad, no recuerdo haberlo visto.

La batalla de El Moscarrón fue una gran victoria para la guerrilla. Nunca antes se le había hecho tantas bajas al Ejército: tuvo más de doscientos muertos y se le hizo como cuarenta prisioneros de guerra en una semana.

Cuando acabó la batalla, nos mandaron a El Moscarrón a traer armas

recuperadas al Ejército. Se había recuperado gran cantidad de fusiles, ametralladoras, piezas de artillería, mochilas y botas. Cuando llegamos allá, después de una caminata de casi cuatro horas, nos dieron a cada uno un fusil. Y así volvimos todos los niños, como zompopitos, cada uno con su fusil G3. Los logísticos llevaban las armas más pesadas sobre bestias.

A lo largo del camino vimos lo cruenta que había sido la batalla. Los pinos estaban bien pasconeados, como deshilachados por los impactos, y el olor a pólvora era bien fuerte. Por donde anduvieras encontrabas cantidad de vainillas tiradas. Por un callejón, a un costado de la calle que va de Torola a San Fernando, había no menos de veinte soldados hinchados ya, bien panzones, bien morados, con ese hedor a muerto y los moscarrones volando alrededor. Habían caído allí intentando huir. Los compas tuvieron cercadas a esas unidades tres días. Por las noches los cuilios intentaban escapar, pero no lo lograban porque el cerco militar que les había montado la guerrilla era bien sólido. La visión de todos esos cuerpos tirados revelaba la intensidad que tendría la guerra de allí en adelante. También mostraba que la guerrilla estaba preparada para aniquilar a grandes unidades del Ejército.

Después de la batalla de El Moscarrón, la guerra se volvió más intensa. El Ejército arreció los bombardeos con su nueva flota de aviones. Nos obligaron a desalojar El Mozote. Hubo un periodo de movimientos constantes de las estructuras de la guerrilla. Aunque no estuviéramos todo el tiempo en peligro, sí había necesidad de desplazarse de un lugar a otro.

En esas caminatas, veías bestias cargando los materiales de cocina y los heridos, y ese montón de caras, que aunque no las conocieras, estaban en el mismo revoluto. Éramos como una sola cara caminando. No importaba saber quién diablos era cada quien ni de dónde venía. Lo único que se sabía era que había que empujar y sacrificarse en esas caminatas.

Podía ser que la comida no fuera la adecuada: a veces te daban muy poco, a veces te daban una porción normal. A veces no podías alumbrar. A veces llovía y lo que te iluminaba eran los relámpagos. Otras veces sí podías alumbrar, y veías que estabas en sectores muy feos y pedregosos, en callejones horribles para caminar.

A los niños, el cansancio de la caminata no nos pesaba mucho. Lo que

nos pesaba era el desvelo, caminar a cualquier hora de la noche, o en la madrugada, sin haber dormido bien en los últimos días. Eso sí se sentía cansado.

Ese año, el invierno fue muy intenso. La lluvia era diversión, hasta cierto punto porque a la hora de dormir, teníamos que acostarnos con la ropa mojada, y eso era terrible. Secábamos la ropa con nuestro propio cuerpo envolviéndonos bien en un plástico. Había noches en que teníamos chance de hacer nidos con hoja de pino o de huerta, pero casi siempre teníamos que aguantar lo helado y esperar a que saliera el sol para calentarnos.

En esas marchas había como cinco cipotes de la escuela que iban sin zapatos. Debían tener una gran práctica para caminar descalzos porque parecía que caminaban normalmente. Pero en realidad, los dedos los llevaban reventados, como estrellados por los tropezones contra las piedras.

Recuerdo que a lo largo de la columna se iban pasando consignas:

- Pasen la consigna de que aquí hay una alambrada.
- Pasen la consigna de que aquí hay un barranco.
- Pasen la consigna de que aquí vamos a pasar en silencio.

Esas consignas iban de la cabeza a la cola de la columna que podía ser de ciento cincuenta o doscientas personas. En los lugares muy oscuros, en donde te podías perder, te agarrabas de los cordones de la mochila en frente tuyo. Y era chistoso porque a veces te quedabas dormido caminando, y despertabas cuando pegabas con el de adelante, por no haber escuchado que habían mandado el alto.

Me acuerdo de que en uno de esos desplazamientos por El Volcancillo de Joateca, pasaron la consigna de que por allí había un barranco. Yo la pasé, pero la pasé dormido porque al instante me fui al barranco y me rodé unos quince metros para abajo hasta quedar trabado en un guatal. No me golpeé porque había mucha hoja de pino. Me tuvieron que aventar un lazo, y así me jalaban para arriba.

En uno de esos movimientos, recuerdo haber visto al Viceministro de Defensa, el coronel Adolfo Castillo, que habían capturado durante la batalla de El Moscarrón. Había venido a ver el campo de batalla cuando la guerrilla derribó su helicóptero. Sobrevivió, trató de huir y cerca de la frontera con Honduras, se encontró con unos que pensó eran soldados.

No fue hasta el siguiente día cuando le dijeron que estaba en manos de la guerrilla. Castillo era gordito y tenía la cabeza vendada. Lo andaban en una mula, al igual que a otro prisionero, el teniente Romero, quien tenía una lesión en la pierna. Eso despertaba mucha admiración: ver a los compas caminando y sufriendo, y al enemigo, a los que se consideraban enemigos, llevados en bestias.

Después de muchos desplazamientos, la escuela de menores se asentó en El Limón de Joateca. Al poco tiempo llegó el pelotón de Isra. Me extrañó no ver a Hubert.

Un muchacho del pelotón que yo no conocía me identificó. Se me acercó y me dijo:

— ¿Vos sos Chiyo? ¿Vos sos hermano de Hubert?

— Sí —le dije—, Hubert es mi hermano, ¿qué pasó?

— Nada, no pasó nada.

Y volteó la cara y caminó para otro lado. Tuve un mal presentimiento. Me fui detrás de él y le dije:

— ¿Qué pasa con Hubert? ¿Verdad que Hubert cayó?

Me volteó a ver, y no me dijo nada. En su cara se veía mucho dolor.

— ¡Contestame!

Volteó otra vez hacia mí y me dijo:

— Sí, a Hubert lo mataron esos hijos de puta.

— ¿Y dónde quedó? —le dije.

— Por el volcán de Torola quedó Hubert.

Me alejé. Me fui a un lugar donde la gente no viera que estaba llorando. Me avergonzaba que me vieran llorar. Es una cosa que viví yo solo. Se me vinieron a la mente las cosas que Hubert me había dicho. Al abrir mi mochila, vi la camisa y la frazada que me había pedido que le cuidara.

Hubert me había dicho que no me ahuevara, que no me preocupara, pero ¿cómo no me iba a preocupar si era mi tercer hermano que moría? Y esta vez era en combate, era otra cosa. En la escuela, jugábamos a la guerra, era un juego para nosotros, la guerra de los niños; pero la guerra de verdad se cobraba la vida de mi hermano.

Las cosas que te pasan así de inmediato son feas. Se te va el apetito, no

querés hablar con tus amigos; no querés que nadie te diga nada. No tenés a tu familia cerca y sólo buscás la soledad. Y en esa soledad superé ese dolor, el llanto que se siente por dentro, que se siente a la hora en que hay que llorar, porque es lo natural de un dolor.

Luego no te queda más que resignarte, recibir el mensaje de consuelo de los demás compañeros, sabiendo que ese mensaje es fuerte, es profundo. Porque allí un compa muerto era un muerto de todos, y un niño caído era un niño de todos. Tener esa conciencia duele. Pero también te vas endureciendo, te llena de frialdad entender que los compas caen en cualquier parte, en cualquier momento, en el momento menos esperado. Y así como quedó mi hermano en el volcán de Torola, quedaron otros dos del pelotón de Isra.

Luego supe por los compas que habían estado cerca de él cómo sucedió. Ellos se lamentaban porque Hubert no cayó en lo más perro del combate. Así dijeron. Chicho me contó que Hubert cayó al cuarto día de la batalla de El Moscarrón, cuando ya iban en rastrillaje, que consistía en buscar soldados heridos o muertos, mochilas abandonadas, fusiles y material de guerra. Esa mañana, Hubert había ido a buscar comida para los demás cuando, bajando de la parra de bambú hacia El Pedrero, fue alcanzado por una ráfaga en la espalda que le disparó un soldado que había quedado perdido. Mi hermano murió como a las diez de la mañana, bajo la llovizna. Los compas lo llevaron de esa ladera a un lugar más plano para enterrarlo. El último en chinearlo, ya muerto, fue Isra. Y al bajarlo, Isra le dijo:

— Vaya Hubercito, te quedás aquí amigo, y nosotros seguimos peleando un rato.

Eso fue en un gran peñasquero, un lugar donde era difícil escarbar. Lograron cavar un hueco muy pequeño, y apenas pudieron cubrir su cuerpo con una capa muy fina de tierra. Allí también quedaron las tumbas de Edén y de otro compa del pelotón de Isra, del que no pude averiguar el nombre.

El soldado que mató a Huber no fue aniquilado. Pero cuando se supo que un compa había caído en esas condiciones se giró la orden de repasar a todos los soldados que se encontraran. Si algún soldado había quedado vivo, ni modo, le tocó.

Hubert era muy sereno, muy amable, sencillo, tenía el mismo temple que mi mamá. Era callado, de pocas bromas pero muy sinceras, muy

limpias. No era de bromas pesadas. Lo poco que recuerdo de él es que no le gustaba mucho el bullicio. Le gustaba estar con amigos, pero amigos que fueran calmados, llevaderos, amigos con los que podés bromear siempre y nunca te van a ofender. Así era también Pepito, el amigo que cayó en San Francisco Gotera.

Hay muchas cosas sobre Hubert que me gustaría saber. Me gustaría platicar un día con Freddy, el hermano de Miguel, para que me cuente cosas de cuando estuvieron juntos en el Cacahuatique, y saber qué le gustaba hacer a Hubert, o si tenía una novia, cualquier cosita. Hay tantas cosas sobre mis hermanos en el Cacahuatique que yo nunca supe.

Parece que Hubert sí tenía una novia, que era de Yoloaiquín, y que lo visitaba cuando estaba en Pueblo Viejo. Creo que no pasaron de ser novios, con ese respeto que se tenía antes, cuando a una novia, con sólo verla te estremecías: las cosas bonitas del amor de antes, cuando era llevado poco a poco, a medida que los sentimientos se entrelazaban. Tal vez Freddy sepa un poco más de todo esto. Pero él vive en los Estados Unidos. En otro combate fue herido en la cabeza por una bala de G3, y oí decir que tartamudea un poco porque la bala le dañó su cerebro.

Ni siquiera una foto de Hubert tengo. Mi hermana Irma tuvo una foto de él, pero un día, el propio Hubert le pidió que se la prestara. Irma se la dio y él empezó a picarla con un alfiler hasta que no quedó nada.

— ¿Por qué arruinas la foto? —le dijo Irma.

— Es mejor así, porque después, cuando uno se muere, la gente se queda mirando las fotos diciendo: “Pobrecito, itan bueno que era!”

Hace unos años, pasé cerca de la casa de don Pablo Vásquez, que está en El Tablón. Don Pablo me vio y me dijo:

— ¿Usted es hijo de don Valerio?

— Sí, yo soy hijo de don Valerio.

— Púchica, yo me acuerdo de que una tarde llegó un hermano suyo a la chocita que antes teníamos. Nosotros teníamos un pedazo de hamaca en el corredor, y él allí se sentó y me dijo: “No vaya a tener desconfianza don Pablo.” — “No, hombre, ¿por qué voy a tener desconfianza?” —le dije yo—. “Porque usted sabe en lo que andamos. A nosotros nos toca andar huyendo todo el tiempo. Nosotros sufrimos bastante” —me dijo—.

“No, hombre, no te preocupés. Mirá, ¿y ya comiste?” —“No, la verdad es

que no he comido.” —“Mi mujer te va a preparar algo de comer.” —Mi esposa le dio de comer, y al amanecer del día siguiente, empezando la claridad, él ya se había ido.

La batalla de El Moscarrón fue una gran victoria para la guerrilla, un gran golpe dado al Ejército, pero también un gran golpe para mi familia. Cuando supe la muerte de Hubert, me hubiera gustado estar cerca de mi padre y abrazarlo o ver a Romeo, o a Carolina. Pero la guerra dispersa a las familias. Mi hermana Irma estaba en los campamentos haciendo propaganda y uniformes para los compas. Carolina estaba en la estructura de Radio Venceremos. Pajarillo era ya un hombre armado y Juancito, armado también, estaba en una estructura política, moviéndose en zonas de mucho riesgo organizando a la población. Y no porque te habían quitado a un hermano iban a dejar que la familia se reuniera. Es la guerra, y la guerra tiene que seguir. La guerra sigue.

Ese invierno hubo unos aguaceros como nunca he vuelto a ver otros. Había temporales que duraban cuatro días o una semana, con tormentas muy copiosas. El río Torola y el río Sapo dibujaban una estela de neblina.

Como ocho meses después, la escolita se asentó de nuevo en Agua Blanca. Allí ocurrió un hecho que no se me borrará jamás de la memoria: la juramentación de la Brigada Rafael Arce Zablah. Fue una inmensa concentración de fuerzas de la guerrilla. Se veían grandes columnas bien organizadas marchando, y los mandos dando órdenes como en un ejército de verdad. Giros a la derecha, giros a la izquierda, desplazamientos. Sobre un cerrito que recibía la sombra de un amate, se colocaron las armas de apoyo: cañones 60, cañones 81 y ametralladoras punto 50. Sobre ese mismo cerro habían levantado una estructura con una gran foto de Rafael Arce Zablah.

Muchos comandantes estaban presentes: Luisa, Mariana, Chicón, Jonás, Villalobos, Marisol y no me acuerdo de cuales más. Estaban también los mandos de la fuerza reconocidos, de los que sonaba fuerte el nombre en aquellos días: el Ché, el Chele Will, William Negro, Goyo Negro, Freddy Seco, Melo, Mataflores, Joya, Pablito, Guadalupe, Isaac, Adán, Israel, Hernán, Eleno Castro, Rubén, por mencionarte algunos.

Había unidades muy ordenadas, con buenos uniformes, boinas, botas, y también estructuras de mujeres que iban armadas, pero con vestido de colores, marchando al mismo ritmo que los hombres. Y nosotros, de la escuelita, desfilamos con nuestra ropita normal y banderitas del FMLN que habíamos recortado.

El resto era un bullicio, una gritolera en ese pequeño territorio liberado. Era todo un evento, con parlantes, canciones, consignas.

Recuerdo a la gente trotando y gritando las consignas:

- ¡Revolución o muerte! ¡Venceremos!
- ¡Patria libre o morir!
- ¡Vivimos para luchar, luchamos para vencer!

Toda la gente levantando al mismo tiempo el puño o el arma, era una cosa bien fuerte, que te animaba porque era una gritolera de todos. Hombres, mujeres y niños contestaban juntos a las consignas.

- Brigada Rafael Arce Zablah.
- ¡Misión cumplida!
- ¡Misión cumplida!
- ¡Misión cumplida!

Después de la juramentación, hubo baile. Allí estaban Felipón, Sebastián, el Chele César, un grupito improvisado que tocaba guitarra y violín. Todos bailaban, y hasta nosotros, de la escuelita, agarramos valor para entrar en el ruedo.

Una de las primeras canciones que compusieron los Torogoces de Morazán era una cumbia muy alegre que decía:

*Allá por los montes, se escucha una voz
es el canto alegre del torogoz. . .*

Y tenían una muy triste sobre la masacre de El Mozote que siempre se me viene a la mente cuando paso por esos lugares:

*Sólo se miran cruzar
los zopilotes volando
sobre de los promontorios
de hermanos asesinados.*

No mucho después de ese acto salí de la escuela de menores. Para salir de la escuela, no importaba tanto tu edad: importaba más la habilidad y la madurez que habías adquirido. Generalmente, se salía con doce o trece años. Yo salí en el 83, o sea que tenía doce años.

Cuando a un grupo de niños le tocaba salir de la escuela, se hacía un acto de graduación. Eran como pequeñas promociones. Nos reuníamos todos y, junto con los maestros, las cocineras y los logísticos, formábamos un círculo. Un maestro leía una nota que decía que el colectivo de dirección de la escuela de menores había decidido que fulano de tal y fulano de tal, por contar con las capacidades y habilidades requeridas, pasaba a ser parte de las estructuras del FMLN para incorporarse así a la Revolución que los necesitaba. Antes del acto, siempre había curiosidad y conjeturas entre nosotros para ver a quién iban a sacar y a qué estructura lo iban a mandar.

Los maestros hacían una evaluación de cada uno para saber a qué estructura mandarlo. Podían ser estructuras médicas, en las que se capacitaban a enfermeros y brigadistas. Podían ser estructuras de prensa y propaganda. Había también una estructura no muy oficial que llamaban escuela político-militar, en la que se capacitaban a los futuros mandos de escuadra y de pelotón. Allí les enseñaban tácticas militares, montarle una cuña invertida al enemigo, envolver a una unidad, atraerla a un terreno que conocés y en donde podés tomar la iniciativa, sentir en qué momento iniciar el combate y en qué momento replegarse. Todo esto, sin olvidar la formación ideológica. Otros eran mandados a unidades estrictamente militares, e incluso, a las unidades de Fuerzas Especiales.

Decidieron mandarme a la escuela de comunicaciones para que me formara como radista. Mi responsabilidad sería asegurar la comunicación en las unidades de la guerrilla. Yo no pienso haber sido muy ágil ni muy inteligente, pero algo vieron en mí para que decidieran mandarme a esa estructura. Si me hubieran preguntado adónde quería ir, la verdad es que no sé qué hubiera respondido. De todas formas uno no escogía. A cada uno le asignaban su misión y la tenía que cumplir.

Salir de la escuela de menores producía cierta ansiedad. Significaba que ya eras una persona capaz de trabajar en una estructura más avanzada de la guerra en la que el riesgo sería mayor. Eso te hacía sentir orgulloso.

Pero a la vez, en ese pequeño acto de despedida, uno sentía feo que lo sacaran de la escuelita. Para mí fue extraño saber que me iba a separar de todos esos niños con quien había compartido las caminatas, los fuegos de artillería, las recolectadas de fruta, los bailes, los teatrillos. Se te juntan muchas cosas y te da cierta nostalgia. Pero la guerra es así. No importa dónde te ubique la comandancia o un mando, allí donde estés, le tenés que servir a la Revolución.

La escuela de menores se disolvió poco después de que yo saliera, en el 83. Decidieron mandar a los niños que quedaban al refugio de Honduras.

De los maestros sé que Payín Perica, el instructor militar, un compa muy querido, murió al igual que todos sus hermanos. Carmelo cayó en la ofensiva del 89. Emiliano, el maestro que nos decía que como niños del futuro teníamos que estar dispuestos a luchar y a morir en nombre del pueblo, al llegar a Honduras emigró hacia Canadá. Después de la guerra volvió, pero con una ideología de derecha. Ahora defiende al partido ARENA e incluso, una vez se atrevió a decir que la masacre de El Mozote era una masacre inventada. Sus razones tendrá, y ojalá un día yo las sepa, pero a mí no me pasa que alguien a quien oíamos hablar de la lucha contra las injusticias y del sacrificio, se haya alejado tanto de esos ideales que son muy nobles. Con Someta, el del anillo, pasó lo mismo. Ojalá ellos también escriban algo para que sepamos la causa de ese resentimiento. Tal vez les ocurrieron cosas, o vieron cosas que nunca se han mencionado y que sería bueno que salieran a flote.



5

Cuando llegué a la escuela de comunicaciones ya había quedado bien atrás el tiempo en que la guerrilla recurría a correítos para llevar mensajes, el tiempo en que se les decía:

— Niño, andá a dejar esta nota a tal lugar —y así se coordinaba un ataque o una retirada.

Se contaba con unos cien radistas operando en Morazán, y en la escuela de comunicaciones éramos unos cuarenta más aprendiendo el uso de las distintas claves: claves operativas, claves de zona, claves para uso exclusivo de la comandancia. La sección de comunicaciones tenía personal muy competente encargado de la formación de los nuevos radistas.

Además de los jóvenes que nos estábamos capacitando, había radistas experimentados que regresaban a la escuela para actualizar sus conocimientos. Era un ir y venir: unos llegaban de las unidades y otros se iban a cumplir nuevas misiones. Radioperadores y capacitadores eran enviados a todo el Oriente del país para generalizar el uso de las comunicaciones en los frentes de guerra.

Cuando uno dice “escuela de comunicaciones”, piensa en una academia. Pero en realidad era una estructura como cualquier otra: las clases las recibías a la sombra de un carao, de un laurel o de un amate; sin pupitres, ni sillas, ni nada. Se formaban círculos y según lo que te tocara aprender te incorporabas a tal o tal círculo.

No recuerdo mucho de mi primer día en la escuela de comunicaciones. Sé que Lety, a quien ya conocía por ser amiga de Carolina, me presentó a las mujeres encargadas de la formación de los radistas y les dijo:

— Este muchacho va a trabajar con nosotros. Viene a capacitarse en comunicaciones.

Y al día siguiente empecé las clases.

Mi inserción al grupo no fue difícil, en parte porque allí me encontré a otros chavos de la escuela de menores como el Pescado Seco, el Gato, Adonai, Aparicio, Gerardo y Chiyo hermano de Gusanillo. También estaban Tita, la hermana de Paco, Lety, Dina y Mauricio Jocote que ya conocía.

La diferencia con la escuela de menores es que la mitad del contingente eran mujeres. Había mujeres muy jóvenes como Esmeralda, hija de una señora Piedad, y Angelita, que se estaban capacitando como nosotros, y había mujeres más experimentadas como Lety, Tita, Ada, Sandra o Rubidia, que nos daban las clases y coordinaban todas las operaciones de la sección de comunicaciones.

Que yo recuerde, no había lucha de egos. El trato era de buen compañerismo y amistad. Era bonito. Era estricto también, porque así debe ser, pero nunca agresivo. Si tenías una falla, a ellas les servía para orientarte mejor. Los niños de la escuela de menores nos ganamos el cariño de la gente porque siempre teníamos curiosidad y queríamos aprender más. Entendíamos que en esa estructura podíamos dar más, esforzarnos más y quizás por eso nos enseñaban con mucho interés.

Entendimos pronto que la escuela de comunicaciones ya no era cosa de niños, ya no era la guerra de mentiritas de la escuela de menores. Nos exigían una mentalidad de adulto. Teníamos que dar lo mejor de nosotros y demostrar que a la hora de trabajar con los demás, intentaríamos ponernos del tú a tú aunque tuviéramos sólo doce o trece años. Y es que nos preparábamos para ir con unidades de combate. Cuando recibiéramos la orden de ir a tal o tal lugar con tal pelotón, tendríamos que estar listos. Ya estábamos uniformados, ya teníamos nuestro fusil o carabina y sabíamos de radistas que habían muerto en combate.

La formación inicial duraba como un mes o dos, lo suficiente para

aprender las cosas básicas de la comunicación. Lo primero que te enseñaban era a usar el radio: marcar una frecuencia y asegurarla para que no se te cambiara, sin que te dieras cuenta, al rozar un árbol o un chiribisco, y a utilizar la memoria del radio. Te mostraban cómo se tenía que llevar el radio, trabado a la altura de la clavícula, con la fuente de baterías dentro de la cacerina. Las fuentes de baterías eran un invento de los técnicos de Radio Venceremos: paquetes de ocho pilas grandes conectados al radio por una guía. Cuando te destrababas el radio del hombro para tomar un mensaje, la guía te quedaba bailando.

Te hablaban del alcance de los radios y de cómo establecer un puente de comunicación. Eso era muy importante en un terreno tan quebradizo como el de Morazán. Por ejemplo, la comunicación entre Torola y el norte de San Miguel no podía ser directa, había que poner un puente: el mensaje pasaba por varios radioperadores antes de llegar a su destino. Te mostraban los pequeños trucos para cuando los cuilios hacían interferencias. Ellos intentaban cortar la transmisión de un mensaje diciéndote que te rindieras, o diciendo cualquier jayanada. Y cuando oían que el radioperador era mujer, grandes leperadas gritaban. Pero teníamos nuestros trucos: subir cuatro números o bajar tres números cuando interferían con un dictado.

Empezaron los ensayos con indicativos. Cada cual escogió el suyo y empezamos el juego:

- Carbón, Carbón.
- Bravo, Bravo, ¿me copias?
- Sí, te copio, Carbón, cambio.
- Carbón Carbón, aquí Águila, adelante, listo para recibir mensaje.

Creo que mis primeros indicativos fueron Carbón y Caracol. Tenían que ser palabras cortas que se pronunciaran y se reconocieran fácilmente. Entre las mujeres, era común que los indicativos fueran cosas bonitas alejadas de la guerra como “Francia” o “Paraíso”. A veces tu indicativo se convertía en tu apodo, como les pasó a Anabel la Paraíso, Lidia Maguey y Sonia Lluvia.

Vino luego el uso de las claves, empezando por las claves operativas que eran las más sencillas. Pero antes tuvimos que aprendernos de memoria el alfabeto fonético: Alfa, Bravo, Charlie, Francia, México, Nicaragua, Romeo, Whisky, Xilófono, Yanqui, Zulú... Las claves consistían en un cuaderno que llevaba una lista de palabras y expresiones por orden alfabético. Cada

una llevaba a la par un código de tres letras. Todas las cosas elementales del lenguaje de la guerra estaban en esa lista. Entonces, por ejemplo, a la palabra “camillero” le correspondía India Charlie Romeo, y a “herido grave”, Francia Oscar Golfo. Y así, ibas tejiendo un mensaje que podía ser:

- Tengo tres heridos graves, mandame camilleros a La Guacamaya.
- Mandame diez raciones de comida a la parra de bambú.

En el cuaderno de claves venían todos los lugares posibles de Morazán, cada uno con su código, así como ciertas personas de la población civil y algunos mandos de la fuerza.

El asunto era ganar habilidad y rapidez para enviar o recibir un mensaje y para descifrarlo. Eso es lo que valoraban las instructoras, y de eso dependía el lugar al que te mandarían, ya que, por ejemplo, en los puestos de mando se necesitaba a gente con mayor habilidad.

Para mandar un mensaje rápido estaban las claves sin clave. No iban cifrados, pero para leerlos, necesitabas saber en qué orden iban las letras. Ese orden venía en las tres primeras letras del mensaje, que anunciaban si iba a ser un mensaje en O, en S o en N. Era un pequeño truco que nos enseñaban para reordenar las letras del mensaje. Esto te servía en un apuro, por ejemplo, si en una acción te habían matado al mando o herido a varios compas, podías escribir el mensaje rápido sobre tu antebrazo y mandarlo en menos de un minuto. Si tenías un poco más de tiempo, podías complicar el mensaje intercalando entre las letras algún signo como el “entre”, la “pleca”, el “menos” o el “caracol”, que es como se le llamaba a la arroba, o alguna letra poco frecuente como Xilófono o Kilo. El que recibía el mensaje y sabía cómo leerlo, entendía que esos signos estaban sólo de relleno para despistar al enemigo.

Los que manejaban bien las claves operativas ensayaban con las claves de zona, que eran mucho más completas, con más palabras, y servían para tejer mensajes más largos. Las usaban los mandos de zona que controlaban pequeños territorios y tenían que manejar movimientos de unidades de la fuerza, unidades de milicias y población civil, así como vigilar y anticipar los avances del Ejército. Por eso necesitaban comunicar instrucciones más complejas. Un mensaje de esos podía ser algo como:

– Una unidad de diez milicianos va a llegar tal día al desvío de Arambala. Mandar a traerlos y llevarlos con el mando tal a tal zona. Él ya sabe qué hacer con ellos.

A mí me tocó usarlas cuando fui radista de Albertón, un mando de zona mexicano.

Las claves que nunca usé fueron las de comunicaciones estratégicas. Estas pasaban por unos radios grandes, radios de base que permanecían en ciertas estructuras como la comandancia, los hospitales o Radio Venceremos. Se les llamaba radios naranja y tenían dos brazos de antena que se colgaban a unos cuatro metros de altura. Su señal no la detectaban tan fácil los militares, y servían para establecer comunicación con los frentes de Chalatenango, de Guazapa, de Santa Ana o con los comandos urbanos en San Salvador. Incluso se llegó a tener comunicación con la guerrilla de Guatemala, la URNG, que mandaba partes de guerra para que Radio Venceremos diera a conocer sus acciones.

Las comunicaciones estratégicas estaban a cargo de Tita, Lety, Sandra, Ada y Roxana. Las recuerdo muy bien recibiendo unos mensajes interminables que eran bloquitos de números: cinco cuatro tres; dos ocho uno; uno nueve nueve; siete dos tres... Esos mensajes llegaban a cualquier hora del día y de la noche, y las radioperadoras se iban turnando: una cubría hasta las doce de la noche y la siguiente hasta el amanecer. Recuerdo el chasquido permanente de los radios naranja y a estas mujeres recibiendo el dictado de números y números y números. Para mí era un misterio cómo lograban descifrar tan rápido mensajes tan largos.

Los radios verdes, los PRC-77 que se le había quitado al Ejército en combate, servían para monitorear las comunicaciones del enemigo. De esto se encargaba Inteligencia Militar, la estructura de Abraham, que siempre permanecía cerca de la comandancia. Varios niños de la escuela de menores pasaron a esa unidad: Freddy, su hermano Santiago, Majano, Adán, Ricardito, muchos de ellos originarios de comunidades aledañas a Cacaopera. Esos sí eran bichos de admirar por su capacidad para descifrar los mensajes de los batallones élite y del Estado Mayor. Lograron romper hasta las claves más complejas del enemigo. Yo siempre los veía caminar con unos mochilones de los que salían dos antenas, y miraba cómo movían de un lado a otro las dos perillas que tienen esos radios, buscando

frecuencias, buscando comunicaciones enemigas.

Estos cipotes de Inteligencia Militar, cuando un operativo del Ejército entraba a Morazán, eran capaces de darle a la comandancia un panorama general de cómo estaba planteado. Ellos sabían dónde la fuerza aérea iba a golpear, dónde iba a golpear la artillería, cuáles compañías iban a avanzar, por dónde venían los comandos o los batallones élite. Llegaban a la comandancia con un croquis de toda la operación y eso permitía armar un dispositivo de defensa y preparar una retirada. Eso explica por qué la mayoría de los operativos del Ejército se iban en el vacío.

Conocían hasta los nombres de los mandos de las compañías que andaban en el terreno de combate, conocían las voces de sus radistas, y hasta podían decir si la tropa venía con mucha moral o si ya de antemano venía desanimada. Eso era importantísimo: el nivel de combatividad de una unidad enemiga te dice si tenés que seguir asediando, o si mejor te retirás, o si apretás con todo para desarticularla.

También sabían interferir las comunicaciones enemigas con esos radios. Muchas veces lograron desviar bombardeos y fuegos de artillería. Confundían a los cuilios usando sus mismos indicativos o imitando las voces de ciertos oficiales. Les daban órdenes y les indicaban las coordenadas donde concentrar el fuego para que no nos cayera a nosotros. Una vez, durante la toma de Ciudad Barrios, hasta lograron dirigir un bombardeo sobre una unidad de paracaidistas que fue desarticulada.

Mena Sandoval, un mando nuestro que había sido militar con rango en el Ejército y que se rebeló con la Segunda Brigada de Infantería, me contó cosas sobre la unidad de Inteligencia Militar. En una campaña militar, se recuperaron unos radios PRC-77. Pero los compas no les dieron importancia. Los tenían tirados, junto con otras cosas, en una casa abandonada.

— Hasta estaban mojándose bajo la lluvia —me contaba Manolo, que es Mena Sandoval.

Él empezó a curiosear. Agarró un radio y empezó a moverle las perillas para buscar frecuencias. Afortunadamente, la fuente de energía estaba cargada. Estuvo jugando un rato con las perillas hasta que cayó sobre una frecuencia en la que se oía la voz sofocada, desesperada, de un mando del Ejército dando órdenes. De ahí surgió la idea de darle un uso a esos

aparatos. Desde ese entonces, cuando los compas encontraban un PRC-77, lo cuidaban como a una reliquia.

— Esos bichos me sorprendieron —me comentaba Manolo, hablando de la unidad de Inteligencia Militar—. Bien rápido, ellos mismos crearon sus propios métodos para descifrar las claves del Ejército. Nunca imaginé que esta unidad fuera a ser tan especializada, al punto de convertirse en una unidad imprescindible.

Lety, Tita y las demás instructoras nos daban charlas sobre la importancia del radista en una unidad. Vos eras el contacto entre tu unidad y el mando que coordinaba. En vos recaía la seguridad de los demás compas. Por ejemplo, si por alguna razón te quedabas fuera de comunicación, podía ocurrir que te quisieran avisar de una emboscada y no lo lograran. Si tu unidad caía en ella, la culpa la tenías vos. De vos dependía que tu unidad supiera hacia dónde desplazarse en un combate, supiera si había que ir a reforzar un flanco o apoyar a otra unidad atacada. Era responsabilidad tuya no estar nunca fuera de comunicación. Y cuando te encontrabas en un terreno muy accidentado y no tenías señal, ¡a subirte a un cerro o a un palo, papá! No había de otra. Si tu columna se estaba moviendo y tenías que recibir un mensaje, entonces a vos te tocaba dar la indicación para detener la marcha:

— Hey, pasen la consigna de que vamos a recibir un mensaje.

De vos dependía recibir la consigna diaria para reconocerse entre compas. Todas las estructuras tenían que saber las dos palabras de la consigna del día. Y es que, supóné que una noche estabas en un cruce de caminos o en un cafetal muy tupido y oías de repente que te gritaban “árbol”, sabías que tenías que contestar “café”, y al día siguiente si te gritaban “culebra”, gritabas “zancudo”. Si no te sabías la consigna, estabas en riesgo de que te levantaran a balazos los propios compas. Por eso, como radista, si a las cuatro o cinco de la tarde no te habían enviado la consigna del día siguiente, tenías que empezar a preocuparte.

Tenía su chiste ser radioperador: además de la responsabilidad que asumías, tenía su grado de cansancio. El radista tenía que acostumbrarse al desvelo porque los mensajes llegaban a cualquier hora. A veces tenías que esperar una orden o una indicación que llegaría a la una o a las dos de

la mañana, y tenías que quedarte despierto. Entonces evitabas recostarte sobre un árbol o sobre tu mochila porque te podías quedar dormido en medio del cansancio de una operación. Si te quedabas dormido y perdías el mensaje, si fallabas, era una gran puteada la que te pegaban luego por radio, una puteada sin cifrados. En las unidades de combate me acostumbre a siempre andar un jaboncito en la cacerina, junto a los cargadores. Cuando me iba ganando el sueño, me untaba un poco de jabón en las manos, me empapaba la cara y los ojos con espuma, y luego me lavaba. Eso me quitaba el sueño dos o tres horas. Luego volvía, pero al menos esas dos o tres horas había estado pendiente.

Otra cosa que se te pedía era cuidar mucho el material, porque en la guerra nunca sobraron los recursos. Lo cuidabas todo, un bolígrafo, un cuaderno, unas baterías. Las baterías iban racionadas. En la mochila no llevabas más de dos cargas de reserva, y si en algún momento podías apagar el radio, lo apagabas para ahorrar baterías. Los radios eran muy delicados y tenías que cuidarlos mucho. En invierno había que forrarlos. Y en los pasos de río, los envolvías con varias bolsas plásticas. Ni el radio, ni las claves, ni la munición se te podían mojar. Y si se te mojaba el cuaderno de claves y se te corría la tinta, estabas en apuros.

Pero lo peor era que las claves cayeran en manos del enemigo. Podía pasar cuando un radista caía en un combate y el Ejército decomisaba el cuaderno. En ese caso había que cambiar todos los cifrados y hacerles llegar rápidamente las claves nuevas a todos los radistas de la fuerza.

Igual que en la escuela de menores, siempre se tenía una rutina diaria de ejercicios. Jonás, un comandante, siempre que podía, dirigía el matutino. Eran las chicharroneadas de Jonás, ejercicios bien fuertes, bien intensos, sobre todo para los compas del área urbana.

Además se daban toda clase de capacitaciones: manejo de armas, campañas de alfabetización, primeros auxilios, formación política. La guerrilla fue una escuela permanente para todos. A muchas mujeres que habías visto en la cocina poco tiempo atrás, te las encontrabas de repente siendo radistas, o brigadistas o parte de unidades políticas.

Te pedían también tu participación en las tareas de rutina: ir a traer agua, puchos de frijol o de maíz, leña. Nunca se vacilaba en apoyar a un

compa de otra estructura que necesitara una mano.

Se tenían también buenos ratos de descanso, cuando el enemigo no estaba cerca. Tenías tiempo para relajarte, acercarte a la mara que contaba sus chistes y se la pasaba jodiendo. Había quien jugaba a los naipes o al ajedrez. Otros se ponían a tallar juguetitos de madera con un machete afilado. A mí me gustaba salir a caminar a buscar frutas y visitar a gente de otras estructuras.

Para bañarnos, íbamos a la quebrada del Pedernal. Todos se bañaban allí, casi desnudos bajo el mismo chorro y se veía muy natural. Y para salir del río, sólo te dabas la vuelta, retorcías tu calzoncillo y te lo volvías a poner así, húmedo; las compas sólo se ponían una camiseta que medio les tapara, y a nadie le parecía extraño. No había morbo. O si sentías morbo, lo disimulabas. No te quedabas con la boca abierta mirando a las compas bañándose.

Las tardes se aprovechaban para organizar mascones de fútbol entre distintas estructuras: la estructura tal contra la comandancia, la estructura técnica contra los logísticos. Era bonito, y alrededor se reunía gente para aplaudir y gritar. Así se distraían los compas a la espera de que los mandaran a otra misión. Me gustaba ver a los compas mayores jugar, vestidos con pantalonetas, ya con pelotas buenas y porterías de bambú. Recuerdo también peleas de boxeo, y una en particular entre Goyo Negro, un mando, y otro compa. Peleaban con mucha técnica, pero al final, se quitaron los guantes y empezaron a darse de verdad hasta que los apartaron.

Rogelio Poncele celebraba las misas. Instalaba una mesita de madera con algunas flores y un par de velitas. Se ponía su vestimenta de padre, su estola sobre los hombros y empezaba a hablar de Dios bajo la sombra de los árboles. Decía que a Dios había que llevarlo siempre por dentro, que era el Dios de la igualdad. Que buscar a Dios era buscar la justicia, ejercer la solidaridad y la hermandad con todos los hombres. Que Jesucristo había muerto en el mismo camino que habían tomado los combatientes y que seguir a Cristo era seguir sus pasos. Los compas se quitaban el sombrero o la gorra y escuchaban sentados, con los fusiles cruzados. Y entonaban los cantos. Todos cantaban, acompañados por los Torogoces de Morazán. Uno de los cantos que me aprendí decía:

*Vos sos el Dios de los pobres
el Dios humano y sencillo
el Dios que suda en la calle
el Dios de rostro curtido*

*Por eso es que te hablo yo
así como habla mi pueblo
porque eres el Dios obrero
el Cristo trabajador.*

Rogelio también celebraba bodas y bautizos en los campamentos. Antes de llegar a Morazán, Rogelio Poncele había vivido en San Salvador, donde organizó comités de base de la Iglesia popular en colonias como la Zacamil, la San Antonio Abad, El Pito y San Roque, junto con otro padre, Pedro Declercq, que también era belga.

Cuando la ciudad se volvió demasiado peligrosa para él, vino a Morazán y se convirtió en la cabeza de la Iglesia en las comunidades organizadas. Él hacía llegar el mensaje de esperanza a los combatientes y a la población. Representaba a esa Iglesia que madruga, que se mueve entre el pueblo y se sacrifica por él. Hoy estaba aquí, mañana en El Zapotal de Joateca, pasado mañana en los llanos de Agua Blanca, y así todos los días durante toda la guerra. Era una Iglesia que no permanecía estancada, que llevaba el mensaje a todos a pesar del peligro. Si Rogelio hubiese sido sorprendido por una unidad del Ejército, de seguro lo hubieran asesinado.

Los compas, de cariño, lo llamaban el padre Tomate por el color de su cara. Era rubio, muy alto, fuerte, de cara alargada, alargada como la enorme mochila que andaba siempre cargando. Y en sus manos llevaba lo que él decía era su única arma, la Biblia. Era un hombre incansable en su labor, muy sencillo y muy humilde en el trato con los compas. Sabía ser esperanzador en medio del dolor cuando le hacía una misa a un combatiente que iba a ser enterrado.

Una historia que se contaba con admiración era que una vez, en un combate, un compa tenía miedo de llevar comida hasta la línea fuego porque había bombardeos aéreos. Entonces Rogelio agarró la paila con las tortillas y los frijoles y se la llevó él mismo a los compas. Hace poco yo le

pregunté si era cierta esa historia.

—Ah, sí, sí, lo hice —me dijo Rogelio—, pero luego me prohibieron acercarme a la línea de fuego.

Rogelio tenía ese ímpetu, esa fuerza madrugadora, y a veces, por estar en trabajos en las comunidades, no llegaba a los campamentos a tiempo para reportarse como era su obligación. Entonces, lo regañaban los mandos.

La parte religiosa era elemental en la formación y concientización de los combatientes, y sobre todo era de gran estímulo para los que habíamos perdido hermanos y familiares en combate, y sabíamos que muchos otros compas iban a caer.

En ese tiempo, había una consigna que decía:

Entre religión y revolución no hay contradicción.

Iba dirigida en cierta forma a los compas que no creían en Dios. Había gente que se atrevía a decir que Dios no existía, y esto se prestaba para la polémica. No era una polémica fuerte, no se organizaban reuniones para hablar de este tema. Pero sí hubo algunos mandos que tuvieron sus contradicciones con combatientes que basaban su voluntad de lucha en su fe en Dios. Me contaban así de un mando que le decían William Negro y que les ponía un ejemplo a los compas:

—Vaya, supongamos que ahorita se asoma un cuilio y te acierta un rafagazo. ¿Acaso va a estar Dios para cuidarte? A la hora de los cachimbazos y de los bombazos no hay tal Dios que te pueda defender.

En lo particular, me gustaba escuchar las misas y las homilías de Rogelio Poncele. Los cantos que entonaban los compas, de alguna manera me recordaban las misas en Osicala con mi mamá, cuando escuchaba ese eco que generaban las paredes tan altas de la iglesia.

Siento que Rogelio está muy ligado a la historia de mi familia. Cuando mis hermanos Chepe y Layo cayeron en la marcha de octubre del 79, él les celebró una misa. También bautizó a Emérita, la primera hija de mi papá y Native, su nueva compañera. Y fue Rogelio quien me llevó a la escuela de menores. Él me tiene mucho aprecio. Cuando me ve, se le viene a la mente la imagen del niño en las guindas llorando. Y en su libro, él me menciona y recuerda todo lo que lloré cuando él me llevó a la escuelita de menores.

Cerca de donde nosotros estudiábamos las cosas básicas de las comunicaciones, entrenaban las Fuerzas Especiales de la guerrilla, la

Cuarta Sección como se les llamaba entonces, al mando de Guadalupe, un muchacho originario de El Volcancillo.

En la Cuarta Sección estaba lo mejor de los combatientes. Era muy impresionante ver sus entrenamientos, que eran mucho más sofisticados que los nuestros. Practicaban el avance silencioso, siempre descalzos. Tenían un avance que le llamaban el avance del gato. El gato, cuando está cazando, hace un movimiento y se queda quieto, mueve la patita, y se vuelve a quedar quieto, mueve la otra patita y espera. Estos compas hacían lo mismo: se arrastraban por el suelo durante horas, en silencio, sin levantar los codos, la cabeza o las nalgas. O si no, avanzaban de pie, pero muy despacio, con el cuerpo inclinado hacia adelante y caminando sobre la punta de los pies. A cada paso, antes de poner el pie, apartaban las hojas delicadamente para no hacer ruido. Nosotros nos poníamos a imitar eso para ver qué se sentía.

Simulaban ataques a trincheras, a unidades situadas en alturas, y a veces hacían como si atacaran el campamento. Iban vestidos con camisa beige. Su equipo era de lo más reducido: fusiles automáticos con culata plegable para tener más agilidad en sus movimientos y un bolsoncito en el que llevaban los explosivos. Su camuflaje, primero fue de monte, y luego empezaron a pintarse todo el cuerpo del color del terreno en donde iban a operar. Eso les permitía ser indetectables por el día y burlar faros y bengalas por la noche. Lograban pasar a través de campos minados, lentamente, con mucho tacto para no jalar los cables que activaban las minas. Esquivaban puestos de vigilancia para infiltrarse hasta donde estaban los puestos de mando o el grueso de la tropa.

De todos los que salieron de la escuela de menores, a los que más respeto tengo es a los que entraron a las Fuerzas Especiales. Chavos como Adán, un muchacho hondureño que al terminar la guerra fue desaparecido por el Ejército de su país, o Rufino. Rufino Canales, que por cierto era uno de los más indisciplinados en la escuela de menores, me anduvo hablando de su experiencia. Él es lisiado de guerra. Perdió un brazo en el cerro El Tigre una noche, cuando se topó cara a cara con un soldado. Él cuenta que ni terminaron de preguntarse quién era quién: sólo se tendieron el fusil y aflojaron el rafagazo. Rufino mató al soldado y el soldado le dio en el brazo a Rufino.

Rufino me contaba que una de las pruebas que les ponían a los combatientes nuevos de las Fuerzas Especiales, era acercarse a las posiciones del Ejército que cuidaban Osicala para robarse algo —un fusil, una boina, una mochila— que demostrara que habían llegado hasta el enemigo sin que él lo sintiera. Y lo lograban; su nivel de preparación de veras era yuca.

Pronto terminó mi etapa en la escuela de comunicaciones y pude empezar a cumplir misiones en las unidades. Como radioperador, en la guerrilla no te mantenías fijo en una unidad. Cambiabas todo el tiempo, según las órdenes que te llegaran. Lety era la que coordinaba el despliegue de los radistas. Podía mandarte con una unidad por un mes o dos, y luego mandarte con otra unidad por tres o cuatro días para una operación puntual. Por eso, a lo largo de la guerra, yo estuve en muchísimas unidades y estructuras. Tantas, que me cuesta darte una cronología exacta. Pero sé que una de las primeras en las que estuve fue una estructura logística: el campamento de Rudy.



6

A los más jóvenes, los que teníamos doce o trece años en el 83, no nos mandaban directamente a una unidad que fuera a tener combates fuertes. Pasábamos por un proceso de preparación, empezando en estructuras de la retaguardia o en estructuras de expansión política. Teníamos que foguearnos como radioperadores y ganar poco a poco habilidad y experiencia.

La estructura de Rudy era una unidad logística y administrativa que se encargaba de distribuir munición, explosivos, avituallamiento, botas, camisas, zapatos, pantalones, cobijas, todo lo que tenía que ver con el apertrechamiento de los combatientes. Allí llegaban las unidades que salían a las misiones para que se les entregara la dotación necesaria, y las que regresaban del combate, para recuperar lo gastado. Era un ir y venir constante. La estructura de Rudy manejaba mucho dinero ya que se encargaba de comprar los abastos y los materiales a través de redes organizadas de población civil. Se veían llegar todos los días montones de bestias cargadas con maíz, frijol, tarales de cocina, armas y municiones.

Rudy era un chavo de la Villa del Rosario, hermano del chele Beto que llegaba a las reuniones que se hacían en la casa con mis hermanos. La guerrilla estaba compuesta por grandes familias cuyas historias se entrelazaban a lo largo de la guerra. Rudy contaba que a su papá lo habían

matado a principio de los ochenta, en lo peor de la represión.

El campamento estaba cerca de Casco Viejo. Era una estructura algo pesada, pero esa ya era una zona bajo control: los movimientos podían hacerse sin tanta precipitación gracias a la información que nos daba la población y la unidad de Inteligencia Militar.

Comprobé que yo era bastante hábil en el uso de claves. Tenía ya bastante soltura y era rápido para mandar y descifrar mensajes. Parece nada, pero yo sentía que eso era un avance mío, tomando en cuenta que venía del monte, de la escuelita de menores, y que había estudiado en pedazos de casas abandonadas. En un día normal tenía que comunicarme cada hora o cada dos horas. El último mensaje solía ser como a las diez de la noche, y si no había nada más que comunicar, apagaba el radio para ahorrar baterías. Los mensajes eran sencillos:

– Mandame comida para veinte personas al cerro de Hacha.

– Avisale a Pedro o a José que ya puede pasar a traer sus cosas.

Usaba claves operativas.

En ese tiempo no daban radios muy buenos. No había materiales ligeros. Mi radio era gris, pesado y con un auricular como de teléfono. Los demás me hacían burla porque decían que era más grande el radio que yo.

– ¡Y ese niño tan chiquito, y ese radio tan grande! —decían.

Cuando me veían cargando el radio, mi mochila y mi fusil, todavía más gracia les hacía yo.

– ¿Y cómo le vas a hacer cuando te saquen en guinda los cuilios? —me preguntaban.

– Ah pues, ¿acaso estoy amarrado? ¡Yo también puedo correr!

Y era una jodarría así, pero una jodarría con respeto y también admiración. Muchos compas te admiraban por ser radista, porque eras capaz de hablar de códigos y frecuencias y descifrar mensajes. Se sorprendían al verlo a uno tan chiquito cumpliendo esas tareas.

Yo nunca me molestaba por las bromas que me hacían, quizás porque mi familia siempre fue muy sociable. Otros cipotes sí se enojaban y hasta lloraban. Lloraban hasta que alguno llegaba y les decía:

– Calmate pues, ¿cómo te vas a enojar, si son los mismos compañeros? Sólo están bromeando con vos. Agarrá el chiste así como es; sólo hacelo risa. ¡Bromeá con ellos!”

Había una buena convivencia en la estructura de Rudy, con periodos largos sin bombardeos ni guindas que te permitían mantener una rutina bastante tranquila. Me sentía bien allí, aunque no hubiera otros niños. Cuando hay niños de tu edad, siempre podés jugar, salir a caminar a la quebrada, ir a buscar una fruta, o tener una simple plática entre niños. Con un adulto podés intercambiar, pero no es lo mismo.

Cerca del campamento había un pozo y una quebradita donde los compas iban a bañarse. Yo allí lavaba mi ropa y la dejaba asoleándose sobre las piedras hasta que se secara. A veces venía una compa y me hacía el favor de lavarme mi ropa.

Una vez, yo estaba en la letrina, que era una letrina de gato, con un hueco y palos atravesados, y alrededor un pedazo de plástico para que no te vieran, cuando escuché la plática de dos chavas bien jóvenes del campamento. Una le decía a la otra:

— Mirá, ¿y vos ya tenés pelitos?

— Yo no, todavía no. Y vos, ¿ya tenés?

— Ah, yo sí, ichiquitos pero tengo!

Entonces, para no seguir oyendo esa plática que se me hacía medio rara, tosí para que supieran que estaba allí. Y al salir pensé: “Hoy sí estas chavas me van a putear”. Pero no, sólo me voltearon a ver apenas y se fueron para el campamento.

En un momento dado, el campamento se movió de Casco Viejo a un lugar llamado El Escondido, también conocido como La Guacamaya. Los operativos del Ejército nos obligaron a este movimiento. Cuando la estructura de Rudy tenía que desplazarse, las cosas que no se podían mover con facilidad se metían a embutidos. Allí iban las piezas de artillería, las granadas para mortero y otras municiones pesadas. Se metían dentro de barriles forrados con plástico que se escondían en unos huecos cavados en lugares inimaginables. El Ejército, por más que pasara y volviera a pasar, no las encontraría nunca.

El Escondido era un nombre muy apropiado para ese lugar: era una hondonada con mucha cobertura, mucho monte, donde había cuevas y grandes piedras que ni mandadas a hacer para defenderse de los bombardeos. Era uno de esos puntos de los que no te sacaban ni con aviación ni artillería. Para llegar, había que bajar por una quebrada muy

estrecha. No era nada fácil llegar con las bestias cargadas de materiales. De allí podías caminar por lugares como el Punto Rojo, La Canchona, la parra de bambú, la escuela de la Guacamaya y el cerro de Hacha, lugares en donde si algo se conseguía, eran mangos y aguacates.

Conocí allí a una chava que le decían Rosita. Tenía unos catorce años, o quizás un poco más y era cocinera o brigadista. Un día la cuentié. Le dije que me gustaba, que la encontraba bonita, pero se lo dije con cierto nervio y ella me rechazó. Creo que no le agradó lo que le dije. Nunca volví a insinuarle nada. Era una chava morenita, bajita, con ojos medio saltaditos y avispaditos.

Después de andar con Rudy un tiempo, me fuí con Ismael, un muchacho algo colacho, tramadito de cuerpo, originario de Soledad de Meanguera y que fue jefe de seguridad de Radio Venceremos. Con él fuimos a un lugar llamado Hechoandrajos, en la parte de Morazán que colinda con La Unión. Fuimos a crear nuevos núcleos de guerrilla, a extender la organización y la base social, incorporar a las filas nuevos elementos de la población civil. La misión no era combatir, sino crecer, concientizar y tejer esa familiaridad con la población. Para eso había que entablar pláticas y llegar con humildad, con la misma humildad de la gente, para que al final dieran su apoyo. “Nosotros peleamos, y ustedes son nuestro respaldo” – era el mensaje que se les llevaba. Se les explicaba el porqué de la lucha del pueblo, y cómo organizarse para defenderse de la dictadura y del ejército burgués.

A medida que crecía el nivel de concientización de algunos chavos de la población, se les iban asignando tareas como regar propaganda, ir a alguna misión de civil para recabar información a los cascos urbanos o apoyar a los compas que iban a alguna misión con comida y con información. El mando de una unidad de expansión política tenía que tener bastante tacto para saber qué tipo de tareas podía asignarle a cada quién, porque, aunque las personas tuvieran simpatía por la guerrilla, a lo mejor había riesgos que no estaban dispuestas a asumir.

Se intentaba ir convenciendo poquito a poco a los jóvenes para que se incorporaran a la lucha. Pero eso no era cosa fácil: no bastaban con dos pláticas para que un joven te dijera:

– Consíganme un fusil y me voy con ustedes.

Tenías que lograr un nivel de concientización profundo entre los pobladores, antes de que algún muchacho, el más aventado, dijera que quería ir a probarse con los compas.

Algunos estaban de acuerdo con pelear, pero no querían dejar a su familia, su casa, sus cultivos. Para ellos estaban las unidades de milicia en las que se agrupaba a gente joven para ir a misiones de apoyo a las unidades de combate. Esas operaciones podían durar siete días, cinco días, cuatro días, y luego ellos volvían a sus casas. Ellos tenían sus padres, sus hijos, sus responsabilidades, y por eso no querían incorporarse del todo.

Hubo un momento, como a finales del 82 o principios del 83, en que la guerrilla se puso a reclutar jóvenes a la fuerza, sin llevar a cabo todo el proceso de concientización. Pero lo que pasaba es que a la hora del combate, esos jóvenes dejaban botado el fusil. Huían y ya no los volvías a ver. Eso no era viable. No podés andar en una unidad guerrillera de ocho o doce combatientes, de los cuales cuatro o cinco te dan desconfianza y no sabés qué pueda pasar por la noche, si a la hora de la posta se te van a ir. Peor todavía, algunos de ellos, con el resentimiento, se incorporaban al otro bando. La guerrilla pronto se dio cuenta de que eso no funcionaba.

Y es que no es lo mismo alguien que ha sentido de lleno la represión del Ejército en su caserío y en su familia que alguien que no la ha sentido tan directamente. A estos no los podés incorporar así de fácil, y mucho menos a la fuerza. La guerrilla pagó caro ese error, con mucho desprestigio ante la población. Porque entonces ¿qué te diferenciaba de las fuerzas armadas que enrolaban a la fuerza a los muchachos que agarraban en las terminales? ¿Dónde quedaba eso que decía Radio Venceremos: “El Ejército popular que avanza a pasos agigantados con el apoyo y la solidaridad completa del pueblo salvadoreño”?

Es bien fácil decir: “Ah, el pueblo alzado en armas, el pueblo que lucha...” pero detrás de la consigna hay que saber calcular, sentir hasta dónde el pueblo te quiere y a partir de dónde ya no, qué comunidad tiene simpatía por tu lucha y qué comunidad no te apoya para nada. ¿Qué pasa si llegás a una comunidad de la cual eran originarios tres soldados caídos en combate? Allí no te van a recibir con los brazos abiertos. Tenés que saber cómo comenzar una labor política y ser consciente de que, al inicio, no te tienen ni admiración ni simpatía. Por eso se formó la escuela de

formación política de cuadros, para que ellos expandieran la organización yendo casa por casa, hablando con los jóvenes, con las familias, y llevar a cabo esa labor de hormiguita de la que dependía la supervivencia de la guerrilla. Sin el apoyo de la población civil, era imposible que la guerrilla se mantuviera.

No sé cuántos meses anduve con Ismael. No recuerdo mucho más de ese periodo. Sé que estuvimos por un tiempo en El Copetillo, donde los compas de Morazán se agrupaban para atacar poblados de La Unión o Santa Rosa de Lima. Allí empezamos a organizar a la población. Había una señora en ese lugar, no me acuerdo ahorita de su nombre, de la que nos hicimos muy amigos. Ella siempre mandaba a sus hijos a buscar información sobre los movimientos de soldados. Descalzos, hacían como si fueran a buscar leña o a hacer cualquier otro mandadito. Cuando los niños regresaban y le decían que había peligro, ella tendía en su patio una manta roja. Cuando el peligro ya había pasado, tendía una manta blanca. Era su forma de proteger a los guerrilleros.

Ismael murió en una emboscada en La Unión en 1984, junto con Marvin, su radista de entonces. Marvin era hijo de Piedad, la responsable de la cocina de la comandancia. Ella perdió a cuatro hijos en la guerra, entre los cuales Milton, Marvin y Esmeralda que conocí en la escuela de comunicaciones y que cayó en la toma de Osicala.

Después, me tocó ser radista de la unidad de Pompilio Negro. Pompilio, Pompilión le decían también, era un chavo moreno oscuro, pelo liso, alto, muy fornido y con dientes grandes. Tenía el plante de haber sido militar, no sé si lo fue realmente, el talle de un gran combatiente. En su unidad íbamos unos quince operando por el cerro San Luis, el cerro El Moyolo, La Joya, el cerro El Cutuco, Soledad y La Ceiba, cerca de las posiciones del Ejército en Osicala y Meanguera. Era estratégico mantener el control de esa franja porque es la que los cuilios tenían que cruzar para avanzar hacia la zona bajo control, al norte del río Torola. De allí teníamos un panorama completo de las luces de Osicala, de Delicias, y podíamos observar los movimientos de vehículos.

Cuando había un avance de soldados por esos sectores, los hostigábamos con emboscadas: esperábamos al enemigo en alguna posición ventajosa,

hacíamos fuego y aguantábamos cinco o diez minutos antes de replegarnos. La cuestión era golpear y retirarse, golpear y retirarse. Nuestra ventaja era la de conocer bien el terreno. Sabíamos de dónde salía una vereda, dónde pasaba una callecita, dónde había un cerrito sobre el cual podíamos resistir unos minutos de combate, las rutas posibles de retirada.

El objetivo era causarles un muerto o un herido en cada combate, por pequeño que fuera. No podías darte el lujo de gastar munición sin ser efectivo, porque si no eras efectivo, el enemigo se te venía encima con todo. Si en el combate les habías hecho baja, lo sabías pronto porque a la media hora llegaba el helicóptero a recoger al muerto o herido.

La idea era desmoralizarlos rápidamente. Los compas decían que si el enemigo, en el primer tope tenía un muerto o un herido grave, se desmoralizaba. Y eso era cierto para nosotros también, porque sí es muy desmoralizante cuando en un combate, rapidito, en diez o cinco minutos, te matan a un compa o te hieren a dos.

Al paso de los soldados se colocaban campos minados. Había dos tipos de minas, fabricadas en el taller de explosivos de Nivo. Estaban las de pateo, talladas en madera. Un pedazo de neumático les daba la elasticidad en donde se pone el pie. Llevaban una fuente de baterías que hacía contacto con el fulminante cuando alguien pisaba la mina. Y luego estaban las de chuchito, que tenían una pinza como las de colgar ropa, con un pedazo de madera en medio que iba agarrado a un hilo. Ese hilo se tendía sobre camino. Cuando pasaban, jalaban el hilo y se llevaban el pedazo de madera. La pinza se cerraba de golpe y se unían los dos polos del dispositivo que activaba la mina.

Esas minas se veían bien sencillas. Nada que ver con una mina Claymore, una M18, que parecía una torta de pan de las que antes se vendían en los cantones pero con patitas, y que estaba diseñada para que la metralla te diera de la cintura para arriba. Parecía que no podían causar daño alguno, pero en realidad eran letales.

Cuando reventaba una mina oías el grito del soldado:

— ¡Ay, mamá! —o— ¡Mamá, mi pie!

Y era la señal de que ese soldado se había quebrado. Al regresar un par de días después, hallabas los pedazos de pantalones con sangre, deshilachados por las esquirlas y el tufo a pólvora. Eso te deja ver lo miserable que es la

guerra. Pero cuando se escuchaba el grito de un soldado, no creás que decíamos:

— Ay, pobrecito soldado, podría ser mi primo, podría ser un chavo del cantón.

Nos alegrábamos diciendo:

— Hoy sí se jodió ese hijo de puta.

Cuando venían los operativos, se coordinaba con las otras unidades y con la población para que supieran por dónde no caminar ni meter animales. Aún así, hubo bastantes accidentes. Algunos mandos colocaban campos minados a lo tonto, sin avisar o sin reportar adecuadamente dónde los habían puesto. Y luego resultaba que, puta, un compa volado de un pié o de los dos pies. Era yuca oír eso, que en las minas propias se había jodido un compa.

Cuando terminaba el operativo militar, había que recordar dónde estaban las minas para retirarlas. La tarea se complicaba si el compa que las había colocado había caído. Otro peligro era que a veces los soldados encontraban las minas con sus detectores y las movían de lugar, para que los compas se jodieran al venir a desactivarlas.

Además de poner minas, dejábamos cazabobos, una trampa inventada en el taller de Nivo. Consistían en un fusil viejo que ya no funcionaba bien al que se le llenaba la culata con explosivos, no sé si era C-4 o TNT. Estaban diseñados para que cuando el soldado manipulara el fusil, feliz por haberlo recuperado, se matara. Para colocar los cazabobos, se hacía una puesta en escena: una unidad abría fuego contra los soldados, resistía unos minutos, y luego simulaba una desbandada, con supuestos heridos gritando que los auxiliaran. En realidad, si de verdad estabas herido, no lo gritabas. Los cuillos se envalentonaban y cuando encontraban el fusil se alegraban porque una de sus motivaciones era recuperar fusiles: con eso los podían ascender de grado y darles mejor sueldo.

Antes de salir a una misión de hostigamiento, pasábamos por las unidades logísticas y por la cocina a buscar lo necesario para operar. Cada uno llevaba su puchito de munición, que había que asolear un día antes de salir, y se aseguraba de que su fusil estuviera brillante, bien chaineado como decían los compas. La costumbre era pasar dentro del cañón, de un

lado a otro, un trapo untado con aceite 3 en 1 para limpiar las estrías que son las que le dan la fuerza al disparo. También nos asegurábamos de que los fusiles estuvieran bien alineados.

Yo llevaba un M16 y ya sabía cómo se dispara tiro a tiro y cómo se usan las ráfagas. Los compas decían que el tiro a tiro es más peligroso cuando tirás bajito. Y que para barrer más área con una ráfaga, tenés que girar el fusil de forma a que el cargador esté horizontal, porque si está vertical, la ráfaga tiende a salir para arriba. El fuego de los compas era muy característico: era tiro a tiro, tiro a tiro, tiro a tiro, casi nunca ráfagas para no desperdiciar munición, y los tiros siempre iban bajito y eran certeros.

En la mochila, lo que no te faltaba era un plástico para tenderlo y echarte a dormir si era verano, o improvisar una champita si era invierno. Llevabas tu ropa de cambio, si es que la tenías, y una cobijita que fuera lo más delgada posible. Andabas también una linterna, un cuchillo, alguna granada de mano o dos o tres cargas explosivas, y tu munición.

La mochila de los guerrilleros era liviana. Eso te permitía más movilidad, aventarte por un piñal, pasar un alambrado, correr sobre cualquier terreno peñoso. Es una ventaja que siempre tuvimos. Las de los soldados venían repletas de un montón de cosas: botas, comida enlatada, cantidad de munición, cananas para M60, granadas para cañón 90, cananas para punto 50. Iban tan cargados que en el 83, el Ejército descartó el fusil G3 a favor del M16 que es más liviano, no pesa más de siete libras, y del que podían llevar unos dos mil tiros de reserva sin que les pesaran tanto.

En ese tiempo, en la guerrilla ya no estaba permitida la ropa de color. Los combatientes tenían que ir vestidos por lo menos con un poliéster verde olivo. La guerrilla tenía un taller de sastrería en el que trabajaban cinco o seis personas. Le metían duro para confeccionar camisas y pantalones con tela Sincatex. El calzado era variable: podías llevar tenis o zapatos burritos, como los de Adoc que son muy aguantadores. Los mejor equipados tenían botas de soldado.

Una vez, un compa sacó una boina morada de su mochila y me dijo:

— ¿Te gustan las boinas?

A mí me gustaban más que los sombreros o las gorras. Me la regaló y esa boina se hizo eterna conmigo. Se la había recuperado a un soldado de un batallón de cazadores que había sido aniquilado en Delicias.

Llevábamos siempre una insignia para reconocernos entre nosotros. Y es que, los combatientes casi siempre vestían uniformes, botas, boinas y mochilas recuperadas a los cuilios, y llevaban M16, también de los cuilios. El aspecto de los compas y de los soldados era muy parecido. La insignia podía ser un trapo rojo los lunes, el martes uno amarillo, el miércoles uno blanco, etcétera. Ese trapo lo llevabas amarrado al hombro o amarrado al cañón del fusil, porque cuando vas caminando, primero se ven el fusil y los hombros.

Para comer, llevábamos una reserva de totopostes, algo de carne seca, una carne puesta al sol por dos o tres días que te podía durar una semana, y dulce de atado. Esa era la ración seca que nos daban antes de salir a operar. Recuerdo que a un compa le habían puesto de apodo “Ración Seca”, porque esa era su mayor preocupación cuando salía a una misión:

— Hey, la ración seca ¿cuándo nos la van a dar?

Con esas provisiones se trataba de engañar la tripa: no porque fuera la hora del almuerzo te ibas a llenar. Comías algunos totopostes con carne y una taza de Café Listo o de chocolate. En el camino también podías comprarle algo a la población. El mando andaba algo de dinero por si alguna necesidad se presentaba.

A la hora del almuerzo, era típico prender un fuego sobre cuatro piedras, poner a calentar agua en una taza de caramañola acerada, de las que se le recuperaban a los cuilios, y echarle unos cubitos Maggi para darle sabor a una sopa de guineos majonchos o una sopa de izote que encontraras por allí. Al izote se le quitaba la penca y el tallo, se cortaba en rodajitas y se ponía a hervir. Con una tortilla y el sabor de los cubitos, era riquísimo.

Los soldados, en cambio, llevaban un montón de latas de comida: guisos con verdura, frijoles y unas latas de tamal pisque, una masa horrible dizque con sabor a tamal. No les gustaba nada su comida, y según lo que la población nos contaba, cuando llegaban a una casa, siempre intentaban cambiar esas latas por un par de tortillas y una sopa de frijol. Nosotros, es cierto que pegábamos unas grandes hambreadas, pero sabíamos que lo que llevábamos y lo que nos daba la población, eran cositas bien sanas.

Cuando nos mandaban a misiones por Yoloaiquín, Delicias u Osicala, primero teníamos que cruzar el río Torola. El puente ya había sido dinamitado para impedir el paso de camiones militares y piezas de artillería

hacia el norte del río, donde la guerrilla se había consolidado.

Cruzar el río en verano era fácil: el agua te llegaba a la cintura o a las rodillas. Veías a la gente quitarse el pantalón y cruzar el río con las mochilas levantadas. En invierno, sí era una aventura. Como yo era chiquitito y no sabía nadar, Pompilio era el que me pasaba al otro lado.

— Agarrate de mí —me decía—, pero no me apretés el cuello. A la altura del pecho agarrate.

Él nadaba y yo iba prendido de él como rana.

— Ayúdame —decía él—, chapaleá, chapaleá vos también.

Entonces yo movía las piernas para ayudarlo.

A veces había unas tumbazones bien fuertes, y para pasar se tendía un lazo entre las dos orillas. La punta del lazo se la llevaba en la boca algún compa que nadara bien. Los más buenos para nadar eran los chavos de Cacaopera. Tenían una gran habilidad para calcular la fuerza de la corriente y saber a qué altura del río tenían que tirarse para llegar exactamente al lugar que habían elegido en la otra orilla. Después amarraban el lazo a un árbol o a una piedra para que los demás pudiéramos pasar. Aún así, no era fácil. A los ríos crecidos les tenía miedo. La fuerza del río te podía dar la vuelta, y girarte alrededor del lazo. Con el peso de la mochila, el radio y el fusil, era fácil que el río te maleteara hasta que te soltaras y te ahogaras. A mí nunca me giró el río, ni me desprendió del lazo, pero sí sentí esas correntadas que te hacían tragar agua. Varios compas murieron ahogados en los pasos de ríos. Soldados también murieron así. Contaban del batallón Atonal, al que se le ahogaron once en el río Torola, sobre el paso de Meanguera, cuando se les reventó el lazo del que iban prendidos.

Algunos pasos de río, los podías pasar en garrucha, una carretita con rueditas metálicas atada a un cable de acero. Agarrando impulso podías llegar al otro lado sin hacer mucha fuerza. Y si no, te ayudabas con los brazos. Era divertido, y además no te mojabas. La población a veces te ayudaba con barcas fabricadas con neumáticos y tablas en las que podían subir hasta quince compas.

Cuando operábamos por sectores inmediatos a Osicala y Delicias, había que tener cuidado porque nos podían detectar con binoculares. Por eso nos manteníamos en lugares cubiertos de árboles. En el cerro El Cutuco

había unas grandes piedras que nos protegían del fuego de artillería. Este anunciaba el inicio de los operativos del Ejército. Cuando empezaban a morterear, digamos, a las nueve de la mañana, sabías que a las diez los soldados iban a empezar el avance. El fuego de artillería lo usaban, decían, para ablandar posiciones.

Cuando se acercaban los soldados, yo los veía bien cholos. Con su mochilona, su uniforme, su sombrero, y su camuflaje de monte, los veía como hombres bien grandes y fuertes. Pompilio y los compas los dejaban acercarse. Un tirador sereno podía pegar a una distancia de 50 o 60 metros. Les hacían la primera baja, se armaba el desvergue, y ya sólo oías que pasaban los vergazos de 90 y de Law, las ráfagas de M60, las granadas de mano, el fuego de fusilería. . .

Yo a veces disparaba. Pero mi tarea consistía en garantizar la comunicación y no en estar en primera línea de fuego. Los radistas nos veíamos involucrados en las escaramuzas, pero porque las unidades eran pequeñas y se nos pedía, ya empezado el deschongue, que cubriéramos un área disparándole a los cuilios que pasaran. Pero no es lo mismo que esperar a que se acerquen y alinearlos con cuidado.

A Morazán entraban un montón de batallones: el Arce, el Belloso, el Atonal, el Lenca, el Morazán, el Conchagua, la brigada Atlacatl, los paracaidistas y algunos más. Cuando organizaban un operativo grande, formaban un cerco que empezaba en Carolina, al norte de Morazán, y llegaba hasta Joateca. Luego, entraban a la zona liberada hasta cinco batallones élite, los BIRI, Brigadas de Infantería de Reacción Inmediata, lo mejor del Ejército, unidades entrenadas por asesores gringos, con oficiales formados en escuelas militares de los Estados Unidos. Radio Venceremos se burlaba de los batallones élite y los Torogoces hacían canciones para ridiculizarlos, pero quiérase o no, cuando nos decían que llegaban los batallones élite, los compas empezábamos a sentir esa pálida. Íbamos a enfrentarnos a un contingente de hombres que supuestamente sabían pelear más que nosotros y traían más y mejores armas. A la hora de ir al combate, como para darse confianza, los compas decían:

— Vaya, tan buenos no han de ser si también les entran las balas.

Durante los grandes operativos, en las comunicaciones oías que fulano

estaba peleando en Las Guarumas, que fulano se estaba dando verga en el volcán de Torola, que en Ojo de Agua, en la Villa del Rosario, en El Baguanchó se estaba combatiendo... Todas las unidades del Ejército que ingresaban sentían la presión de los compas. Pero después de los operativos, en las conversaciones con los demás compas, veías el precio de eso cuando te decían:

— Cayó fulano en Torola. Mataron a fulano en Joateca. —El recuento de las cosas duras.

Andando con Pompilio no recuerdo que hayamos tenido bajas en combate. Las bajas se reducían mucho cuando se peleaba en unidades pequeñas que no daban flanco a la artillería y la aviación. El combate siempre era desigual numéricamente, y sabíamos que cada uno peleaba contra diez o quince cuillos. También era desigual en armas y munición. Cada compa tenía una dotación de doscientos o trescientos tiros para salir a operar. Los soldados, en cambio, llevaban no menos de diez o doce cargadores con mil o mil doscientos tiros de reserva. Un compa con una ametralladora M60 y una canana de cien tiros, por lo menos peleaba una hora, mientras que un soldado, esos cien tiros los gastaba en diez minutos. La guerrilla tuvo bajas por soldados muy certeros, con mucho pulso, pero en general, las bajas se daban por la lluvia de balas que caía. Una de tantas tenía que darle a un compa que no hubiera logrado parapetarse bien o que tuviera que retroceder.

Pompilio Negro murió. No sé dónde fue, ni cuándo, yo ya no estaba en su unidad. Tengo fe que voy a encontrar a alguien que me dé el dato.

* * *

Luego anduve en la unidad de Chevito, una unidad de unos quince o diecisiete compas que controlaba las vías de acceso a la zona bajo control desde Corinto. Recuerdo que una vez me dormí y perdí los mensajes. Estábamos ubicados en un lugar ralo, con muy pocos árboles y muchas rocas. Como a media noche, mientras esperaba unos mensajes importantes, cometí el error de recostarme sobre una roca. Cuando desperté, ya eran las cuatro y media de la mañana. Oí el chasquido del radio. Estaban diciendo mi indicativo desde la base de comunicaciones

del cerro Colorado. Cuando contesté me pegaron una gran puteada. Por suerte, el mensaje no era tan urgente, pero de la gran puteada no me salvé. Creo que fue Blasina la que me regañó, una chava barrosita, morena, muy recia de temple y que era hondureña. Al menos no hubo sanción, porque esas cosas eran bien delicadas en la guerra.

Chevito no me regañó. Él era de los mandos más considerados con los radistas. Sabía de los desvelos que nos tocaban cuando la situación estaba tensa y los mensajes podían llegar a cualquier hora. A veces, de noche, me decía:

– Hey bicho, dejame el radio y andá a descansar un par de horas. Si dicen tu indicativo yo te despierto.

Puya, ¿eso era la gloria!

Chevito tenía entonces unos 35 años. Era moreno, tenía bigote y andaba una boina. Todos lo querían mucho. Era muy humilde, muy sencillo y en los campamentos era tranquilo. Sabía bromear sin ofender. Su forma de caminar era lenta, pero era bueno en el combate y siempre lo veías a la par de los compas echando verga. Para Chevo la guerra era un compromiso verdaderamente revolucionario: sabía lo que estaba defendiendo y sabía explicarlo. A los combatientes, se los ganaba por su forma de conducir un combate, pero también en lo cotidiano, manteniendo una relación de compañeros, de amigos. Así se ganaban el prestigio los mandos: primero, mostrándose valientes en el combate, y luego siendo humildes y atentos con los compas.

Chevito es originario de Gualindo, un lugar cercano a Gotera, pero no recuerdo si es de Gualindo arriba, Gualindo abajo o Gualindo en medio. Son tres los Gualindos, y cuando los compas hablaban de esos lugares, los llamaban Hueliendo arriba, Hueliendo abajo y Hueliendo en medio. Ahora vive en los Estados Unidos.

Cuando la brigada Atlacatl o el batallón Belloso entraban a la zona, solían acampar en El Pericón, el cerro Gigante y el cerro Pelón, cerca de Perquín, atrincherándose lo mejor que podían. De noche, nos acercábamos a esas posiciones alumbrando con linternas para que creyeran que se preparaba un ataque contra ellos. Casi siempre reaccionaban con todo: fuego de punto 50, morteros de 81 o morteros de 60, una pieza de artillería que no alcanza más de mil metros. Así los desvelábamos y manteníamos una

presión psicológica constante sobre ellos; mientras tanto, otras unidades preparaban un ataque real para desalojarlos o aniquilarlos.

Un día, por El Portillón, nos sorprendieron los cuilios. Habían tomado posición sobre las estribaciones del cerro El Pericón, y cuando íbamos por la calle, nos levantaron a balazos con una ametralladora punto 50 y a morterazos con un cañón 90. Empezamos a retroceder, retroceder, retroceder, disparando sin alinear pero sin dar la espalda.

Por el al trapiche de Cumaro cruzaron a Urbina en el brazo. Siguió disparando con su mano buena, mientras la mala la traía colgando. Cruzamos un puentecito sobre el río Sapo y logramos llegar a una calle. Se sentía lo duro del fuego de la punto 50 y los morterazos. Chevo me dijo:

— ¡Lanzate!

Quería que cruzara la calle y saltara por encima de un paredón que me protegería del fuego de la ametralladora. Nos tenían casi acorralados, y por eso no aflojaban el fuego. Las balas, cuando daban contra las piedras, sonaban como si le dieran con un martillo a un espejo.

— ¡Lanzate — me dice Chevo, y yo agarro impulso, doy unas cuatro o cinco zancadas, y a partir de allí, ya no me acuerdo.

Como dos horas después, desperté en el cerro Las Pilas, debajo de una sombra de robles. Abrí los ojos y Chevo me dijo:

— ¿Cómo te sentís?

— Bien, pero ¿y dónde estamos?

— No jodás, aquí estamos en otro lugar.

— ¿Y qué pasó?

— No jodás, esos hijos de puta te iban a matar.

— ¿Y por qué?

— No jodás, te pusieron un vergazo de 90 y te aventaron de boca.

Quedaste tirado en la polvazón, y de paso te jodieron el radio.

La granada de 90 cayó como a cuatro o cinco metros de mí. La onda expansiva me dejó inconsciente. No sé cómo los compas me recogieron porque los balazos tronaban. Me sacaron a lomo de allí.

Revisé el radio y vi que una esquirra había cortado la guía, la conexión entre la fuente de baterías y el radio. Los compas me prepararon un agua azucarada y me dijeron que reposara una media hora porque íbamos a

seguir la marcha rumbo a Joateca.

Me cuesta darte un orden exacto de todas las unidades en las que estuve. Tampoco puedo decirte: con Chevo anduve tres meses, con Zamora cinco días y con Sabino dos meses. Tengo recuerdos muy exactos de algunos episodios, y sin embargo, he olvidado el mando con quien andaba. Fueron tantas las unidades...

Por ejemplo, no recuerdo con qué unidad iba cuando nos bombardearon en el conacaste. El conacaste era un palo sobre la ruta a Perquín que nos servía de punto de referencia. Estábamos allí descansando cuando empezó el fuego de artillería. Los primeros morterazos cayeron sobre el cerro El Cururo, a un costado de la carretera. Lo lógico era que los siguientes fueran a bañar el área del Conacaste. Nos desplegamos y cada uno buscó cómo protegerse. Los que no encontramos trinchera nos protegimos detrás de los paredones. Otros sólo se metieron a la cuneta de la calle Negra. El fuego no duró mucho, pero uno de los tiros le dio a un compa de Cacaopera, no recuerdo su nombre. Cómo es la desgracia, que la granada le cayó al que tenía la mejor trinchera. Tenía un hueco y tenía piedras para defenderse, pero la granada cayó exactamente sobre él.

El compa quedó todo desgarrado entre sus piernas. En su agonía, pedía que lo mataran. Ya había vivido algo parecido en el Cacahuatique, cuando le estallaron las bombas de contacto a un muchacho Ernesto. También él pedía que lo mataran y nadie se atrevió a hacerlo.

Es bien difícil describir ese momento. Sólo ves el rostro del que agoniza y no podés hacer nada; no sos médico, no sos brigadista, no sos nadie. Y en las caras de los demás ves el miedo y la angustia de no poder ayudar. Ese compa estaba a minutos de morir.

Pronto empezó a pedir agua. Los compas heridos de gravedad tenían los labios pálidos y rápido querían agua. Estaba prohibidísimo darles de beber. En las charlas siempre nos decían que a un compa herido no se le da agua porque eso contribuye a que se muera rápido. Lo único que podías hacer era mojarle los dedos y tocarle los labios para que sintiera lo fresco.

Sólo quedaba pedir auxilio a través de las comunicaciones, llamar a la gente de las clínicas. Pero era triste porque sabías que ese compa era insalvable; la angustia que se veía en el rostro del muchacho sólo la podía

estar sintiendo alguien que se iba a morir. No recuerdo más de esa unidad ni de lo que estábamos haciendo en esos días.

No logro recordar si en algún momento fui radioperador de Nivo o si sólo estuve por un tiempo en estructuras cercanas al taller de explosivos que dirigía.

Nivo era bajito, carita redonda, siempre con boina. Sé que era originario del norte de Morazán y que un hermano suyo cayó en los primeros años de la guerra.

Cuando oías hablar de Nivo, sabías que se trataba del hombre que inventaba las armas del pueblo para la Revolución. Tenía una creatividad increíble. Él coordinaba un taller de explosivos donde llegaron a trabajar diez o quince personas. Le metían. Era una pequeña fábrica que abastecía a toda la fuerza y que no paraba de sacar nuevos inventos.

Para esos días se había intensificado la ayuda norteamericana. Habían cambiado la flota de helicópteros y ya tenían los UH-1M que se conocían como los modificados y ese helicóptero que le llamábamos la avispa, el Hughes 500. Los A-37 habían sustituido a los viejos cazabombarderos. El Ejército cada día tenía más armas, más pertrechos, más municiones y más hombres. La guerrilla tuvo que inventar y fabricar sus propias armas para que la desigualdad no fuera tan grande a la hora del combate.

Recuerdo el taller de Nivo cuando estaba montado cerca de Arambala, en un llano donde había una casa abandonada y la sombra de un amate, cerca del río Las Marías. A mí me gustaba mucho acercarme a curiosear, a oír el traqueteo de los taladros, ver cómo partían las espoletas para granadas, cómo rellenaban tubos de explosivo, cómo se armaban las cajas de los abanicos pequeños y de los abanicos grandes. Allí trabajaban Camilo, Alex Moreno, un muchacho panzoncito de labios gruesos, Marvin, un muchacho chelito que tocaba guitarra, y un chavo medio tartamudito que le decían Rufino.

Recuerdo también a varias chavas bien jóvenes fabricando bombas de contacto.

Para fabricar una bomba de contacto metés los ingredientes, pólvora, hierro fragmentado, grampas, piedras o cualquier cosa que pueda servir de esquirla, en una bolsa plástica como de a libra o de a dos libras. Esa

mezcla de pólvora y esquirlas deja sentir un olor bien fuerte. Retorcés la boca de la bolsa para cerrarla y poder agitarla suavemente, como se agita un jugo. Cuando ya está todo mezclado, envolvés la bolsa con una hoja de papel periódico, amarrás todo eso con cinta adhesiva y redondeás la bomba como una naranja. La malla de tiro no debe quedar ni muy socada ni muy floja. A mí me admiraba mucho el tacto que tenían esas compas, porque esa babosada era peligrosísima y si se te caía a treinta centímetros del suelo, te estallaba.

Me gustaba mirar cómo trabajaban, pero no intentaba imitarlos en nada. Yo siempre le tuve miedo a los explosivos, y sabía que manipular mal una de esas cosas probablemente sólo pudieras hacerlo una vez. Ya se sabía de compas que nada más una vez habían fallado y se habían matado o habían resultado heridos de gravedad, como Victorino, que trabajaba en ese taller y quedó lisiado por un accidente con explosivos.

El taller masificó la producción de cargas de mano que jugaron un papel muy importante en los combates. Eran tubos de PVC de quince o veinte centímetros repletos de TNT y de C-4. Se fabricaban cargas de 400 y de 800 gramos. Antes de lanzar una carga tenías que quitarles un seguro que activaba la mecha. Tenías cinco segundos para tirarla. Su explosión era letal. Cuando estallaba a veinte o veinticinco metros, sentías que temblaba la tierra. Si caía en una casa, te la volaba. En ese tiempo no se tenían muchas granadas de mano. Las cargas fueron un gran apoyo y permitieron definir posiciones más rápido y atacar fortificaciones.

El taller también fabricaba morteros hechizos con tubos de aluminio. Los secos, así los llamaban los compas, llevaban unas patitas pegadas o una rampa con la que les podías cambiar la inclinación. Las granadas que lanzaban eran bolas envueltas en saco de yute de las que salía una mecha. Lo que duraba la mecha tardaban en estallar. Para dispararlas, antes había que meter dentro del tubo, una carga impulsora. Con los secos, se tenía un alcance de cien o doscientos metros. Creo que al final llegaron a construir uno con alcance de quinientos metros. También armaban catapultas que podían lanzar a cien metros unas granadas redondas parecidas a un balón de fútbol.

La producción de minas se intensificó en esos años para defender las zonas liberadas. Después de las minas de pateo y de chuchito, salieron las

minas saltarinas. Cuando se activaban, estas minas se alzaban a la altura de la cara, impulsadas por otra carga explosiva. Eran terribles.

Los trabucos eran otro invento de Nivo, unos explosivos metidos dentro de un bote grande de leche en polvo que se colocaba sobre la copa de un árbol. Cuando pasaba un helicóptero, se activaban a distancia. No era la intención derribar un aparato, pero sí la de asustar al piloto con esa explosión, de desestabilizarlo y obligarlo a retirarse. También inventaron unas granadas para fusil M16 y fusil G3. Cuando las disparaban, se veían como candelitas saliendo de la boquilla de los fusiles. Estallaban a unos ciento treinta metros de altura. Y unos explosivos que se impulsaban como un canchínflín. Los tomabas con la mano, les prendías la mecha y los dejabas salir como un cohete de vara. Con todo esto no armabas un fuego muy peligroso, pero sí disuadías a los pilotos a acercarse mucho y lograbas que el fuego de ellos no fuera tan efectivo.

Y hablando de inventos, entre San Luis y Jocoaitique, sobre un cerrito donde había dos casas abandonadas y una parra de bambú, había un pequeño taller donde unos compas se la pasaban haciendo unas cosas que llamaban gusanos. Eran trozos madera de un metro de largo de los que salían muchas estacas de bambú muy agudas. Cuando todas las estacas estaban en su sitio, aquello parecía un gusano o una oruga. Me llamaban mucho la atención porque al principio no entendía para qué servían.

Los gusanos se metían dentro de un hueco cavado en las veredas por donde avanzaría el enemigo. Se tapaba el hueco con ramitas delgadas, hojas y tierra del color de la vereda. No sé si cayeron soldados en una trampa de esas. Pero si alguno se fue de boca al fondo del hueco, ha de haber sido terrible porque las estacas de bambú quedaban a la altura del pecho y de la cara. El que cayera allí era una baja segura.

En el taller de Nivo conocí a una chava que le decían Marta, de pelito liso. También era radioperadora. Recuerdo que cruzamos miraditas maliciosas. Luego me preguntó por qué era yo tan serio y tan huraño.

— ¿Por qué sos tan creído? —me preguntó.

Yo le dije que de creído no tenía nada, que para mí todos los compas éramos iguales. Luego seguimos hablando de cosas de trabajo, pero sin

despegarnos las miradas, y así supe que yo no le caía tan mal y ella vio que me gustaba. Pero no pasó a más, al fin y al cabo, Marta era la novia de Nivo, y hablarle así a la mujer de un mando era jugarse la vida.

Entre las unidades que mejor recuerdo me dejaron está la unidad de armas de apoyo comandada por Francisco Mena Sandoval, Manolo. Mena Sandoval y Marcelo Cruz Cruz habían llegado juntos a la guerrilla. Los dos eran oficiales de la Segunda Brigada de Infantería. En 1981, junto a una compañía entera del Ejército, se sublevaron y huyeron de su cuartel en Santa Ana. Pero en el cantón Cutumay Camones, la compañía rebelde fue alcanzada y aniquilada por otras unidades del Ejército. Fue una gran masacre; Mena Sandoval y Marcelo Cruz Cruz fueron de los pocos sobrevivientes.

Poco después, llegaron a Morazán y se incorporaron al ERP. Mi hermana Irma recuerda haberlos esperado cuando llegaron al área de Pueblo Viejo, para darles de comer y lavarles la ropa, que es lo que hacía siempre que regresaban los compas de una misión.

Ellos fueron muy importantes en la formación de unidades de combate y de milicias.

Mena Sandoval tuvo la idea de probar unos cañones de 81 y de 120 milímetros que se le había recuperado al Ejército y de enseñarle a los compas a utilizarlos. Cuando llegué yo, la unidad ya estaba plenamente operativa.

Todo lo que veía en esa unidad despertaba mi curiosidad. En medio de ese jেলنگ de equipos, cañones, granadas, escuchaba el lenguaje de los artilleros y los veía manipular brújulas, mapas topográficos y hacer cálculos que yo no entendía. Me parecía fascinante.

Allí conocí a Renato y a Moreno, su hermano. Eran alumnos de Mena Sandoval. Renato y Moreno se veían siempre bien preparados, con boina, botas militares, el equipo bien ordenado a la cintura; tenían una gran firmeza y mucha seguridad al caminar. Desde mis doce o trece años, al verlos pensaba que ellos sí eran guerrilleros de verdad, ejemplos a imitar. Y detrás de ellos, que parecían unos *Cbé Guevaras*, iba yo con mi radio y mi fusil que eran más grandes que yo. Por eso, cuando unos meses más tarde desertaron, me quedaron muchas interrogantes.

Hace poco hablé con Mena Sandoval y le dije:

— ¿Te acordás Manolo, que yo andaba un radio que era más grande que yo?

— Sí, vos eras chiquitito. A saber cómo diablos te colaste entre nosotros. Eras chiquito pero bien vivo, bien movido, de arriba para abajo andabas todo el tiempo.

Las piezas de artillería se movían en camiones decomisados al Gobierno o a empresas de la oligarquía. Antes de empezar el ataque, se montaba un equipo de seguridad, con fusilería, ametralladoras y lanzacohetes, para evitar que los cuilios nos fueran a caer por detrás. Instalábamos los morteros al pie del cerro San Luis y disparábamos contra posiciones del Ejército aledañas a Osicala, sobre el cerro El Coyol y el cerro El Tigre. En la cima del cerro San Luis había otro equipo que observaba con binoculares dónde impactaban las granadas.

Los compas volaban primero toda la maleza del área donde se iban a poner las piezas de artillería. Luego, colocaban las placas de acero sobre las que se apoyaban los bípodes de cada mortero. Las granadas se ponían en línea sobre el suelo y se les quitaba el seguro.

Los artilleros hacían entonces sus cálculos con la carta topográfica y la brújula, jugaban con el azimut de los cañones, una manecilla que se movía para corregir el tiro y que giraba alrededor de una ruedita dibujada sobre el cañón, dividida en sectores, un sector rojo, un sector blanco, un sector rojo, un sector blanco. De allí empezaba el juego de las comunicaciones entre el equipo que disparaba y el equipo que observaba desde arriba del cerro:

— Bravo Cero de Bravo Uno, Bravo Cero de Bravo Uno, cambio.

— Adelante Bravo Uno, aquí Bravo Cero.

— Aviseme si ya están listos, cambio.

— Afirma, estamos listos.

— Ah pues, ¡pieza... fuego!

Un compa soltaba una granada dentro del cañón y se oía la explosión del impulsor y el silbido de la granada en el aire. Algunos llevaban protectores para los oídos, y los que no llevábamos, abríamos la boca porque dicen que es la mejor forma de evitar que una explosión te joda el tímpano.

Y seguían las comunicaciones:

– Bravo Cero, granada en camino.

– Copiado Bravo Uno, pendiente de la corrección.

Los que estaban sobre el cerro San Luis, con los binoculares miraban dónde caía la granada.

– Bravo Cero, Bravo Cero, ubíqueme, cambio.

– Enterado Bravo Uno, mire, corriáme el disparo trescientos metros a la izquierda, y doscientos metros adelante.

Giraban las manecillas que le cambiaban la dirección al cañón. Después de tres o cuatro disparos, ya se estaba impactando sobre el objetivo. Y es cuando se oía:

– Bravo Uno, Bravo Uno, ¡allí póngaselos!

Y se empezaba a tirar y a tirar, diez granadas, quince granadas o doce granadas, en función de las reservas. Crecía entonces la expectativa de saber cómo estaban recibiendo el ataque los cuilios.

Los compas de la unidad de inteligencia monitoreaban las comunicaciones de ellos con los radios verdes, y cuando el ataque estaba siendo efectivo, nos avisaban:

– ¡Pónganles, pónganles, que están llorando!

Lo cierto es que a los militares les agarraba mucha culillera. Ellos estaban acostumbrados a que los morteros fueran de allá para acá y no de acá para allá. Y en sus comunicaciones, se oía a los mandos sofocados diciendo:

– Mire, Charlie, si no me manda refuerzos, si no me manda un pájaro...

A veces decían por radio que los estaban haciendo mierda cuando en realidad los impactos ni siquiera estaban cayendo sobre ellos. Pero con sólo oír los granadazos cayendo a seiscientos metros, a cuatrocientos metros, a trescientos metros, se desesperaban.

Los ataques de artillería provocaron el desalojo de varias posiciones del Ejército al norte del río Torola. Ya no se sintió seguro allí. Para la guerrilla fue un gran éxito porque no tuvo que arriesgar la vida de sus combatientes para desalojarlo.

Me reuní hace poco con Mena Sandoval y le mostré la partecita del relato sobre la escuela de menores; me dijo que se sentía identificado

y que siguiera adelante. Dijo que me podía ayudar con algunos detalles sobre la unidad de armas de apoyo.

Manolo me habló entonces del ataque al cuartel de la Tercera Brigada de Infantería, que está en San Miguel. Ese ataque fue en el 83 pero yo ya no andaba con su unidad. La idea era atacar primero el polvorín con artillería, ablandar sus posiciones, y luego terminar el aniquilamiento con un ataque de las Fuerzas Especiales y de la Fuerza Regular. No fallaron, todo lo lograron coordinar. Ese ataque fue demoledor y le dio mucha moral a los que simpatizaban con la guerrilla.

El ataque artillero se hizo con sumo cuidado, ya que el cuartel estaba cerca de zonas habitadas y el margen de error era mínimo. Con las exploraciones previas se dieron cuenta que atrás del cuartel, en relación a la dirección de tiro, sólo había una venta de carros y unas bodegas. Por eso la operación siguió adelante.

Luego se quiso proceder de igual forma con la Sexta Brigada, que está en Usulután. Mena Sandoval me contó que esa vez se armó una gran discusión para saber si se hacía el ataque o no, porque alrededor de la Sexta Brigada había colonias populosas. Se estableció que no se podrían lanzar los tres o cuatro granadazos que sirven para ajustar el tiro sin dañar a la población civil. Al final, se decidió suspender el ataque.

— Esto para mostrarte —me dice Manolo— que las unidades nuestras de artillería sí tenían mucho cuidado para causarle el menor daño posible a la población.

Fui también radioperador de Gerber Negro, que dirigía otra unidad de armas de apoyo. Nos tocó una vez impedir, con una ametralladora punto 50, una tartamuda como decían los compas, que la aviación bombardeara un campamento en Los Chorros. Nos apostamos en un lugar que le dicen El Pedrero. El fuego de una punto 50, que tiene más de siete kilómetros de alcance, siempre pone a pensar a los pilotos. No pueden operar igual cuando sienten esas balas pasándoles cerca.

La punto 50 se montó sobre una piedra grande. Llegaron los aviones por la mañana y entró en acción la ametralladora. Por la escasez de munición, no se les tiraba a lo loco: sólo cuando el aparato se acercaba lo suficiente. En esas estábamos cuando un A-37 se vino en picada y nos aventó un

rocket. Yo estaba al pie de la roca buscando comunicación. Y será que el piloto tenía mucho pulso, o será chiripazo, pero el vergazo lo puso exactamente sobre la punto 50.

A saber cómo no nos hizo baja, aunque sí nos dejó dos heridos leves. Recuerdo a los compas zurumbos, medio locos entre la gran humazón, y un tufo a azufre bien particular y fuerte. Gerber Negro me preguntó:

— Qué pasó, ¿te jodieron?

— No —le dije yo.

* * *

Por esos mismos días se dio la toma de Osicala y Delicias. Yo no participé directamente en esos combates. Sólo cuando los compas ya habían definido, entré con mi unidad. Regresar a mi pueblo fue muy extraño para mí. Llegué al parque, me senté en las gradas de la iglesia y se me vino el recuerdo de mi madre, cuando entrábamos juntos a la iglesia a oír misa y ella me compraba arroz en leche. Recordé también cómo había quedado después de que la mataran. Yo seguía siendo un niño, pero no sentía las cosas de la misma manera que antes.

— Estos hijos de puta mataron a mi madre, y hoy los compas los han hecho mierda— una onda así pensé yo, sentado en las gradas de la iglesia.

Es bien extraña la guerra. Había visto muchas veces cómo se respetaba a los prisioneros de guerra. Pero en Osicala, con la nostalgia de mi madre, sentí esta victoria militar como una venganza. La palabra no se usaba en la guerrilla, pero es la que se me vino a la mente.

En Osicala, me encontré con mis hermanos Juan y Pajarillo a los que no había vuelto a ver en por lo menos dos años. No hablamos mucho, sólo nos saludamos. No recuerdo ni qué nos dijimos. Cada uno estaba en sus tareas. Me imagino que andando en el parque y en las calles de Osicala sintieron lo mismo que yo y se acordaron de cuando todavía vivíamos en la casa.

Los combates alrededor de Osicala y Delicias fueron muy duros. Allí estaban concentrados guardias nacionales, comandos de Gotera y un batallón de como ochocientos efectivos, los Jaguares. Fueron aniquilados. La mayoría fueron muertos o hechos prisioneros. Fue una operación de gran

envergadura en la que entró el grueso de la Brigada Rafael Arce Zablah.

En una de esas batallas cayó Esmeralda, una compa radista que yo conocía de la escuela de comunicaciones, hija de Piedad, la cocinera de la comandancia. Era una muchacha muy joven, de quince años quizás, chelita, pelo corto, guapa la bicha y muy chispa. Yo era muy chavo todavía, pero Esmeralda me agradaba, aunque nunca tuve el valor de decirle nada. Una granada de 105 la jodió. Quedó enterrada a la orilla de una quebrada muy cerca de la casa de mi papá. Después de acabada la guerra, no fue posible localizar sus huesos. En ese tiempo, los inviernos eran muy copiosos y lo más seguro es que fueron arrastrados por la corriente. Creo que en los combates alrededor de Osicala cayeron otros diez compañeros.

Después de la toma de un pueblo, quedaban las anécdotas, contarse unos a otros los estruendos del combate. Veías los daños en las casas, sentías el tufo a pólvora por las calles. Se evacuaba a los heridos y se ordenaba a los prisioneros. Se gritaban consignas como una forma de reivindicar a los caídos:

- ¡Patria libre o morir!
- ¡Patria o muerte venceremos!
- Brigada Rafael Arce Zablah, imisión cumplida!
- Derrotando a un batallón, ¡triumfa la Revolución!

Recuerdo que en esos días yo andaba sin cincho. Entonces, un mando le dijo a un soldado prisionero que me diera el suyo, un cinturón de nailon. El soldado se lo quitó y me lo tiró, bien encabronado.

En el combate, cuando los guardias nacionales no pudieron resistir más el ataque, se vistieron de mujer para huir. Pero antes, los fusiles los metieron dentro de las letrinas. Los compas tuvieron que sacarlos de allí, y para quitarles la pestilencia, los lavaron con todo el guaro que encontraron en las tres cantinas de Osicala.

La guerrilla tomó posesión del casco urbano y los alrededores. Las unidades de combate se dispersaron para mantener el perímetro controlado, mientras las unidades políticas se encargaban de repartir propaganda y de organizar el mitin. Cuando se tomaba una población, siempre se hacía un mitin con discursos y música revolucionaria. Los compas fueron casa por casa a pedirle a la gente que asistiera al acto.

De la población que salió, yo no sé cuánta salió por miedo y cuánta salió por la curiosidad de oír a los guerrilleros. Osicala, en todo caso, era muy conservadora y contraria a la guerrilla.

Los mítines servían para explicarle a la población que la guerra de ninguna manera era en contra de ella. Se aclaraba que la guerrilla no iba a tomar represalias contra los familiares de soldados. Se incitaba a los soldados a que dejaran de hacerle la guerra a su propio pueblo, que dejaran de defender a la dictadura.

En los cascos urbanos siempre caló mucho la propaganda del Ejército. Muchos de los habitantes nos tenían miedo. Nos llamaban los terroristas, los terengos, los hombres del comunismo, los asesina niños, los comevacas. Pensaban que éramos rusos, cubanos, hombres barbones peleando en un país ajeno. Al inicio de la guerra, esas ideas cuajaron en la población. El mitin les mostró que los guerrilleros no eran como los describían las emisoras.

Pero a la vez, los ataques de la guerrilla a los poblados como Osicala tenían su lado negativo porque la población también pensaba:

– Pobrecitos soldados, cómo los ataca la guerrilla.

En los cascos urbanos, buena parte de la población tenía familiares en el Ejército y por eso se solidarizaban más con ellos que con nosotros.

Cuando se tomaba un pueblo, se incendiaba la alcaldía, el juzgado de paz y todas las dependencias del Gobierno. Todo el papeleo quedaba quemado para dificultar la tarea de las autoridades cuando volvieran.

El control de Osicala se mantuvo por varios días. La guerrilla se retiró antes de que el Ejército organizara su contraataque para retomar el lugar. Los heridos, las armas y municiones recuperadas, las cosas de logística, todo eso se desplazó hacia el norte del río Torola en vehículos decomisados al Gobierno. Una caravana de vehículos volvió a la zona liberada. Y en Osicala, sólo quedaron las pintas en las paredes:

Aquí estuvo la Brigada Arce Zablah.

Viva el FMLN.

El pueblo a organizarse.

Por esos días, guerrilleros disfrazados de soldados se infiltraron en la población de Yamabal. Creo que sí era Yamabal. Lograron el aniquilamiento del puesto de paramilitares y capturaron a su jefe, Nicolás Coca. Lo llevaron

a los campamentos de Pueblo Viejo y a mi papá le tocó cuidarlo unos días. Le dieron una carabina y le dijeron que tuviera mucho cuidado con ese señor porque tenía fama de criminal. Que no se le fuera a ir, le advirtieron. Mientras lo cuidaba, había mujeres que cuando veían el rostro de Nicolás Coca decían:

- Este hijo de puta es el que mató a mi padre.
- Este hijo de puta es el que mató a mi hermano.
- Este cabrón mató a mi hermana.

El gusto de Nicolás Coca era que le llevaran a los acusados de ser guerrilleros amarrados y que los soltaran en frente suyo; cuando intentaban huir, los acribillaba. A los que pasaban a verlo preso no les faltaban ganas de matarlo, pero la orden era de no tocarlo mientras se hacían las investigaciones.

Mientras lo cuidaba, Nicolás Coca le decía a mi papá:

- Mire, don, vámonos juntos. Yo le voy a dar casa, le voy a dar dinero si usted me deja libre.
- Ni en sueños, viejo, ni en sueños —le decía mi papá.
- Bueno, déjeme ir y le aseguro que usted lo va a tener todo. Si deja ir a alguien que tiene un rango como el mío, usted va a tener todo seguro.
- No —decía mi papá—, yo no necesito dinero.

Y entre otras cosas, le preguntaba:

- ¿Y cree que me van a matar, don Valerio?
- Mirá, si la dirigencia llega a confirmar que a todos esos pobladores vos los has matado, no te escapás. Pero si ven que es mentira que vos los mataste, probablemente te dejen libre y te salvés. Pero yo no te aseguro nada, viejo.

Entonces, cada vez que mi papá le daba un desánimo, sólo bajaba la cara y volteaba a ver a un lado de él.

La guerrilla prohibía darle de beber o de comer a un prisionero de guerra sin una orden. Y si lo hacías, te atenías a una sanción, y hasta podía ser visto como una colaboración con el enemigo. Pero mi papá y Carolina lo hicieron de todas formas.

Al final, se confirmaron las denuncias y ese hombre terminó cavando su propia tumba en un cafetal. El compa al que le tocó tirarle le dijo que se persignara y que se tendiera boca abajo, y allí le tocó la muerte a Nicolás Coca.

La guerrilla pagaba sus victorias sobre el Ejército con la muerte de combatientes y mandos. Uno de los golpes más fuertes que recibió en esos años fue el aniquilamiento del pelotón de Ventura en La Planta de Jocoaitique. Ventura, originario de Los Chorros, era un mando entre los más destacados. Había demostrado su capacidad para definir posiciones difíciles. Unos trece compas cayeron con él, entre ellos Benigno Diablo, el mejor lanzador de bombas de contacto de la fuerza, un chavo que sólo caites usaba y que cuando los compas le llevaban botas o zapatos, el gusto suyo era verlos, pero los caites no se los quitaba.

Como respuesta a estas muertes, se preparó la toma de Cacaopera. Antes de esa operación, fue curioso, se desató el rumor de que los guardias nacionales de allí tenían con ellos unos brujos que les habían protegido las trincheras. Supuestamente, cuando los compas atacaran, de los fusiles sólo saldría un chorro de agua. Cacaopera tiene fama en Morazán por ser un lugar de brujos y curanderos. Allí llegan personas de todas partes a que les hagan ciertos trabajos o a que las liberen de maleficios. Por eso los compas, mientras asoleaban la munición, como siempre antes de un combate, la curaron frotando cada bala con cebolla y ajo. Yo no lo hice porque intentaba no ponerle atención a las pláticas sobre brujerías y espantos.

Creo que en esa acción yo iba con Eleno Castro, que estaba al mando de una de las tres unidades de ataque que se movilizaron. Otro de los mandos que iban era Aparicio Colita Blanca. Lo llamaban así porque tenía un lunar en la cara con un mechoncito de pelo blanco. Recuerdo haber visto a A.P., otro compa Aparicio, un radioperador famoso porque en los combates, cuando lo llamaban por su indicativo, contestaba:

—Espérense, ahorita no puedo hablar porque me estoy echando verga.

No le gustaba quedarse aparte durante un combate. Los mandos lo regañaban y le prohibían pelear, pero era necio. A veces hasta apagaba el radio.

Salimos de Agua Blanca como a las seis de la tarde. Se silenciaron los radios. Si era necesario se hacían señales con chasquidos, apretando un segundo el interruptor pero sin decir nada. Tomamos posición alrededor de Cacaopera y a las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana, se rompió el secreto.

Los compas lanzaron las primeras bombas de contacto, que en la penumbra producían una luz blanca parecida a la de los volcancitos de Navidad. Luego empezó un tableteo que sonaba como si se golpearan cientos de láminas de zinc con barras de metal. Nada de andar disparando agua. La toma de Cacaopera fue la operación más fuerte que yo pude ver en esos años.

Los radios volvieron a funcionar. Las instrucciones se daban ya sin claves, sólo con algunos caliches:

- Roble, movete por la principal hasta El Calvario y esperá instrucciones. La fiesta que oís a tu izquierda es Reno que ya entró en acción, cambio.
- Carbón, carbón, comuníqueme cómo está la sierra por su sector, cambio.

Nosotros estábamos en una bocacalle inmediata a la comandancia de los guardias nacionales. Cubríamos un sector por donde pasaban los guardias corriendo de un lado a otro. Aun así, no recuerdo haber disparado mucho. A un costado se oían los disparos de un cañón, y por las comunicaciones, yo sabía que era Renato con el 57 o el 90, cañones sin retroceso, tratando de demoler una casamata.

Rápido se tomó el control del pueblo. En esa operación perdimos a dos compas. Había unos treinta paramilitares, sesenta soldados y muchos guardias nacionales defendiendo Cacaopera. A las ocho, ya sólo quedaba una casamata que los compas no lograban silenciar. Renato les dejó ir cuatro o cinco cañonazos, pero seguían disparando. Los compas abrieron boquete en una pared de la iglesia para alinearlos mejor, pero tampoco lograron silenciarlos. Al final, un compa, creo que fue Aparicio, dejó su equipo, la mochila y su fusil y se fue al asalto con dos granadas de mano. Mientras los otros lo apoyaban disparando para que los guardias no sacaran sus fusiles, él llegó rodando y les metió las granadas por la ventanilla de la casamata. Luego, encontramos los cuerpos de dos guardias que habían resistido toda la mañana. El piso de la casamata estaba cubierto de una capa de cinco o seis centímetros de casquillos.

Después del combate, me acuerdo de que vi una fila de quince o diecisiete guardias prisioneros. Se dijo que iban a ser entregados a la Cruz

Roja, como se acostumbraba con los soldados capturados en combate. En realidad, fueron llevados a un callejón y allí los acribillaron. Los guardias nacionales capturados casi nunca se salvaban: habían matado a mucha gente inocente. Los paramilitares a veces se salvaban y a veces no, según los informes que se tuviera, aunque también tenían fama de asesinos, de ser gente que salía a los cantones a matar sospechosos de colaborar con la guerrilla. A los soldados sí se les respetaba la vida, excepto que un soldado fuera muy prepotente, muy tonto, y se pusiera a insultar a los compas.

En la comandancia de la Guardia encontramos de todo: ropa, botas, comida y fusiles nuevos que todavía estaban en sus cajas de origen. Yo allí me hice de un par de camisetas y un par de toallas.

Se mantuvo el control todo el día. Los compas hicieron el mitin a las doce del mediodía. Los A-37 intentaron bombardear los alrededores de Cacaopera, pero las unidades de contención en la ruta a San Francisco Gotera los mantuvieron a raya.

Cacaopera también era un pueblo que le tenía miedo a eso del comunismo. Los habitantes pensaban que los guerrilleros se iban a comer a los niños, que iban a matar a los ancianos y que le iban a quitar hasta la última vaquita a los campesinos. Los pobladores igual agarraron confianza y salieron al mitin cuando se les tocó la puerta.

Luego hubo un baile con un conjunto musical del pueblo. No todos vinieron al baile, quizás porque todavía estaban asustados por los combates. Pero los más aventados sí salieron a divertirse un rato. Cuando dejabas de bailar, podías ver en los ojos de los niños y de los viejos, como más simpatía y admiración hacia los guerrilleros, como si después de la concientización, el mitin y el baile se hubiera roto el hielo entre la población y los compas. En esos casos, se daba que tres o cuatro muchachos se motivaran y pidieran incorporarse a la guerrilla.

La toma de Cacaopera provocó que los cuilios abandonaran Jocoaitique y las posiciones aledañas. La guerrilla tomó el control de toda la zona entre el norte del río Torola y Honduras. La Brigada Arce Zablah, con sus cinco batallones, ya no parecía un Ejército guerrillero. Tenía el poderío de un Ejército regular. Era capaz de envolver batallones enteros del Ejército y aniquilarlos sin que le hicieran muchas bajas. Ya no era como

en los primeros años en el Cacahuatique, pequeños núcleos de guerrilla improvisando cacerinas, peleando con pistolitas 38 y carabinas.

Parecía que la guerrilla ganaría la guerra pronto. En el 82 y el 84 le dio los golpes más duros al Ejército. El cuartel del DM-4 fue destruido, fue destruida la Tercera Brigada de Infantería en San Miguel, se aniquilaron batallones completos, unidades completas en Morazán y La Unión. Jocoaitique, Perquín, Arambala, la Villa del Rosario eran pueblos ya bajo control dentro de la zona liberada, como decíamos nosotros, y se sentía que ese avance era incontenible.

Cuando entraban los operativos del Ejército, con grandes despliegues de fuerza aérea y artillería, con todos los batallones élite y batallones regulares ocupando el terreno, la guerrilla era capaz de burlarlos. Una de las tácticas era dejar a unas pocas unidades haciéndoles frente, con recursos escasos pero suficientes para contenerlos un tiempo, mientras otras unidades más fuertes se pasaban a su retaguardia y aniquilaban sus puestos de mando. Golpeaban puntos clave del Ejército y tomaban dos o tres poblaciones secundarias a la vez, mostrándole a la prensa y a la opinión que el Ejército no tenía para nada el control sobre Morazán.

Cuando el operativo terminaba y los soldados salían de la zona liberada contentos de seguir vivos, siempre había unidades que los emboscaban, ponían minas a su paso o les causaban bajas con francotiradores. Para los soldados, pasar el río Torola era entrar a un pequeño Vietnam, un pequeño infierno.

En la mochila de los soldados muertos encontrábamos drogas: unas inyecciones con nombres en inglés y pastillas de Diazepan. Las usaban para tener el valor de avanzar en las zonas de control guerrillero, pero por eso mismo no siempre iban con sus cinco sentidos bien puestos. Noé, un compa que iba en la unidad de Hernán de San Fernando, contaba que en el cerro El Moscarrón pelearon contra unidades del Batallón Arce. Pelearon de pino a pino, de pino a pino. Los soldados iban drogados y cuando los compas les doblaban a uno, pasaban por encima de él. Les mataban a dos más, y pasaban por encima también, avanzando sin control y disparando ráfagas a lo pendejo. Una locura, decía Noé.

Los compas no recurriamos a esos métodos. Andando con la guerrilla, sabías que te podías morir. Lo que te hacía fuerte para seguir avanzando

era la moral de los demás y tu propio miedo. Apoyándote en tu miedo y en la moral de los demás, agarrabas valor para estar allí a la hora de los balazos.

Los combates seguían siendo desiguales. A cada combatiente le tocaba ir contra diez o quince soldados mejor equipados, trasladados en camiones, que comían sus tres tiempos y que en cualquier momento podían recibir apoyo de la aviación y la artillería. Pero la calidad de un combatiente no era la misma que la de un soldado. En la guerrilla eran continuas las preparaciones militares, las formaciones al uso de nuevas armas y las charlas políticas para que cada combatiente fuera cada vez mejor. Cada operación era minuciosamente preparada. Se hacían exploraciones para saber exactamente dónde estaban sus posiciones, cuáles eran sus puntos débiles, cómo se podía penetrar sus dispositivos de defensa y por dónde se podían retirar los combatientes después de la acción. Por eso, si la guerrilla tenía cinco bajas o diez bajas, el Ejército tenía tres veces o cinco veces más.

La guerrilla también aprovechó la corrupción dentro del Ejército, me contaba Melo. Melo, Domingo Tovar Ramírez, fue uno de los mandos más reconocidos de la fuerza y ahora me está ayudando con el libro. Es originario de Cerro Pando, un caserío cercano a El Mozote. En los operativos de tierra arrasada del 81 en esa zona, él perdió a cuarenta y dos familiares, incluyendo a su esposa.

Me contaba pues, que él mismo, con su unidad, recibió de un oficial del Ejército un lote de ochenta mil cartuchos a cambio de un paquete de dinero que le entregó la comandancia. Para el traslado de esos cartuchos desde los alrededores de Gotera, se necesitó no menos de veinte bestias guiadas por unos señores de Yancolo, una comunidad de Cacaopera. Esos cartuchos fueron empleados en la batalla de El Moscarrón.

También ayudaron las rivalidades dentro del Ejército. Había rencillas entre los batallones élite, batallones de destacamento y guardias nacionales: “que si yo soy mejor”; “que si mi batallón es el más paloma”. Y en algunas ocasiones, los batallones no se apoyaban entre ellos cuando la guerrilla los estaba atacando.

— Ah, si son tan vergones, que lo demuestren —decían y se quedaban de brazos cruzados.

Los paracaidistas eran los niños mimados del Estado Mayor. Cuando ellos tenían problemas, de inmediato los ayudaban. Pero si la que era atacada era una unidad de soldaditos reclutados a la fuerza y enviados rápido al combate, el apoyo no llegaba tan rápido. Me imagino que era difícil mantener la unidad del Ejército con esa ideología que les inculcaban, que ser macho significa matar, y matar a tu propia madre no es doloroso si te lo han ordenado.

En la guerrilla, si alguna vez pudo haber rivalidad entre Fuerzas Especiales, Fuerza Regular y milicias, eso nunca llegó a ser trascendente, y si una unidad tenía muertos, tenía heridos, se le apoyaba con todo lo que se podía. Tampoco se notaban rivalidades fuertes entre las organizaciones que conformaban el FMLN. A nivel de comandantes, quizás tuvieran sus antagonismos y rivalidades, sus ideologías propias, pero a nivel de combatientes eso nunca se sintió. Radio Venceremos, que seguía la línea del ERP, nunca menospreció las acciones del PRTC, de la RN o de las FPL. La radio informaba por igual de los combates en Guazapa, Chalate, Santa Ana, San Vicente y las acciones de los comandos urbanos en San Salvador, y eso, como combatiente, te daba confianza y te mostraba que andábamos en una revolución en la que todos se la jugaban.

Cuando el Ejército abandonó sus posiciones alrededor de Jocoaitique, el pueblo se convirtió en una pequeña capital guerrillera donde regularmente se concentraba la fuerza. Allí se podían hacer, en un ambiente más sereno, evaluaciones, reuniones, charlas políticas, ensayos con nuevos armamentos, actos culturales y bailes con los Torogoces de Morazán.

La población de Jocoaitique vivía normalmente; la gente tenía sus tiendas, sus cultivos, y sabía convivir con la guerrilla. La mayoría nos apoyaba. Siempre corría el peligro de quedar bajo el fuego de artillería de los cuilios, pero ya no tanto el de ser asesinada como al principio de la guerra, como sucedió en El Mozote. El Ejército sabía que esos hechos serían denunciados y que la guerrilla les daría respuesta.

Jocoaitique es un lugar rodeado de cerros. Siempre ha tenido la fama de producir mazorcas muy grandes. El pueblo tiene un parque chiquito, con banquitos y palmeras a un lado de la iglesia y calles empedradas. A un lado de la iglesia hay un corredor muy largo y muy fresco, hecho del mismo

ladrillo que la casa de mi padre.

Recuerdo mucho la casa de una señora Julita, que tenía una hijita, Yasmín. Esa señora nos quería como a sus hijos. Cuando llegábamos a su casa, hasta se quedaba sin comer para que comiéramos los compas. Nos preparaba huevos con tomate y cebolla, con tortillas y fresco de naranja. Con ella, hasta gustos se podían pedir. A doña Julita le regalé un poema, no sé yo de dónde lo había sacado. Le gustó mucho. Luego me contaron que Julita siempre preguntaba por mí para que le consiguiera el poema de nuevo: se lo había prestado a un compa y este no se lo había podido devolver.

La guerra tenía sus altibajos. De repente, durante semanas o incluso meses, era raro escuchar el zumbido de un helicóptero o de un cazabombardero. Eran pausas, respiros para el descanso de los cuilios y de los guerrilleros. Había que aprovecharlos al máximo. Era el momento para compartir cosas que no fueran combates.

Sobre el empedrado del pueblo, los compas se tiraban a dormir sobre sus mochilas. Otros aprovechaban para jugar al cuche, un juego de damero que consiste en encerrar un peón que le llaman cuche. Y si en vez de un peón, encerrás una corona, se le llama chancha. Otros jugaban a los naipes, al juego del perro o al 31, y entre chiste y chiste, fumaban cigarros. Otros más preferían jugar al ajedrez. Mientras tanto, los mandos tenían sus reuniones estratégicas y planeaban las siguientes acciones.

Las concentraciones se prestaban para charlas políticas. A cada unidad o cada pelotón se le daba un día y una hora para reunirse con las estructuras políticas que le hablarían de las razones de la lucha, y ese tipo de cosas. Te daban folletos y documentos con análisis de coyuntura para que entendieras mejor el rumbo de la guerra.

Algunos temas de las charlas eran interesantes. Pero muchos otros se volvían aburridos. Cuando empezaban a hablar de la historia y de la opresión por los sectores dominantes que dominaban los medios de producción y que ese dominio generaba la explotación del hombre por el hombre, y que de allí venían las clases sociales, y que las condiciones que generaban los conflictos sociales en un país estaban en El Salvador altamente desarrolladas, los compas sentían cansancio. Durante hora y media o dos

horas, escuchabas explicaciones que ya habías escuchado en muchas otras ocasiones. Algunos compas se atrevían a decir que ya no querían seguir escuchando charlas, que lo que querían era ir a darse verga.

— ¿Dónde es la próxima acción? ¿Cuál es la próxima posición a definir?

Porque ya estamos cansados de charlas políticas.

Los combatientes hacían burlas sobre los compas de las estructuras políticas. Decían que eran compas que no combatían, que se la pasaban entre la población civil buscando tortillas, comiendo huevos y gallinas, tomando café. Los llamaban los chupahuevos, los come gallinas y los soplatazas, y eso, a los políticos no les gustaba nada.

Incluso las transmisiones de Radio Venceremos a veces se hacían aburridas. Pero era obligatorio escucharlas y sabías que después venía el debate y que te iban a preguntar:

— Ajá, compañero, ¿qué tema considera usted que fue el más importante en la transmisión de hoy?

A veces no había ningún tema especialmente importante: eran partes de guerra normales. Recuerdo una broma de los compas. Decían que Eduardo, un médico mexicano, recetaba, para todas las dolencias, tomarse una pastilla y escuchar Radio Venceremos dos veces al día.

En las concentraciones de Jocoaitique podías saludar y conversar con compas que no habías visto desde hacía tiempo, y ver de cerca a los compas más reconocidos, como Juancito, Marcelo Cruz Cruz, el excapitán del Ejército. Él era un mando con mucho prestigio entre los combatientes. Se lo había ganado por méritos propios, por su forma de comportarse y su forma de conducir sus unidades. Siempre mostraba mucha sensibilidad hacia los compas. Si alguna vez sentías un bajón moral, o si un familiar tuyo había caído, él se te acercaba y se preocupaba por vos. A otros mandos no les importaba lo que estuvieras sintiendo. Además, estaba mal visto, casi prohibido, llorar a tus muertos, y a veces no le podías comentar a nadie tus altibajos anímicos. No podías llorar mucho para que no lo notaran, pero a veces, por dentro, te sentías demolido, tenías pensamientos que te llevaban a la desesperanza y te ponían a pensar en si valía la pena continuar o no. Eran altibajos naturales en esas condiciones. Juancito Cruz Cruz se acercó bastante a los combatientes y fue para ellos un apoyo moral.

Él era muy tranquilo. Lo veías sonriente, siempre con su gorrita, su fusil atravesado, saludando a los compas. Era chelito, medio chapudo, de piel algo rojiza sobre todo después de las caminatas al sol. Usaba lentes que si no llevaba puestos, estaban en la bolsa de su camisa.

Su compañera de vida era Amanda, una doctora francesa, y yo creo que se habían encontrado dos personas hechas una para otra. Amanda era también muy tranquila; no siempre sonreía, como muchas mujeres europeas, pero cuando lo hacía su sonrisa era leve y agradable. Era muy chispa a la hora de salvar a los compas, de curarlos en las condiciones que se tenían: debajo de un árbol, sobre un cerco de piedra, sobre la puerta de una casa abandonada que se arrancaba y se utilizaba como mesa de operaciones. Amanda también tenía sus lentes, el pelito bien recogido, bien lisito y con sus trencitas, siempre con pantalones y la mochila repleta de medicinas.

Otra de las compas que yo admiraba era Roxana, hija de Benitón. Roxana fue una de las pocas mujeres que llegó a ser mando en las filas de la Brigada Arce Zablah. Es curioso: había mujeres combatientes y mujeres comandantes, pero muy pocas mujeres entre los mandos medios, mandos de escuadra o de pelotón. Roxana era famosa porque no le gustaban los fusiles livianos como el M16. Decía que esos eran fusiles para niños. A ella le gustaba el G3 con culata plegable.

Una vez en el cerro El Pericón, tenían cercados a unos paracaidistas, y Roxana les gritó:

- Ríndanse que están rodeados.
- Hablá como hombre, hijo de puta —le contestó un soldado.
- ¿Y cómo te voy a hablar como hombre si soy mujer?

Roxana ahora es lisiada de guerra. Perdió un pie. No sé si fue mina o balazo. Hace poquito la vi, en el entierro de Benitón.

Mujeres aguerridas, con ese carácter veías bastantes en la guerrilla. Allí andaban la Trinona, Bianca, Tita hermana de Tunito, el muchacho que trabajaba para mi papá y que mataron en el tiroteo en la casa; andaban Maritza, Zulma, la Cubana, mujeres con ese temple bien recio a la hora de cumplir una misión. Yo, bien chavito, las veía con esa actitud al caminar, esa determinación que se les veía en el rostro y me quedaba admirado.

Mi hermana Carolina era de esas mujeres. No sé si te comenté de Freddy, cuando lo lesionaron en un combate cerca de Pueblo Viejo. Freddy es el que llevó a mis hermanos muertos en la manifestación de San Salvador a la iglesia del Rosario. En ese combate, una bala de G3 le dio en la cabeza. Quedó abandonado en un guayabal. Los compas lo encontraron inconsciente tres días después, seco, con la herida agusanada y una gran costra sobre el rostro. Lo trajeron al campamento, y Carolina fue la primera en atenderlo. Irma me lo comentó admirada. Me dijo:

— Carolina no tuvo ningún asco delante de Freddy. No tuvo ningún asco en limpiarle la gusanera con alcohol, y con un trapo húmedo le limpió la cara, le limpió el cuello, le limpió los sobacos y todo el cuerpo. Y todavía consiguió un cepillo y una pasta dental para limpiarle los dientes que tenía todos negros.

Al final, Freddy se recuperó, aunque tartamudea un poco.

En las concentraciones en Jocoaitique, nunca faltaban los bailes. Eran bien tronados. Duraban sus tres horas bien movidas. Los compas bailaban con sus fusiles a la espalda junto a la población civil. Yo siempre me animaba a bailar. En la escuela de menores, ya había perdido ese tipo de miedos y siempre había muchachas jóvenes, de quince, catorce o dieciséis años con quien podía bailar.

Una de las canciones que tocaban los Torogoces era la de *Pequeña guerrillera*, que es calmada y se puede bailar pegadito, suavcito, como de a cajita de cartón. Decía algo como:

*Pequeña guerrillera
que estás en la trinchera. . .*

*Ojos de niña bella
juegas a las muñecas
con tus pestañas negras
y angélicos cabellos*

Entre las canciones más solicitadas estaba la de *Soy combatiente*, una cumbia bien pegajosa. La letra es de Carmelito Torogoz, que conocí en la escuela de

menores y que cayó en San Miguel para la ofensiva. Empezaba así:

*Soy combatiente del FMLN
guerrillero nacido en El Salvador
me deleitan los colores que tiene
mi bandera flameante bajo el sol*

Los bailes te ayudaban a olvidar los episodios feos, como el regreso de una acción en la que habías perdido tres, cuatro, seis compas. Era también un momento para buscar pareja. Si una compa o una chava de la población te gustaba y no eras tan lento, podías conseguirte una novia, aunque en esos días, yo no lo intenté realmente.



7

Estuve un tiempo en la base de comunicaciones que se mantenía ya sea en el cerro El Pericón, ya sea en el Cerro Gigante. Allí estaban Adonai “Carbón”, de la escuela de menores, Sonia “Lluvia”, una chava con ojos de palomita, Anabel “Paraíso”, Lidia “Maguey”, el “Lagarto”, el “Apache” y “A.P.” Todos eran radioperadores a los que les quedó de apodo su indicativo. Yo me salvé de que me apodaran Caracol.

También estaban Albertico y Emely la Gatita, de la familia de los Gatos. Les decíamos así porque tenían ojos zarcos, ojos de gato. Su hermana mayor era la Gata, y sus hermanos, Cristino y Mario, eran el Gato Mayor y el Gato Menor. Ninguno de ellos murió ni fue herido de gravedad. Son los contrastes de la guerra, porque otras familias se perdieron casi completas, como la de los Pericas. Tienen suerte los Gatos: hoy después pueden platicar entre hermanos, contarse lo que vivieron, las anécdotas de la guerra.

La base era un puente de comunicaciones que permitía que los compas de Torola pudieran comunicarse con los de Joateca, los del norte de San Miguel con los de Perquín para coordinar las acciones. Nuestra tarea era simplemente estar pendientes de las comunicaciones, mandar y recibir mensajes.

En el Gigante, nos ubicamos en una casa abandonada construida sobre

un plan donde había cipreses y pinos. Era un lugar frío, con mucho viento. Había largos periodos sin operativos militares, y eso te daba chance de tener una rutina normal, con turnos de posta, turnos para atender las comunicaciones, horas de comida y horas para ir a bañarte. Te dabas el tiempo de construir buenos nidos para dormir, con mucha hoja de pino o de huerta. Era como si no estuvieras en guerra.

Cerquita había unas quebradas donde unos compas buscaban jutes, unos caracolitos que ponían a hervir y que supuestamente eran afrodisíacos. Nosotros buscábamos zapotes y guineos y hacíamos guacas para madurarlos.

Una vez, Adonai y yo íbamos a la cocina, que estaba como a medio kilómetro bajando del cerro Gigante.

— Vaya, a ver quién llega primero —le dije yo.

— ¿Caminando rápido o corriendo? —me dijo Adonai.

— ¡Corriendo!

Empieza la carrera y cuando llegamos a una parte muy empinada, yo me tropiezo con una raíz, pierdo el control y me voy de boca. Fui a pegar contra un palo y una astilla se me metió a la par del ojo derecho. Empecé a sangrar. Toda la yema de mi dedo meñique me entraba en la herida. Adonai parecía más asustado que yo.

Al brigadista que me atendió no le dijimos cómo me había caído. Luego, con Adonai, nos daba risa.

Recuerdo que en la base alguien andaba un casete de los Bee Gees. Le dábamos duro a ese casete, sobre todo de tarde, cuando no teníamos que estar pendientes de las comunicaciones. También escuchábamos a los Bukis, a Miguel Gallardo y a José Luis Perales, los preferidos de las compas radistas.

En el volcán de Torola, en otra base de comunicaciones en la que estuve, la cosa era más movida. Desde allí se combatían los aviones para que no bombardearan directamente a la comandancia y Radio Venceremos que estaban más abajito, en El Pedrero. Teníamos refugios antiaéreos, zanjas en forma de “I” que te daban hasta el cuello en las que podías esconderte y disparar.

Los aviones llegaban seguido. Los que andábamos fusiles M16 teníamos

prohibido dispararles. Sólo los que tenían M60, FAL y G3, ametralladoras o fusilería de grueso calibre podían hacerlo. Pero a la hora de los vergazos se te olvidaba, y cuando veías los aviones venir en picada y toda la mara soltando balazos, vos también soltabas balazos.

Ya no era como al inicio de la guerra, que cuando venían los aviones sólo agachabas la cabeza esperando que no te mataran. Allí estábamos en un refugio y teníamos la calma para dirigirles el fuego. Para darle a un avión, tenés que apuntarle un cuerpo por delante en su movimiento, porque si le tirás directamente, cuando la bala llega el avión ya pasó. Esas cosas nos las enseñaban a través de instructivos y prácticas.

Por radio, siempre nos insultábamos con los cuilios que estaban en la base de comunicaciones de la antena del Cacahuatique. Ellos nos conocían las voces, y sabían cuando los aviones venían hacia nosotros.

— ¡Culeros! —nos decían—. Allí les van unos regalitos.

— Vos hijo de puta, ¿cuántos aparatitos de esos necesitás para hacernos algo? Con esas mierdas nos han quitado el ombligo a nosotros.

Así empezaban los insultos. Y si era una mujer la que les hablaba, más pendejadas y leperadas contestaban ellos. Cuando llegaban los aviones, apretábamos el interruptor de los radios para que ellos oyeran la resistencia de los compas, sintieran cómo tronaban las ráfagas de las ametralladoras y los fusiles y vieran que no nos ahuevábamos. Y la verdad es que estábamos acostumbrados a los aviones.

Muchas veces, del refugio de Colomoncagua, llegaban mensajeros con cartas y regalos que mandaban a los compas sus familiares. Ellos nos contaban que los bombazos que caían sobre el volcán se escuchaban bien fuertes en el refugio, y que la gente de allí se estremecía:

— Pobrecitos los compas, sufriendo en la montaña —decían allá.

Esta frasecita se convirtió en chiste para nosotros. Cuando la situación era normal y estábamos relajados, sentados, tomando un café con pan o un vaso de avena Quaker, siempre había alguno que decía irónicamente, entre las risas de los demás: “Pobrecitos los compas, sufriendo en la montaña.”

En esos días de victorias de la BRAZ hubo combates en La Unión, por los pueblos de Sociedad, Lislique y Anamorós. Por allí se rindió una compañía completa del Ejército casi sin haber peleado. A los prisioneros de guerra

los trajeron al volcán de Torola y nosotros los anduvimos cuidando. Lo curioso es que el mando, aun siendo prisionero, quería seguir dándoles órdenes a sus soldados. Se lo tuvieron que prohibir los compas.

Para mí fue bien extraño convivir con estos soldados. Ellos eran el enemigo al que tenías que derrotar y aniquilar. Pero allí, en el volcán, ya no se notaba eso. No se les golpeaba, no se les daba patadas, no se les humillaba. Ni siquiera iban amarrados. Sólo en los desplazamientos, se ataban con un lazo delgadito que fácilmente se podía romper. Hubieran podido escapar, pero al ver que se les respetaba y sabiendo que iban a ser entregados pronto a la Cruz Roja, preferían no arriesgarse. Rápido se dieron cuenta de que no estaban en manos de un Ejército de mercenarios con ganas de torturarlos, como les habían dicho en el cuartel. Después de un tiempo ya sentían confianza para pedir tortillas, un pedazo de caña, o cigarros, porque los soldados fumaban mucho.

En general, lo que más admiraba a los soldados era ver en las unidades guerrilleras a mujeres y niños.

— Puta, estos niños y estas mujeres son los que nos capturaron, y a nosotros la gran paja que nos dieron en el cuartel —le dijo una vez a Melo un soldado de la Atlacatl capturado cerca de Cacaopera y al que probablemente le habían dicho que los guerrilleros eran comunistas rusos y cubanos.

Yo tenía la costumbre de subirme a los campanarios de las iglesias de los pueblos buscando comunicación. En uno de esos días, estaba yo encaramado en el campanario de la iglesia de Torola cuando la avioneta, la Push-and-Pull, empezó sobrevolar el área. La llamábamos la Chambrosa porque era la que indicaba dónde tenían que atacar los aviones y la artillería. Poquito después empezaron a caer los morteros y uno cayó en una esquina de la escuela donde manteníamos a los soldados prisioneros. Como quince soldados fueron heridos. Los evacuamos a todos de inmediato y los llevamos a la iglesia de Torola. El bombardeo siguió y hubiera matado a todos los prisioneros de no haberlos sacado de allí. Eso tuvo un impacto demoledor en la moral de los soldados: su propio Ejército intentaba aniquilarlos para poder negar que la guerrilla tenía prisioneros de guerra.

El respeto a los prisioneros de guerra le hizo mucho daño al Ejército en

aquellos años. Los soldados, al ver que a sus compañeros capturados no los maltrataban, podían pensar:

— Si a ellos les respetaron la vida, a nosotros también si nos rendimos. Entonces, cuando se sentían demasiado apretados en un combate, se rendían. Recuerdo a un soldado llamado Ricardo Lobo al que los compas ajusticiaron porque era la tercera vez que era capturado. Y en su defensa decía: “¿Por qué me van a matar, si siempre les traigo un fusil?”

Por nuestro lado, sabíamos lo que les pasaba a los compas capturados por el Ejército. Sabíamos de compas que habían sido lanzados desde helicópteros en vuelo, de compas torturados a los que les sacaban los ojos y los quebraban gonce por gonce. Por eso los compas peleaban hasta el final. Había compas que llevaban una granada en su equipo con la que pensaban matarse antes de caer en manos de los cuillos. Otros apartaban para ellos mismos tres cartuchos y los colocaban sobre su arnés o los amarraban a la boquilla del cañón del fusil con un anillo de los que botan las cananas de M60. Recuerdo que yo también hice así; andaba tres tiros apartados para mí sobre el arnés.

Otra cosa que minaba la moral de los soldados eran los maltratos que sufrían en el Ejército. A los retenes de la guerrilla sobre la calle Negra, a la altura de Meanguera o Jocaitique, siempre llegaban soldados que desertaban. Cuando tenían un poco más de confianza, decían que desertaban por los malos tratos de los oficiales, o porque no se sentían bien combatiendo del lado del Ejército. Algunos desertaban con armas. Otros, después de haber matado a su oficial.

Hablaban de las humillaciones y de los castigos; decían que les daban sopa de zopilote para que no tuvieran asco a la hora de matar. En el cuartel, el más macho, el más agresivo, podía humillar a los demás, y en particular a los reclutas que consideraban como los más pendejos de todos. El que demostrara que había matado a cinco o tres guerrilleros, lo ascendían de grado y le daban mejor sueldo.

Una vez, entre San Luis y el cerro El Moyolo, llegó a un retén que pusimos, un soldado que desertaba con fusil. El soldado dijo que era del batallón Cacahuatique. Desertaba porque no le gustaba el comportamiento de los élites. Mencionó a los de la Brigada Atlacatl. Dijo que un soldado élite les había mostrado un alambre del cual llevaba colgadas varias orejas.

Aseguraba que eran de guerrilleros, pero el desertor dijo que en realidad eran de pobladores asesinados. Esa sarta de orejas les daba agrado a los élités, y a él no le gustó eso. Decía que el que menos asco tuviera para matar, el que más desalmado fuera, era al que ascendían primero. Nos contó que en el cuartel te obligaban a jurar que si tu madre era una comunista y te ordenaban matarla en defensa de la patria, entonces lo harías sin pestañear.

Muchos de ellos se pasaban a pelear con nosotros, aun conociendo las desventajas de la guerrilla, en la que cada uno no tenía más de un par de zapatos, una camisa, donde el avituallamiento era escaso, dormías a la intemperie, pasabas hambre, no tenías sueldo, casi nunca tenías licencia para visitar a tu familia. Yo tuve que esperar hasta el año 88 para que me dieran un permiso de tres días para ir a ver a mi padre al refugio. Ellos sabían todo eso, y sin embargo se incorporaban a la guerrilla.

Muchos compas también desertaron y se pasaron del lado del Ejército. En las charlas nos advertían que los desertores eran traidores, y por lo tanto, de ser capturados serían ajusticiados. Tenían, pues, dos alternativas: desaparecer, irse muy lejos, o pasarse al otro bando. No podían volver a su casa o con su familia como si nada. Los que se iban con el Ejército eran muy peligrosos para nosotros; se convertían en guías a la hora de los operativos; sabían dónde nos ubicábamos, dónde dormíamos, dónde ponernos una emboscada, cuántos andaban en tal unidad, quién era el mando y hasta podían reconocer la voz de los radistas. También podían denunciar a los familiares de los guerrilleros y a la gente de la población civil que colaboraba. Era odioso pensar que algunos compas fueran capaces de una traición así.

Mientras cuidábamos a la compañía de prisioneros de guerra sobrevolaron unos aviones distintos a los que ya conocíamos. Tenían las alitas hacia atrás y pintura de camuflaje. Venían desde una base en territorio hondureño. Esos aviones, que no eran de la Fuerza Aérea Salvadoreña, desataron la bulla de que los norteamericanos iban a invadirnos. Durante dos meses los estuvimos esperando. Los combatientes intentaban prepararse psicológicamente para pelear contra los gringos, sabiendo que eso significaba que el conflicto se alargaría y se pondría más

duro. Era un nuevo reto, un nuevo elemento de la guerra, como cuando aparecieron los A-37 y los batallones élite. Creció la expectativa y los compas empezaron a preguntarse cómo sería pelear contra lo que se decía era el mejor ejército del mundo. Decían lo mismo que con los élites:

— Tan buenos no han de ser los gringos, si también les entran las balas.

Y mientras calentaban la munición, decían:

— Los gringos, como cheles son llorones.

Se intensificó entonces la producción de minas; se cavaron trincheras por toda la zona bajo control. Con los prisioneros de guerra nos mandaron a atrincherar unas alturas cercanas a El Moscarrón, y otras por el panteón de San Fernando. Junto con ellos cavamos hoyos y zanjas y colocamos piedras grandes para poder pelear allí y resistir por varios días si los norteamericanos entraban por Honduras a Morazán.

Mientras trabajábamos, no sentí que los soldados estuvieran descontentos. Sabían que los iban a liberar pronto.

Recuerdo que una vez, mientras estábamos cavando trincheras, un soldado le dijo a Dimas medio bromeando:

— Se me hace que usted no pega con ese fusilito que anda.

— ¿Y por qué decís eso?

— Se me hace que no.

— ¿A qué querés que le pegue? —El soldado le señaló una palomita de alas blancas que estaba a unos cien metros—. Y ¿cómo querés que le pegue, en cuclillas, tendido o parado?

— Cómo sea, sólo quiero ver si es verdad.

Dimas, para sacarlo de dudas, se quitó la mochila y no tardó ni tres segundos en alinear a la pajarilla. Le dio. A Dimas, los compas lo apodaban “Déjemelo a mí”, porque cuando los compas estaban en una emboscada y venía avanzando la columna de soldados, él siempre decía: “Déjemelo a mí”, para que le dejaran asegurar al primero. Tenía esa gran serenidad para alinear y disparar.

Al final, nunca llegaron los norteamericanos. Estuvimos dos meses a la expectativa y no pasó nada. Al menos nos sirvió como preparación psicológica: pensar que nos íbamos a enfrentar a un enemigo más fuerte todavía. Eso fue como a mediados del año 84.

Anduve luego con Cristo Negro, Arnoldo, un compa moreno, fornidito de cuerpo. Usaba una boina que le daba un aspecto marcial, como si hubiese prestado servicio en el Ejército. Lo que más recuerdo del tiempo en que anduve en su unidad, es una gran bombardeada que nos dieron.

Unos veinte compas íbamos en esa unidad. De la comandancia nos dieron instrucciones para que nos desplazáramos al cerro Buenavista, que está a unos dos mil metros de San Fernando. Había indicios de maniobras militares. Amanecimos esa noche en la cima del cerro, un lugar de pinos y robles con mucha piedra. Creo que algo desayunamos, y a las ocho y media de la mañana, apareció la Push-and-Pull, la Chambrosa. Empezó a sobrevolar San Fernando y el cerro Buenavista. En esos casos, lo que hacías era esconderte, porque la Chambrosa, en cuanto detectaba algún movimiento, dejaba ir un cohete que producía un humo blanco, la señal que esperaban los A-37 para bombardear.

La avioneta empezó a sobrevolar, a sobrevolar, a sobrevolar, y a los pocos minutos dejó ir el cohete justo donde estábamos nosotros. Cristo Negro nos desplegó a todos para que entre cada uno de nosotros hubiera una distancia suficiente. Yo me escondí entre una piedra y un palo de roble. Si me agazapaba bien, quedaba más o menos protegido.

Asomaron los A-37, con ese ruido tan feo que hacen. Nunca voy a olvidar la pálida de cuando giraba un A-37, se venía en picada y soltaba una bomba de quinientas libras. De las alas de los aviones salía como una mazorquita de maíz. Luego veía el barril de la bomba hacerse más grande y más grande, hasta que pasaba por encima de mí y se estrellaba en las faldas del cerro. Podía distinguir, entre los bombazos, el ruido que hacía el avión y el silbido de la bomba cayendo. Los dos sonidos combinados, era espantoso. Y cuando un A-37 soltaba su bomba, ya se perfilaba el siguiente para lanzar la suya.

Cuando las bombas estallaban, se sentía como un soplido, ¡Fuuuu!, que se llevaba las piedras y los árboles. Las esquirlas pasaban zumbando. El sople de la bomba era un sólo movimiento: los árboles no se quedaban moviendo. Era un solo sople, y luego todo quedaba quieto de nuevo. No menos de diez bombazos tiraron sobre las faldas del cerro.

Recuerdo que me meé en los pantalones. Intentaron comunicarse conmigo por radio, pero yo no lograba contestar. Tartamudeaba y no

lograba articular nada.

Luego llegaron los helicópteros UH-1 modificados, y empezaron a tirar rockets y a disparar con la ametralladora Minigun que tiraba como tres mil tiros por minuto. Aquello duró como una hora. Luego se calmó. Cristo Negro reunió de nuevo a los compas. La mayoría había salido corriendo del cerro, por el mismo miedo.

Traté de lavarme los pantalones con el agua de mi caramañola, y me bajé la camisa sobre el cinturón para que no se notara tanto. En eso, se empezó a oír un rumor lejano, como el de una moscarronera.

— ¿Qué putas es lo que zumba? — dijo Cristo Negro.

Sobre el cerro Cacahuatique vimos una fila de helicópteros. Los compas se pusieron a contarlos: cinco, seis, siete... Cuando ya iban por el volcán de Torola, se podían contar veintitrés helicópteros, haciendo una formación en zigzag. Una compañía del Batallón Arce se disponía a desembarcar sobre un lugar llamado La Florecilla. Los veintitrés helicópteros se echaron como tres viajes.

Esa era la nueva táctica que el Ejército había empezado a poner en práctica: las tropas helitransportadas. Los desembarcos eran muy sorpresivos, y llegó un momento en que se empezó a sentir cierta sicosis por esos ataques. Solían desembarcar sobre La Florecilla de San Fernando, el Llano del Muerto o el Bailadero del Diablo porque son lugares planos. También desembarcaban en el cerro El Pericón, y antes de aterrizar despejaban el terreno y volaban los árboles con bombas de quinientas libras. En los lugares propicios para desembarcos se ponían minas o estacas grandes de bambú con redes de alambre para evitar que aterrizaran con facilidad. También había compas que se les enfrentaban. Cuando lograban derribar un helicóptero, al poco tiempo llegaba el Chinook para llevárselo a Gotera. Era impresionante ver al Chinook, con sus dos hélices, una que giraba para un lado y la otra que giraba para el otro, jalando con una cuerda el helicóptero averiado.

Nos reagrupamos todos en la calle que va de San Fernando a Perquín, a la altura de El Ocotillo, y allí recibimos la orden de movernos hacia La Tejera, entre Perquín y Arambala. En el camino, nos juntamos con otras unidades. Allí me encontré con una compa radista, Angelita, una chava chapudita, algo gordita, de pelo liso. Le conté la bombardeada que nos acababan

de dar. Llegados a La Tejera nos detuvimos a esperar instrucciones. Se oía el fuego de una punta 50 disparando sobre El Conacaste, y por las comunicaciones se oía que los compas se estaban dando verga por el área de El Cururo y La Planta. Entonces Angelita me dice:

— ¿Creés que nos van a mandar a pelear allá?

— No sé —le dije.

— Es que yo tengo mucho miedo —me dice Angelita.

Maniobramos luego hacia Torola y no recuerdo qué más pasó ese día.

La tarea más dura que me tocó en estos primeros años de guerra fue andar con Albertón, que era mando de zona. Con él, pasaba de cumplir misiones con unidades de combate a trabajar con un mando que coordinaba todas las operaciones en un área que comprendía Perquín, Arambala, Jocoaitique y San Fernando. Yo había conocido a Albertón cuando todavía era médico. No sé cómo pasó de los hospitales, las cirugías, las curaciones, el olor a alcohol y agua oxigenada, los gritos de los compas heridos a ser mando de zona.

Albertón era mexicano. Era un señor muy alto, flaco, con barba y de piel un poco clara. Lo llamaban Albertón para no confundirlo con Alberto, que era mando de escuadra, o con Albertico, de la red de comunicaciones. Como mando de zona, tenía que estar moviéndose todo el tiempo, verificando cosas, viendo cómo estaban los compas, solicitando información que después tenía que confirmar. Yo lo veía siempre elaborando croquis de los posibles avances del Ejército y marcando sobre la carta topográfica la posición de los campos minados y los dispositivos de defensa. Cuando se venían los operativos, Albertón decidía cómo se iban a contrarrestar y quién se iba mover hacia qué sector.

Trabajar con Albertón fue un tanto difícil. Era un señor que caminaba muy rápido dando pasos largos. Eso a mí no me preocupaba tanto, porque, aunque era chiquito, podía caminar rápido también y seguirle el paso. El problema era cuando me llegaba un mensaje en el camino y tenía que detenerme para recibirlo. Como Albertón era mando de zona, los mensajes eran bastante largos y venían seguido. Es allí cuando empecé a utilizar las claves de zona, que son más completas. Me paraba y descifraba

el mensaje, y cuando se lo quería entregar, ¿dónde estaba él? ¿Para dónde había agarrado? Nunca me esperaba y pocas veces me decía adónde iba. Entonces tenía que comunicarme con otras personas para ver si me lo lograban ubicar. Cuando por fin lo encontraba y le daba el mensaje, me regañaba porque la información le llegaba con retraso.

— Es que usted me dejó tirado en el camino. ¿Cómo quiere que le entregue el mensaje si ni siquiera sé adónde va? —En ese momento yo tenía un poquito más de carácter para decir las cosas que no me gustaban.

Albertón era bien estricto y tenía que estar muy pendiente de las indicaciones que daba. No era una persona desagradable, pero no sentías que la gente tuviera confianza con él para bromear y contar chistes. Era un tipo muy sereno, de risa leve: una carcajada no se la oías a él.

Lo más difícil de aguantar con Albertón fueron los desvelos. Tenía que estar pendiente de los mensajes día y noche; llegaban de todos lados y de todo tipo de estructuras. Nada que ver con cuando estaba en unidades de combate y las comunicaciones se limitaban a lo que concernía a mi unidad.

Albertón trabajaba hasta la una o las dos de la mañana, leyendo documentos, haciendo planes, mientras yo mandaba y recibía mensajes. Tuve que aprender a desvelarme y a resistir el cansancio. La gente que iba con él nunca me ayudaba a estar pendiente del radio por las madrugadas o las noches.

Él también sentía ese cansancio. Cuando había trabajado hasta tarde, costaba mucho despertarlo de mañana. Lo que hacíamos era ponerle una bolsita de café debajo de la nariz para que reaccionara. Un día en que despertamos en una casona a la orilla de la calle Negra, vimos a Albertón desesperado, buscando algo. Y vuelta para acá, vuelta para allá, vuelta para el otro lado, pero no decía lo que buscaba. Por fin, un compa se lo preguntó, y él le contestó que buscaba su fusil porque ya le urgía irse.

— Pero el fusil lo lleva usted atravesado en el lomo —le dijeron.

Se tocó la espalda, y vio que allí lo llevaba colgado.

A Albertón le preocupaba mucho el café, tanto que cuando no había, se ponía muy nervioso. Le gustaba tomarlo en algunas casas de la población civil, como donde una señora que le decían Lola, muy atenta y muy amable

con los compas; se notaba que le agradaba nuestra presencia. Mientras Albertón tomaba café, yo me quedaba afuera, recibiendo mensajes.

Llegó un momento en que sentí tanto cansancio por los desvelos que pedí que me apoyaran con otro radista, sabía que algunos mandos de zona tenían a varios radistas turnándose, o por lo menos que me relevaran por algún tiempo. En esos casos, cuando llegás a cierto nivel de cansancio, lo revolucionario, lo ideológico no vale de nada: sólo sabés que necesitás dormir. Me acuerdo de que ciertos tramos de la calle de San Fernando o de Jocoaitique, yo los caminaba dormido, y sólo me despertaba cuando caía en alguno de los baches que los compas hacían para colocar minas o impedir el paso de vehículos militares. Por eso hice esa solicitud; no recuerdo si me relevaron definitivamente o si sólo me mandaron a descansar. El caso es que no volví con Albertón.

* * *

Estuve en varias otras unidades de combate: con Benjamín por el área de Joateca, con Nolfo por La Guacamaya y con Amaya, un soldado que se pasó a la guerrilla después de haber sido capturado en combate. Pero no recuerdo en qué unidad andaba cuando se dio el cambio de estrategia de la guerrilla y el tremendo bajón moral y las deserciones que significó.

La comandancia, en sus análisis, se dio cuenta de que, aun con todas las victorias que había obtenido la guerrilla y la zona de control que había logrado establecer, la guerra no podía seguir por el mismo rumbo. El desgaste empezaba a hacerse sentir, y en cada gran batalla caían combatientes valiosísimos y mandos entre los más destacados. Por un momento, el Ejército estuvo a punto de colapsar por la cantidad de bajas que tuvo, pero la ayuda norteamericana le permitió mantenerse en pie e ir ganando fuerza.

En el 83 la guerrilla tomó la antena del Cacahuatique. Esta operación fue presentada como una gran victoria porque le arrebató al Ejército una posición estratégica, una base de comunicaciones desde la cual coordinaba sus operaciones en todo oriente; hasta los norteamericanos consideraban que la antena era inexpugnable. Pero la guerrilla tuvo muchísimas bajas en esa batalla.

El lugar estaba custodiado por el Batallón Tecana, compuesto por “chucas”, como se llamaban a los soldados más viejos y experimentados. Contaban que en las trincheras, los soldados pusieron colchones y tendieron telas para que las bombas de contacto que lanzaban los compas no reventaran. Y al no reventar, se las regresaban. Los combates fueron tan duros que, según Melo, algunas posiciones de la antena fueron definidas por los cuatro o cinco compas que habían quedado vivos de la unidad en la que andaban.

En los combates largos, la artillería y la aviación golpeaban muy duro. Para que los bombardeos no fueran tan efectivos, los compas encargados de atacar directamente una posición fortificada, de asaltar las trincheras y los puestos de mando del Ejército, tenían que pegarse lo más que pudieran al enemigo. Mientras más se pegaran, menos los podían bombardear. Pero los que quedaban expuestos eran los compas de las estructuras de apoyo, los logísticos que llevaban munición y abastecimiento, y las unidades médicas.

En el ataque a la antena cayó Rubidia, de la escuela de comunicaciones, una bicha de pelo ondulado y ojos risueños. Un bombazo de quinientas libras la jodió. También murieron Hernán, Chepe Santos y otros mandos destacados, y una bomba de esas que no se enterraban sino que estallaban al tocar tierra, acabó con Bravo y su pelotón. Aunque nunca se reveló el número de bajas en la toma de la antena, Melo calcula que cayeron como cincuenta compas y resultaron heridos más de cuatrocientos. Fue una victoria, se cumplió el objetivo, se plantó la bandera del FMLN en la cima del cerro y se dinamitó la antena del Cacahuatique, pero el precio fue demasiado alto. Puede que la toma de la antena haya llevado a la comandancia a replantearse la estrategia de guerra.

A partir del 84 se acabaron las grandes batallas, y en ese repliegue táctico tuvimos que adaptarnos a una nueva forma de combatir. La Brigada Rafael Arce Zablah, que parecía un ejército regular, se dislocó en pequeñas unidades guerrilleras de tres, cuatro, ocho compas. Cada unidad llevaba a cabo operaciones pequeñas: poner unas minas aquí, volar un poste de la red eléctrica allá, emboscar una unidad en tal lugar. Cada combatiente tenía que convertirse en un cuadro organizador del pueblo, un COP, con

la misión de ampliar la base social de la guerrilla. Se multiplicaron las unidades de expansión política para cubrir sectores a los que la guerrilla no había llegado.

Luego se vio que no funcionaba tan mal la nueva estrategia. El Ejército se desconcertaba cuando una unidad pequeña lo atacaba, le causaba un herido o un muerto y se retiraba en cuestión de cinco minutos. Por ir pendientes de las minas que los compas les colocaban en las veredas o los cerros, no veían de dónde les venían tres disparos o cinco disparos, de los cuales dos eran certeros.

Antes, durante las grandes operaciones, cuando la BRAZ movilizaba a doscientos o cuatrocientos combatientes a la vez, los cuilios tenían dónde dirigir el fuego de artillería y de aviación; pero frente a estas unidades pequeñas que aparecían donde menos se lo esperaban y se retiraban antes de haberlas ubicado, y que los volvían a atacar dos o tres horas después, se han de haber sentido impotentes. A la vez, nosotros sentimos que teníamos menos bajas, y si alguien caía en un bombardeo, era más por la intensidad del fuego que porque ellos hubieran sabido dirigirlo.

Sin embargo, la dislocación de la BRAZ provocó un bajón moral muy profundo en la guerrilla. En forma irónica, los compas decían que habíamos pasado de ser la BRAZ a ser la Brazita. No entendían que se les pidiera enfrentarse a compañías y batallones del Ejército con unidades de tres o cuatro, ni de qué servía luchar si ya no se definían posiciones clave, ni se tomaban ciudades, ni se aniquilaban batallones. Para muchos, este cambio era la señal de que la guerra estaba perdida.

La desmoralización provocó muchas deserciones de mandos y combatientes. Y entre los que nos quedamos, surgieron muchas dudas y miedo. Hubo deserciones muy sonadas, que sorprendieron a todos, como la de Toño Negro o la de Leonardo, que había sido compañero de vida de mi hermana Carolina. Desertaron Renato y Moreno, los dos hermanos de la unidad de artillería que yo admiraba mucho. Y para colmo, Moreno se pasó del lado del Ejército y se le vio con los GOES, los grupos de operaciones especiales de los batallones elite que se infiltraban para golpear la retaguardia de la guerrilla. Otra deserción que caló fue la del Choco, de comunicaciones estratégicas. Como conocía todo el sistema de comunicaciones y claves, hubo que hacer grandes cambios en nuestra

forma de operar. Estas deserciones te llenaban de interrogantes, te llevaban a preguntarte:

— Bueno, y si hasta los mandos desertan, ¿por qué no deserto yo también?

No podías andar diciendo lo que pensabas, ni andar preguntando las razones de una deserción. Todo lo que sabías eran rumores, ya que, para mantener la organización en pie, no te decían quiénes ni cuántos habían desertado. La verticalidad de la guerrilla hacía que tu papel en una unidad fuera obedecer órdenes, y parte de la disciplina era no andar preguntando cosas.

Hace no mucho tiempo me encontré con Renato en un bus yendo para Gotera. Luego nos vimos otra vez en San Salvador. Tuvo confianza para hablar conmigo de su deserción. Me contó que cuando Moreno se fue, a él le hicieron una reunión para informarle de que su hermano había desertado. Le dieron una advertencia: que no pensara en hacer lo mismo. Él dijo que no, que no tenía intención de irse. Lo mandaron entonces al norte de San Miguel, a zonas que él no conocía y en las que no quería estar. A esto se le agregó el bajón moral por la dislocación de la Brigada Rafael Arce Zablah. Sintió que ya la guerra había perdido el rumbo. Y pasar de la unidad de artillería, con la que se ponía en desbandada a grandes contingentes del Ejército a puros morterazos, a una unidad pequeña que se la pasaba huyendo y escondiéndose, tampoco le gustó nada.

El colmo fue cuando un mando empezó a acusarlo de no cumplir con su labor de combatiente y organizador por andar mujereando en los sectores que se le había asignado. Empezó a preocuparse, a preguntarse por qué lo acusaban así; pensó que en cualquier momento lo podrían ajusticiar. Por eso prefirió irse.

— Yo deserté, pero no me presté al juego del enemigo —me dijo Renato. Creo en el ideal que defendíamos. No he cambiado mi forma de pensar. El que yo haya tenido problemas con los mandos y haya tenido que desertar es otra cosa distinta.

Pero en ese momento, uno no entendía las razones de un desertor. En la guerra éramos compañeros, éramos solidarios, éramos amigos, nos sacrificábamos todos por igual, estábamos todos en riesgo de morir, y

por eso, no podías aceptar que de un día para otro, un compa te diera la espalda. Cuando pensabas en un desertor, sentías asco y sentías tristeza; te sabías capaz de matarlo de tenerlo a tiro.

Aún así, pienso que yo hubiera podido desertar si uno de mis hermanos me hubiera dicho: “Mirá, esta mierda ya valió verga. Vámonos de esta babosada porque ya no se ve hacia dónde va.”

El Ejército aprovechó a los desertores para darle golpes certeros a la guerrilla. Tenía unidades de infiltración compuestas por exguerrilleros. Los mantenían apartados en los cuarteles y gozaban de privilegios que hasta incomodaban a los demás soldados. Esas unidades de infiltración a veces se hacían pasar por guerrilleros; se amarraban pañoletas rojas que llevaban escrito FMLN e iban a asaltar y a extorsionar a la población para dañar la imagen de la guerrilla.

Con las deserciones y el bajón moral, se dieron muchos ajusticiamientos de compas. Más que nunca, sentías que estabas bajo la vigilancia de los mandos. Los desertores capturados eran ajusticiados rápido, y por eso se dieron situaciones feas, equivocaciones: compas que no habían desertado sino que sólo habían ido a visitar a su familia sin permiso, fueron arrestados y ajusticiados.

Los bajones morales y las desviaciones ideológicas, como se decía, eran sancionados, y muchos compas, como Renato, sentían que las advertencias y las sanciones que les imponían podían dar paso a un ajusticiamiento.

A veces, cuando alguien era ajusticiado, daban una explicación de por qué lo hacían. Había informes que decían si había sido por desviación ideológica, por desobedecer a las órdenes o por otro tipo de indisciplina. Pero otras veces no había explicación y, al igual que con las deserciones, tampoco podías preguntar mucho. Yo recuerdo una vez, fue andando con Pompilio Negro, haber visto a Will, un compa de la Guacamaya, amarrado. En voz baja se decía que lo llevaban a ajusticiar, y eso me extrañó bastante. Will era un chavo entre los más alegres, de veintitrés o veinticuatro años, cara fina, delgadito, alto, bien equipado, con una boina que llevaba amarrada con un cordoncito para que no se le perdiera en una acción; nos habíamos hecho amigos no recuerdo en qué unidad. No dieron explicación de por qué lo mataban.

Hoy después, cuando pienso en eso, me siento muy afortunado de que en ningún momento me hayan dicho:

— Vaya, se ha decidido que esta persona tiene que ser ajusticiada, te toca a vos meterle tres tiros.

No sé cómo me sentiría hoy después si me hubiese tocado ajusticiar a un compa.

Había también otro tipo de sanciones. Si un compa había cometido algún error que no se consideraba demasiado grave, podía ser desarmado y enviado por un mes a una estructura que se tenía de menos, a una cocina por ejemplo, o una estructura logística. Veías entonces al compa quebrando veinticinco o treinta cumbadas de maíz a diario en el molino. Esas eran sanciones morales. Otra de las sanciones era enviarte a unidades que operaban en lugares que no conocías. Eso le pasó a mi hermano Juan, al que mandaron a Usulután a cumplir labores políticas, y le pasó a Irma. Benitón, para sancionar a mi hermana, la mandó desarmada al sector de Río Seco, entre Gotera y San Miguel, un lugar llano de muy escasa vegetación y donde había muchos enfrentamientos. Con ella iba también sancionada Lissette, una compa de Chilanga. Cuando llegaron a Río Seco, la sorpresa de Irma fue que rápido le dieron arma. Cayó bien allí, y pudo integrarse al trabajo normalmente.

Una sanción más grave consistía en mandar a un compa desarmado a un combate, nada más con una bomba de contacto en cada mano. Si quería un fusil, que se lo recuperara a un cuilio. Esa era una sanción demasiado drástica, pienso yo. No me puedo imaginar lo que pasaba por la cabeza de un compa yendo al combate sin fusil.

En esos años se hablaba bajito de la escuela del Peche, la escuela de reeducación para los indisciplinados. Los compas la llamaban “escuela de la represión”. La escuela del Peche era algo misterioso, muy pocos conocían realmente esa estructura, y todo lo que sabías de ella, lo sabías por rumores, voces tenebrosas. Daba miedo pensar en la escuela del Peche.

Ya en la escuela de menores habíamos oído hablar de ella. Cuando un niño se portaba mal, medio en broma y medio en serio, le decíamos:

— ¡Hey bicho, adonde el Peche te van a mandar!

Entre las sanciones que se decía les ponía el Peche a los compas sancionados, estaba subirlos con piedras a los árboles para que estuvieran de plantón cuatro o cinco horas a mediodía. A otros los encerraban en embutidos. A los compas que no se reeducaban los ajusticiaban. A otros los ajusticiaban de una vez al llegar a la escuela del Peche.

Una compa contaba que a ella la mandaron allí por un error que había cometido. Y como sanción, el Peche quiso obligarla a que se desnudara e hiciera sentadillas en frente de él. Ella le dijo que mejor le diera tres balazos, porque ella no iba a exhibirse sólo porque a él se le antojara. Al final, ni tuvo que desnudarse ni le dieron los balazos.

Pero el caso más feo fue el de una compa Estela, que dio bastante de qué hablar, pero bajito.

De vez en cuando sobrevolaban la zona avionetas con altoparlantes que te decían que desertaras, que tus comandantes te tenían engañado y que mientras ellos vivían cómodamente en Cuba y Nicaragua, a vos te mandaban a dar la vida por un sistema que el pueblo salvadoreño rechazaba. “Entregá tu arma y entregá a los comandantes” –te decían—. “Por un fusil M16 te vamos a dar quinientos colones, por un G3, mil colones, por una ametralladora M60, mil quinientos colones”, y así, toda una lista de armas.

También regaban volantes que incitaban a la desertión. Decían algo como: “Tu familia te espera; no tenés razón para luchar contra el pueblo”. Se dice que esta compa Estela recogió una vez un volante y dijo que ella conocía a los comandantes y sabía dónde estaban unos embutidos de bombas de contacto. No se sabe si lo dijo en serio o si lo dijo bromeando, pero yo creo que lo dijo en broma, porque si de veras pensaba traicionar, no lo hubiera dicho en voz alta. Pero eso fue suficiente para que la arrestaran y la mandaran adonde el Peche. Parece que la tuvieron allí unos días, y la mataron una noche.

A saber si la comandancia estaba al tanto de lo que pasaba en la escuela del Peche, si sabía de las humillaciones a las que se sometía a los compas. Tampoco sé si verificaba que las sanciones se ajustaran al error de un combatiente, ni hasta qué punto mandos como el Peche estaban autorizados a hacer lo que hacían o si en realidad abusaban de su autoridad. Pero este tipo de situaciones provocaba que combatientes desertaran y que, por el

resentimiento, se fueran con el Ejército para vengarse.

En la guerrilla estábamos compas que realmente habíamos padecido la represión y teníamos a varios familiares asesinados. Teníamos muchísimas razones para pelear. Pero había otros compas para quienes la guerra no era tanto una necesidad. No habían sentido los maltratos del Ejército como nosotros y se habían incorporado a raíz del proceso de concientización. Ellos, los que no tenían familiares muertos, era menos probable que soportaran una sanción fuerte por algo que llamaban desviación ideológica.

Yo siempre fui muy disciplinado. Nunca me desarmaron ni me pusieron sanciones morales como quebrar maíz. Cuando algo no me parecía justo, sólo se lo comentaba a compas con quien tenía mucha confianza. Había que ser un poco prudente, porque alguien con un pensamiento más radical que el tuyo podía interpretar mal un comentario o una crítica a un mando e ir a contar que estabas desmoralizado.

De manera escalonada, el grueso de la Brigada Rafael Arce Zablah se dislocó en pequeñas unidades guerrilleras. La readaptación duró un tiempo no tan corto, y aunque por un momento estuvo moralmente quebrada, la guerrilla logró recuperarse. Y es que los muchachos de la Brigada tenían mucha disciplina, mucho coraje y convicción, y se habían formado prueba de fuego tras prueba de fuego.

La guerrilla recurrió a la táctica de los golpes de mano. Fueron un dolor de cabeza para el Ejército. Estaban calculados para no hacer prisioneros de guerra, porque ya para ese entonces, la guerrilla no estaba en capacidad de cuidar y alimentar a grandes grupos de prisioneros como el que anduvimos cuidando en el volcán de Torola. El Ejército había aprendido mucho de la guerrilla, y sus operativos se habían vuelto más tácticos, más sofisticados, basados en unidades pequeñas que exploraban el terreno antes de golpear con el grueso de la tropa. Por eso, la guerrilla ya no buscó hacer prisioneros para luego entregárselos a la Cruz Roja en actos públicos que demostraran su poderío.

Los golpes de mano se hacían entre las diez de la noche y la tres de la madrugada. Como ocho compas se acercaban en silencio a las posiciones

del Ejército. Muchas veces iban descalzos y sólo llevaban el fusil, cargadores de reserva y unas diez cargas explosivas metidas en un bolsón. Primero aniquilaban al posta, a veces degollándolo. Luego, todos a la vez soltaban las cargas de mano. Para los cuilios, que en ese momento dormían enrollados en sus ponchos, dentro de sus champas improvisadas, eso era desgarrador. Las cargas de mano les iban cayendo de ocho en ocho, de ocho en ocho, de ocho en ocho y formaban un pequeño infierno. Se decía que el cuilio que no se moría, salía loco.

Uno de estos golpes se hizo en el cerro La Cruz, a la par de El Mozote, allí donde la Brigada Atlacatl había subido a las mujeres de El Mozote para violarlas y asesinarlas. Los compas dejaron a no menos de sesenta soldados muertos de la Segunda Compañía del batallón Morazán. Luego, dentro de un cadáver metieron una bomba programada para explotar cuando viniera el helicóptero a buscar a los muertos. No se sabe por qué no funcionó el dispositivo.

Yo no participé en ningún golpe de mano. Estos los llevaban a cabo las unidades más aguerridas de la Fuerza Regular y de las Fuerzas Especiales. Yo seguía en las unidades de defensa territorial, siempre subiéndome a los cerros, preocupado por la comunicación cuando no pegaba señal o me daban radios malísimos, porque los buenos eran para las unidades que iban al choque.

Andando con una unidad en Calavera de Cacaopera, una zona no del todo controlada, recuerdo que solíamos llegar a una casa cercana al cerro Nube y a los Altos del Aguacate. Allí, un señor y una señora nos atendían bien. Era una familia no tan pobre: tenía sus vacas, gallinas, cabras, un par de cerdos. Recuerdo el olor a estiércol alrededor de la casa, un olor típico de las casas campesinas que me recordaba a la de don Reyes, en Pueblo Viejo. Había una sombra grande, de una ceiba, y cuando nos daban la comida, nos la daban en platos. Nosotros nos sentábamos a comer sobre unos cercos de piedra.

El río Torola estaba muy cerca, y en él nos íbamos a bañar. No había problemas porque la población de allí era gente conocida. Veíamos a los niños lavando maíz, lavando ropa, jugando, y nosotros también, lavábamos nuestra ropa y nos bañábamos.

De ese periodo, recuerdo sobre todo a Janeth, que era brigadista, la única mujer que iba en la unidad. Era bajita, morenita, de nariz chata, guapilla, bien formadito su cuerpo. Tenía un corte de pelo como el de una secretaria, así cortito. Era bien amable, bien contenta, muy suelta para platicar y hacer amigos, de risa leve y bonita. No sé qué pasó con ella, si sobrevivió o no; talvez un día lo sepa.

Las unidades de defensa territorial como la nuestra hacían el trabajo político de expansión y de concientización de la gente. Había que generar esa confianza con la población y llevarla poco a poco a colaborar con la guerrilla.

Para entrar en contacto con las familias, lo primero era llegar y pedirles que te vendieran comida, o que te la regalaran si andabas en un apuro y no la podías pagar.

— Mire, ¿no nos podría regalar comida para unos cinco compas que andamos aquí? —se les decía, pero siempre con el fusil atravesado a la espalda, nunca con el fusil tendido de forma amenazante.

Y así, poco a poco te iban conociendo, ibas ganando su simpatía. Llegaba un momento en que la gente ya no nos llamaba “los guerrilleros”, nos llamaba “los muchachos”:

— Allí vienen los muchachos —decían.

Si nos decían “guerrilleros”, era que todavía nos sentían como extraños; si nos llamaban “los muchachos”, ya nos consideraban amigos.

Una de las cosas que más llamaban la atención de los jóvenes de la población civil era la relación entre compas hombres y mujeres. Tenían el mismo papel, el mismo uniforme, el mismo fusil, los mismos zapatos. La forma de darle una orden a un hombre o a una mujer era la misma; lo mismo se confiaba en una mujer que en un hombre. El respeto entre los compas y las compas generaba la confianza de la población.

Cuando habías encargado comida en una casa y te estaban preparando las cinco o siete raciones, no faltaba una compa, ya fuera brigadista, radista o combatiente, que fuera a ayudar a las mujeres que estaban cocinando. La compa dejaba el fusil y el equipo y se ponía a palmeear con las muchachas de la casa. Esos eran detalles que tejían la amistad, gestos sencillos que valían más que una charla política sobre quiénes éramos, y por qué andábamos luchando.

Llegados a ese punto, los compas ya no éramos ni los guerrilleros ni los muchachos: al vernos, la gente decía:

- Allí viene Carlos.
- Allí viene Marina.
- Allí viene Sonia
- Allí viene Pedro.

Y en esa convivencia, en ese día a día, hasta los chuchos nos conocían. Entonces, la población te regalaba cositas. Las señoras sabían que en la guerrilla no había abundancia de ropa, y por eso ayudaban bastante a las compas regalándoles blúmeres, calcetines y blusas.

Me gusta recordar esas cosas. Hoy después, los que combatimos, los de abajo al menos, caminamos, caminamos y caminamos por Morazán, y saludamos a la gente; nos identifican, nos recuerdan, y con ellos hablamos de esos tiempos, de lo bonito que era el apoyo que les dábamos como guerrilla, y el apoyo que ellos nos daban como población civil. Ese cariño que sentís te llena de fuerzas y te demuestra que lo que estuviste haciendo fue lo correcto, lo justo, a pesar de todo.

Una muchacha Carmen, de allá por Azacualpa, me dijo una vez que paseaba por allá:

- Vos solías andar una boina, y te veías tallado.
- No –le dije–, yo era bicho.
- Por eso, porque eras bicho te veías tallado. Pasabas con Hernán por aquí, y nos decías: “¿Mire, no tiene frijolitos con huevo?”, y como yo ya sabía más o menos a qué horas iban a pasar ustedes, yo ya los tenía preparados. Mi familia sembraba yucales sólo para los compas.

* * *

En octubre de 1984 se dio el operativo Torola IV con el que entraron a Morazán todos los batallones del Ejército que podían entrar. Formaron un anillo que rodeaba los pueblos que quedaban en la zona en disputa: Carolina, San Antonio Del Mosco, San Isidro, Osicala, Gualococti, Delicias, Joateca y Cacaopera. De allí avanzaron hacia la zona de control.

Fue un operativo de los más fuertes, que se prolongó por varias semanas.

Era de esos que te obligaban a comer por días y días nada más que una sopita de guineos majonchos con cubitos Maggi. Como radioperador, escuchabas un montón de estaciones reportándose, dándose verga por Torola, por Las Guarumas, por el Portillón de Arambala, el cerro San Luis, el Moyolo, cerro Pando; de todos lados llegaban reportes de la intensidad de los combates. Por el tono de voz de los radistas, sabías si estaban en aprietos en medio de un desvergue. Cuando llamaban a un radista por su indicativo y no contestaba, o sólo contestaba de forma fugaz porque no podía mantener una comunicación estable, sabías que allí donde estaba él, estaba el vergueo.

No recuerdo el nombre del mando de mi unidad en esos días. Sólo sé que estábamos en la Villa del Rosario, y que en toda la zona se respiraba tensión. Había gran nerviosismo entre los compas porque las emisoras nacionales acababan de anunciar con gran escándalo la captura de Radio Venceremos.

— En el marco de una operación de gran envergadura en el norte de Morazán, con tropas al mando del coronel Domingo Monterrosa, fue capturada ayer... —decían las emisoras.

Radio Chaparrastique, de San Miguel, anunció que Monterrosa daría en breve una conferencia de prensa para dar a conocer los pormenores de esa captura. Lo cierto era que Radio Venceremos no transmitía desde el día anterior, y entre los compas empezaban a surgir comentarios y preguntas. Siempre que llegaba la hora de las transmisiones de Radio Venceremos, incluso en medio de un operativo, con tu radito musiquero a bajo volumen, buscabas la señal. Y ese día y el anterior, buscamos y esperamos, pero nada, ni la voz de Santiago, ni la voz de Mariposa, ni la voz de nadie.

Estábamos comiendo en el parque de la Villa del Rosario cuando de repente nos agarraron a noventazos desde una altura próxima. Nos sorprendieron, no se esperaba que una unidad enemiga apareciera en ese momento. Era el Batallón León, de la Tercera Brigada.

Se armó la balacera en el parque. Allí mataron a una radioperadora, no recuerdo ya su nombre. Nos tuvimos que retirar de la Villa del Rosario y buscar la salida hacia la laguna. Luego nos movimos hacia El Corral de Jocoaitique.

El bajón moral entre nosotros fue bien fuerte. Los compas hacían

comentarios y preguntas sobre la posible captura de Radio Venceremos. Nadie de la comandancia nos decía nada por las comunicaciones, y las emisoras nacionales seguían celebrando la noticia. A esto, se unía la tristeza por la muerte de la compa radioperadora.

De repente, a las cuatro y media o cinco de la tarde, me llegó un mensaje pelado, es decir sin clave:

– Atención, atención, se le informa a todas las unidades de Morazán que Domingo Monterrosa fue aniquilado esta tarde en una operación en Joateca.

Era la voz de un comandante, no recuerdo cual, anunciando que con fuego de ametralladoras se había abatido el helicóptero del oficial que dirigía todo el operativo. Llamé al mando de la unidad y le dije:

– Mire, nos está llegando este mensaje pelado.

Él se concentró, y escuchó el mensaje. Nos vimos las caras y sentimos a la vez la alegría y la duda. ¿Era eso posible? Y es que era muy raro recibir un mensaje pelado, y más con una información tan importante. El mando me pidió que no le dijera nada a los compas para no emocionarlos. Poco después, a través de las comunicaciones normales, confirmamos que era cierto.

Se desató la euforia. Los compas brincaban y gritaban celebrando la muerte de Monterrosa. Luego, a las seis en punto, en el radio musiquero empezó a sonar cancioncita con que iniciaba Radio Venceremos sus transmisiones, seguida por el anuncio que hacía siempre Santiago:

– Desde algún lugar de Morazán, territorio en combate contra la opresión, transmite Radio Venceremos, voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Y luego Santiago y Mariposa anunciaron el aniquilamiento del coronel Domingo Monterrosa, y con él, el fracaso de uno de los operativos más ambiciosos del Ejército. En medio de la alegría, un compa dijo que ese hijo de puta, ni muerto pagaba lo que le había hecho a la gente en El Mozote. Y yo relacioné eso con Chepito Mozote, el niño que había llegado a la escuela de menores contando cómo habían degollado a los niños detrás de la iglesia de la aldea.

Domingo Monterrosa había sido jefe de la Brigada Atlacatl, el batallón

élite más agresivo, responsable de la masacre de El Mozote y de varias más, en Jocote Amarillo, Los Toriles, Piedra Luna y El Guarumal. Había recibido su preparación a la lucha contrainsurgente en las mejores escuelas gringas, y era el oficial preferido de los asesores norteamericanos. Pensaban ellos que era el militar llamado a derrotar a la guerrilla salvadoreña.

Y en efecto, en los combates, él había mostrado una agresividad muy superior a la de los demás mandos. Nada que ver con esos oficiales que desde una oficina dirigían a sus tropas, gente gorda que no se atrevía a acercarse a la zona liberada. Monterrosa estaba a la par de sus hombres, y más de algún compa de la BRAZ asegura haber oído su voz dando órdenes en algún desvergue. Ese loco era aventado en el combate, reconocían los compas. También se hablaba, en voz baja, de la rivalidad entre Monterrosa y el comandante Atilio, Joaquín Villalobos; parecía una competencia para ver quién mataba primero a quién. El orgullo de Monterrosa, cuando llegaba a Morazán, era poner su puesto de mando en el mismo lugar donde lo ponía Villalobos, en el cerro El Pericón. Tenía fama Monterrosa entre los compas. Se hablaba bastante de él, aunque Radio Venceremos sólo lo mencionaba para ridiculizarlo llamándolo trompita de cuche.

Una maestra, Raquel, hablaba de cuando se concentraban los batallones élite en Osicala para luego salir hacia el norte del río Torola. Montaban los puestos de mando cerca de la cancha de fútbol, y allí se podía ver a Domingo Monterrosa. Decía que era un hombre trompudito, bien uniformado, siempre con sombrero, con una pañoleta sobre los arneses y un fusil recortado a la espalda. En el cuello tenía un collar hecho de calaveritas. Era su amuleto. Se lo habían curado para que fuera inmortal a la hora del combate. Por eso no dejaba que nadie se lo tocara.

Por acá, viene al museo un chavo que es chef y nos vende comida. Durante la guerra estuvo en el Ejército. Una vez contó que en uno de sus primeros días en el cuartel, Monterrosa reunió a todos los nuevos y les dijo:

— Levanten la mano los que son de ciudad.

Cuatro o cinco chavos levantaron la mano.

— Tienen tres segundos para cruzar ese portón y no volver nunca más.

¡Yo no quiero inútiles en el campo de batalla! ¡Yo quiero venados!

Monterrosa pensaba así, que la gente del campo, la gente de cantón era buena para pelear y estaba más dispuesta a matar.

Cuando los operativos militares terminaban, los distintos batallones salían escalonados de la zona. Pero aquella vez, tras conocerse la muerte de Monterrosa, salieron en estampida esa misma madrugada. Rápido, se organizó un baile en Perquín para celebrar el final del operativo Torola IV. Fue un momento de mucha felicidad. Hasta en los hospitales, los heridos lloraban de alegría por la muerte de Domingo Monterrosa. Los Torogoces sacaron una canción, un corrido bien movido para bailarlo que dice:

*Martes veintitrés de octubre
del año ochenta y cuatro
se murió trompa de cucbe
Domingo Monterrosa
ya todo el mundo lo sabe
que se peló en Joateca
el estratega de asesinos*

*El consejo de los gringos
a Domingo Monterrosa
siempre fue matar al pueblo
era su diversión
pero fue nuestra Brigada
con guerra de guerrillas
que acabó con sus jugadas*

En ese baile en Perquín estaba Cornelio, un compa morenito, bajito y medio corpulento. Él nos contó, mientras sonaba el corrido, cómo había sido la operación de aniquilamiento. No había sido, como se dijo al principio, con fuego de ametralladoras. Cornelio estuvo en la unidad que cargó la trampa que mató a Monterrosa: unos transmisores viejos que ya no ocupaba Radio Venceremos, rellenos con ocho cargas de TNT y un detonador conectado a un altímetro, para que el helicóptero estallara al elevarse, y otro detonador a control remoto, por si no funcionaba el primero.

La unidad de Cornelio debía fingir un encuentro casual con un grupo de cuillos, resistir un poco, retirarse como si tuvieran varios heridos y dejar

botados los transmisores y otros materiales de Radio Venceremos. Dice Cornelio que fueron a la operación con cierto miedo, pensando que los ajusticiarían si la operación fallaba.

Pero fue un éxito. Se toparon con una compañía del Batallón Conchagua. Simularon gritos de heridos, gritos de auxilio, y Cornelio hasta degolló una gallina para dejar los transmisores untados de sangre. Después, los cuilios gritaban de alegría, seguros de haber capturado a Radio Venceremos. Llevaron los transmisores a Joateca. Cuando Monterrosa se enteró, bien orgulloso se puso a hacerle declaraciones a la prensa. Al día siguiente, vino personalmente a recoger los transmisores en su helicóptero. Cuando estalló, junto con él iban el jefe del DM-4, el comandante de la Atlacatl, un sacerdote del Ejército que acababa de dar una misa en Joateca y su sacristán.

Don Filomeno estaba con la comandancia cuando estalló el helicóptero. Él era uno de estos logísticos incansables que yo había conocido en Agua Blanca, en la escuela de menores; se la pasaba batallando con las bestias cargadas de leña, de maíz, de frijoles. De día y de noche andaba moviéndose por el lado de Torola, Cacaopera o Corinto para que no faltara nada.

Don Filomeno me cuenta que ese día, él estaba hecho mierda. Días antes, en una caminata de noche, se había caído a un barranco y se había lastimado una pierna y la espalda. En una vuelta del camino se fue con todo el peso del cuerpo al vacío pensando que seguía la vereda, y hasta el fusil se le arruinó allí.

Cuando Radio Venceremos dejó de transmitir para que los militares creyeran que en verdad la habían capturado, a los logísticos les pidieron que no dijeran nada, ni preguntaran nada. Ellos no sabían de la operación.

Filomeno estaba sentado sobre un saco de tuza cuando se le acercó Villalobos.

— Don Filomeno, ¿está mal? —le preguntó.

— Sí, estoy mal.

— ¿Mucho?

— Pues aguanto a caminar un poco, pero estoy jodido.

Villalobos le dijo que le hiciera huevos y que se trepara al cerro donde estaban los demás porque allí iba a ver algo bueno. Todos estaban sobre una

altura desde la cual se ve el área de Joateca, esperando que el helicóptero de Monterrosa despegara. Don Filomeno subió, pero con un poco de miedo, pensando que si los agarraban a bombazos en esa pelazón, él no podría correr. Cuando a duras penas llegó arriba, no vio nada bueno, ni supo qué hacía toda esa gente allí. Prefirió bajar de nuevo a descansar. Al rato, dice Filomeno, sonó la explosión. Villalobos bajó entonces del cerro hecho un loco, brincando, corriendo y gritando:

— ¡Yo sí te maté, hijo de puta! ¡Yo sí te maté, hijo de puta, y vos no me pudiste matar!



8

Uno de los últimos días del 84, por el desvío de Jocoaitique, me indicaron que Lety, la compa que coordinaba a todos los radistas de la fuerza, me buscaba. Me reuní con ella. Me dijo que el proceso revolucionario me necesitaba en otro sector de la lucha, que iba a dejar las unidades de la fuerza militar para trabajar en la estructura de Radio Venceremos. Si me habían elegido a mí, dijo Lety, es porque tenía las aptitudes necesarias, que eran leer y escribir rápido.

Volví a sentir esos nervios que ya había sentido al pasar del Cacahuatique a la escuela de menores, y de la escuela de menores a las unidades guerrilleras: la incertidumbre por no saber cómo serían los compas de mi nueva estructura y si lograría cumplir con las tareas que me pedirían. Iba a tener que aprender cosas nuevas y dejar atrás a mis amigos. Sentí también orgullo porque me habían escogido de acuerdo a mis capacidades.

Unos días antes de mi reunión con Lety, en Torola, me había encontrado casualmente con Carolina. Estaba embarazada de Leonardo. Por unas complicaciones en el embarazo la mandaban al refugio de Colomoncagua a tener a su hijo. Se le notaba ya la barriga abultada. Me sorprendió verla así; yo ni sabía que mi hermana estaba embarazada. La guerra te divide, y de esas cosas sólo te enterás mucho después. Podían pasar meses o años sin que supieras nada de tus familiares; cuando te encontrabas con alguien que venía de las zonas donde ellos estaban, le preguntabas si los había

visto, y con sólo saber que estaban vivos te alegrabas.

Con Carolina no conversábamos tanto porque en vez de conversar conmigo, ella se ponía a hablarle a los compas de mí. Les decía:

– Miren a este niño, bien chiquito se incorporó a la guerra cuando mataron a mi mamá y mataron a Teodora, y él vivió eso...– y les contaba la historia.

Yo tenía trece años, pero ella se refería a mí como si tuviera ocho, como si fuera bien chiquitito.

Carolina seguía siendo la misma: siempre el optimismo, las risas, diciéndome palabras de apoyo, regalándome dos o tres pesos, dulces o galletas. Poco antes había perdido a una gran amiga suya, Lisette, en un combate en San Bartolo. Pero a pesar de los dolores que había vivido, mantenía esa alegría. Eso es reconfortante para uno: ver que a pesar de todos los sufrimientos, se puede seguir riendo, platicar y mantener esa vibra de solidaridad y cariño. Y en las despedidas, el mensaje de Carolina era siempre el mismo:

– Cuidate, Chiquillo, y por cualquier cosa no te preocupés. Para adelante siempre. ¡Ni un paso atrás!

Por ella supe que mi papá ya había sido enviado al refugio de Honduras. Los mandos habían tenido esa consideración: siendo él un señor ya grande que tenía a todos los hijos incorporados a la lucha, era justo que fuera a Colomoncagua a descansar.

Y hablando de Carolina, me gustaría mencionar algo de lo que enfrentaban las compas a la hora de quedar embarazadas. Eran muy sugestionadas para que no salieran embarazadas; se lo tenían como prohibido. Les decían que la Revolución no se podía abandonar simplemente por un embarazo. Para evitarlos, la comandancia hizo un esfuerzo especial repartiendo anticonceptivos entre las unidades.

Yo me sigo haciendo muchas preguntas sobre todo esto: ¿qué sentirían mis hermanas? ¿Qué sentirían las demás compas? Para muchas de ellas debe haber sido muy duro sentir esa presión por no salir embarazadas. Y un dilema profundo también porque en nuestra población campesina, para una chavita joven, ser madre de tres, cuatro hijos es importante, es lo que desea. Y las compas adolescentes que habían crecido en la guerrilla, supongo que tenían esa espinita clavada. Esa presión para que no quedaran

embarazadas ha de haberlas hecho sufrir bastante.

Las que quedaban embarazadas se exponían a reclamos muy fuertes y a situaciones bastante dolorosas. Si por algún motivo no había posibilidad de sacarlas al refugio, daban a luz entre la población civil. De allí, ellas regresaban al frente mientras que el niño era enviado a Honduras o encomendado a alguna persona de la población.

Lo que puede pasar en esos casos... Imaginate a un niño de cinco años que ya se encariñó con otra mujer, y le dicen que su mamá no es ella, sino alguien que él no conoce porque está en el frente, o a un niño al que le dicen: "No, si tu verdadera mamá murió en la guerra." Tantas cosas que encierra eso. Aunque a los hombres no nos tocara vivir eso, a mí me quedan interrogantes. Quizás me contesten algunas, pero no creo que logre recrear una imagen de cómo vivieron las mujeres la maternidad en la guerra: parir un niño, dejárselo a otra familia, regresar al frente y quizás morir en el frente sin haberlo conocido. Anoche no dormí pensando en cómo iba a decir estas cosas.

Devolví el radio y el cuaderno de claves que ya no necesitaría en mi nueva estructura. Lety me recibió y me llevó a conocer a los distintos grupos que conformaban Radio Venceremos, y que casi siempre iba unida a la comandancia. La cocina primero, donde estaban Mina, Rosita, Farabundo, Sandra, Licha y Amílcar, un chiquitito de Cacaopera que era del área logística. En una casita, un pedazo de casa, estaba Mariposa, que con su máquina escribía noticias. Por allí andaban también Santiago, Maravilla y Marvin, periodistas del colectivo de producción de Radio Venceremos.

Viendo el mixer, los micrófonos, los transmisores, la planta eléctrica, viendo a Santiago y a Mariposa cuyas voces escuchábamos todos los días en el monte, yo sabía que me iba a empapar de cosas nuevas. Lety me llevó a conocer el colectivo de filmaciones donde trabajaba Gustavo Seco, y la unidad de seguridad de Radio Venceremos de la que eran parte Isra, Isaías, Samuel, Dimas, Miguel, Hernán y otros compas muy aguerridos. Me mostró el área técnica, a cargo de Mauricio Jocote, en la que trabajaban varios chavos de la ciudad. Luego me presentó a los compas del colectivo de monitoreo al que me iba a integrar. Allí estaban Estenia, Chila y Chela. Algunos conocían a Carolina, otros ya eran amigos míos como Santiago y

Maravilla. Eso me dio confianza.

La tarea del colectivo de monitoreo, la que me tocó hacer durante casi cuatro años, era escuchar las principales emisoras nacionales e internacionales para saber qué información manejaban. Escuchábamos los noticieros de la YSKL, la YSU, Cadena Sonora y Radio Nacional, así como la BBC, la Voz de los Estados Unidos de América y Radio Exterior de España. Con una televisioncita en blanco y negro también monitoreábamos los noticieros de Canal 12, Canal 6 y Canal 2. Cada quién tenía una emisora asignada y tenía que escribir un resumen de las noticias importantes que había escuchado. Los más experimentados del colectivo tenían una grabadora porque cuando aparecía un comentario sobre El Salvador en una radio extranjera, o cuando había una declaración importante de algún personaje político o militar, entonces se hacía una transcripción textual de lo dicho.

Todos los días a las nueve de la mañana se hacía una reunión junto con los periodistas de Radio Venceremos. Se comparaban las mismas noticias dichas por emisoras distintas para ver cómo las había presentado cada una y cuál había dado más detalles. De allí, se preparaba un informe completo que se le entregaba a la comandancia.

Para mí, esto fue un aprendizaje de varios meses. Todo era completamente nuevo. Al principio, me pedían que sólo me fijara en cómo lo hacían los demás y que me impregnara de ese ambiente de noticias, informes y comunicados de prensa. Entonces observaba y escuchaba. Después de los noticieros, comparaba lo que había oído con lo que los compas escribían en sus resúmenes. Intentaba entender cómo redactaban un encabezado, cuál información ponían en la sinopsis y cuál tenía que ir desarrollada en el cuerpo de la nota. Veía cómo sintetizaban para ahorrarse los detalles que no eran necesarios.

Los que mejor sabían te enseñaban a anotar las palabras clave, los datos importantes que no podías dejar escapar: cuándo, dónde, quién dijo... Para anotar todo eso, tu mente tenía que ir adelantada con respecto al locutor. Antes de que él terminara su frase, vos ya tenías que tenerla escrita y estar listo para lo siguiente que iba a decir. Con esas notas, hacías un machote de la noticia que luego pulías para presentarlo en la reunión.

Al principio se me escapaban datos. Pero a fuerza de regaños, reclamos y sugerencias fui mejorando. Luego yo también era capaz de hacer una síntesis. Porque había entrevistas de por ejemplo Vides Casanova o del Coronel Vargas, o de equis dirigente de la derecha o de la izquierda, que no eran tan importantes y no requerían una transcripción completa. Entonces me encargaban una síntesis que retomara sólo lo principal.

Con Marvin, Santiago y Maravilla fui aprendiendo a encabezar y redactar noticias. Ellos me apoyaban y me explicaban cómo escribir más rápido, con acentos y signos de puntuación. Uno de los problemas que tenía era que mi letra era chiquitita. Además no estaba acostumbrado a escribir en papel Bond sin rayas, y por eso las líneas se me torcían y acababan saliendo muy abajo o muy arriba de la hoja. Entonces me regañaban y me mandaban a reescribirlo todo. Una vez, hasta el mismo Villalobos llegó a la reunión bien encabronado, diciendo:

— El que haya escrito esto, que lo repita —y tuve que volver a copiar una página de noticias.

A veces, para ponerme a prueba yo mismo, escribía noticias como las que emitía Radio Venceremos y se las mostraba a Lety o a Maravilla. Ellos me decían esto está mal, esto está bien, y eso me ayudaba. Así fui madurando; ya no era una maquinita que sólo transcribía lo que decían las emisoras, sino que también podía escribir mis propias notas, con mis propias reflexiones. Hasta tenía un cuaderno donde apuntaba algunas ideas y también algunas palabras que aprendía y me llamaban la atención.

Aprendí a leer de forma suelta, con la acentuación correcta. Maravilla me explicó que había dos tipos de lectura: la lectura comprensiva y la lectura mecánica. La lectura comprensiva consistía en leer sólo con la vista, en silencio, y la lectura mecánica consistía en leer un texto rápido y en voz alta, no para que lo entendieras vos, sino para que lo entendiera otro. Él me puso ejercicios para practicar los dos métodos, y en los dos mejoré. Siempre me recomendaba que leyera mucho para mejorar mi dicción y mi ortografía, para saber cómo se ponen las comas, cuándo usar el punto y coma, el punto y seguido y el punto y aparte. Tomé el hábito de leer revistas, folletos, materiales, todo lo que estuviera a la mano.

Cuando me vieron seguro en las reuniones, me asignaron mi propia emisora. No recuerdo si fue la YSU o la YSKL. La YSKL recuerdo que tenía

un noticiero muy largo y tedioso por la noche que duraba hasta las once. Y ni modo, había que monitorearlo completo. A la mañana del día siguiente, la comandancia tenía que recibir el informe con las declaraciones de mandos militares, políticos, sindicalistas, diplomáticos, funcionarios del Departamento de Estado americano, etcétera.

Si te fijabas bien, el tono de las declaraciones de los militares te podía dar datos valiosos. Una vez nos reímos con la entrevista de un comandante de destacamento militar en un noticiero nocturno, después de que la guerrilla hubiera atacado su cuartel. El hombre decía bien nervioso:

— Es cierto, los delincuentes terroristas asaltaron el cuartel, pero no se lo pudieron llevar.

Cuando lo que decían era incoherente y se les notaban los nervios, era porque el ataque de la guerrilla les había dado un buen susto.

No había día en que no se monitoreara, fuera invierno o verano. No había descanso ni durante los movimientos, cuando a causa de un operativo nos teníamos que trasladar. A veces estabas desvelado, no habías comido bien, pero igual tenías que garantizar el monitoreo. La comandancia tenía que recibir su informe todos los días. Escribías apoyado sobre las piedras o sobre tu mochila, o si hallabas una tablita, la usabas. Si era verano, me gustaba echarme boca abajo para escribir. Cuando caían unos vergazos de agua y no tenías champa donde refugiarte, era un dolor de cabeza. Yo intentaba acurrucarme sobre una piedra y cubrirme con mi plástico, pero siempre se me acababa mojando el cuaderno. Eso me encabronaba porque el lapicero ya no me daba tinta. De noche, trabajábamos encendiendo velas.

Escuchar y analizar noticias me permitió entender muchas cosas sobre la realidad de El Salvador. Con los comentarios de Santiago, Lety, Ana, Maravilla y los demás, fui entendiendo mejor el rumbo de la guerra. Había una serie de factores que intervenían en el conflicto que iban más allá de lo que había conocido yo en las unidades de combate. Se hablaba de la importancia de la vía diplomática que se quería abrir o de las campañas de solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño que se organizaban en el extranjero. Entendí mejor por qué estábamos peleando, y cuáles eran los objetivos del Ejército con sus bombardeos a la población civil y sus operativos de tierra arrasada.

Recuerdo que escuchaba con mucha atención todo lo que tenía que ver con el movimiento sindical en San Salvador. Se hablaba entonces del movimiento Pan Tierra Trabajo y Libertad, de ANDES 21 de Junio, un sindicato de maestros, de la UNTS, de FENASTRAS, al que pertenecía Febe Elizabeth Velásquez quien fue asesinada en un atentado con bomba, de los Comités de Madres de Desaparecidos y Asesinados, señoras que desfilaban vestidas de blanco llevando fotos de sus familiares muertos o secuestrados. Había un sinfín de organizaciones como ANIS, Asociación Nacional de Indígenas Salvadoreños, cuyo líder era Adrián Esquino Lisco, o el COPPES, el Comité de Presos Políticos. Recuerdo que Radio Venceremos tenía un saludo para ellos que decía: “Un saludo al COPPES que hace de la prisión una trinchera de la revolución.”

Estos movimientos nos mostraban que no éramos una banda de locos aislados en la montaña, que la lucha era de todos e íbamos en la dirección correcta. Este retoñar de los movimientos sindicales me recordó a mis hermanos caídos en la manifestación de San Salvador.

Pero los escuadrones de la muerte seguían operando. Todos los días se hallaban sindicalistas muertos en las curvas de la calle a La Libertad, o en La Puerta del Diablo, y se sabía que en las sedes de la Guardia Nacional, la Policía Nacional y la Policía de Hacienda torturaban gente.

Me acuerdo de haber visto en un noticiario a un sindicalista que decía durante una manifestación:

— Nosotros vivimos con el miedo, dormimos con el miedo y amanecemos con el miedo a la par.

Y luego señalaba a los antimotines y decía:

— Estos que de día se visten de verde, de militares, son los mismos que de noche operan con gafas oscuras en camionetas de vidrios polarizados.

Lo decía en frente de ellos. Era terrible ver esas imágenes, te conmovían y te animaban a seguir luchando. Y yo pensaba: “Si este pueblo que no tiene armas se está dando verga en la capital, nosotros que sí tenemos armas, ¿no le vamos a hacer huevos?”

En Radio Venceremos había muchos compas urbanos, y eso también era nuevo para mí. Marvin, Apolonio, Genaro, el Cheje, Mariposa eran de San

Salvador como también lo eran la mayoría de los comandantes. Santiago y Maravilla eran venezolanos y también de ciudad. Relacionarse con los urbanos era distinto porque no usaban el mismo vocabulario campesino al que yo estaba acostumbrado. La música que ellos escuchaban era distinta, y por primera vez empecé a oír los nombres de Madonna, Stevie Wonder o Michael Jackson.

En el área técnica de Radio Venceremos había un compa, Daniel, que era homosexual. A mí eso me causaba mucha admiración, porque yo venía de una familia en la que no se daba eso de un hombre buscando a otros hombres. Muchos compas lo rechazaban y hasta patadas le daban si se les acercaba mucho o intentaba tocarlos. Yo nunca lo desprecié. Daniel era muy bueno en su trabajo, y era un chavo siempre contento.

Los compas del área urbana tenían la costumbre de corregir a los que no hablábamos correctamente el español. Cuando decías “haigan”, que es como se dice en el campo, ellos te decían que la palabra era “hayan”. Y si decías “diferencia”, o decías “enjuagar”, o decías “paderón”, ellos te decían que era incorrecto y que lo correcto era “diferencia”, “enjuagar” y “paredón”.

Desde entonces, cuando me encontraba con compas de otras unidades, intentaba corregirles los modismos de Morazán. Los compas más difíciles de corregir eran los de Cacaopera. Eran bien enojados. Tenían una forma bien rara de pronunciar la eñe: en vez de “caña” decían “canya” y en vez de “piña”, “pinya”. Los demás compas les hacían burla por su forma de hablar. Cuando uno de Cacaopera estaba cuenteando a una mujer, en vez de decirle “es que usted no me quiere”, decía “es que usted no me lo quere”. Y si un río estaba muy crecido, decían que estaba “de monte a monte”. Se supone que su forma de hablar viene de que las comunidades de Cacaopera son descendientes de los Lencas. Por eso mezclan el castellano con modismos indígenas. Y si intentabas corregirlos, se enfurecían.

Una compa me contaba que una vez, en un campamento de Calavera, llegó un chavo de Cacaopera corriendo y dijo: “Los cuilios están con el visto puesto pa’ cá”. Nadie le entendió ni le hizo caso, y a los cinco minutos empezó a caerles fuego de artillería. Luego, el chavo andaba bien encabronado, diciendo que él les había advertido y no le habían hecho caso.

Además del monitoreo, te podías incorporar a otras tareas como buscar leña y agua para la cocina, o ir a traer algún saco de maíz o de frijoles. Yo a veces colaboraba con las comunicaciones del Radio Naranja, un radio cuya señal no la detectaban tan fácil los cuilios. Con ese radio recibíamos partes de guerra desde los otros frentes de guerra: el Frente Paracentral Anastasio Aquino y el Frente Occidental Feliciano Ama. Hasta de la URNG de Guatemala recibíamos informes. Esos partes de guerra decían cosas como: “Unidades del FMLN explotaron minas al paso del batallón Atlacatl esta mañana en el cantón no sé qué de Guazapa” o, “en la jurisdicción de Cinquera, unidades de francotiradores le causaron un muerto y dos heridos al batallón Belloso”. Estos eran transmitidos por Radio Venceremos. Por eso, siempre había que apuntar los datos elementales: el lugar, la hora y el número de bajas enemigas.

Radio Venceremos se asentó por un tiempo en los alrededores de Perquín, donde hay muchos cafetales y naranjales. Los ratos libres yo los aprovechaba para ir a buscar frutas. Mi alegría era bajar un montón de mangos con garrotillo y regalárselos a los compas urbanos que no tenían habilidad para bajarlos del palo. Me gustaba pasear por los alrededores del campamento de El Coyote, cerca del Conacaste un lugar fresco y verde, con muchos árboles. Caminaba por la quebrada y buscaba algún cangrejito. Me divertía viendo a unos animalitos pequeños que les dicen micoleones. Eran cabezoncitos y de cola larga, con movimientos parecidos a los del mono dentro de una bejuquera.

Hernán, Isaías, Isra y Miguel, los compas de la seguridad de Radio Venceremos, se la pasaban jugando naipes o ajedrez. Se armaban partiditos de fútbol con pelotas improvisadas en las que participaban Teto, el Cheje, Bejuquilla que era Marvin, Habichuela, Ricardo Tomate y Mauricio Jocote. Las porterías eran dos piedras, con dos pasos de distancia entre cada una.

Mientras, Lety miraba una telenovela venezolana que se llamaba *Estefanía*. Yo también me entretenía de vez en cuando viendo televisión con el aparato que teníamos para el monitoreo. Una vez me quedé hasta bien tarde viendo una película que se llamaba *El perro diabólico*. Creo que fue la primera película de terror que vi en mi vida. Cuando volví a mi champa, iba alumbrando hacia todos lados con miedo, culpa de esas

escenas en las que el perro diabólico atacaba a la gente.

En medio de un manzano, en el campamento de El Coyote, me acuerdo de que vimos la final del mundial México 86 que jugaron Alemania y Argentina. Los que más sabían de fútbol comentaban que los alemanes, por ir tan pendientes de Maradona, estaban descuidando a jugadores como Valdano y Burruchaga que también podían definir. Y eso fue lo que pasó.

El ambiente de la estructura era muy bonito. La mayoría eran mujeres y eran muy alegres, como la Mariposa o la Minona. Había bastante solidaridad y cuando alguien necesitaba apoyo en una tarea, no se vacilaba en ayudarlo. Las compas del monitoreo ayudaban también en la cocina. Incluso a Lety, que era mando y era la coordinadora de toda la estructura, podías verla de madrugada en la cocina, metiéndole duro para que de mañana se le pudiera entregar a cada quien sus tortillas.

Con quien más confianza tenía yo era con Maravilla. Lo llamaban Maravilla porque era venezolano y su frase favorita era: “¡Coño, qué maravilla!” Se sabía que había estudiado cine en Londres. Tenía la cara deformada por un tumor, y con su barba cubría el hueco que le había dejado. Él escribía para Radio Venceremos y hacía reportajes acercándose a las líneas de fuego. Una vez, casi lo mata una bomba de quinientas libras en la antena del Cacahuatique. Estaba curtidito ya de la guerra. Alguna vez locutaba, pero su voz se oía sobre todo en las entrevistas que les hacía a los demás compas. Lo más notable en él era su serenidad.

Mariposa era la voz femenina de la radio, muy apreciada entre los compas. También se encargaba de redactar noticias y editoriales. Una noche, ya había pasado yo un tiempo en la radio, ella me llamó para su champa. Creo que quería que pasara la noche con ella. Le dije que estaba ocupado, que ya pasaría luego. No sé qué tenía que hacer, talvez dejar unos papeles a la comandancia.

— Entonces vení después —me dijo.

— Vaya.

Cuando pasé de regreso, me volvió a llamar.

— ¿Te venís?

— No, ahora no. Mejor otro día —le dije sin detenerme.

— ¡Te ignoro, mono culero! —me gritó. Pero sólo fue una broma. No estaba enojada de verdad.

El otro venezolano era Santiago, la voz masculina de la radio. Él me tenía aprecio desde que me había entrevistado cuando andaba en la escuela de menores. Santiago era de los más altos. Tenía barba oscura, era medio colucho, flaco, y en las marchas, su pantalón lo llevaba metido en las medias para no enlodarlo mucho. Oír la voz de Santiago leyendo los partes de guerra, y más cuando la Brigada Arce Zablah estaba en su apogeo, te subía mucho la moral. También salía a hacer reportajes. Durante las acciones, llegaba hasta los puestos de mando y coordinaba para ver en qué momento se podía meter cerca de las líneas de fuego para hacerle una entrevista a un compa o a un soldado hecho prisionero.

Los recuerdo a todos ellos en medio del olor a tinta y papel carbón, con el chejeo de la máquina de escribir, chic chic chic chic, preparando los programas de Radio Venceremos. Entre los programas estaban “Plomo informativo” y “Trabajadores al poder”, pero el que más me gustaba era una radionovela cómica que se llamaba “La guacamaya subversiva” en la que ridiculizaban a los militares, la oligarquía y los norteamericanos. Les ponían apodos a los personajes más importantes como Tutti Frutti para el ministro Vides Casanova, Trompita de Cuche para Domingo Monterrosa o el Chato Vargas para el Coronel Vargas. Marvin, Lety, Mariposa y Santiago les ponían voces chistosas.

La comandancia nunca estaba lejos de nuestra estructura, pero no por eso teníamos una relación estrecha con los comandantes. Yo no recuerdo haber entablado una conversación con Villalobos, Chicón, Luisa, Ana Guadalupe, Balta, Raúl Mijangos o Jonás. No era lo natural hablar con ellos sobre cosas de la vida, o sobre los tiempos de antes o de cómo veía uno la guerra. En las charlas, los que hablaban eran ellos para explicar la coyuntura política o decirnos que había que ser mejores en el combate y en la organización de la población civil. No eran como los demás compas. Tenían siempre los mejores fusiles y los mejores uniformes. Pero eran parte del campamento, y la convivencia con ellos no era ni tan íntima ni tan distante.

A Villalobos lo veía para entregarle el informe del monitoreo diario.

— Mire, aquí le mandan esto —le decía, y me iba enseguida.

Él era muy dinámico, siempre para allá y para acá, leyendo, viendo los

noticieros y escribiendo, pero no era un tipo contento que sonriera mucho. Una de las pocas veces que me habló fue cuando me vio cepillarme los dientes. Se me acercó y me dijo:

— Esta no es la forma correcta de cepillarse. La forma correcta es de arriba abajo.

Yo me chivié un poco y no dije nada, pero desde esa vez, siempre que me cepillaba los dientes, lo hacía de arriba abajo, aunque la verdad es que muy pocas veces usaba yo el cepillo.

En ese tiempo, los compas lo veíamos con respeto y admiración, como a un gran revolucionario. Me acuerdo de una vez en que una cocinera se le acercó a Villalobos y le dijo:

— Mire, tenemos sólo tres gallinas. ¿Las matamos o no?

— ¿Pero, alcanzan para comer todos? — le dijo Villalobos.

— No creo.

— Entonces no se matan si no hay para todos.

Por ese gesto, pensé yo que era una persona realmente revolucionaria. Me acuerdo también de que en una charla en medio de una pinera, Villalobos nos dijo que si moríamos en un combate, cuando triunfara la Revolución, el Estado iba a responder por nuestras familias y nuestros hijos. Yo le creí y me reconfortó tener el respaldo del Estado por si me pasaba algo.

En otra ocasión, el que me habló fue Balta, que también era miembro de la comandancia, o del colectivo de dirección, como se le quiera llamar. Yo me estaba peinando con uno de esos peines finitos que les dicen sacapijos, sentado con mi cuaderno para el monitoreo sobre las piernas. Y sí, sobre las hojas de mi cuaderno empezaron a caer piojos. En ese momento pasó él y vio los piojos.

— Tenés piojos, ¿verdad? — me dijo.

— Sí — le dije, porque, ¿cómo lo iba a negar si él los estaba viendo?

— Por la tarde, que te corten el pelo a la pelona.

Y tuve que ir a que me raparan, aunque a la pelona no me gustara nada. Balta tenía un rostro sin mucha sonrisa, igual que Raúl Mijangos, Claudio Armijo y Jonás. Como que no inspiraban las ganas de tener una plática con ellos. Yo los veía como gente con poco sentido del humor, aunque en realidad, cada uno tenía su círculo de gente para bromear, y me imagino

que ellos en sus círculos, en las reuniones con los mandos militares o los miembros de la dirección política, tenían sus propias bromas.

Los compas con quienes yo me sentía mejor eran los de Radio Venceremos, el Cheje, Mauricio, el Teto, Maravilla y Santiago, o los compas de la seguridad, que se la pasaban contando chistes. En alguna medida, el que los comandantes fueran todos del área urbana también te limitaba un poco. El humor de la gente de la ciudad no es igual que el de los campesinos. Y para vos, no era igual platicar con ellos que con un compa de cantón.

De los comandantes, la más contenta era Luisa, compañera de vida de Villalobos. Era la más cercana a los compas, y siempre andaba jodariando. Una vez yo me quedé sin pantalón y ella me dio uno de ella. Era un pantalón de mujer, pero en esas condiciones, eso no te importaba mucho. Me quedó bien. Ella era delgada como yo. Su carita era fina, lucía sonriente y era guapa.

A Schafik Handal, el secretario general del Partido Comunista, lo vi una sola vez, en Arambala. Recuerdo que los compas hicieron una rueda alrededor de él para escuchar su plática. Schafik intentaba bromear con ellos, pero sus bromas no daban mucha risa. Aún bromeando se veía serio. No era mala persona, pero por ser militante viejo, quizás su trayectoria lo había convertido en una persona un tanto grave. Al día siguiente se lo llevaron en una mula de vuelta para Nicaragua.

En esos años Perquín se convirtió en una pequeña capital guerrillera. En esas callecitas empedradas había un ir y venir de perros, niños, población civil y compas. Se tenía bastante estabilidad como para organizar actividades culturales en la plaza del pueblo. Se montaban teatrillos y se proyectaban películas para entretener a los compas y a la población. Recuerdo una película nicaragüense, *La Compa*, una cubana *La gran rebelión*, y un documental sobre el Vietnam, *La guerra de los diez mil días*. Se hacían también filmaciones: nos formaban en columnas en la misma plaza y nos ponían a hacer ejercicios, maniobras y desplazamientos mientras Gustavo Seco nos filmaba. Nos decían que esas películas iban a salir al exterior para que el mundo supiera que el Ejército guerrillero estaba bien organizado, pero seguía necesitando apoyo.

En una de las cocinas había un compa que le decían Renzo y que preparaba un pan dulce bien rico que en medio llevaba jalea de piña que él mismo preparaba. El pan Renzo lo llamábamos, y por sólo veinte centavos nos daba una buena porción. El estipendio que a veces nos daban a los combatientes, yo me lo gastaba casi todo en pan Renzo. Renzo cayó en la ofensiva, en San Miguel.

En Perquín se lanzaban campañas de alfabetización. Además, los médicos internacionalistas como Eduardo Médico y Sarita Alemana vacunaban a los niños y atendían a la población civil. Sarita Alemana era bajita, rubia, algo barrocita. Siempre estaba fumando, llevaba zapatos burritos y los extremos de su pantalón los llevaba prensados con sus calcetines.

No podemos dejar de mencionar a los internacionalistas. Yo creo que ellos nunca van a saber lo que el pueblo de Morazán valoró su trabajo, lo mucho que aprendimos de ellos, lo que significó en medio de la guerra el ejemplo que nos dieron. La mayoría eran médicos, y se notaba que en sus países ellos tenían su casa, su carro, sus estudios, su carrera. Y teniendo todas esas comodidades, venían a arriesgar el pellejo con nosotros, en las mismas condiciones que nosotros, a veces comiendo poco, a veces nada, a veces sólo tomando agua azucarada. Les tocaban las mismas caminatas, los mismos inviernos, los mismos sufrimientos. A algunos los veías algo más débiles físicamente y pensabas que no podrían aguantar tantas caminatas. Pero se adaptaban. Los veías yendo para aquí, yendo para allá, improvisando un hospital debajo de un árbol, operaciones sin anestesia, con pocas medicinas, inventando, reinventándose para poder salvar a un compa en situaciones difícilísimas. Y el dolor que sentían cuando no lograban salvar a alguien... Los oías decir:

— Éste se podría haber salvado si me lo hubieran traído media hora antes.

En los momentos más crueles de la guerra, estaban allí: Sarita, Eduardo, Albertón, Amanda, hay que averiguar más nombres... Gaspar Alemán, que me regaló una navaja, Marianita, Emilio, Guillermo, mexicanos los tres... Se podría hacer también un listado de los Internacionalistas que cayeron en situaciones de combate o en operaciones de asalto del Ejército, como Sebastián, que era de Bélgica y que murió por un mortero, o las doctoras

españolas que fueron capturadas y asesinadas por el Ejército en el volcán Chinchontepec.

Ellos capacitaron a mucha gente. Los médicos extranjeros no solían ir directamente a la línea de fuego, pero le enseñaban a los brigadistas a atender casos de emergencia, a dar los primeros auxilios que permitieran a un herido sobrevivir mientras era trasladado a una zona más segura. Muchas personas que ellos capacitaron ahora practican eso como profesionales.

La entrega de los internacionalistas con la causa era algo que te desafiaba. Era un humanismo bien profundo el de ellos. Y vos decías: “puta, si estas personas que podrían estar durmiendo calentito, cenando en sus casas, platicando a gusto con su familia y que ni son de acá le hacen huevos, ¿no le voy a hacer huevos yo? Si ellos están dispuestos a dar la vida por el pueblo de El Salvador, ¿no voy a estar dispuesto a darla yo, que tantas razones tengo para luchar?”. Estas cosas no se decían, pero creo que muchos compas las pensaban. Y es curioso porque a compas que eran de aquí mismo y habían sido víctimas de la represión, los veías desertar. Los mismos salvadoreños que habían pasado por tanto dolor abandonaban el proceso, mientras que los internacionalistas que nada tenían que ver con nosotros, se quedaban.

Y a veces caían, como Lucas, un compa norteamericano. Lucas, decían, era veterano de la guerra del Vietnam. Murió en un combate contra un batallón de paracaidistas en Poza Honda de Meanguera. Melo, que estuvo en ese desvergue, me contó cómo fue. Me cuenta que los compas habían prácticamente conseguido desarticular a un escuadrón de paracaidistas, aunque su resistencia seguía siendo fuerte.

En eso, Lucas vio un cañón 90 que los cuilios habían abandonado y quiso lanzarse a recuperarlo. Le pidió a Melo y a los otros compas que lo apoyaran, pero Melo le dijo que no, que la situación era peligrosísima y no debía lanzarse. Lucas dijo que se iba a lanzar igual, y provocando a los compas, les dijo que con tanto miedo nunca ganarían la guerra. En eso, se avienta, y cuando ya tiene el cañón en los brazos, una ráfaga le corta los intestinos.

— Nosotros lo que hicimos —dice Melo— fue asegurarnos que el que le había disparado no se escapara. No lo pudimos capturar, pero lo

aniquilamos.

Entonces Lucas le dijo a Melo:

— Le hubiera hecho caso.

— Pues... no hay nada más que hacer.

La herida era grave y se percibía que Lucas probablemente se iba a morir. Lo operaron y Blasina le dio sangre por ser la única compatible con la de él. Pero cuando lo trasladaban a una zona segura, los compas que lo llevaban en camilla se resbalaron y lo dejaron caer. La herida se le volvió a abrir. Murió poco después.

Lucas estaba escribiendo un diario que pensaba publicar en su país para mostrarles allá que todo esto era una guerra injusta que Estados Unidos le estaba imponiendo al pueblo salvadoreño.

Él era una de estas personas extranjeras que no hablan bien el idioma, pero hacen el esfuerzo por ser simpáticos. Le comenté sobre esto a Rosita, la cocinera de la comandancia, y ella me dijo:

— Ay, pobrecito Lucas. Él era bien contento. No hablaba bien pero nosotros le entendíamos por la alegría con que hablaba. Cuando él llegaba a la cocina, me decía: ¡Rosita! —¿Qué querés vos? —le decía yo. —¿No tiene sopa de res? —Cómo no, tengo sopa de res. —Y Lucas se ponía bien contento con su plato de sopa de res. —¡Qué rica está la sopa, Rosita! No se parece a la que tomamos allá en Estados Unidos —decía él.

Cerca de Perquín, por el cerro Gigante, se ubicaba el tancredo, un lugar especializado para tratar el cansancio que había provocado la guerra en los compas más viejos, y las enfermedades y heridas graves en compas más jóvenes. A los que padecían de debilidad, les daban una alimentación especial para que recuperaran energías. Se quedaban allí un mes o quince días reposando. Los que atendían en el tancredo eran Eduardo Médico y Libertad, la compañera de Maravilla.

Ya habían pasado muchos años y los que se habían incorporado a la edad de treinta o treinta y cinco empezaban a notar bastante cansancio físico. Yo todavía no lo notaba tanto y la única vez que me enfermé fue cuando me dio paludismo. Pasé como cinco días sin poder caminar, con el cuerpo todo decaído y sin apetito. Las compas me hacían sopitas de papa

y verduras, y me daban tortillas con queso y huevo duro, lo mismo que me hacía mi mamá cuando me daba calentura.

Se hablaba también de algunos casos psicológicos. El que los atendía era Albertón. Recuerdo el caso de un compa, Samuel, al que le habían matado a su mamá y a todos sus hermanos entre La Guacamaya y Cerro Pando. Estaba él en una línea de fuego cuando, mientras apoyaba su fusil, vio que una serpiente le destapaba su caramañola de agua y se le metía dentro. Después de eso, le entró la paranoia de que todos los demás lo querían matar; hasta de los brigadistas que lo atendían y de los que le daban comida desconfiaba. Albertón logró rehabilitarlo, aunque después murió en combate, pero con sus cinco sentidos bien puestos y ya más tranquilo. Hubo también otro compa que de noche le agarraban unas pesadillas tan fuertes que se levantaba y empezaba a disparar ráfagas como loco. Sus compañeros lo que hacían entonces era retirar el tiro de la recámara del fusil todas las noches sin que él se diera cuenta.

Cuando acababan los operativos y los cuilios habían cruzado ya el río hacia el sur, lo que quedaba en la zona liberada eran campos quemados, cerros color de tile. Las calles de Perquín quedaban llenas de latas de comida y basura que habían dejado botada. Y sobre las paredes, quedaban las pintas de los cuilios. Dibujaban calaveras sobre huesos, calaveras sobre yataganes de fusil y calaveras cruzadas con lanzas. Grafiteaban también cosas bien vulgares, como soldados violando guerrilleras. Los más vulgares eran los paracaidistas, pero todos los batallones dejaban un símbolo que los representara. Escribían letreros con frases como: “Subversivo culero, aquí estuvo tu papá” – o – “Guerrilleros culeros, si huevos les hacen falta, pídanlos por correspondencia al batallón Atlacatl”. Hasta en las tumbas del panteón escribían esas cosas.

Recuerdo una pinta que decía: “Batallón Atlacatl, los angelitos del infierno que bajaron a la tierra a traer la paz”. Una locura, algo que sólo lo puede escribir un demente, un demente armado hasta los dientes. Todo eso te dejaba ver qué tipo de gente conformaba los batallones élite que dizque luchaban por la defensa de la patria. Te recordaba que no podías caer en sus manos porque un guerrillero en manos de los locos que escribían eso, imagínate...

No nos quedábamos todo el tiempo en Perquín. Cuando venían los operativos, había que salir en guinda, aunque, como lo recuerda el padre Rogelio Ponce, a los comandantes no les gustaba que dijéramos guinda; había que decir “maniobra de retirada”. Una vez, junto con la comandancia, estuvimos a punto de que nos hicieran mierda en una de esas maniobras. Nos metimos sin querer en un camino en medio de una compañía del batallón Arce. Si nos hubieran detectado, sólo con granadas de mano nos hubieran aniquilado. Cuando nos dimos cuenta, nos quedamos bien quietos, sin hacer ruido.

A las tres de la tarde Emely la Gatita me dijo por radio que saliera a la orilla del callejón para explorar. Allí vi a los cuillos descansando, relajados. Oí hasta los ruidos que hacían sacudiendo sus ponchos. Con un radio, le iba informando a Emely de lo que pasaba. A las cuatro de la tarde, se vino una gran tormenta que aprovechamos para salir del callejón. Agarramos una ruta hacia San Diego de Torola, y en esa guinda, hasta Honduras fuimos a parar. Ya de madrugada, dormimos sobre una ladera. No se podían montar champas, pero un árbol sobre el cual apoyarse fue suficiente para dormir. Con el cansancio y el hambre, con los pies tullidos por tenerlos mojados tanto tiempo, ¡te dormís porque te dormís, papá!

* * *

Recuerdo que cuando sobrevolaba un avión el campamento, Maravilla se quedaba mirándolo. Se sobaba la barba y decía: “Coño, adónde irán a tirar . . .” No se le notaba mucho el miedo, pero miraba hacia arriba y se sobaba la barba. Los compas de la seguridad de Radio Venceremos le decían:

— No te preocupés, Maravilla, ese va a tirar lejos de aquí.

Estos compas, que eran los más yucas, los más valientes, calificaban a cada uno y decretaban quién era miedoso y quién no. Los demás tratábamos de demostrar que no teníamos miedo, porque si mostrabas miedo ellos se burlaban de vos y decían que andabas culereando o que te andabas cagando. Decían que cuando aparecía un avión daba más miedo ver la cara de Marvin que ver el avión. No podías dejar que te trataran así. Entonces, ni modo, andabas con la matatada de miedo, pero al valor de los demás ibas adónde iban los demás.

La peor bombardeada fue la que nos pusieron en Arambala. Al episodio le quedó el nombre de “Arambalazo”. Fue el 16 de septiembre de 1985. Por la mañana todo parecía tranquilo. El día anterior, los compas habían jugado un partido de fútbol en la cancha de Arambala. Había sido un día de bullicio y de juegos por ser día de la independencia. Schafik se había ido a lomo de bestia rumbo a Joateca y luego Nicaragua y los compas de la seguridad habían matado un tepezcuintle y lo habían asado para que se lo comiera la comandancia. Dos días antes, en acto de despedida, había sido enterrado Gustavo, hermano de Tita y Paco, mis amigos de Joateca. Se había parado en una mina en el cerro Colorado, en la ruta hacia Corinto. Rogelio le hizo una misa.

En la mañana del Arambalazo los compas lavaron su ropa y la tendieron al sol sobre el empedrado de la calle que va a El Mozote. Como a las ocho de la mañana pasó un helicóptero volando alto; nadie le hizo caso, pero al parecer, detectó un movimiento de bestias que traían abastecimiento. Nos confiamos demasiado. De hecho, Arambala no era un lugar adecuado para asentar Radio Venceremos. Es una hondonada con demasiadas planicies alrededor, y eso te pone en desventaja a la hora de un bombardeo o de un desembarco.

A los veinte minutos se dejó oír el ronroneo de la flota de helicópteros UH-1M y Hughes 500, y de aviones C-47 y A-37. No anduvieron dando vueltas. De inmediato se formó la de San Quintín: bombazos de 500 libras, rocketazos, ráfagas de ametralladoras electrónicas Minigun. Tronaba de todo y eso era un pequeño infierno.

La avispa, el Hughes 500, pasaba y pasaba a menos de 50 metros de altura, y allí supe que era verdad eso que decían, que cuando la avispa pasaba bajito rafagueando, se podía ver al piloto.

Con Gustavo Seco, el camarógrafo, en nuestra desesperación cruzamos corriendo un llano pelado para buscar las faldas del cerro El Pericón. Corrimos en medio del deschongue, dispuestos a que nos mataran, como diciendo, “si nos toca, nos toca, pero en Arambala no nos podemos quedar.” No había de otra más que correr, y si nos daban, ni modo. Logramos llegar a las faldas del cerro donde había un poquito de cobertura de zacate y chaparros, y luego a la posición del amate, que tenía trincheras. Recuerdo haberme cruzado por allí con Blasina; los dos íbamos huyendo despavoridos

cada quien en su rumbo y sólo nos vimos las caras de susto. Ella es bien negrita, pero ese día la vi blanca. Las torretas de las ametralladoras de los rocketeros seguían girando y se veía fuego saliendo de ellas cuando rafagueaban. Luego, no sé cómo, logré reagruparme con otros compas y nos movimos al cerro Gigante.

Los compas de la seguridad reaccionaron con fuego de ametralladoras. El que opuso más resistencia fue Melecio Meléndez, un compa morenito de Cacaopera. Con su M60 y una canana de 100 tiros tuvo a raya a los helicópteros y los aviones. Se dio verga varias horas. Tenía tanto tacto que cuando disparaba, nada más soltaba un tiro o dos. Farabundo, que vivía con Mina la cocinera, con un FAL también resistió tiro a tiro.

Gracias a ellos, los cuilios no pudieron desembarcar como era su intención, a pesar de que el ataque se prolongó por varias horas. Reportaban por radio que seguía habiendo resistencia. Incluso, el copiloto de la avispa comunicó que le habían cruzado las nalgas de un disparo y que abandonaba el área de combate. Quién sabe qué hubiera pasado si hubiesen logrado desembarcar, teniendo a la comandancia tan cerca. El Ejército no sabía qué estructura estaba golpeando. De haberlo sabido, hubieran redoblado sus esfuerzos por desembarcar.

Las unidades que estaban en la zona, tampoco pudieron apoyar por lo plano del terreno. Marta, una radioperadora, estaba en la unidad de Amaya en el desvío de Arambala, sobre la calle Negra. Ella cuenta que los compas hasta ganas de llorar tenían porque sabían que la comandancia y Radio Venceremos estaban siendo bombardeadas y ellos no podían hacer nada. Lo que sí pudieron hacer otras unidades fue montar una operación psicológica por las comunicaciones:

- Hey, ¿a cuántos llevás?
- Yo llevo a veinte, ¿y vos?
- Yo llevo a treinta, y ahí viene aquel con cincuenta más.

Pero no era cierto nada de eso.

Cuando llegaron las cuatro de la tarde, se vino una gran tormenta. Se alejaron los A-37, el C-47, y sólo quedó una avioneta rocketeando. Pero poco a poco se fue silenciando el ruido que se oía.

Ya en el cerro Gigante, nos dijeron que teníamos que volver a Arambala para recoger a los heridos. Vimos cómo había quedado el lugar donde habían estallado las bombas. Estaba todo hecho un lodazal y se sentía un gran tufo a pólvora.

En el bombardeo murió Julito Perica, de la seguridad Radio Venceremos. No sé si fue rocket o ráfaga. Era el segundo o tercer hermano Perica que moría en la guerra. Lengüita de Pollo, el asistente de sonido de Gustavo Seco, un cipote joven, chele, de ojos claros, fue herido de gravedad y como a las dos horas murió. Y también cayó un muchacho que era correo. Entre los lesionados quedaron Chila, Estenia, Osmín, de la seguridad y Santiago, que recibió una esquirla en el cuello. En total, fueron once nuestras bajas. Los compas heridos fueron atendidos en una clínica de emergencia en Las Marías, y luego fueron evacuados a La Montaña, un área más segura para los heridos.

Al amanecer, en el cerro Gigante, un posta gritó que nos protegiéramos porque volvían los A-37. Enseguida pasó un cazabombardero que ni vueltas anduvo dando. Sólo llegó en picada y dejó caer una bomba en medio del campamento. No jodió a nadie. Recuerdo que yo me aventé a una zanja, y casi al momento de caer el bombazo, Marvin se tiró sobre mí. Hasta pensé que me había caído la bomba encima, pero sólo era Bejuquilla. Después de la sacudida de Arambala, pensamos que todo empezaba de nuevo. Pero no: sólo fue un bombazo aislado.

Fueron días de mucha tensión y miedo. Daba la impresión que tenían la radio bien localizada, y los ataques eran precisos y a cualquier hora. Cuando un compa se asustaba demasiado oyendo el ruido de un helicóptero, los demás le decían: “Vos sicoteado es que estás”. El trabajo, el monitoreo de noticias, tenía que seguir, aunque faltaran los compas heridos.

El Ejército tenía cada vez más información gracias a los desertores, y ya les conocía las voces a los radistas de cada estructura. Además, los gringos pusieron goniómetros en barcos situados en el golfo de Fonseca. Con otros goniómetros embarcados en helicópteros que sobrevolaban Morazán, lograban hacer cruces sobre la carta topográfica para ubicar más o menos desde donde transmitía Radio Venceremos. A finales del 85, los rocketeros nos traían a pan y agua, pendientes de cualquier rumor o cualquier informe de inteligencia. Lo que sí es cierto, es que junto a los

compas de la seguridad de Radio Venceremos, compas muy aguerridos, el miedo era menos. Por eso no se sintió tanto el bajón moral después de las revolcadas que nos dieron.

También nos dio cierto respiro un invento del área técnica de Radio Venceremos. Ellos tenían un pequeño taller, montado sobre tablas, como un tapezco. Allí tenían toda clase de aparatos destartalados, radios de todos tamaños, estaño para soldar, baterías de carros. Ellos inventaron un aparatito para comunicarse a través del alambre de púas de los cercos. Conectándolo con dos cables al alambre, podías hablar con una estructura alejada si corría un cerco entre las dos. Se llamaron radios carpinteros, y dejaron al Ejército asombrado. ¿Dónde estaban las estructuras? Las voces que conocían de la comandancia o de la radio, ya no las oían. Luego, cuando supieron lo de los radios carpinteros, quizás por algún desertor, los soldados empezaron a romper todos los cercos de Morazán con el gancho que tienen los M16 para cortar alambre.

Para ese tiempo, el Ejército ya sabía utilizar tácticas aprendidas de la guerrilla. Se hablaba mucho de los GOES, Grupos de Operaciones Especiales, y las PRAL, Patrullas de Reconocimiento de Alcance Largo, que se metían a la retaguardia de la guerrilla sin comunicación, en operaciones de 72 horas. Buscaban ubicar estructuras para dirigir bombardeos o desembarcos, o dar golpes sorpresivos. Como no usaban comunicación, era bien difícil defenderse de ellos.

Una de esas unidades que había entrado por Corinto logró atacar a la comandancia en el Llano del Muerto. Los de la radio estábamos no muy lejos, en El Guatalón, cerca de El Carrizal. En ese ataque lesionaron a Jonás en el brazo, y en la revolcada dejó botada una pistola soviética que los cuilios recuperaron. También recuperaron una mochila llena de documentos que eran de Villalobos. Sólo entonces comprendieron qué estructura habían golpeado.

Nosotros oímos ese deschongue. Poco después, llegó a donde nosotros estábamos Arnulfo, un compa de la seguridad. Con sus manos se iba sosteniendo los intestinos que le iban aflorando por el agujero de la bala. Me acuerdo de haberlo visto con el rostro amarillento, quejándose del dolor. Pero aún así, riéndose, decía que había logrado dejar escondidos el

fusil y la mochila para que no los encontraran los cuilios. No murió. Logró salir vivo de la operación que le hicieron en un hospital de La Montaña.

Uno de esos meses, en el norte de San Miguel, después de un ataque en que la unidad de Inteligencia tuvo que salir en guinda, los soldados encontraron cuadernos con las claves que usaba el Ejército. Se dieron cuenta entonces que la guerrilla sabía descifrar todas sus comunicaciones, y claro, cambiaron su sistema de claves. Eso fue un problema para la guerrilla porque ya no sabía cuándo y dónde atacarían los cuilios.

La estructura de Radio Venceremos tuvo que hacerse más ágil y portátil. Cuando había operativos, la radio y la comandancia abandonábamos el área de Perquín y el cerro Gigante para adentrarnos más hacia Nahuaterique y La Montaña, un área que después de la guerra fue entregada por El Salvador a Honduras. Así, recorrí lugares que nunca hubiera imaginado. Las montañas de allá son más verdes que en el resto de Morazán. Los paisajes, ya buscando hacia Marcala, en Honduras, parecen de otro país. Son como los paisajes que podés ver en los calendarios pegados en la pared de las casas campesinas, así, con montañas, praderas, bosques y pequeñas lagunas. El viento, el rocío y las nubes estaban siempre allí. El frío era tremendo. La población nos contaba que soldados de San Miguel y San Salvador habían tenido que ser evacuados por hipotermia. Cuando tomábamos café nos quemábamos la lengua: era tanto el frío que ni lo sentíamos caliente.

A la hora de dormir, cuando la situación era un poco normal, hacíamos unas zanjas que cubríamos con trozos de madera y una capa de hojas y de tierra. Eso era para protegernos de los ventarrones de la madrugada y del rocío helado que se desprendía de las nubes. Lo yuca era cuando estabas en tu nido calentito, cubierto de hoja de pino, y llegaba tu hora de posta. Te tenías que levantar todo tembelecoso, con tus quijadas zarzaleando, como decían los compas. Cuando no se tenían las condiciones para preparar nidos, dormíamos espalda contra espalda, en chorizos de quince o veinte compas, para sentir menos frío.

Recorrimos La Montaña, toda la franja fronteriza, de punta a punta. Palo Blanco, Nahuaterique, Los Patios, La Casa de Vidrio, Las Aradas, Las Galeras, El Paso del Mono, El Carrizal, Los Naranjos, El Barrancón, La Loma

de los Ramírez, La Loma de Salvador, el cerro La Golondrina, Rancho Quemado, todos esos lugares los conocí.

Los hospitales de la guerrilla estaban en La Montaña. Su ubicación tenía que permanecer algo secreta para no poner en peligro a los compas que se estaban recuperando de alguna herida grave o de una amputación. Curiosamente, la población civil de La Montaña era la que mejor conocía los hospitales. Era bonito saber que la gente colaboraba con los heridos, llevándoles la comida o las medicinas.

Pasamos por lugares donde se cultivaban duraznos y moras. La mora sólo se da en clima frío. Hoy todavía, los campesinos de ese lugar bajan hasta Gotera a venderla. Recuerdo que yo me metía en esos guatales a comerlas cuando estaban bien maduritas. Había que tener un gran tacto por las espinas. Otros compas, lo que hacían era tender una tabla sobre la mata, y parados sobre la tabla, la agitaban para que cayera la mora. Luego abrían un hueco debajo del matorral y ya la podían recoger.

La gente de La Montaña nos mandaba unas conservas de guineos madurados en tabancos. El tabanco es como una armazón de madera que lleva dentro hoja de huerta. Se pone por encima de la hornilla y sirve para madurar frutas, sobre todo guineos, o guardar lajas de dulce. Recuerdo que Marina, hermana de Álvaro, se reía cuando estábamos de posta en un camino por donde podía aparecer tropa hondureña y nos comíamos esos guineos.

— Mirate los dientes ¡qué negros te han quedado! —me decía Marina.

— ¡Y a vos igual! —le decía yo.

En La Montaña había grandes pineras, robledas y cipresales. También había unos bosques de un árbol del que no me sé el nombre. Eran muy espesos y oscuros cuando atardecía. Allí se oía el canto de un ave, un canto bien fino y prolongado, pero nunca logré ver a ese pajarito, y también el canto de unos pájaros azules que nunca había visto en el área del Cacahuatique. Cuando me tocaba hacer posta cerca del taller de prensa y propaganda, me gustaba perseguir a unos pájaros parecidos a las codornices, pero más grandecitos. Eran muy rápidos y siempre andaban a ras de tierra, entre la maleza. Parecía que más que volar, corrían. Quise matar alguno pero nunca lo logré.

En un campamento de La Montaña, recuerdo que nos dijeron que tuviéramos cuidado porque habían encontrado excrementos de león.

El invierno hacía que los cusucos salieran a hacer ruido por la noche. Cuando se hacía silencio, era fácil escucharlos rascar la tierra, buscando lombrices en la humedad. A los compas les gustaba agarrarlos. Era muy fácil: el armadillo es algo bobo de noche. Si le dirigís la luz de una linterna, él camina hacia la luz. Y cuando lo tenés cerca, lo más práctico es levantarlo por la cola, así ya no puede apoyarse con sus patas ni aruñarte.

A muchos compas no les gustaba mucho comer cusuco, decían que era muy chuquilloso. Pero otros compas más inteligentes los agarraban y se los daban a Juancito Cruz Cruz, el excapitán del Ejército. Él sabía cocinarlos muy bien, con ajo y mucha cebolla, y sabía pelarlos sin romper la bolsa de hiel que tienen los cusucos y que amarga la carne si se desparrama. Deliciosos le quedaban.

Había compas que de tanto haber cuidado sus milpas de noche antes de la guerra, se habían vuelto expertos en cazar animales. Salían de cacería y volvían con garrobos, guatuzas, tepezcuintles, guazalos y hasta venados. Había por allí terrenos con palos de nance ácido y de un tipo de semilla que también les gusta a los venados. Esos animales se cruzaban siempre por allí, y tenían echaderos donde los compas iban a buscarlos.

Una vez, estábamos en una quebrada bañándonos con Ernesto, un compa que perdió una mano en un combate, cuando apareció un venado. Entonces le digo:

— Mirá, va un venado allá.

— ¿De veras? —me dice.

Y mientras me decía “de veras”, él ya había agarrado el fusil. Lo montó sobre su brazo amputado, alineó el animal con gran seguridad y lo mató.

En otra ocasión, iba yo solo a dejarle comida a unos compas que estaban de posta. Llevaba una paila de tortillas y un recipiente con frijoles. El fusil, lo llevaba atravesado a la espalda. Y en el camino, se me cruza un venado. El venado se para y se me queda viendo con curiosidad. Porque un venado, si algo tiene, es curiosidad cuando te ve. Se queda quieto mirándote, moviendo las orejitas. Puse en el suelo los frijoles y la paila. El venado dejó que me quitara el fusil y que lo pusiera en posición de tiro. Pero cuando ya estaba buscando alinearlos, pegó un salto y se fue. A mi, me dio risa mi

torpeza, y pensé en Ernesto y su gran seguridad para apuntar y disparar con una sola mano.

Otro gran cazador de venados era el Chele César. En su unidad siempre había carne fresca o asoleada de venado. Durante mi estancia en Radio Venceremos estuve un rato en su unidad apoyándolo como radioperador.

La unidad del Chele César era la encargada de cuidar a las personalidades capturadas o secuestradas por la guerrilla. En su momento, me parece que cuidó al viceministro Castillo y al capitán Medina Garay, el carnicero de El Junquillo. Mientras yo estaba en La Montaña, andaban cuidando al coronel Napoleón Ávalos, el director de Aeronáutica Civil, que había sido secuestrado por comandos urbanos cerca de Cojutepeque.

El Chele César era un tipo bien sonriente, que te hacía una broma de cualquier cosa y todo se lo tomaba a risa. Jugaba naipes, tocaba guitarra, contaba chistes, y por eso la mara jodarriaba mucho con él, ya de tarde, cuando la situación estaba tranquila, entre charlas y cigarros. Decía que cuando estás besando y amasando a una mujer, y ya no aguantás más el deseo, lo más práctico para no perder tiempo es bajarle el calzoncito con el dedo gordo del pie. La gente se reía mucho con él.

Con la guitarra, el Chele César cantaba canciones de Los Vikings, un grupo de los años setenta, de Usulután. Tocaba la canción de *El amigo que perdí*, que dice:

*Siempre he tenido amigos sinceros
Pero no como el que perdí
Era un amigo sincero y tan bueno
Que nunca jamás lo veré.*

Y la de *Sentado a la vera del camino*, que dice:

*Mi mirada vaga en lo mudo
De un camino triste
Donde cada estrella es nostalgia del ayer
Que ya no existe.*

Con la guitarra hacía unos arreglos que me llamaban la atención, con notas raras y unos ganchos bien extraños, y además cantaba bien.

Tenía la estampa de un guerrillero respetable: era alto, tenía barba y boina. Por lo chele y la estatura lo hubieras podido confundir con un guerrillero internacional. Antes de andar con la guerrilla, el Chele César había sido guardia nacional y hasta había ganado dos veces el premio al mejor tirador. Yo intentaba imaginármelo vestido de guardia. Me acordaba bien cómo eran los guardias porque ellos llegaban a la casa y mi mamá les daba comida. Esos babosos eran altos, con dientes de oro y relojes. Sobre el verde olivo del uniforme llevaban botones dorados con el escudo nacional. Ahora que he visto películas sobre la Segunda Guerra Mundial sé que los guardias nacionales iban vestidos igual que los soldados alemanes, con el mismo casco, los mismos uniformes y las polainas sobre los zapatos. Pero ya con boina y barba, el Chele César tenía cierto parecido con el Ché Guevara o con Camilo Cienfuegos.

El Chele César era de los mandos que más sonaban en la fuerza, de los más queridos entre los combatientes. Los militares le tenían miedo y hasta regaron el rumor que era brujo. Decían que una vez el Chele César se les había escapado convirtiéndose en un enjambre de abejas. Risa le daba a él ese cuento. Decía que aquella vez, había tenido que aguantar un vergo de picaduras de esos animales, escondido en una huerta donde había un panal.

Después de la guerra, el Chele César se fue a vivir al Bajo Lempa, como muchos excombatientes. Puso una panadería, tuvo problemas y emigró a los Estados Unidos. Parece que allá trabajó en el Pentágono limpiando ventanas y haciendo trabajos de tipo hombre araña bien arriesgados, de esos que no cualquier migrante latino se atreve a hacer.

La Montaña era nuestra retaguardia, pero tampoco podíamos confiarnos mucho allí. El Ejército lograba a veces infiltrar unidades de operaciones especiales. Teníamos que mantenernos listos. Por eso se organizaban simulacros de ataques: eran, por ejemplo, las once de la noche, el campamento estaba tranquilo y los postas se iban turnando normalmente. De repente, cuando estabas en lo mejor del sueño, por orden de los mandos, alguien empezaba a soltar disparos y ráfagas. Se sentía bien feo. En

el sobresalto, agarrabas tu equipo y salías corriendo. Con las prisas, a veces agarrabas tu mochila y olvidabas el fusil, o llevabas el fusil pero dejabas la mochila. Contaban de una pareja de compas que en un simulacro había salido a la guinda, él con el blumer de su mujer, y ella con el calzoncillo del hombre. Luego volvía la calma y todos chistábamos con lo ocurrido.

En esos años, en la guerrilla se sintió un bache con respecto al armamento. Los fusiles ya empezaban a sentir el desgaste, y no bastaban los que se les recuperaban a los cuilios. Por un tiempo llevé un M16 tan malo que hasta había sido convertido en cazabobos. Pero ante la escasez de armas, desactivaron la mina y me lo dieron a mí. Ese fusil me hizo varias pasadas. Una vez, en un desplazamiento, de repente mandaron el alto desde la cabeza de la columna. Sólo se oyó que alguien de nosotros preguntaba:

— ¿Y vos quién sos?

— ¿Y vos quién sos? —le contestaron.

— ¿Y vos quién sos?

Y allí empezaron los balazos. Yo también disparé, pero a los dos tiros se me trabó el fusil. Entonces corrí. Luego, los compas se dieron cuenta que en frente les estaban disparando tiro a tiro y bajito. Nada de ráfagas de M60, granadas de mano, granadas de Law como cuando eran los cuilios. Entre los mismos compas era el fuego y cuando se dieron cuenta, paró. Por suerte nadie resultó herido.

Cuando pasó todo, Dimas se me acercó:

— Usted se corrió. ¿Será que se cagó?

— No, Dimitas, a mí el fusil me falló, por eso tuve que correr.

Después de eso, Dimas me dijo:

— Pida que le cambien ese fusil. En un desvergue más serio, con esa babosada lo van a matar.

Y sí me lo cambiaron.

Luego, hacia el 88, el armamento empezó a mejorar de nuevo. Un día, siempre en La Montaña, nos reunieron a unos setenta compas que caminábamos bien para ir a buscar armas a Honduras. Salimos de un sector cercano a Nahuaterique como a las seis de la tarde y empezamos una caminata larguísima. Fue dificultoso porque no conocíamos el terreno

y avanzábamos sin linternas. Ya en territorio hondureño, grandes planazos nos íbamos dando contra el suelo; nos servían de risa.

Pasamos por caseríos, potreros, por caminos muy resbaladizos. Pasamos cerca de las casas de la población hondureña en silencio. Se veían luces lejanas. Mientras más te vas adentrando en Honduras, más helado se siente. A las tres de la mañana llegamos a una montañita, y nos dijeron que esperaríamos allí a que llegara el material. Me empezó a calar el frío porque sólo llevaba camiseta. Luego, cuando llegaron las armas, me dieron un lote de cinco fusiles. Otros llevaban lanzagranadas RPG-7, otros sólo las granadas, y otros, puchos de munición. Con eso volvimos a El Salvador. No tuvimos enfrentamiento con el Ejército hondureño. Quién mandaba esas armas, si venían de Cuba o Nicaragua es una información que a nosotros no nos daban.

Lo que más me llamó la atención en esa caminata fue ver que la población civil hondureña colaboraba de corazón con los compas de El Salvador. Los que nos guiaban eran hondureños. No sé si en Chalatenango y en Cabañas también se dio, pero en Morazán, el apoyo de la gente de Honduras fue importantísimo. Nadie parece acordarse de eso hoy después, pero los hondureños colaboraron mucho con información y trasladando cargamentos de armas, pertrechos y comida. En un momento dado el Ejército logró controlar los accesos a Morazán por Torola, Carolina y Gotera, cercando así la zona liberada. Las rutas de abastecimiento de Honduras le dieron entonces aire a la guerrilla. Los soldados en los retenes que controlaban la ruta de Gotera a Perquín arremetían contra la población civil, y a la gente que venía de comprar sus abastos para la semana le decomisaban el maíz, el frijol y el azúcar. Por un par de baterías para un radio musiquero, un campesino podía ser tomado por un colaborador de la guerrilla.

Los lazos con la población hondureña eran muy estrechos. Estructuras pesadas como la nuestra, o grupos de heridos, iban a refugiarse al otro lado de la frontera cuando los operativos estaban muy perros en El Salvador. Y eso, sin el apoyo de la población hubiera sido imposible. Además, hubo compas hondureños destacadísimos en las filas de la guerrilla, como Adán, del que ya hablamos, que estuvo conmigo en la escuela de menores y fue un gran elemento de las Fuerzas Especiales o Blasina, que se dedicaba a

inventar nuevas claves para las comunicaciones, o Freddy Catracho, que trabajó con nosotros en expansión política por el lado de Carolina.

* * *

Estábamos en El Volcancillo cuando supe de la muerte de Pajarillo, mi hermano Romeo. No recuerdo quién me lo dijo, pero eso me dijo, que el día anterior Pajarillo había caído en combate por la calle Negra, a la altura del desvío a Jocoaitique. Fue un golpe demoledor para mí. Perdí el apetito y no quise hablar con nadie durante varios días. Me acuerdo de que estaba sobre un cerco de piedra, cabizbajo, y en eso se me acercó Martín y me dijo que no me ahuevara, que él también era mi hermano, que todos éramos hermanos allí. Fue uno de los pocos que se acercaron a mí con palabras de consuelo. Y era bien difícil porque era vergonzoso llorar a sus muertos. Nos decían que no se podía llorar a los muertos, pero, ¿cómo no ibas a llorar, si era tu hermano? Por eso, bien me acuerdo de las palabras de Martín.

No fue sino hasta terminada la guerra cuando supe los pormenores de su muerte. Andando por la laguna de la Villa del Rosario, me informaron que un compa que le dicen el Coyote había estado en la unidad de mi hermano. Lo busqué, y me dijo que sí, que había conocido a Romeo y que él había muerto a la par suya. La unidad de Pajarillo y del Coyote era una unidad de unos dieciséis compas que podía dislocarse en equipos de cuatro o cinco según el terreno y el tipo de avance del enemigo. Romeo era responsable de uno de esos equipos en el que también iba Areli, su compañera de vida, que era brigadista. Durante un operativo del Ejército fueron sorprendidos por un avance del batallón Morazán. Acababan de salir de una reunión con otros mandos en la que habían planeado el dispositivo para enfrentarse al operativo militar. A unos quinientos metros del desvío a Jocoaitique, como a las cinco de la mañana, sobre la calle Negra, fueron emboscados. El Coyote empezó a darse verga con los cuilios que los esperaban. En eso, su fusil G3 se le encasquilló. Romeo llegó a apoyarlo y cuando iba a empezar a disparar en posición dos, que es la posición de tiro con una rodilla al suelo, les cayó la granada de mano. La onda expansiva de la granada aventó al Coyote para un lado de la calle,

y a Romeo para el otro. El Coyote salió ileso y pudo retirarse, darse a la guinda con los demás. Romeo no. Y yo le pregunto al Coyote si estuvo en posibilidad de saber si Pajarillo había muerto en el acto o si había quedado herido y se quejaba. Él me asegura que Pajarillo murió en el acto.

— Yo no oí voces, no oí que pujara ni nada.

Un par de horas más tarde los compas se reagruparon e intentaron acercarse a la zona para sacar a Romeo y a Arelí, porque ella quedó con las piernas fracturadas en esa emboscada y no pudo escapar. Pero no lo lograron: los cuilios los estaban esperando, y los levantaron a ráfagas cuando los detectaron. No fue sino hasta dos días después que encontraron los dos cuerpos cerca del desvío a Jocoaitique. Los cuilios los habían quemado, y se supone, aunque no se puede confirmar, que a Arelí la arrastraron viva hasta ese lugar.

Eso ocurrió en marzo o en mayo del 85. Yo tenía trece años, Pajarillo, diecisiete.

Algo que me dolió con respecto a la muerte de Pajarillo, es que la comandancia no me avisara. Ellos tenían el reporte diario de todos los combatientes caídos. Eran los primeros en saberlo. Radio Venceremos no siempre daba los nombres de los combatientes caídos, no sé por qué, quizás para que el enemigo no supiera cuántas bajas nos hacía. Pero esa es una pregunta que me sigo haciendo sobre la comandancia: ¿será que no les interesaba saber quiénes eran tus hermanos incorporados? ¿O será que te negaban la información cuando uno de ellos caía? De las dos maneras yo lo considero injusto. Yo había demostrado que estaba dispuesto a morir por la causa que defendíamos, y ellos, en reciprocidad, tenían que haber confiado en mí.

Días después de la muerte de Romeito, lo que me moralizó para seguir adelante fue la caída de un helicóptero roquetero en la quebrada de El Chongue, por Torola. Los compas lo derribaron y toda su tripulación murió. Me reconfortó saber que los perros asesinos también se morían. Así pensé yo: los perros asesinos que siempre le han hecho la guerra al pueblo también se mueren.

La última vez que vi a Pajarillo fue sobre la misma calle Negra, a la altura de San Luis. Con Radio Venceremos nos estábamos desplazando entre

La Guacamaya y Soledad de Meanguera. Él estaba recostado sobre una piedra desde donde se apostaban para vigilar la carretera. Me dieron tres minutos para hablar con él. Fue bien poco lo que nos dijimos, cosas leves, el saludo, “¿qué tal?”, “¿cómo estás?” Después de tres minutos, seguimos caminando.

Es muy poco lo que sé de Romeo en esos años. Nunca compartimos un combate ni pudimos platicar, intercambiar experiencias. Sólo sé algunas cositas que me han contado. Raquel, la maestra de Osicala, me comentó que Romeo era un diablo, que no tenía miedo de nada. Conocía todos los potreros, los guatales, todas las vereditas palmo a palmo, tanto que hasta de día venía a minarles el camino a los soldados. En sus narices les ponía las minas y desaparecía.

Sé también que aprendió a tocar guitarra y que le gustaban las canciones de Miguel Gallardo y de Galy Galeano, y que le gustaba cantar esa que dice:

*La vi por última vez aquella tarde
cuando de alegría poco a poco se alejaba
y el pobre corazón melancólico y cobarde
al contemplar su rostro callaba
sentí frío y era el frío de la ausencia
sentí miedo, miedo del olvido.*

Yo nunca lo vi tocando guitarra, ni sabía que había aprendido algo de música.

Al Coyote le pedí que me contara alguna de las vivencias que seguro había tenido junto a Pajarillo, y él me contó que una vez, por El Ojustal, iban ellos dos en una misión buscando la ubicación de los soldados. Habían tenido un pequeño combate por La Alejandría. De La Conejera bajaron a Las Huertas y se acercaron a una casa para pedir información. Como iban uniformados y llevaban fusiles M16, Pajarillo decidió que se harían pasar por soldados. Pajarillo se acercó al corredor de la casa, saludó, y le preguntó al señor si sabía dónde estaban los demás soldados, porque ellos habían quedado desperdigados después de un combate contra los guerrilleros. El señor les explicó con todo detalle dónde estaba la tropa. Fue cuando Romeo le dijo al señor:

— Mire, nosotros no somos soldados, somos guerrilleros. Gracias por la información, y no se preocupe que no le va a pasar nada.

El señor cambió de color, y le dijo a una de sus hijas que les prepararan comida. Intentaba apaciguarlos dándoles almuerzo para no quedar como colaborador del Ejército. Entonces Pajarillo le dijo que no prepararan nada, que no tenían de qué atemorizarse. Se fueron, y cruzaron de nuevo el río hacia la zona liberada.

El Coyote también me habló de los partidos de fútbol que jugaban por la laguna de la Villa del Rosario contra la población civil. Los compas hacían su equipo y la población el suyo. Los fusiles, la población se los cuidaba mientras jugaban.

— ¿Y tenían el valor de dejarle los fusiles a la población? —le pregunto yo al Coyote.

— Sí. La gente de allí eran muy buenas personas y les teníamos mucha confianza.

En la delantera del equipo de los compas, siempre iban el Coyote, Pajarillo y Ever.

Otra cosa que supe y que me contó Irma, es que una vez estuvieron a punto de ajusticiar a Pajarillo. Un mando que llamaban Arquímedes lo quería matar porque lo vio platicando con una compa que era su mujer. Y no lo hicieron porque intervino Nazario, que estaba al mando de una unidad logística. Él dijo que Pajarillo era una persona confiable, que pertenecía a una familia que toda entera se había incorporado, y que no era posible pensar en hacerle algo. Por eso el otro mando desistió. Arquímedes luego murió, antes que Pajarillo, en una acción en no sé dónde.

Unos meses después de la muerte de Pajarillo cayó Juan, mi último hermano, el séptimo familiar cercano que perdí en la guerra. Poco tiempo antes, él había ido a Honduras, al refugio de Colomoncagua. Allí vio a mi papá y a sus hijos, Gerber, Alexis, Gladys, Juan y Bayardo. Les dijo que lo mandaban sancionado a Usulután, a una zona de mayor peligro que no conocía de nada, para cumplir labores de expansión política.

Después, buscó hablar conmigo. Nos encontramos en La Guacamaya, en un campamento cerca de la cueva del Murciélago. Cuando lo vi, él estaba sentado sobre una taza de letrina abandonada. Recuerdo que me

dijo más o menos lo mismo que me había dicho Hubert la última vez que lo vi en El Mozote, que si algo le pasaba no me fuera a ahuevar. Esa palabra la usaba mucho Juan. Fue una plática bien leve. No recuerdo que me haya dicho que iba a Usulután por una sanción; eso lo supe después.

Juan cayó en agosto del 86 en una emboscada. Iba al mando de una unidad de cinco compas que él mismo había incorporado a la organización en ese sector. Eran milicianos que poco a poco habían ganado experiencia. En ese sector se movían unidades del batallón Atonal, un batallón élite. Pasaron la noche anterior en un caserío cercano a Jocote Dulce de Chinameca. Hay sospechas de que alguien los delató.

De madrugada, salieron del caserío. Fueron emboscados en un lugar estrecho, con paredones altos a cada lado del camino. Juan, que iba adelante, recibe la primera ráfaga de M60. Mi hermano muere a las cinco de la mañana en la finca Santa Emilia. Fue el único de la unidad que cayó en esa emboscada.

Los cuilios le recuperaron el arma y estuvieron cuidando el cuerpo. Lo usaron de carnada: al que quisiera venir a enterrarlo le esperaba una nueva emboscada. A los tres días se cansaron y la población pudo venir a darle sepultura.

La comandancia tampoco me dijo nada esta vez. Supe que Juan había caído como una semana después, por una compañera de comunicaciones estratégicas. La guerra se llevaba a mi hermano mayor, por quien me llaman Chiyo.

Recuerdo que lloré poco la muerte de Juan. No sé como explicártelo, pero a esas alturas de la guerra, el dolor ya no era algo que expresaras por fuera; sólo lo reciclabas por dentro. Ya había visto tantos compas heridos, tantos compas muertos, que se me había vuelto una cosa cotidiana. El cansancio de la guerra, el verde olivo, el tufo a pólvora, las siluetas furtivas de los cuilios, todas esas cosas se te combinaban y te hacían inmune al dolor. Cuando cayó mi hermano, yo ya sentía eso: la inmunidad al dolor. Has visto tantas cosas horribles que ya no las ves tan horribles, ya las ves normales, y llegás a pensar que la muerte es igual que la vida. La guerra parecía estancada. Llevaba muchos años ya y parecía que nunca se iba a terminar. Mientras, los compas seguían cayendo. Pero no deja de calarte

hondo una muerte. Te duele no tener a algún familiar a tu lado que comparta esos momentos duros. Sentís ganas de llorar, y llorás muy poco. En mí, surgió la idea de que iba por el mismo camino que mis hermanos: como a ellos, el día en que me tocaran me iban a matar. Porque ninguno de los tres fue alguna vez lesionado en combate: murieron la primera vez que los tocó una bala o una esquirla.

Quizás nos podamos adelantar y hablar ahora de la exhumación de Juan, que fue en el 2002. Cuando terminó la guerra, en 1992, los combatientes sentimos un bache moral raro generado por la desmovilización. Después de doce años de guerra entregamos las armas y nos quedamos en las mismas zonas donde había habido tantos combates, tantos muertos. No fue fácil adaptarse a la vida civil y hasta te preguntabas por qué estabas vivo. Más de una vez pensé que hubiera preferido estar muerto con el resto de mis hermanos, que todo lo que vendría después en mi vida sólo sería tiempo extra sin mucha importancia.

Pero fue peor cuando supimos la traición de los comandantes. Los combatientes fuimos dejados en el abandono, sin posibilidad de reinsertarnos y de tener una vida digna después de tantos años de lucha por un país mejor. Lo único que nos ofrecieron fue capacitarnos para entrar a la Policía Nacional Civil. Yo no quise: ya no quería saber nada de armas. Y no conozco a muchos compas viejos, de los que lucharon muchos años, que hayan entrado en la policía.

Muchísimos compas emigraron para los Estados Unidos, y entre ellos, mi hermana Carolina, junto con los hijos de Juan. Un primo mío quiso llevarme para allá, y lo pensé muy en serio. Si nada se podía hacer en El Salvador, mejor irse a lavarle el culo a un gringo. Al final, un compa mexicano, Genaro, me dijo que había una oportunidad de ir a México a una capacitación para crear microempresas. Yo no tenía idea de a qué le llamaban microempresa, ni me interesaba mucho saberlo, pero con tal de irme a otra parte y olvidarme de la guerra, me fui con él. Me quedé ocho años en México que me sirvieron para recuperarme de las secuelas de la guerra.

Cuando volví, tenía una visión distinta sobre las cosas que había vivido. Vine con la fuerza para recuperar lo que era nuestro, la historia de la

familia, y con la voluntad de resolver las preguntas que habían quedado en el aire después de la guerra. Con Irma, empezamos a buscar información sobre la muerte de mis hermanos, el lugar donde habían caído y donde habían sido enterrados.

Fui al cantón Las Marías a visitar a una familia que, según me habían dicho, había conocido a Juan, y probablemente había sido una de sus bases sociales. Conocí allí a Chamorro, un compa que tiene más o menos mi edad y que estuvo en las Fuerzas Especiales. Él es un compa con muchas cicatrices y muchas historias de combates en el cerro El Tigre. Juan anduvo por toda esa zona de Las Marías haciendo labores de expansión política, concientizando a la gente, y las charlas que dio contribuyeron a que Chamorro se incorporara a la guerrilla, después de la muerte de Juan.

—Yo era bicho —me cuenta Chamorro— cuando Benavides llegaba al cantón y reunía a treinta o cincuenta personas. —Benavides era el seudónimo de Juan—. Montaba un dispositivo de vigilancia alrededor de la casa en donde se hacía la reunión, y empezaba a hablarle a la gente de las causas de la pobreza y del conflicto. Él era muy respetuoso, muy atento con las personas y muy alegre. Por eso se ganó el grado de comandante.

—No creo —le digo yo— que Juan haya sido comandante. Él era de la gente de abajo.

—Ah, pero si la guerrilla no le dio el grado de comandante, la gente de acá sí se lo dio. Acá lo llamábamos comandante Benavides.

—Ah bueno, eso es otra cosa.

Me alegran mucho estos comentarios respecto a Juan. El Coyote también me dijo algunas cositas sobre las charlas que les daba a los compas de la fuerza antes de ser enviado a Usulután:

—Benavides era amigo de los compas, y sus charlas eran bien respetuosas. Había gente del área política que a saber de dónde venía y que en los círculos nos trataba como si fuéramos ignorantes sólo porque no éramos de ciudad. Te hablaban como si no supieras nada de las razones de la guerra y empezaban haciéndote preguntas bien tontas. Benavides se ganó el respeto de la gente y sus discursos eran más apegados a la verdad que uno vivía.

Herminia, la mamá de Chamorro, también conoció a Juan. Lo recuerda como una persona alegre, muy amiga, de mucha carcajada, que llamaba “mamá” a todas las señoras del lugar. Iba siempre con sombrero y camisas café oscuro o verdes. Cuando llegaba a la casa de la familia de Chamorro, Juan no se sentaba: primero miraba hacia el cafetal, miraba las otras veredas, rodeaba la casa para asegurarse de que no había peligro. Cuando tenía hambre, le decía a la señora:

— Traigo un hambre encabronada, ¿me puede vender cuatro almuerzos ya? Véndamelos o regálemelos y se los pago después.

Y cuando le daban café, les pasaba las tazas a los compas. La última era para él. Entonces decía:

— Puta, café hervido, ¡qué cachimbón!

La mamá de Chamorro me dijo un día:

— Usted parece alegre igual que él.

— No tanto —le dije yo—. Mi hermano era bien aventado para hacer amigos con cualquier persona que acabara de conocer.

— No, pero usted sí es bastante parecido a él, el pelo, el color de los ojos, y hasta lo pequeño lo hacen ver como si fuera Benavides. Sabe, cuando por aquí pasó Orlando diciendo que lo habían matado, yo sentí como si a un hijo me hubieran matado.

El parecido entre mi hermano y yo hizo que me tuvieran más confianza la señora y sus otros hijos, Gladys y Will, un muchacho joven. Los motivó a ayudarme y apoyarme con la exhumación de mi hermano.

Decidimos en familia buscar la tumba de Juan para enterrarlo en el panteón de Osicala. Le pedimos primero permiso a mi papá y coordinamos para hacer la exhumación. Chamorro sabía dónde estaba la tumba. Ese día llegué a Las Marías a las cuatro de la mañana. Chamorro no estaba, pero le había indicado el lugar exacto de la tumba a su hermano Will. Llegué a su casa para encontrarme con él. Doña Herminia me dijo:

— ¿No lleva desayuno?

— No, pero no se preocupe, ya encontraré en alguna casa. Alguien me tiene que ayudar.

— Sí, seguro hay gente que lo puede ayudar, pero yo le voy a hacer desayuno para que cuando estén allá, tengan qué comer.

Nos hizo el desayuno a Will y a mí y nos prestó una matata para llevarlo. Agarramos cuesta arriba hacia la finca Santa Emilia. En el camino se veían sólo fincas y fincas y fincas, cafetales y cafetales y unas pocas casas. En un terreno, ya cerca de donde había sido la emboscada, una señora estaba sembrando. Y le digo a Will:

— ¡Qué rápido siembra esa señora!

— Sí —me dice—, es que aquí es pura tierra. No hay piedra ni raíz de árbol estorbosa.

— Si las mujeres siembran así, ¡qué rápido deben sembrar los hombres!

— Sí —me dice— aquí es pura tierrita.

Cerca de la tumba había zapotes en el suelo. Recogí unos tres que no estaban maduros todavía. Cuando íbamos llegando, me dice Will:

— Aquí fue donde cayó tu hermano. En esta área.

— ¿Y dónde fue? —le dije yo.

— Vamos.

Seguimos caminando. El lugar donde había caído era como un camino real con paredones a los dos lados. Cuando Juan pasó por allí le dispararon a bocajarro con una M60. Yo creo que no reaccionó. Recibió un balazo en la frente y otros en las piernas. Era ese tipo de emboscadas de las que si salís vivo es de puro milagro.

Llegaron otros dos señores que sabían exactamente dónde estaba la tumba y que querían ayudarnos a escarbar. Tenían muy buen recuerdo de Juan y les dio alegría que sus familiares lo anduviéramos buscando. Años atrás, ellos habían sembrado una estaca de clavel, una flor roja, para marcar el lugar de la tumba. Uno de los señores, que por cierto ya falleció, le dijo al otro:

— ¿Te acordás que donde Benavides murió sembramos una estaca de clavel?

— Sí me acuerdo, y echaba flores.

— Echaba flores, pero ya no está.

— Quizás por la milpa la volaron.

— Puede ser.

Ya no estaba la estaca, y eso les generó un poco de duda. Los dos señores estuvieron discutiendo un rato sobre la ubicación exacta de la tumba.

Cuando se pusieron de acuerdo me dijeron:

— Mire, empiece a escarbar desde aquí y siga para allá. Algo de su hermano tiene que aparecer.

Empecé a escarbar. No use ni barra ni piocha, sólo con el azadón iba sacando pocos de tierra, pocos de tierra. Como no había piedra era fácil escarbar. Qité una capa de tierra de como un metro de ancho.

Lo primero que vi de él fueron los piecitos, los huesitos de las falanges bajo unos calcetines todos deformados y deshilachados.

— Este es mi hermano —me dije.

Me puse a escarbar con más cuidado. Después de los pies, vi el pantalón, un pantalón todo apachado con los huesos dentro. Entre las diez y las once de la mañana llegué al tórax, vi los huesitos del tórax.

Al llegar a la altura del corazón, no sé... se me vino a la mente la imagen de él. No pude seguir escarbando. Se me vino la imagen de mi hermano, de cómo era él en vida. En ese momento sentí como si alguien me pusiera las manos sobre el pecho y oí una voz que me decía:

— ¡No me escarbés más!

Sentí un nudo bien feo en la garganta y ganas de llorar. Ya no pude ni sostener el azadón de lo débil que me sentí. Entonces me dice Will, que estaba en frente mirándome:

— ¿Qué le pasa?

— Nada —le dije yo.

— No, a usted le pasa algo. ¿Sabe qué?, voy a seguir escarbando yo y usted váyase para allá —y me señaló la sombra de un árbol.

Bajo la sombra de ese árbol desahugué lo que sentía, las ganas de llorar que me vinieron. Will terminó de escarbar. Estaba completo. Sólo faltaban unos huesitos de los pies que habían sido arrastrados por una lava. Iba vestido con un pantalón café, una camisa también café, y por debajo, una camiseta sin mangas azul celeste. En una de las bolsas del pantalón tenía un peine rojo.

Luego llegaron Irma y mi papá, y a las doce, llegó el vehículo de Tutela Legal, un organismo del Arzobispado que ha participado en exhumaciones de víctimas del conflicto, civiles y combatientes. El chavo de Tutela Legal se me acercó y, bien humilde, me preguntó si le podía regalar el peine, como evidencia de que la exhumación se había llevado acabo.

— Sí —le dije yo—, no hay ningún problema.

La ropita se dobló aparte y los huesitos se recogieron en un ataúd pequeño. Nos trasladamos al Juzgado de Paz de Chinameca, firmamos papeles y por la tarde nos hicieron entrega del ataúd.

La satisfacción que me da a mí es que Juancito quedó enterrado donde mi papá quería, en el panteón de Osicala, donde quedaron mi mamá y Dorita, aunque la tumba de ellas se perdió durante la guerra. A unos cuarenta metros de lo que fue su tumba está ahora la bóveda con los restitos de mi hermano. Fue una satisfacción que sentimos en familia, la poca que quedamos. Antes de hacer la exhumación consultamos con mi padre y él dijo que la hiciéramos para que por lo menos, los restos de uno de sus hijos quedaran en el panteón de Osicala. Eso no se logró con Hilario ni con Chepito, y sin embargo, mi padre ha mostrado satisfacción porque están enterrados en la iglesia del Rosario en San Salvador.

También buscamos la tumba de Hubert en el volcán de Torola pero no la encontramos. Escarbamos en lugares donde parecía que podía estar, pero no apareció. Queremos intentarlo otra vez, y si no la encontramos, pondremos una cruz por ese sector. Mi papá dice que al menos tiene la satisfacción de que quedó en el terreno de un señor que es muy amable. La vez que fuimos con la intención de exhumar a Hubert, el dueño de allí nos dio desayuno y vino con nosotros con una barra, porque ese sí es un terreno muy pedregoso en el que se ocupa barra y piocha para escarbar y quitar las piedras y las raíces de los árboles que han crecido desde entonces.

Una vez, en un bus, él me reconoció y me dijo:

— ¿Verdad que usted es el muchacho que andaba buscando a su hermano en Torola?.

— Sí —le dije yo.

— Fíjese que hay un espacio que podría ser. Si ustedes se animan a seguir, pueden venir a buscar los restitos de su hermano cuando quieran.

Y en el caso de Pajarillo, sabemos el sector donde cayó, en la primera curva después del desvío a Jocoaitique. Pero los huesitos ya no están porque con los zopilotes y las lluvias, quedaron esparcidos.

Y otra cosita sobre la exhumación de Juancito. Resulta que cuando andábamos investigando en dónde estaba su tumba, muchas personas de la población de allí se ofrecieron a venir a ayudarnos el día en que lo desenterráramos, y les dio un disgusto que no les avisáramos cuando lo hicimos. Eran amigos de Juan; él era muy querido en su zona. Quizás el librito sea un medio para ofrecerles una disculpa por no haberles avisado. Y es que para nosotros no era fácil porque no los conocíamos bien, y como son campesinos dedicados a la tierra, probablemente ese día ellos estuvieran en sus terrenos trabajando. Pero les puedo decir que mi familia se siente orgullosa de saber que en el lugar donde anduvo Juan organizando a la población, hay gente que lo recuerda bien y que lo apoyó, y luego ofreció colaborar con la exhumación.

* * *

Cuando Juan murió, toda mi familia estaba en el refugio de Colomoncagua. Carolina no volvió al frente después de dar a luz a Leonardo. Siguió en el refugio haciendo labor política y trabajando como maestra popular. También colaboró con los Cinchoneros, un grupo guerrillero hondureño. Irma llegó luego al refugio a reponerse de una enfermedad de los senos de la que fue operada en Tegucigalpa.

Colomoncagua era un gran campo de refugiados que llegó a tener nueve o diez mil personas. Estaba cerca de la frontera, apenas a dos horas caminando desde Torola. Cuando esa gente llegó, las condiciones eran terribles: allí había sólo matorrales y pineras, y ninguna fuente de agua. Mi papá me comentaba una vez:

— Cómo es Dios, que cuando llegamos a ese lugar no había nada de agua, y resulta que al poco tiempo aparecieron unos pozos a un lado de los campamentos donde la gente pudo beber, bañarse y lavar su ropa. Dios vio que veníamos exiliados a un lugar desolado y nos ayudó a empezar una nueva vida.

Se formaron varias colonias: Callejones 1, Callejones 2, Quebrachitos, Vegas, El Triunfo y La Esperanza. Las colonias estaban compuestas de champas pequeñas con paredes de tabla y techo de lámina. El techo quedaba bien

bajito sobre las personas. La gente vivía hacinada. Eran líneas de champas separadas por apenas uno o dos metros. De vez en cuando, entre dos casitas encontrabas un pino. Pero el pino es un árbol que crece mucho, y allá hasta arriba tiene sus ramitas; no es un palo de sombra. Por eso, cuando pegaba ese solazo, la lámina de los techos se calentaba y era bien pesado aguantar dentro de las champas. Y la humazón que se desprendía a la hora de la comida era tremenda porque para cocinar sólo tenían leña de pino, que saca mucho humo. Carolina me dice que el cabello de ella, que antes se peinaba echándoselo para adelante de lo largo que era, se le hizo pequeñito, bien muruco y todo reventado.

Lo más triste para mi papá era que en ese lugar no se podía sembrar nada, o cuando mucho, una matita de huisquil. Imaginate qué terrible para un señor que toda su vida había visto florecer su tierra, cuidado el almácigo, la hortaliza, las milpas, las ayoterías cuando sembraba pipianes, los frutales, las meloneras. Para él, el refugio era como un encierro, y sin embargo lo aguantaba con serenidad.

Naciones Unidas hizo una gestión para que los refugiados fueran atendidos. Se hizo una calle para llegar hasta el refugio, y por allí ACNUR los abastecía en jabón, azúcar, maíz, aceite, frijoles, guineos. Mi papá me hablaba de los frijoles que les daban:

— Nada que ver, hijo, con los frijoles que cultivábamos, los frijoles negros y los frijoles rojos. Nada que ver el sabor. Eran unos frijoles bien grandes que se ponían ligosos en la sopa.

También les daban latas de caballas, que son como las sardinas. Esas caballas a veces nos llegaban al frente y nosotros las hallábamos buenas.

Para nosotros, en el frente, era un consuelo saber que al menos parte de nuestra familia estaba allí más segura. Pero aunque ellos no sufrieran bombardeos u operativos de tierra arrasada como en El Salvador, estaban sometidos al asedio de las autoridades y del Ejército hondureño. No les gustaba que hubiera población salvadoreña refugiada en su país, y menos que fuera población unida a la guerrilla, muy bien organizada y concientizada. Por eso hacían incursiones repentinas a los campamentos y se llevaban a algunas personas: las levantaban en helicóptero y se las llevaban a Tegucigalpa. De esas personas, algunas se lograban recuperar

haciendo bulla y gestiones con ACNUR, y otras no.

Los refugiados sabían defenderse: tenían su sistema de vigilancia con gente haciendo postas día y noche para dar la alarma cuando llegara tropa hondureña. Y cuando llegaban los soldados, la gente salía a las calles, prendía llantas y se defendía con palos. Irma me contaba que una vez tres militares llevaban arrastrada a una señora:

— Con otras mujeres se la quitamos a puros leñazos.

A mi cuñada Pasita, que era activista política, la capturaron los soldados hondureños cuando regresaba de una actividad en Tegucigalpa. Irma hizo todo lo posible por que la liberaran. Se presentó a ACNUR llevando con ella a los cinco hijos de Pasita pero le dijeron que no podían hacer nada.

ACNUR, a pesar de que garantizaba la alimentación de la gente, empezó a levantar sospechas. Se supo que promovía desertiones y sacaba a gente para otros países para que así dejaran de ser un apoyo de la guerrilla. También es cierto que había familias que querían irse del refugio. Podía ser que no les gustaran las condiciones de vida, o que tuvieran problemas con miembros de la dirección, o veían que sus hijos estaban creciendo y que pronto los mandarían al frente.

Pero ACNUR no siempre ayudaba a que liberaran a las personas capturadas, y semanas después te enterabas que habían sido mandadas a Canadá, México o países europeos. Pasita fue exilada a México y no pudo reunirse con su familia hasta después de terminada la guerra. Sus hijos quedaron bajo la responsabilidad de mi padre y mis hermanas.

Ami papá lo mandaron algunas veces a vigilar los accesos a Colomoncagua. A la tercera vez se rebeló. Y es que lo mandaban armado nada más con un corvo. Entonces le dijo al jefe que prefería que lo ajusticiaran o que lo devolvieran al frente, pero que ya no quería que lo mandaran a pelear nada más con un machete contra un Ejército que tenía fusiles FAL. Al menos en el frente, le dijo al mando, una carabina o un M16 sí se lo darían.

El refugio de Colomoncagua tenía una dirigencia supuestamente nombrada por la comandancia del ERP. Mantenía un control ideológico bien estricto. Si alguien de la comunidad empezaba a cuestionar a esa dirigencia, podía aparecer en un listado de sospechosos contrarrevolucionarios, y eso podía acabar en un ajusticiamiento. Se dieron varios. Los de la dirigencia

decían que era por orden de la comandancia general del ERP, pero Irma sospecha que eso era mentira, que eran decisiones de ellos. Irma recuerda una noche en que se empezaron a oír gritos, tropeles, personas siendo golpeadas. Al día siguiente, la gente se sorprendió de ver que las letrinas, que eran recientes, habían sido selladas. Luego se supo: habían ajusticiado a cinco personas y las habían tirado a las letrinas. Una vez, Irma y Carolina escondieron en su champa, debajo de la cama, a unos hombres que perseguían para matarlos.

La dirigencia dictaba las reglas y no se entendía el sentido de algunas de estas. Por ejemplo, a los compas del frente que venían a recuperarse de una lesión, les tenían prohibido convivir con una mujer del campamento. Tampoco estaba permitido hacer trueque con la población hondureña, y cambiar las cosas que daba ACNUR por otras cosas mejores. No podías ir a cambiar jabón por frijoles buenos o azúcar y aceite por alguna fruta. Irma y Carolina lo hacían de todas formas. Cuando iban a lavar, debajo del montón de ropa llevaban los productos que querían cambiarle a los hondureños, y a la vuelta traían naranjas o limones o cualquier cosita que les cambiara de la rutina. Porque, decían ellas, ya fastidiaba siempre la misma cosa y la misma cosa todos los días.

Hubo un periodo en que se permitió que los compas del frente fuéramos a ver a nuestras familias. Se organizaron grupos de combatientes guiados por alguien que conocía bien el camino y sus peligros. Con Radio Venceremos yo estaba cerca de Nahuaterique, en un lugar pinaloso, cuando me dijeron que tenía permiso para ir a visitar a mi familia tres días. Me pidieron que una vez allá, aprovechara para darle charlas políticas a los niños del refugio y vieran que participar en la guerra no era el fin del mundo y que cualquier niño lo podía hacer. Era una forma de concientización. Esto fue en el 87, cuando ya habían caído Juan y Pajarillo.

Salimos de La Montaña una tarde como a las seis. Éramos un grupo de cinco compas con permiso y un guía. Lo más raro de esa caminata fue que no llevábamos arma. Estábamos tan acostumbrados a llevar el fusil, siempre limpio y listo para cualquier cosa, que resultaba bien extraño caminar con las manos libres. El simple hecho de tener un fusil te daba

valor. Pero en ese camino, con el guía diciendo “cuidado, por aquí vamos a pasar más despacio porque es peligroso”, ir sin arma se sentía feo.

Pasamos potreros, cercos, puertas de golpe; vimos casas y contorneamos el cerro del Alguacil y el cerro Chagualaca que marcan la frontera. A ratos caminábamos por calles polvorosas, a ratos por vereditas y caminos reales, a ratos a campo travieso. Paramos en un lugar donde había un pozo para comer algo y tomamos un agua azucarada. Como a media noche llegamos a Colomoncagua. Allí había compas esperándonos para guiarnos y distribuirnos por los campamentos. A mí me tocaba ir al campamento llamado Vegas. Vos sabías dónde estaba tu familia por las cartas que recibías.

Llegamos, y el guía tocó la puerta de la champita de mi padre, una puerta de lámina. Mi papá, medio dormido se levantó y preguntó quién era. El guía le dijo:

— Aquí viene un muchacho que dice que es su hijo.

Mi padre abrió y prendió un candil viejo. El guía se fue y yo entré. Mi padre no sabía qué hacer. Puso a Native a preparar café y a calentar unas tortillas duras que tenían, y de un saco de arroz sacó guineos maduros. En un momento así, no son muchas cosas las que se pueden platicar. Es más lo que se siente. No hay mucho qué decir, sólo disfrutar el momento, el medio abrazo, porque nosotros no somos una familia muy efusiva que se abraza y llora cuando se vuelve a encontrar. Pero sí sentimos que un abrazo leve, o un apretón de manos encierran muchas cosas.

Mi papá seguía viviendo con Tive, la hija de don Santos Chicas de Pueblo Viejo. Ella estaba embarazada de Enedina y ya tenían una hija de cinco años, Emérita Carolina Chicas Vásquez, que murió ahogada al año siguiente. Una correntada de agua se la llevó. La buscaron por todo el campamento, con la ayuda de toda la población, y no fue hasta dos días después que encontraron su cuerpo en el río San Antonio. Tengo muy pocos recuerdos de ella, pero mi papá dice que se parecía mucho a mi hermana Carolina:

— Era igual de amable y hablantina, tenía la misma chispa, las mismas locuras que Carolina.

Ya para ese tiempo, viendo que sus hijos mayores podían caer o ya habían caído en la guerra, a los nuevos hijos que tenía mi papá les ponía los mismos nombres que a sus primeros hijos. Esta niña se llamó Emérita Carolina,

llevando así el nombre y el seudónimo de mi hermana mayor. Unos años después nacieron Valerio (el nombre real de Hubert) y Romeo.

En el refugio vi que mi papá físicamente estaba fuerte todavía. Sentado él en una esquina de la cama, y yo sobre una sillita que tenía, le hablé de cómo me sentía. Le dije que estaba dispuesto a seguir luchando. Que ellos podían estar tranquilos porque si me moría, sería en la lucha por liberar al pueblo y conseguir una sociedad más justa. Era la plática de un bicho ya revolucionario.

Mi papá me dijo que Native se asustaba mucho con los bombardeos sobre el volcán de Torola que se oían hasta Colomoncagua. “Pobrecitos los compas”, decía ella. Les conté que a los compas nos daba un poco de risa pensar en la preocupación de la gente del refugio en esos momentos.

Mi papá me dijo entonces:

— Mirá, nosotros te hemos mandado unas cositas para allá, sardinas, avena Quaker. ¿Te han llegado?

— No —le dije yo. La verdad es que no me han llegado.

— Y también te hemos mandado alguna camisa, un par de calcetines y calzoncillos. Carolina escribió en los paquetes que esas cosas iban para vos.

— Pues a saber. Pero no se preocupe. Usted sabe que nosotros no ocupamos tanto. Los compas estamos hechos a todo. Nos rebuscamos y no nos falta nada.

— No, pero esas cosas te tenían que haber llegado...

Los paquetes, Carolina los ponía a nombre de Chiyo o Chiyito, hijo de don Valerio, hermano de Carolina. Pero casi nunca me llegaban porque la estructura de Radio Venceremos era de acceso bastante restringido. Pocos guías sabían dónde estaba ubicada. Entonces, lo que hacían era entregarle los paquetes a Chiyo, hermano de Gusanillo. Y como él era chiquito como yo, le quedaban bien los pantalones y los calzoncillos que me mandaban. Yo siempre vi a Chiyo como un amigo, y no me importó que él aprovechara esas cosas.

Al día siguiente salimos con mi padre a pasear por el campamento, con la alegría de estar juntos un par de días. Lo que más me impactó al principio fueron los colores. Allá en el frente todo se veía verde: el monte era verde,

los compas vestían de verde, los aviones se veían oscuros y los helicópteros verdes, los cuilios, aunque sólo los vieras de lejos, también iban de verde. Allí, en Colomoncagua, la gente vestía normal, con ropa de color, y sus movimientos y sus gestos no estaban todos relacionados con la guerra como en el frente.

Visitamos a Irma y a Carolina, y luego mi papá me enseñó los talleres donde se hacían sombreros, cinchos y cosas de cuero. Un montón de bichos aprendían oficios. Tenían mucha disciplina y horarios de trabajo.

Me llevó a las cocinas donde se preparaba la comida de todos. Se veían grandes peroladas de arroz y de frijol y grandes chorizos de tortillas. La gente colaboraba con todas las tareas y había turnos para cada cosa: para hacer el desayuno, el almuerzo, la cena, para limpiar las letrinas. Irma me decía que eso de limpiar las letrinas no le gustaba nada. A veces hasta intentaba esconderse debajo de la cama, o cubrirse con montones de ropa y sacos viejos para escaparse de esa tarea. Dice que en esos momentos hubiera preferido estar en el frente peleando antes que limpiar las letrinas de Colomoncagua. Pero la disciplina era estricta y había que hacerle huevos.

Caminamos por las canchas de fútbol. Mi papá me habló de Gerber, mi sobrino con quien íbamos a pajarear de chiquitos, y me dijo que él era bien bruto para jugar al fútbol. Con otro chavo, Guillermito, formaban una dupla letal en la delantera, la mejor delantera del refugio. Su equipo siempre ganaba los campeonatos de Colomoncagua.

Andando con mi papá vi muchas caras y me pareció que la gente estaba contenta, relajada. Vivían amontonados, pero se oían los bullicios de gente alegre. Conocí allí a una chavita, Andrea, una niña morenita, no me acuerdo de cómo se llamaba su mamá. Con esa chava estuvimos platicando bastante y resulta que se enamoró de mí y yo ni cuenta me di. Unos meses después, ya en el frente, recibí una carta de ella. La carta decía que ojalá pronto nos volviéramos a ver porque yo le había agradado mucho, y que aún estando lejos, ella no me iba a olvidar nunca. Esa carta me la enviaba desde Canadá. Venía escrita en papel cuadriculado y dentro de ese papel iba un billete de cincuenta colones. Imagínate. Me caló ese gesto y sentí tristeza por no haber hablado más con ella para conocerla mejor. Es que en ese tiempo yo no era muy aventado para buscar novias. De Andrea no volví a saber más.

Llegó el momento de dar la charla que me habían pedido. Me llevaron a una galera con techo de lámina en donde se hacían las reuniones. Sobre una tarima de madera empecé a explicarle al montón de niños que llegaron cómo se soportaba el nivel de sacrificio que había que tener en el frente. Les dije que la moral era lo principal y que te la daba la convicción y el ideal de lucha que teníamos. Di una verdadera charla política. Yo ya no era como en Pueblo Viejo, una personita que andaba en la guerra sin comprenderla.

Recuerdo que los niños tenían mucha curiosidad. Eran más curiosos que yo con la misma edad. Tenían acceso a muchas cosas: a los programas de Radio Venceremos, a alguna pantalla de televisión, a charlas y formaciones, y sabían lo que estaban haciendo sus familiares en el frente. Además, tenían una escolarización en condiciones un poco más cómodas que las que tuve yo. Recuerdo que me escucharon con atención y luego me hicieron preguntas, pero no recuerdo cuáles.

Una de las activistas que organizaba la charla era Sandra, una chava delgadita, carita fina, chelita, que era de una familia Medrano que había apoyado mucho a los compas por el lado de Sensembra o Yamabal. Tenía varios hermanos en la guerra. Con ella nos cruzamos varias miraditas, como si nos gustáramos. Pero la cosa quedó allí.

Después de tres días en el refugio, me despedí de mi padre.

— Cuidate mucho hijo —me dijo—. Siempre confiando en Dios más que en uno mismo.

Él siempre usaba esa frase: “Confiar en Dios más que en uno mismo.”

Retorné al frente. Estábamos apenas en el 87. Me quedaban muchas cosas por vivir.

* * *

Volví a la cotidianidad de los campamentos, las guindas, los bombardeos, los simulacros de ataques y los entrenamientos de Jonás. Siguió la rutina de charlas por esto, charla por lo otro, reuniones y más reuniones. Las que más me aburrían eran las reuniones de crítica y autocrítica en las que, si alguien te señalaba un error o un mal comportamiento, delante de todo el mundo tenías que admitirlo y decir que estabas dispuesto a corregirlo y

a ser mejor en la lucha. Se armaba un círculo, y el mando que coordinaba decía:

— Bueno, hoy le toca a fulano empezar con la reunión de crítica y autocrítica.

Entonces fulano, si tenía una queja, la decía. Podía ser por ejemplo:

— Bueno, yo creo que el compañero no estuvo en lo correcto cuando se durmió en la posta.

Y el señalado confesaba:

— Bueno, reconozco que me dormí en la posta y que es un error; no va a volver a pasar.

Luego, el mando decía:

— ¿Alguien tiene algo que agregar sobre el error del compa?

Y a los quince, si eran quince los que participaban, se les pedía la opinión. Yo no entendía que se hablara tanto por una tontería así.

Ciertas discusiones eran acaloradas y tensas. Otras daban más bien risa, aunque no pudieras reírte, por lo tonto de las críticas:

— Yo pienso que el compañero está en lo incorrecto porque se comió dos tortillas más de lo normal. Y la compañera cocinera también está mal por haberle dado tortillas de más cuando eso no está permitido.

Y aquello era un cuento de nunca acabar. Pero a veces, una pequeña falta como esa te podía costar una sanción moral. Algunos hasta querían convencerte de que algo como lo de las tortillas era una desviación ideológica con respecto al proceso revolucionario.

Yo era callado en las reuniones. Casi nunca opinaba. Como era disciplinado, pocas veces me criticaron. Para mí, la Revolución era sagrada. Intentaba siempre ser mejor en las tareas que me asignaban. Por eso a mí nunca me desarmaron, ni me pusieron sanciones físicas como hacer tres mil sentadillas, ni sanciones morales como quebrar maíz por un mes.

Sólo una vez nos hicieron una reunión a Marvin y a mí. Tuvimos una discusión él y yo. Marvin, burlándose de mí, dijo que los hijos de los ricos eran niños más estudiados y mejor preparados intelectualmente que yo, que era un ignorante. Entonces me enojé y le di una pescozada. Nos hicieron la reunión en la que conté como había sido la discusión, y él, no recuerdo muy bien qué dijo.

Estuve escribiendo sobre un momento que fue muy importante para mí en esos años. Es algo un poco delicado y muy personal. Por eso preferiría que viniera en el libro así como lo escribí, agregando o quitando alguna palabrita si queda mejor, pero sin que cambie mucho. Siento que así como va, es lo mejor que puedo hacer yo. Así que este episodio, en vez de conversarlo mejor te lo leo:

Entre el monitoreo de noticias, la hora de la posta, las programaciones de la radio; entre el ir y venir de mensajes, el ruido de los radios y el bullicio de la cocina ubicada en aquellos naranjales y cafetales al pie del cerro Gigante de Perquín que a menudo era sacudido por los talegazos y ráfagas de los aviones A-37 y helicópteros, un día comencé a fijarme en Ana, de ojos claros y labios gruesos, que también formaba parte del colectivo de producción de la radio. Cuando la situación estaba un tanto normal nos daban hasta una hora para bañarnos y lavar la ropa; ella se bañaba y yo la observaba entre aquel manzanalito sin que ella supiera que me enloquecían sus largas piernas de piel clara. Detalles de ella me movían cosas por dentro, como cuando cruzábamos un par de miradas en las reuniones de trabajo y ambos sabíamos que algo pasaba, quizás porque mi mirada hacia ella era un tanto tímida pero maliciosa.

La canción de “Camas ardientes”, en inglés, sonaba para esos días en la radio. También me gustaban las voces de Stevie Wonder, Phil Collins, Banda Chicago, Paul McCartney. Mi gusto por la música crecía al contacto de los compas del área urbana que de vez en cuando te decían “Oí esta canción, es buenísima.” Entre las canciones que me gustaban estaban Todos quieren gobernar al mundo, Amadeus y Somos el mundo.

Uno de esos días yo le entregaba la posta a Ana, y ella me permitió que la acompañara en su hora de turno. Bajo el fuerte aguacero improvisamos con un pedazo de plástico negro un pequeño techo. Un tanto suave conversamos sobre mi familia de Osicala y la de ella, originaria de Santa Elena, Usulután. Le hablé de mis primeros hermanos muertos en las marchas de San Salvador y de los últimos caídos ya en el proceso de guerra; corría el año 1987.

Recuerdo que hablamos de todo, hasta de cómo veíamos el mundo en

base a lo que conocíamos, y entre tantas cosas, de lo que menos le hablé fue de lo que sentía por ella aunque, con cierto titubeo recuerdo haberle mencionado algo de sus ojos, de sus labios gruesos y su pelo castaño y abundante.

Era ya la una de la madrugada y yo me fui para mi champa; tras agradecerme mi compañía me dijo que otro día platicaríamos ampliamente. A partir de ese momento algo distinto pasaba por mi mente, algo que no era igual a lo que estaba acostumbrado en la guerra, que era hacer todo bajo el mando de alguien en una disciplina que nos marcaba las exigencias y tareas a cumplir. De verdad que esa madrugada ya no pude dormir y entre mis inquietudes surgió la duda en mí si una mujer como ella, con estudios formales y mayor que yo podría fijarse en mí, ni más ni menos que un muchacho con tantos altibajos en el ambiente de la guerra y sin más escuela y formación que la heredada del mismo proceso de guerra, en el cual había aprendido a leer y a escribir un poco.

Así fue creciendo en mí ese mariposeo y escalofrío de saber qué pasaría con ella en la próxima plática o encuentro un tanto formal; nos veíamos todos los días, pero sin platicar de eso que era nuevo y parecía tomar forma al menos dentro de mí. Mientras tanto en mis ratos libres yo salía a buscar mangos, naranjas, guineos o cualquier otra fruta para todos y a ella yo le llevaba lo mejor, como buscando agradecerle. Ella, con su sonrisa, no me rechazaba y su mirada me decía que iba en la ruta correcta.

Maravilla era uno de mis mejores amigos y quizás el más confiable para contarle lo que me pasaba. Él me dio ánimos para que siempre le dijera cosas bonitas. Una vez, en una corta plática me dijo:

— ¿Cómo va a saber ella que te gusta si no se lo decís? Bueno, y a todo esto, ¿ya has tenido mujer?

— No — le contesté.

— Esta es tu primera oportunidad, cabroncito. Haz lo que digo y allí vos me vas contando cómo va la cosa.

Mara probablemente no sepa cuánto me animaron sus palabras, y pocos días después de eso, justo al inicio de la plática pendiente, le dije a Ana que de veras ella no sabía lo mucho que me gustaba. No sé si por

coincidencia o por mano peluda de Maravilla, de nuevo nos juntó la hora de la posta, esa madrugada del mismo invierno.

De nuevo hicimos un pequeño techo sobre una estrecha trinchera en la que a la hora de un combate sólo cabía una persona. Nuestra cercanía era tal que pronto traté de ser un poco más agresivo en mis palabras y ella me indicó que primero me tranquilizara, que fuera sin prisas, porque cada cosa sería en su momento. Me cuestionó sobre por qué me gustaba ella que era mayor que yo y no otra cipota, habiendo tantas por ejemplo en el área de comunicaciones.

Esa pregunta no supe contestarla y lo cierto es que la plática minuto a minuto fue siendo más amena entre alguien que aspiraba a conocer el amor y una mujer que al besarme de forma sorpresiva me mostró también su interés por conocerme mejor y además, me dio así mucha más confianza en medio del ir y venir de tantas cosas que sólo se sienten por dentro y que son imposibles de describir.

El aguacero era incesante sobre aquel cafetal y sobre las anchas hojas de buerta en medio de aquella madrugada sólo iluminada por esporádicos relámpagos. Ella me tomó de las manos y, sintiéndome nervioso, se acercó aún más de lo que ya estábamos. Antes de ir a levantar al otro compa que le tocaba posta, me susurró suave al oído y dándome un beso en la mejilla dijo que me esperaba en unos minutos en su champa, la cual yo mismo le había ayudado a montar unos meses antes y que simulaba por su forma el cascarón de un armadillo, hecha de varitas de árbol de manzana pectorra como se le conoce a la manzana rosa.

Pasados ya los minutos suficientes de la espera, no sabía, entre nervios, si llegar donde ella, pero sabía que mi primera oportunidad para estar al lado de una mujer estaba a quince pasos de distancia. Agarré valor y me aproximé a su champa y por varios segundos dejé que la lluvia me mojara para que Ana creyera que temblaba de frío y no por algo más. Luego me senté sobre sus pies y me pidió que me recostara bien y quedaba así por primera vez frente a frente con una mujer; sólo que esta vez acostado, y junto a una mujer que me gustaba y deseaba entre la intensidad de mi mente y el nerviosismo que hacía temblar, entre la euforia y el miedo todo mi cuerpo, mientras el deseo de dormir desaparecía en mí de manera absoluta.

Me quité la camiseta húmeda y ella puso sus delgadas manos sobre mi pecho y sintió el palpitar acelerado de mi corazón y muy suave me dice que me tranquilice, que no pasa nada. Sus caricias eran suaves y me pidió que me quitara la ropa mojada; ella hizo lo mismo mientras que con un poco más de confianza empecé a acariciar su pelo, sus pechos y las largas piernas y esa madrugada y el agua eran los únicos cómplices de mi alegría profunda junto a una mujer que era arrolladora y que no daba ya lugar a pensar en nada más que aquel sueño que me envolvía y me hacía vibrar de forma tal que también empezaban a desaparecer y a esclarecer muchas interrogantes relacionadas con el amor.

A mis 16 en 1987, tenía despejada ya pues esa gran duda sobre qué es el amor o qué se siente realmente al lado de una mujer desnuda, plena, toda. Después que en mi adolescencia había visto sin recelo ni envidia alguna cómo se formaban parejas a lo largo del proceso revolucionario – lo cual hacía crecer sin embargo en mí esa curiosidad por las cosas del amor –. Es así pues como se decía que Lety era la compañera de Carmelo, Mauricio de Margarita, Lidia de Licho, Sandra de Jonás, Luisa de Atilio, Ana de Chicón, Mina de Farabundo y Sonia de Wilber; etc, etc, etc. . .

Pasado ese momento de tantas cosas indescriptibles vividas en una sola madrugada, Ana me advirtió que aunque todo le había parecido muy bonito, no quería que nadie se enterara porque de lo contrario nunca más pasaría de nuevo. Le prometí que mi boca sería una tumba por todo lo feliz que me había hecho sentir; y cuando eran casi las cuatro de la mañana me fui para mi champa en donde no pude dormir más pensando en cómo la miraría al día siguiente, con la posible pena que me daría, y en cómo se lo contaría todo a Maravilla.

Ese amor, te puedo decir que me dio muchas horas de felicidad y de paz en medio de una guerra que año con año se llevaba a mis hermanos y a mis compañeros. Ana me reconfortó y me dio fuerzas para seguir adelante.

Maravilla fue el primero que se enteró de mi relación con Ana y nunca dejó de darme consejos.

– Decíle que cuando estás con ella, te sentís como un rey – me decía.

Luego, otros se dieron cuenta de nuestra relación, pero ya no nos importó ni a Ana ni a mí. Con Ana compartimos dolores, bombardeos y

el cansancio de las grandes caminatas. No siempre había tiempo para el amor, para platicar y besarse, y eso hacía más intensos los momentos de intimidad. Nunca hablábamos del futuro, era algo como: nos vemos ahora, y mañana a saber qué va a pasar.

Nuestra relación duró como ocho meses, hasta que un día, en La Montaña, me dijo que cortaba conmigo porque posiblemente ella iba a salir del frente para ir a Nicaragua a hacer otros trabajos. No sé si me dijo lo de Nicaragua porque de verdad pensaba que se iría o para que aceptara más fácilmente que terminábamos. Me dolió. Me caló mucho, y hasta lloré. ¡Era mi primer amor! Ella tuvo que decirme que no me preocupara, que ya encontraría a alguien más, que había muchas mujeres esperándome, que lo nuestro había sido muy bonito pero que ya no podía funcionar. Perdí el apetito, y hasta los compas se sorprendían de verme así de deprimido, ellos que me conocían como un chavo que siempre andaba jodiendo y haciendo bromas.

— No te preocupés, vos sos joven — me decían los compas viejos —. Vas a conseguir otra novia, vas a conseguir a alguien que te quiera mejor que ella.

Eran cosas que escuchabas a medias, y que a medias te ayudaban. En esos días llegó a la estructura una compa radista chiquita que le decían Donita, y los compas insistían en que la cuenteara.

— Te vas a arrepentir si no le decís nada — me decían.

Yo no le dije nada y tampoco me arrepentí. Al final, lo de Ana también lo superé.

Poco después acabó mi periodo en Radio Venceremos. La estructura redujo su personal. Se había hecho demasiado pesada, ya que entre la radio y la comandancia se movían hasta setenta u ochenta personas. En ese momento, la guerra exigía movimientos más rápidos y más furtivos por la movilidad que había adquirido el Ejército. Por eso decidieron dislocarla en varias pequeñas estructuras. Una parte del equipo se fue para Managua, otra se quedó en Morazán repartida en unidades pequeñas. A mí me mandaron de nuevo a las unidades de la fuerza militar, por el área de Jocoaitique.



9

Me integré a la unidad de Miguel Ángel, primero como radioperador, y luego como miembro del área política encargado de darles charlas a los compas. Era el año 1988 y el entusiasmo había vuelto a las unidades de combate. Se había superado un bache largo. Nuevamente, la guerrilla tomaba la iniciativa.

Yo me contagié de ese entusiasmo al ver todas las caras nuevas que se habían incorporado. Eran cipotes bien jóvenes, más jóvenes que yo, que habían crecido, en su mayoría, en el refugio de Colomoncagua. Te podría mencionar a Saulito, a Víctor Molote, al Ñurdo, a la Catochita, a Rosa, a Memi, a Lorena hermana de Víctor Molote, a Aquino o a Martín, un muchacho francotirador, hijo de Benitón. Se integraron también mis sobrinos Gerber y Alexis. Ellos y yo éramos los tres últimos de la familia en seguir en el frente.

Nuevos radistas, nuevos explosivistas y nuevos mandos de escuadra dieron un ánimo renovado a la fuerza. En Honduras, habían recibido una buena educación. Yo lo pude ver con Alexis, que tenía una letra muy bonita y ordenada cuando llegó al frente como radista. También habían recibido un entrenamiento militar básico; quizás al principio les faltara experiencia y necesitaran foguarse, pero muchos de ellos, como Gerber, rápido se convirtieron en buenísimos combatientes, bien agresivos, bien perros a la hora de un desvergue.

Eso sí, casi todos tenían la misma manía: la de andar manipulando todo el tiempo el seguro del fusil. Lo quitaban y lo volvían a poner y lo volvían a quitar, y eso es algo que sólo hacés cuando estas a punto de entrar en acción. Los compas más viejos les decían que no hicieran eso, que era peligroso sobre todo teniendo tiros en recámara, pero no hacían caso, y a cada rato se les iban disparos. Sucedió incluso que a un cipote se le fue un disparo que le dio a una compa, también recién incorporada, en el corazón.

A los jóvenes se agregaba una nueva generación de mandos, entre los cuales Miguel Ángel, Noé, Arturito, y Ricardito. La guerrilla supo remplazar a las primeras generaciones de grandes combatientes y mandos como El Ché, el Chele Will y Gustavo, que ya habían caído casi todos. Se mezclaban para esos años gente muy experimentada y gente nueva que llegaba con mucho entusiasmo.

Si a la nueva generación de compas le faltaba experiencia, tenía la ventaja de que, en esos años, empezó a llegar un armamento mucho más eficaz y abundante. Cuando salí de Radio Venceremos, casi todos llevaban AK-47, un fusil de respeto que les daba mucha confianza a los compas y mucho miedo a los cuillos. El AK-47 es un fusil muy seguro que casi nunca se te encasquilla, no como el G3 americano; los compas decían que con un fusil de esos, hasta metido debajo del agua podías disparar. Es también un fusil potente, de grueso calibre, 7.62. Si un balazo te da en la pierna, te la rompe, y si te da en el brazo, te lo vuela. No hay heridas leves con un tiro de AK-47. Con esta arma, una unidad de ocho o diez compas podía mantener en jaque a una compañía entera del Ejército durante dos horas de combate.

También llegaron ametralladoras RPK y PKM, armas fabricadas en Corea del Norte, y se multiplicaron los lanzagranadas RPG-7 y las granadas de mano M67, las de cantarito, como decían los compas. Se decía que estas armas venían de Cuba o Nicaragua, pero la verdad es que los combatientes no manejábamos ese tipo de información.

Los francotiradores se hicieron más numerosos. Eran muy dañinos para el Ejército. Acostumbraban a operar en solitario. Buscaban las alturas, y pasaban allí días, esperando los movimientos del enemigo, llevando comida, poquita munición, y sus fusiles Dragonov con mira telescópica.

Eran compas hechos y derechos, con mucha disciplina y convicción, que no fumaban, no tomaban, ni bebían mucho café. Es lo que se les exigía para que sus disparos fueran certeros. Y eran certeros. Cuando detectaban el avance de una unidad de cuilios, no le disparaban a cualquier soldado. Le tiraban al mando y al radioperador porque una unidad a la que le han matado al mando y que ya no se puede comunicar para pedir refuerzos o apoyo aéreo es una unidad mucho menos combativa, que sólo piensa en escapar rápido de la zona de peligro.

Me acuerdo bien de Charol, uno de los mejores francotiradores, de esos que podían pegar a 1000 o 1200 metros. Charol era originario de El Ruso, cerca de Cacaopera. Era de barba rubia, pelo rubio y ojos como azules; parecía extranjero aunque no fuera muy alto. Le veías en la cara una gran seriedad, y de repente, te salía con una broma. Era muy querido entre los compas. En una acción cerca de El Cururo, se paró en una mina de los propios compas. Cuando lo traían en una camilla, vi su pierna casi volada, volteada; se le veían los huesos y el pantalón todo desgarrado. Charol se estaba desangrando y no hallaban forma de detener la hemorragia; pujaba y su cara iba perdiendo color. Luego dijeron que había muerto y que lo habían enterrado por El Mozote. También recuerdo a David, un francotirador extraño, con cuerpo de boxeador y ojos amarillos. Decían que era salvadoreño y cubano, y hablaba como extranjero. Había un rumor sobre él: se decía que era perseguido por la CIA.

Nosotros le teníamos miedo a nuestros propios francotiradores cuando volvíamos de las misiones. Había que coordinar bien con ellos por radio, no fueran a confundirnos y hacernos bajas.

Con Miguel Ángel anduve por la Villa del Rosario, en sectores donde todavía recordaban a Pajarillo. Pero anduve más por la otra cara del cerro Cacahuatique, sectores aledaños a Sensembra, Guatajiagua y Yamabal, donde cayeron varios compas que yo conocí como Aparicio “colita blanca”, un mando de San Vicente, Adonai “Carboncito” y Anabel “Paraíso”, compas radistas con quien escuchaba un casete de los Bee Gees en la base de comunicaciones del Cerro Gigante.

Eran lugares muy áridos y peñascosos, entre los más abandonados del país. Las milpas, las maicilleras y los potreros se veían bien resecos. Se sentía

mucha pobreza entre la población, y sin embargo, siempre nos apoyaba con comida y agua. La gente construía allí muchos cercos de piedra para dividir los terrenos. Por eso había que moverse con mucho cuidado: el enemigo apostado detrás de un cerco te podía sorprender en cualquier momento, y luego, para desalojarlo, tenías que ponerle mucha agresividad y mucho cuidado para que no te hiciera muchas bajas. Eran zonas en disputa, y nosotros peleábamos para extender el territorio liberado.

Fue un periodo un poco extraño para mí en el plano anímico, un periodo de cierta soledad. Yo acababa de salir de Radio Venceremos y me encontraba en una unidad donde no conocía a nadie. Andábamos por lugares que tampoco conocía, en misiones donde de verdad arriesgábamos el pellejo. Era el único hermano varón que quedaba de la familia, y tuve la impresión muy clara de que pronto me iba a morir, que en cualquier momento, más temprano que tarde, me matarían. A lo largo de la guerra, siempre había tenido el nivel de sacrificio que se requería para seguir adelante, con la conciencia de que nuestra causa era justa. Nunca había flaqueado. Pero en esos días, tuve que encontrar muy adentro de mí la fuerza para seguir con los compas y convencerme de que, a pesar de la muerte de mis hermanos y de tantos compas queridos, y a pesar de las deserciones de mandos y combatientes destacados, valía la pena la guerra y que pronto saldríamos victoriosos.

La personalidad de Miguel Ángel me ayudó a superar la soledad y el fatalismo de esos días. Él era un mando con mucha sensibilidad, que hablaba de igual a igual con todos, fueran mandos, combatientes, cocineras o población civil. Era de los que, cuando tenías problemas, que un familiar tuyo había muerto o había sido herido, o si solamente estabas triste porque una novia te había dejado, se acercaba a hablar con vos. Yo creo que a mí me tenía un aprecio especial. Me llamaba Canesa, por las canas que ya con diecisiete años tenía. Sabía que yo venía de una de esas familias que habían entrado completas a la guerra, que había perdido a todos mis hermanos y que siendo niño había empezado a combatir. Llegué a sentir que Miguel Ángel, por eso mismo, a la hora de un desvergue me protegía un poquito más que a los demás e intentaba que no me arriesgara mucho en primera línea de fuego. Eso sin decirlo, claro.

Miguel Ángel era moreno, trompudito, no tan alto y algo colucho. Su

fusil era un AK-47 recortado con culata plegable. Tenía el temple y la figura de un militar de formación, y en efecto había sido militar: en un combate en El Tablón de Sociedad había sido capturado por la guerrilla, y luego había decidido quedarse con los compas.

En la vida diaria era muy buena onda, muy tranquilo, de muchas bromas. Recuerdo que a los más jóvenes nos decía, cuando estábamos platicando sentados sobre las piedras o en el monte:

— Ustedes bichos, cuando estén con una mujer, no sean brutos. Sepan enamorarla, sepan decirle cosas bonitas, sepan consentirla y acariciarla. No sean como un chucho que sólo se sube, termina y se hace el pendejo.

Y el que nos hablaba así, luego, a la hora del combate andaba dando instrucciones:

— Ponele todo allí.
— Adelantá posición.
— Cubrime ese flanco.
— Cuidado, tenés vacas a la derecha.

En el combate era sereno y ácido. Tenía una sangre fría de admirar, y a la hora de salir a pelear, se le veía tan tranquilo que parecía que iba a otra cosa, a comprar pan, no como uno al que le temblaban los pantalones y sentía escalofríos en el estómago. A la par de mandos como él, o a la par de compas como Roberto, Chepe Mario, el Pollo, el Muco, el Ñurdo, uno se sentía respaldado y el miedo era un poquito menos.

Miguel Ángel era de esos, y yo lo vi en un par de ocasiones, capaces de dejar a los cuilios avanzar hacia él, avanzar hacia él, y al tenerlos a quince o veinte pasos, abrir fuego: dos o tres disparos certeros. Era letal. Era de los que te decían:

— Mirá, si cuando se acerca la columna de soldados, te quebrás al cuilio que viene de antena, el de la M60, y además, le hacés dos o tres heridos, a esa columna la desmoralizás. Para avanzar, mejor se lo piensa dos veces.

Así hablaban los compas más aguerridos. Yo no era de esos, ¿para qué voy a mentir? Cuando al salir a una misión se conformaba la columna y el mando preguntaba “¿quién va adelante?”, yo no era de los que saltaban diciendo: “¡Voy yo primero! —¿Y quién sigue? —¡Yo! —¡Yo! —¡Yo!”, como

hacían los compas a los que les decíamos valeverguistas, porque a la hora de un ataque se tiraban con todo a definir una posición y parecía que no conocían el miedo.

Después de la guerra, Miguel Ángel se fue para los Estados Unidos. Me habían contado que allí lo habían matado unos negros en un asalto. Varias veces oí eso. Pero ahora que hablé con el Gato, él me dice que no, que Miguel Ángel está vivo y hasta me dio su número de teléfono.

Una de las cosas más lindas que recuerdo de ese tiempo en la unidad de Miguel Ángel, fue la noche que pasé con Memi. Fue algo bien fugaz. A Memi la había conocido andando con Radio Venceremos en la zona de La Montaña, una vez que llegó al campamento con un grupo de muchachas. Venían del refugio de Colomoncagua y habían sido sorprendidas por una emboscada en El Carrizal. Escaparon todas desperdigadas y a los dos días lograron reagruparse y llegar a nuestro campamento. Venían sucias, todas sudadas, agotadas y hambrientas. Pidieron comida y yo saqué una lata de dulce que llevaba en la mochila y se las di. Ese gesto les agradó mucho.

Ya con Miguel Ángel me volví a encontrar a Memi en una concentración de la fuerza. Empezamos a hablar, y recordamos el día en que nos habíamos visto en La Montaña.

— Vos me ignoraste —me dijo Memi—, porque me viste toda sucia, y hasta dijiste que hedíamos.

— No creo que te lo haya dicho con mala intención. Allí todos hedíamos y pasábamos días sin bañarnos.

— Como yo te lo oí, sí me pareció que era con mala intención.

Y así seguimos platicando, chistando con mucha confianza, como si nos conociéramos desde mucho tiempo. Entonces le insinué que me quería quedar con ella esa noche, y, por las insinuaciones de ella descifré que no me decía que no. Pero esa misma noche, con la unidad, nos teníamos que desplazar hacia el área de la laguna de la Villa. Entonces, fui a ver a Miguel Ángel y le dije:

— Mirá, hay una chava que dice que si me puedo quedar con ella esta noche.

— Quedate con ella, Canesa, y mañana llegás temprano.

Seguimos platicando un rato con Memi, y luego nos fuimos a una casa

abandonada que tenía el piso cubierto de baldosas con flores dibujadas. Ella tendió su nailon a un lado de la habitación y yo, para no parecer demasiado directo, lo tendí hasta el otro lado. Y me dice Memi:

- ¿Por qué lo tendés allí?
- Aquí me voy a quedar.
- ¿Allí te querés quedar?
- Sí, aquí me voy a quedar.
- Pasate para acá.
- ¿De veras?
- Sí, hombre, pasate para acá.

Y después de esa noche, ya no nos volvimos a ver en la guerra. Como a las tres de la madrugada, le dije que tenía que irme, y fui a buscar a mi unidad.

Una vez, estuvimos en emboscada tres días a la par de la calle vieja entre San Simón y Gualococti, esperando a que llegara una unidad de comandos del DM-4. Los compas habían tomado San Simón y los cuilios tenían que venir a recuperarlo. Nosotros les teníamos lista la emboscada. Sin embargo, no avanzaban, y después de tres noches de espera, parecía que no llegarían nunca. Estábamos todos desvelados, desesperados y hambrientos, porque se suponía que la misión era sólo de un día y medio y llevamos poca comida.

Yo iba con el grupo de Arturito, un mando de escuadra de la unidad. Me recuerdo a mí mismo con la espalda contra un cerco de piedra, apoyando los brazos sobre la culata del fusil y con el apagallamas del fusil sobre el zapato. A cada rato, sentía que se me doblaban las rodillas del cansancio. De vez en cuando me lavaba la cara con un poco de agua y jabón para espantar el sueño. Los cuilios no avanzaban. En eso, un señor que andaba buscando una vaca perdida nos descubrió y le tuvimos que pedir todos sus datos personales para meterle miedo y no fuera a contarle a los soldados de la emboscada.

Por fin, al amanecer de la tercera noche, recibimos el mensaje de que ya venían las unidades militares avanzando por Gualococti. Nos escondimos en una zacatera, detrás del cerco de piedra, en un lugar muy ventajoso para nosotros. Los cuilios tendrían que pasar a tan sólo cuatro metros de

nosotros. Cada uno tenía cuatro o cinco bombas de contacto listas y los fusiles.

Llegaron los cuilios y yo apagué el radio. Iban como treinta, muy confiados, medio relajos. Uno de ellos iba escuchando música, y los otros iban conversando, diciendo:

— Ya van a ver esos culeros...

Era la primera vez que veía soldados de tan cerca.

Pasaron unos cuantos delante de nosotros: el compa que tenía que abrir fuego y aniquilar al primer cuilio se había dormido con el fusil entre las piernas. Por fin reaccionamos y les tiramos las bombas de contacto. No reventaron. La pólvora estaba húmeda y se regaba como ceniza sobre el camino real. Para mí, eso fue una suerte, porque al lanzar mi bomba, se me trabó el brazo con un bejuco, y la bomba cayó a mis pies.

Todo el mundo dijo “a los fusiles”, y se armó la de San Quintín, con los cuilios rodando por el suelo, tratando de salir gateando, tratando de disparar arrastrándose sobre sus mochilas. Pero los agarramos a quemarropa. No sé cuántas bajas les hicimos en ese momento porque inmediatamente después, empezamos a pelear con los que venían detrás. Arturo me dijo: “Cubríme ese flanco”, y empecé a disparar hacia un sector desde donde resistían unos cuilios que habían logrado escapar. Yo cargaba dos granadas de mano, y allí las usé. Dejó de haber resistencia desde esa dirección.

Siguieron unos combates contra otras unidades que llegaron después por la calle nueva. Allí fue herida Catocha, que murió después de cruzar el río Torola. Empezaron a sonar granadazos que lanzaban seguidos con un M79 de tambor. A esa arma le teníamos un poquito de miedo por la cadencia de fuego y porque la granada lanza muchas esquirlas muy finas, del tamaño de un grano de maicillo. Se acercaron dos helicópteros rocketeros, uno de los cuales fue averiado sólo con fuego de fusilería. Nos retiramos. La población civil nos dijo después que los cuilios llevaban como quince o veinte camillas con los soldados heridos o muertos.

Después del combate, me pegaron una gran puteada por haber apagado el radio. No recuerdo qué mando fue, pero fue un reclamo bien fuerte, y no era justo, porque en el momento de la emboscada, no estaba la cosa como para recibir mensajes. Y allí veías lo fácil que era hacer reclamos para

los mandos que coordinaban los combates desde un cerro, mirándolo todo con binoculares. Se sentía feo, porque vos eras al que le tocaba estar donde levantaban el polvo los balazos.

En otra ocasión nos mandaron a Yoloaiquín a aniquilar una posición de comandos. A las cinco de la mañana, los primeros compas entraron al pueblo por la calle central y se acercaron a las primeras posiciones. No encontraron a nadie. Siguieron buscando, adentrándose en el pueblo, y nada. Dispararon al aire para ver si les contestaban, y no les contestaron. Los comandos habían huido quién sabe a dónde. Entró el grueso de la fuerza, se dislocaron las unidades para tomar el control del pueblo.

Poco después, nos avisaron que venía una unidad de soldados desde Delicias. Salimos de Yoloaiquín y en las afueras del pueblo formamos un anillo para esperarlos. Una pequeña unidad se acercó a ellos para atraerlos hacia este dispositivo. Funcionó: los cuilios, pensando que era una unidad pequeña la que se les enfrentaba, la persiguieron hasta encerrarse en el anillo. Allí los apretamos. Se armó el despelote. Los cuilios empezaron a gritar:

— ¡Hijos de puta, vénganse, terengos culeros, comevacas!

Cuando los compas les gritaban “ríndanse que están rodeados”, ellos contestaban:

— ¡Que se rinda tu madre, hijo de puta!

El nivel de combate pronto bajó. Yo estaba cubriendo un tramo de la calle desde un cerro donde había palos de quebrachos y grandes piedras buenas para parapetarse. Luego, nos dieron la orden a tres compas de que avanzáramos hacia un sector por donde habían huido unos soldados. Subimos por una cuesta bien empinada. Adelante iba Doré, un compa de 16 años, hermano de Pepito, el amigo que cayó en el 81. Yo iba en medio y Lucas iba detrás. Doré avanzó, vigiando unos árboles y unas piedras donde podían estar escondidos. Al lado de él, a unos dos metros había una casita de bajareque y de esa casita salió un rafagazo de M16. Doré se llevó las manos a la cara y cayó de boca. Lucas me hizo seña de qué pasa.

— A Doré lo mataron —le digo.

— No jodás, ¿y de dónde le dispararon?

— De esa casa le dispararon.

— Ah, ¡vergón! Sacá vos a Doré y yo te cubro.

— Vaya.

Dejé la mochila y fui sólo con el fusil. Llegué hasta donde estaba Doré mientras Lucas me cubría tiro a tiro, tiro a tiro, disparándole a la casa. Me lo eché al hombro y salí. Lo dejé detrás de una línea de piedras y volví con Lucas.

— Voy a tirar una carga — dijo Lucas.

— No —le dije yo— ¿Qué tal si hay población ahí dentro, un señor o una señora?

Las cargas que tenía Lucas eran esos tubos de PVC rellenos con ochocientos gramos de TNT que hacían una explosión demoledora. Lucas gritó:

— Si hay un civil allí dentro, que conteste —y nadie contestó— ¿Hay alguien de la población? ¿Hay alguna señora?

No hubo respuesta. Lucas lanzó una carga. Un vergazo.

— Voy a tirar otra —dijo, y tiró la otra.

Fuimos a ver, y de una patada volamos la puertecita de la casa. Adentro, vimos un soldado deshecho, con su fusil pedaceado y los cargadores retorcidos. Se veía que era un soldado bien joven. Bien joven lucía su cara. En el rincón donde los dueños de la casa enguacaban sus guineos, había otro soldado boca abajo, y junto a él una M60. Lo levantamos y vimos que estaba vivo. Nos hizo señas de que no oía nada. Las explosiones lo habían dejado sordo.

Volvimos a la calle con el soldado prisionero, la M60 y Doré. Levantando a Doré me di cuenta de que estaba vivo porque pujaba. El soldado, medio recuperado, se empezó a burlar de nosotros, diciendo que cómo era posible que unos niños lo hubieran capturado a él. Dejé a Doré para que lo atendieran los brigadistas y las vendas que le pusieron sobre la cabeza se tiñeron de sangre. Noé se acercó a nosotros y nos dice, señalando al prisionero:

— ¿Este cabrón fue el que jodió a Doré?

— A saber —dice Lucas—, pero allí donde nos jodieron a Doré estaba él. Cuando ya habían atendido a Doré, Noé le dice al cuilio:

— Ayúdanos a cargar al compa.

— ¿Cómo los voy a ayudar a ustedes, si yo no cargo ni a los míos? — dice el cuilio bien altanero.

— Ah bueno —le dice Noé—. Está bien.

Otro compa, que había oído, se acerca y agarra la M60 del soldado, que tenía una canana de como ochenta tiros.

— ¿Estará buena todavía?

— ¡Sí, hombre! —dice el cuilio—, si está nuevecita.

Y cuando el cuilio volteó a ver para otro lado, le cayó la descarga. Pude ver eso que a veces sale en las películas, que cuando una persona recibe una ráfaga de ametralladora, no se va de boca de una vez: la misma ráfaga lo sostiene, el traqueteo lo mantiene en pie por un momento.

Esto es lo que puede pasar cuando la gente sigue caliente por el combate: te han herido a un compa de gravedad y el cuilio se burla y se pone pesado... El que nos ayudó a cargar a Doré fue otro soldado capturado, que era enfermero.

Luego, cuando oímos el rumor de los rocketeros, nos retiramos por una vereda para salir a El Limón, donde tuvimos otras escaramuzas por la noche. Al final, volvimos a la Villa del Rosario.

Doré sobrevivió. No lo he vuelto a ver desde ese día, pero sé que vive en los Estados Unidos. De ese combate me queda el orgullo de poder decir:

— Yo lo saqué y lo cargué cuando estaba herido.

Estas son cosas que después no tienen precio. Hoy después, en Morazán, siempre oigo comentarios de compas que dicen, apuntando a otro: “Ese cabrón me sacó cuando yo estaba herido”. “A este cabrón le debo yo la vida.” Lo sé también por mi sobrino Alexis, que cayó herido en un campo minado en Gotera. Cuando ya todos se habían retirado, y lo habían dejado botado, un compa regresó y lo sacó. Alexis siente un gran respeto por este compa, no recuerdo ahora su nombre pero te lo voy a averiguar.

Para esos años, yo ya arrastraba algunas molestias físicas debido a la guerra. Sentía un gran dolor de espalda desde la vez en que, en la unidad del Chele César, cargando un gran tercio de leña me caí de rodillas y sentí que la columna se me aflojaba. También me molestaba una sinusitis aguda, por tantas y tantas noches pasadas a la intemperie, bajo grandes aguaceros. Me obligaba a respirar por la boca siempre. Pero lo que más me hacía sufrir era el oído. No sé si habrá sido después de un bombardeo como el de Arambala, pero el oído me dolía mucho y supuraba un agua que echaba

un olor bien feo. El dolor lo soportaba la mayor parte del tiempo, y a veces hasta sentía que se calmaba, pero ciertos días empezaba a sentir unas vibraciones horribles. Y lo único que podía hacer era echarme al suelo y revolcarme. Un compa, Joelón, en esos momentos me decía:

– Hací cuenta y caso que ese dolor es psicológico, que no tenés nada y vas a ver, el dolor va a ser menos.

– ¿Cómo que no tengo nada, si bien feo siento que me pulsa el oído?

Nunca pasé consulta por ese dolor de oído. Y es que los hospitales y los médicos, yo sentía que estaban allí para atender a los compas heridos en combate, o por lo menos a los compas viejos que sentían más que yo los estragos de la guerra. Yo era joven y tenía los huesos frescos. Los compas más viejos en cambio, empezaban a sentir grandes dolores en sus articulaciones, en las rodillas. Hace poco hablaba con un compa, Carlos, y medio en broma yo le pregunté qué era lo que más le cansaba de la guerra.

– A mí nada me cansaba –me dice–, pero lo que me hacía mierda era cuando caminábamos mucho y la lesión de mi rodilla me empezaba a sangrar. Era un dolor bien cabrón, y una caminata de Perquín a Jucuarán, o de Perquín a Ciudad Barrios, yo ya no la aguantaba por mucha voluntad que tuviera. Por eso dejé que me llevaran a Cuba.

Llegó un momento en que la guerrilla empezó a enviar a los combatientes lisiados al extranjero, a Cuba, México, Suecia, y no sé si España y Francia también los recibieron. Los compas que habían quedado ciegos, o habían perdido una pierna, o ambos brazos, o que tenían lesiones en los pulmones o el cerebro, ya no podían quedarse en el frente. A otros, los que habían sido pioneros de la organización en el 77 o el 78, se les combinaba el cansancio físico con cuatro o cinco lesiones de bala o esquirla y también salían al extranjero a través del Comité Internacional de la Cruz Roja. No se iban con alegría. Muchos se resistían y sólo se iban cuando de verdad no podían más. Se dieron casos de compas que, en último momento, se negaban a abandonar el frente: ya estaba el vehículo de la Cruz Roja listo para llevárselos y ellos se negaban a subir. Causaba mucha admiración ver eso. Decían que querían morir con los compas, que querían seguir peleando. Me acuerdo así de un compa, Davichón, al que le cruzaron los

intestinos tres veces. Se los remendaban y no bien estaba repuesto que ya quería seguir volando verga. Y cuando uno veía eso, pensaba: “Putá, si estos compas, después de tantas lesiones siguen al pie del cañón, ¿no le voy a hacer huevos yo que tengo buenos los ojos, los pies y las manos?” Muy pocos de los que se fueron, se fueron contentos. Y luego, les tocaba adaptarse a la vida en otro país, con sus lesiones, lejos de los compas que seguían peleando y lejos de los lugares que conocían... tampoco era de envidiarse la suerte de ellos.

Hace poco recibí una carta de un compa al que mandaron a Suecia, y allí se quedó. Avelino se llama; yo no me acuerdo de él, pero él dice que me conoció en la escuela de menores. Me escribe que sufrió diez heridas de guerra, tres de gravedad. En la carta se le siente como mucha soledad y mucha tristeza por estar tan lejos de El Salvador y por lo dura que es la vida en Suecia. Al final me dice que era más fácil asaltar la Tercera Brigada que aprender el idioma que hablan allá.

En noviembre del 88, los refugiados de Colomoncagua empezaron a retornar a Morazán. El grupo que abrió calle era de como setecientas personas. Irma iba entre ellas. Cuando se estaban formando de madrugada para emprender el camino, ya con sus maletitas listas, a Irma se acercó Juancito, el hijo de mi hermano y de Pasita, que ya había sido expulsada a México. Dijo que se quería ir con ella, y que ya tenía su matata lista con su ropita dentro. Irma le preguntó si le había pedido permiso a Carolina, y él dijo que no porque no se lo hubiera dado. Irma decidió llevárselo con ella.

Entraron a El Salvador por San Fernando, donde la población los recibió bien, y de allí fueron a Perquín. Allí se quedaron unas semanas, y la organización les dejó que recolectaran el café de unas parcelas para sacar algo de dinero para la comunidad de retornados. Esa vez Irma fue caporal, la persona responsable de repartir los surcos a los cortadores. Nunca se supo qué fue del dinero del café, pero los refugiados no recuerdan haberlo visto.

Luego, los refugiados llegaron a un lugar llamado Los Quebrachos, muy cerca de donde cayó Romeito, y se instalaron allí. El lugar está a un lado de la calle Negra. Esa calle todavía era peligrosa por los campos minados. Estaba toda enmontada, y sólo en el centro se veía algo de asfalto. Cada uno montó su champa: un travesaño con un pedazo de plástico amarrado

por los extremos. Irma consiguió en un guatal una cama abandonada, sin colchón, y allí dormía con Juancito. Debajo de la cama guardaba el cántaro de agua, y en una matata colgada tenía sus poquitas cosas.

La comunidad entera se puso a trabajar para emparejar el terreno. Trabajaban con piochas, palas y barras limpiando el lugar de monte y aplanándolo para construir casitas de lámina y madera. Se montaron cocinas colectivas, y a cada uno le daban dos tortillas, un puño de frijol y una botellita de agua antes de salir a trabajar. Era duro, había que madrugar, pero era una comunidad unida.

— Salían los hombres y salíamos las mujeres como si fuéramos hombres, con el sombrero, palas, piochas y barras a sacar todo ese monte y ese pedrero— me dice Irma.

Juancito iba siempre con ella; no la soltaba, fuera a donde fuera.

Un día, vinieron a visitarla unas amigas de El Huilihuiste que no había visto desde que había empezado la guerra. Dice Irma que le dio mucha pena que la hallaran viviendo en esas condiciones.

— Yo estaba toda sucia, toda tierrosa, y la pena que me dio cuando me hallaron viviendo debajo de un plástico, durmiendo en una cama que ni un petate tenía encima.

Y es que antes de la guerra, nosotros éramos conocidos en el cantón como una familia trabajadora que había logrado superarse económicamente. Nuestras cositas teníamos.

El Ejército pasaba por la calle Negra en operativos contra la guerrilla y la gente se asomaba a insultarlos. Los cuilios, ni agua se atrevían a pedir, pensando que los podrían envenenar.

Cuando la comunidad logró asentarse más o menos bien, los que se habían quedado en Honduras regresaron también, entre ellos mi padre. A partir del 89 se instalaron en lugares aledaños a Meanguera y Jocoaitique y formaron una comunidad que años después se llamó Segundo Montes, en homenaje a uno de los jesuitas españoles asesinados en la ofensiva.

Pero antes de todo eso, mandaron a Irma a San Salvador a cuidar una casa de seguridad donde se mantenían armas y explosivos. La casa estaba en la colonia Escalón, la mera guarida de la oligarquía. Dice Irma que pasó un gran miedo allí porque todos los días, de mañana y tarde, venían los

guardias nacionales a recostarse sobre la pared de la casa.

— Púchica — pensaba Irma — ¿y qué tal si se les ocurre entrar un día? Pero Irma era berrinchuda; ya tenía preparada una 45 con varios cargadores por si eso pasaba.

— Me van a matar, pero a un par de cabrones me los llevo — pensaba. Junto con ella estaba otro compa, Jaime, que era de San Salvador. Jaime se hacía pasar por un ingeniero con negocios en San Miguel y La Unión, e Irma se hacía pasar por su sirvienta. En la casa vecina vivía un señor de apellido Valdivieso que había sido ministro de transportes, y su sirvienta buscaba plática con Irma todo el tiempo. Siempre le preguntaba:

— ¿Y el ingeniero, qué anda haciendo? — como para entablar una conversación sobre los patrones.

Irma no estaba autorizada a hablar con nadie y tenía que buscar cómo esquivarla.

Cuando Jaime salía a entregar dinero o un estuche con armas, Irma iba delante de él, explorando, con un dispositivo de comunicación sobre los pechos. Con claves, le avisaba a Jaime si todo estaba normal o si había peligro. Cuando Irma decía “sandía”, es que todo estaba tranquilo, y si decía “hay panes duros en la tienda”, es que había peligro. Cuando fue la ofensiva del 89, se trasladaron al volcán de San Salvador.

* * *

Llegó un momento en el año 1989 en que a todas las unidades del norte de Morazán nos concentraron en el área de Jocoaitique y la laguna de la Villa del Rosario. Allí estaban todos los miembros de la comandancia, los mandos de pelotón y de agrupación y todos los radistas. Empezaron los preparativos para la ofensiva del 89, la ofensiva final, la que tenía que definir la guerra y cuya consigna era “Al tope y punto”.

Durante un par de meses nos la pasamos en entrenamientos especiales. Las charlas políticas se hicieron incesantes; nos decían que en esta ofensiva, toda la fuerza saldría a combatir y que iríamos a quedarnos, a tomar posición en las ciudades y pelear colonia por colonia hasta lograr la derrota total del Ejército de la oligarquía. Nosotros, la guerrilla del norte de Morazán, teníamos la misión de tomar San Miguel, la tercera mayor ciudad del país.

Nos decían que la población se iba a insurreccionar junto a nosotros, y que así se formarían nuevas unidades de combate con el armamento que ya se tendría adelantado en las casas de seguridad. Esa era una de las claves de la victoria: el ánimo insurreccional de la población, que con todo el trabajo de expansión política y distribución de propaganda, con los mensajes de Radio Venceremos, se suponía estaba asegurado. El Ejército se vería desbordado por la repentina incorporación de decenas de miles de nuevos combatientes venidos de los barrios populares de todas las ciudades.

Se iniciaron los entrenamientos específicos para el combate urbano, al que pocos estaban acostumbrados. Con dibujos nos decían cómo abrir huecos en las paredes de las casas para pasar de una a otra a lo largo de una cuadra entera. Esto era para quitarle efectividad a la artillería, a las ametralladoras en boca de calle y al fuego de las tanquetas. No podíamos quedar arrinconados en una casa. Nos explicaron cómo se iban a colocar las minas en las esquinas para frenar los avances enemigos. Las tanquetas serían uno de los mayores peligros del combate urbano. El fuego de las tanquetas es demoledor. Utilizan una ametralladora punto 50 y un cañón 90 mm.

Para combatirlos, se les iban a montar dispositivos con minas. También confiábamos en una granada de RPG-7 capaz de penetrar su blindaje. Esa granada, cuando penetra la coraza de la tanqueta, suelta un gas tóxico. Los que van dentro no mueren despedazados sino asfixiados.

A los que nunca habíamos usado más arma que el fusil, nos enseñaron a utilizar el RPG-7, las ametralladoras M60 y PKM y otros materiales que llevaríamos a la ofensiva.

También entrenamos el combate cuerpo a cuerpo, a esquivar los golpes del otro, a usar su fuerza para dominarlo. Nos mostraron técnicas para quitarle una pistola o un fusil a un enemigo y a pelear con un palo: retrocedías y te defendías a la izquierda, retrocedías y te defendías a la derecha, y para golpear, era avanzando dando un paso al frente.

Nos íbamos acercando al día de la ofensiva y en cada uno de nosotros crecía la expectativa. Sabíamos que muchos no regresaríamos. Al mismo tiempo, teníamos una gran confianza. La mezcla de compas viejos, con la experiencia de toda la guerra, y de los compas nuevos que ya estaban bien fogueados, nos daba mucha moral. También confiábamos mucho

en el armamento nuevo y en las unidades de explosivistas que ya estaban posicionadas en las ciudades fabricando cargas, minas y bombas de mano.

Nos decían también que la fuerza aérea sería duramente golpeada y no podría reaccionar. La comandancia consideraba que la guerrilla tenía el poderío suficiente para obtener una victoria militar, pero para esto, tenía que mandar a todas sus fuerzas. En Morazán, no se quedaría ninguna fuerza de reserva, y sólo algunos compas de las cocinas y los hospitales así como los lisiados o heridos, no irían a la ofensiva.

Pero las preguntas, cada uno se las hacía: ¿Cómo será pelear en San Miguel, cuadra por cuadra, colonia por colonia? ¿Quién regresará y quién no? ¿La población se unirá a nosotros o no?

Así fueron pasando los días de bullicio, entrenamientos, charlas y reencuentros, ya que en las concentraciones volvías a ver a viejos amigos, caras que no habías visto en años.

Fue cuando se dio lo que llamamos la epidemia del amor: con todos los compas pensando que a lo mejor esos eran sus últimos días, que a lo mejor no regresarían de la ofensiva, se empezaron a formar un montón de parejas fugaces. Hombres y mujeres que no se conocían o que no se habían visto en años se enamoraron en esos días. Siempre, con ese sentimiento, de que a lo mejor esa era la última oportunidad para amarse y besarse. Todavía hoy, de los chavos nacidos en el 90, se dice en broma que son fruto de la epidemia del amor previa a la ofensiva del 89.

Durante esa epidemia sonaban en todos los radios las canciones de Los Bukis. Adonde fueras entre la laguna de la Villa del Rosario y Jocoaitique, en los campamentos sonaba la voz de Marco Antonio Solís. A mí también me gustaban sus canciones como aquella que dice:

*Necesito una compañera
Que me ame que en verdad me quiera...*

Y la que dice:

*No te sientas así
No te quise ofender...*

Y la que dice:

*Después de vivir tan solo
en mí vuelve a despertar
como una obsesión inmensa
el sentimiento de amar.*

Yo, en esos días, era novio de Tomasa, pero no la pude ver durante esos preparativos. Ella era explosivista y estaba con las unidades que se adelantaron rumbo a San Miguel.

Era una de las muchachas recién incorporadas, venidas del refugio de Colomoncagua. Me hice novio de ella en Perquín, en un baile de los Torogoces. La saqué a bailar, porque me gustaba bailar las cumbias de los Torogoces. Luego, cuando podía, pedía permiso para ir a ver. Procuraba traerle siempre un regalo, un jabón de olor, una pasta dental o un par de pilas para su lámpara. Una vez, le llevé un pollo asado, pero, por estar en lo que estábamos, se nos hormigó.

Nueve días antes de salir a la ofensiva Miguel Ángel me dice:

— Mirá, hay una unidad en el amate de El Corral en emboscada, y no tengo a nadie que me les vaya a dejar comida. Andá a dejarles vos.

— Vaya —le dije.

Agarré las cosas y me fui. Estaba lloviznando. Les dejé la comida a los compas y al volver, la lluvia arreció y se me empapó la ropa. Ya en el campamento, me quité los zapatos y la camiseta. Retorcí la camiseta y me puse a secarla al calor de un fuego sobre el cual había un bote de agua hirviendo con material de cirugía. Así estaba yo, moviendo mi camiseta, cuando una brasa se quiebra y el bote de agua hirviendo se viene abajo hacia mí. Todavía tengo tiempo de hacerme para atrás, pero un poquito de agua me cae sobre el pie.

Quedé con una quemadura pequeña, de una pulgadita y media de largo, no más. La brigadista que me atendió me pidió que pusiera el pie en agua fría y luego en agua caliente, agua fría, agua caliente, treinta segundos aquí y treinta segundos allá.

— No te preocupés —me dijo—, tenés una quemadita sencilla; de aquí a

cuatro o cinco días vas a estar bien sano.

Confíe en lo que me dijo la brigadista y no me preocupé. Pero cuando los compas se fueron para la ofensiva, el pie no me cabía en el zapato y apenas si podía caminar.

Y yo le digo a un amigo, cuando hablamos de esto hoy después:

— Si mi intención hubiera sido no ir a la ofensiva, si me hubiera quemado adrede, me hubiera tirado todo el cumbo de agua en toda la pierna; no me hubiera hecho una quemadita que parecía nada.

Al principio, tenía confianza y pensaba sanarme a tiempo, pero el pie se me empezó a hinchar. Las brigadistas me lo limpiaban con agua oxigenada y me sacaban capas de cuerito quemado. Cuatro días antes de la ofensiva, ya cuando el pie no me cabía en el zapato, Miguel Ángel me dice:

— Puta, no vas a poder ir a la ofensiva.

— Mirá, yo estoy hecho mierda. El zapato no me cabe, y quién sabe de aquí a tres días.

— Igual, si no te curás ahorita, después nos alcanzás.

— Vaya —le digo—. Si me sano antes de que termine el vergaceo, yo veo cómo putas me incorporo.

No oí en ese momento comentarios en contra mía. Pero dentro de mí, tenía miedo de que los compas dijeran eso, que me había quemado para no ir a la ofensiva. Porque casos así se dieron, compas que se daban un balazo en una mano o en un pie fingiendo limpiar sus armas para no ir a una acción de mucho peligro. Y eso daba lugar a comentarios como:

— Este por miedoso se dio un balazo.

— Este por miedoso no quiso ir a darse verga.

— Este por culero pidió que lo dejaran ir al refugio de Honduras.

Un día se fueron todas las unidades rumbo al Cacahuatique primero, y a San Miguel después. En el campamento, sólo quedaron los nidos vacíos, las bancas, los restos de fogatas. Dejaron el terreno trillado, cubierto de pedazos de lámina que se usaban para calentar las tortillas, bolsas de plástico, desperdicios, colillas de cigarro y puestos de cocina abandonados. Dejó de sonar música, no se oyeron más Los Bukis. Yo me quedé con mi lesión, sin poder poner el pie inflamado sobre el suelo para dar un paso, y con la moral en lo más bajo. Para colmo, supe de la muerte de Freddy Seco en una emboscada, y la de Checho, un gran amigo de mi familia, en

las faldas del Cacahuatique. Fue un momento desolado para mí.

Las brigadistas nos trasladaron a Henry y a mí a un barranco, un pedrero arriba de la Villa del Rosario, y nos dejaron junto a otros tres compas heridos. Para esconder a los heridos, se buscaban lugares así, escabrosos, que el Ejército difícilmente podría encontrar. Henry era un compa de la unidad. Fue herido de gravedad poco antes de las concentraciones de la ofensiva. Durante un operativo, Henry se quedó rezagado para minar una vereda. Colocó una mina, que era una bola de explosivos envueltos en saco de yute con un dispositivo de chuchito, una pinza que se cerraba cuando se jalaba el hilo tendido sobre la vereda. Volvió con nosotros, y, cuando íbamos por la escuela de El Volcancillo, regresó sobre sus pasos para revisar no sé qué cosa. Fue cuando se oyó la explosión.

— Ese es Henry que se jodió —dijeron los compas.

Fueron a ver, y cuando regresaron, lo traían todo sangrado. Las lesiones que le vi eran escalofrantes. Tenía huecos en el abdomen, en los brazos, en la cara, y no sé ni cómo sobrevivió. Sobrevivió, pero ahora Henry está fregado de las dos manos y perdió la vista.

En ese barranco nos quedamos pendientes, bajo una media sombra de árboles. Unas señoras de la Villa del Rosario venían a dejarnos comida, y las brigadistas venían a atendernos. Allí me tocó ver las curaciones que le hicieron a Henry. A los dos se nos engusaron las heridas, con un gusanito bien fino que le llaman queresa y que lo pone una mosca. Cuando me limpiaban la herida infectada, era dolorosísimo. Pero eso era risible comparado con lo de Henry al que le echaban creolina sobre los huecos en su mandíbula para matarle los gusanos. Cuando ya estaban muertos, se los quitaban con pinzas. Era tanto el sufrimiento de Henry, que a cualquier hora del día o de la noche empezaba a gritar, y se retorció y lloraba. Era escalofriante, y era terrible pensar que eso le podía pasar a cualquiera.

Los otros tres compas tenían lesiones de bala un poco más viejas. No recuerdo haber conversado mucho con ellos. Realmente, pienso que en todos pesaba el no estar con los compas peleando. En el momento en que se suponía que iba a definirse la guerra, no podíamos movernos del barranco, y en mi caso, por un accidente tonto. Cada uno de nosotros, allí en ese pedrero, estaba con su soledad, con su propio dolor. Nos

quedábamos escuchando música y escuchando las noticias, y cada uno pensaba lo propio. No sé qué pensarían ellos, cada cabeza es un mundo como dicen, pero yo pensaba:

– Ojalá los compas estén logrando avanzar. Ojalá que no cueste tanto la victoria. Ojalá vuelvan con bien.

Nuestra única alegría, metidos en ese guatal, era cuando llegaban las señoras a dejarnos agua, café y comida. Entre tanto, nos manteníamos pendientes de Radio Venceremos y de las otras emisoras para ver lo que se decía de la ofensiva.

La ofensiva empezó el 11 de noviembre de 1989 al amanecer. Recuerdo que Radio Venceremos reportó combates en Zacatecoluca, San Salvador, Usulután, San Miguel, Gotera y en todos los municipios aledaños a San Salvador: Soyapango, colonia Zacamil, Ilopango, San Ramón, Mejicanos. Los reportes hablaban de puestos de paramilitares y de la Guardia Nacional, arrasados. Se hablaba de quince bajas aquí, veinte muertos allá, prisioneros de guerra, tanquetas destruidas, tal y tal población bajo control. El Ejército se concentró en posiciones bien fortificadas, dejando la periferia de las ciudades a los compas. Las voces de Santiago y Lety, las arengas, la música revolucionaria te llenaban de esperanza, y a la vez, aumentaban tu frustración por no estar allí. La radio decía que la victoria estaba a un paso, que la ofensiva “Al tope y punto” estaba próxima a definir la guerra; animaba a los compas y le pedía a la población que se incorporara a las milicias y al Ejército guerrillero que avanzaba de manera indetenible hacia la victoria total. Y escuchando todo eso, pensaba en los compas y en todos los entrenamientos que habíamos tenido para preparar la ofensiva.

Mientras tanto, las emisoras nacionales habían sido amordazadas para que sólo dieran los informes del COPREFA, el Comité de Prensa de la Fuerza Armada. Decían que el terrorismo que atacaba a la población estaba siendo repelido eficientemente por las unidades del Ejército salvadoreño. Inventaban victorias y cifras de guerrilleros muertos, y también daban algunos datos reales.

Después de varios días de combates, cinco o seis días, y aunque el papel de Radio Venceremos era animar a los compas, se empezó a sentir que la ofensiva no se encaminaba hacia una victoria. La intensidad de

los combates empezó a bajar. Radio Venceremos no habló de retirada, pero cruzando informaciones podías entender que las unidades estaban saliendo de las ciudades. Primero de San Salvador, y a los dos o tres días, de San Miguel se retiraron las unidades nuestras. El grueso de los combates duró once días. Siguieron luego en la periferia de San Miguel porque los compas se fueron retirando de forma escalonada. Fue cuando oímos del asesinato de los Jesuitas españoles en la UCA a manos del batallón Atlacatl. Para mí sólo eran unos muertos más. No fue hasta tiempo después que pude dimensionar el hecho, y entender hasta qué punto el alto mando del Ejército y el presidente Cristiani se habían desprestigiado con ese crimen.

Para esos días, yo ya me había movido para el campamento donde se habían quedado unas cocineras y unas brigadistas. Todavía no se me había sanado del pie; necesitaba muletas para caminar y aún no me podía poner el zapato. Me distraía colaborando en la cocina, quebrando maíz en el molino, unas cinco cumbadas diarias.

Un día, llegaron informes de que los compas estaban a punto de llegar al campamento. Había que recibirlos con comida. Yo preferí esconderme. No me animaba a verles la cara. Le dije a Flora, una cocinera, que iba a estar en una huerta que estaba cerca, y que si preguntaban por mí no dijera dónde estaba, al menos que el que preguntara fuera Miguel Ángel. En esa huerta me quedé esperando, preguntándome quienes habían vuelto, quienes habían caído. Me daba miedo ver a los compas y sentía vergüenza por no haber estado con ellos.

Cuando volvieron, desde la huerta oí su bulla. Supongo que comentaban cosas de la ofensiva y que se alegraban por haber llegado vivos. Permanecí en mi escondite.

Al cabo de un tiempo, llegó Miguel Ángel. Lo primero que me dijo fue:

- Puta cabrón, mejor que no hayas ido a esa mierda. Allí te iban a matar.
- ¿Vos crees? —le digo yo.
- Sí, esa onda estuvo perra. Mejor que no hayas ido —me dice.

Uno de esos días, se me acercó un comandante, Licho, y me dijo:

- Verdad, cabrón, que vos por culero te quemaste y no viniste a la ofensiva.

Hubiera preferido que me pegaran dos balazos a que me dijeran eso. Lo sentí como algo injusto, absolutamente injusto. Ese insulto nunca se me va a borrar. No llevaba arma cuando Licho me dijo eso; de haberla tenido, tal vez hubiera reaccionado, no lo sé.

Lo que sí sé es que tardé bastante en recuperar el ánimo. Me aislaba lo más que podía y, sobre todo, me alejaba de los círculos en que se hablaba de la ofensiva. Cuando me asomaba y los compas empezaban a hablar de esas acciones, yo me volvía a alejar.

A la semana de terminada la ofensiva, se organizó un baile en Jocoaitique para celebrar el retorno de la ofensiva.

— ¿Querés venir con nosotros? —me dijo Miguel Ángel.

— ¿Y cómo voy a ir si no puedo caminar?

— Yo te consigo un caballo.

Pero yo no estaba bien de ánimo, ni quería estar en medio de toda la gente que había ido a la ofensiva.

— Diviértanse ustedes que echaron verga, vayan a celebrar que están vivos —le dije a Miguel Ángel.

Logré que no me llevaran al baile. Esa tarde, como a las cinco, los compas arrancaron hacia Jocoaitique, que está como a una hora de camino a paso regular. Y no habían pasado ni quince minutos, cuando empezó a sonar lo típico de una emboscada: primero las minas, y luego la balacera y las granadas de mano. Los comandos los estaban esperando en el camino. Mataron al Toro e hirieron a David motorista, hermano de la Pirulita. Melo pudo reaccionar y le acertó dos balazos en los pulmones a un cuilio, que luego resultó ser el desertor de la guerrilla que los guiaba. Élmer le decían. Los comandos se retiraron y los compas siguieron su camino hacia Jocoaitique: no por una emboscada iban a dejar de ir al baile. Cuando regresaron Miguel Ángel me dijo riendo:

— La sentiste, ¿verdad cabrón? Pero mejor que no hayás venido al baile. Te hubieran agarrado sobre el lomo del caballo, y a saber qué hubieras hecho.

Fui retomando confianza. Mi pie sanó, tardó tres meses, y pude reincorporarme a las tareas cotidianas. Los compas, a pesar de no haber conseguido la victoria que se esperaba, se veían animados. Yo no sentí

ningún bajón moral en la fuerza después de la ofensiva. La guerra podía continuar, aunque yo, sin comentárselo a nadie, me preguntaba por qué la población no se había sublevado a la par de los compas durante la ofensiva. “Putá —pensaba yo—, ¿será que sólo somos nosotros los que estamos dispuestos a llevar esta guerra hasta el final?”

De la ofensiva, he hablado con varios compas. Todos coinciden en que durante los tres primeros días en San Miguel los combates eran como los que ya conocían. Se peleaba de día y de noche, pero la intensidad era normal para ellos. Después se hizo más difícil. El Gato, que era el radioperador de Miguel Ángel, me cuenta que lo que se le hacía más extraño era que los cuilios estaban siempre muy cerca. A veces estaban al otro lado de la calle, otras veces en la casa vecina. Hasta se dieron varias confusiones por el parecido de los uniformes.

Mario me cuenta que los ataques más perros del Ejército eran a las nueve o diez de la mañana. Los cuilios aplicaban la táctica del “minuto loco”: por un minuto, atacaban con todo el arsenal disponible para infundir terror en los compas y desalojar posiciones.

— Pero nosotros aguantábamos —me dice Mario— y contraatacábamos con todo. La gente estaba animada para darse verga. Y los compas nuevos eran muy buenos, muy serenos a la hora de los desvergues.

Los compas se abastecían en comida y agua en las tiendas que habían quedado abandonadas. También había vehículos que repartían comida, municiones y explosivos.

No hubo insurrección por parte de la población como se esperaba. Hubo apoyo en el área logística y en otras tareas como montar trincheras o trasladar heridos. Algunos talvez se incorporaron tomando las armas, pero no fueron tantos. El Ejército reaccionó con artillería y aviación y bombardeó las colonias populosas donde se había asentado la guerrilla. Fue un ataque directo a la población, sin distinguir posiciones militares ni nada.

Al cuarto día, llegaron a San Miguel refuerzos del batallón Arce y del Atlacatl, y la cosa se puso yuca. Poco a poco, los compas tuvieron que retroceder hacia la periferia de las ciudades, y de allí emprendieron la retirada. Se dijo después que en la ofensiva murieron como cuatrocientos compas en todo el país, pero es probable que fueron muchos más. Sé que

allí cayó Carmelito Torogoz, el compa de la escuela de menores que había escrito la canción “Soy combatiente”; cayó Carmelo, nuestro maestro en la escuela de menores. Cayeron Goyo Negro y Ángel Patojo, dos mandos reconocidos. Por el puente Urbina, en un dispositivo de campos minados que les pusieron los cuilios, una unidad completa fue aniquilada, y en esa unidad iba Chiyo, hermano de Gusanillo, que ya era mando de pelotón. Tomasa, que era mi novia, tuvo mejor suerte: a ella le tocaba ir en esa unidad, pero en la marcha hacia San Miguel, por el cerro Cacahuatique, se dobló el tobillo y tampoco pudo ir a la ofensiva. De la unidad de Miguel Ángel, sólo cayó un compa, Mino Toro.

Mi sobrino Gerber me contó, ahora que vino de Estados Unidos, que justo después de la ofensiva, un mando reunió a su unidad en una maicillera. Todos los compas sentían el ácido de los combates en San Miguel, el desvelo, el hambre, el agotamiento. El mando los formó y les dijo:

— Los que ya no quieran seguir combatiendo y prefieran volver a Morazán, que den un paso al frente.

Nueve compas dieron el paso. Gerber titubeó.

— Yo estaba hecho mierda —me dijo—. Sentía que ya no daba una.

Al final, Gerber también dio un paso al frente, aún pensando que quizás los iban a sancionar o incluso a ajusticiar por estar desmoralizados.

— Lo que pasó es que nos dieron una charla, una gran terapiada diciendo que teníamos que hacerle huevos, que esos eran los últimos días de combate antes de vencer al Ejército. Eso nos dio ánimos para seguir.

Los mandaron entonces a pelear a Usulután, luego al cerro El Tigre, y luego a Cabañas. Cerca de Villa Victoria fue herido de gravedad: recibió un balazo de M60 en el fémur de la pierna izquierda.

Poco después de la ofensiva me llegó una carta de Tomasa, a la que hacía varios meses que no veía. La carta decía que cortaba la relación conmigo porque yo no le ofrecía ningún futuro; que no la buscara más, decía. Era una carta muy extraña: era su letra, pero no sus palabras ni su forma de pensar. Además, decir que yo no le ofrecía ningún futuro, en el contexto de la guerra, no tenía sentido. No fue hasta terminada la guerra, una vez que me la encontré, que entendí el porqué de esa carta.

Tomasa era radioperadora y explosivista. Durante un tiempo trabajó en el taller de Nivo, junto con varias chavas jóvenes recién llegadas del refugio. Preparaban los rellenos de las cargas de mano, de las bombas de contacto, de los abanicos. Trabajaban sin protección, sin mascarillas ni nada, tanto así que a Tomasa un día la mandaron a la clínica para desintoxicarla. De tanto azufre que había inhalado se le había contaminado la sangre y la tuvieron que inyectar. Se dice que los hijos de las explosivistas nacían con manchas moradas sobre el cuerpo.

El caso es que, antes de conocerme, ella había sido compañera de Nivo, y cuando Nivo se enteró que andaba conmigo, le entraron los celos.

—Yo esa carta te la escribí —me dijo Tomasa— porque me pusieron el cañón del fusil en la cabeza. Pensé que vos lo entenderías y te cuidarías.

Algunos mandos abusaban de su poder. Vos lo veías, lo oías, pero mejor no cuestionabas, pensando que los compas humildes, los que realmente demostraban lo que es el compañerismo y hubieran dado la vida por salvar a otro compa, eran más y contaban más que los dos o tres mandos que se creían mejores que vos por ser mandos. No por eso dejabas de notar los aires que se daban, bien uniformaditos, con los zapatos bien limpios y andando los mejores fusiles que otros compas recuperaban en combate. Notabas también que algunas mujeres, por andar con esos mandos, de repente se hacían las orgullosas.

—Se creen más culonas —decían los compas.

Y no era tan fácil que las mandaran a una acción peligrosa.

Se sabe que los celos produjeron algunos ajusticiamientos: mandos que por ver a sus compañeras de vida hablando con un compa, lo mandaban a matar. ¿No te digo que eso casi le pasa a Pajarillo?

Está el caso de Calistro, un mando que por celos acribilló a su compañera y luego se mató él mismo. Ella quedó lisiada, con la mitad de su cuerpo paralizado. O el caso de Angelita, la radioperadora, que fue asesinada por su compañero, Jorge, un mando viejo. O el caso de Lucinda, que encontró a su compañero de vida con otra mujer y reaccionó disparándole a ella. No recuerdo si Lucinda mató a su rival, me parece que no, pero después, sorprendida por su propia reacción, se disparó a ella misma colocándose el fusil debajo de la quijada. Tampoco se mató.

Ya recuperado de mis lesiones y del bajón moral por no haber ido a la ofensiva, pensé que en las siguientes acciones podría reivindicarme y demostrar que no había flaqueado. Las operaciones con la unidad de Miguel Ángel retomaron con la misma fuerza que antes de la ofensiva, aunque no todas tuvieron el éxito que se esperaba. En una ocasión, nos mandaron a tomar Ciudad Barrios, la segunda ciudad del departamento de San Miguel. Fue un fracaso: no pudimos avanzar mucho y tuvimos muchas bajas. Lo que pasó es que, antes del ataque, tuvimos un pequeño enfrentamiento accidental con otros compas. Nadie fue herido, pero el tiroteo alertó a los cuilios que resguardaban la ciudad. En vez de suspender el ataque, Fidel Zarco y Cristo Negro, los mandos que lo coordinaban, insistieron en llevarlo a cabo. Cuando entramos a la ciudad, los cuilios nos estaban esperando muy bien apostados. Y cuando se dio la orden de retirada, ya habíamos perdido, entre otros, a Cristóbal, al Ñurdo, uno de los mejores mandos de escuadra de la unidad y a Payín, un mando bien joven que todos creían que era hermano mío porque se parecía mucho a mí hasta en las canas.

En ese tiempo, yo ya no iba como radioperador sino como miembro del área política. Mi tarea era darles charlas a los compas. Ibas al área política cuando tenías un poco más de capacidad para entender y compartir la información sobre el proceso, y esta habilidad yo la había ganado con el monitoreo de noticias en Radio Venceremos. Siempre me gustó explicarle a la población civil cosas de la lucha y talvez por eso pensaron en mí para la unidad política.

Esta nueva función no fue algo que yo pidiera. Hasta algo de pena sentí cuando me dijeron que sería el encargado de dar esas charlas. Yo sabía cómo los compas veían a los del área política:

— Allí viene el que va a dar una charla aburrida, el que nos va a volver a hablar de elecciones, de la lucha de clases y de las contradicciones de la oligarquía salvadoreña. Allí viene otro de los que se pasan la guerra bien cheles, sin pelear.

No me gustaba que me asociaran con un chupahuevos o un soplatazas, pero la decisión no era mía, y con la disciplina que siempre tuve, cumplí esa tarea lo mejor que pude. Cada cinco días más o menos, tenía que dar esa bendita charla. También tenía que asistir a las reuniones con los

demás miembros del área política. Allí nos ponían al tanto de las nuevas direcciones de trabajo, los nuevos criterios políticos y lineamientos ideológicos del partido, así como decían.

Esta función política no me libraba de ir a todas las misiones en las que participaba la unidad de Miguel Ángel, aunque, hasta cierto punto, me evitaba estar en primera línea de fuego. Generalmente yo me mantenía cerca del puesto de mando, junto al radista, que era el Gato Menor, y a Miguel Ángel. Pero en el caos de un combate, en cualquier momento te podían ordenar que cubrieras tal sector o que avanzaras para tal lugar.



10

En septiembre del 90 nos mandaron para el cerro El Tigre, en Usulután, uno de los terrenos más difíciles para pelear que se pueda imaginar. Allí operaban el batallón Atonal y varios batallones de la Sexta Brigada. Es un terreno muy quebradizo, cubierto de cafetales. En El Tigre hay una serie de colinas, las filetas les dicen, cruzadas por una sola vereda que te sube hasta la punta del cerro. Por fuerza tenías que andar por esa vereda y en cualquier lugar podías caer en una emboscada. Chamorro, un compa de las Fuerzas Especiales que luchó muchos años en El Tigre me decía que andaban siempre con el fusil en posición de fuego. Era peor en invierno, cuando la hoja del cafetal estaba húmeda sobre el suelo y no se oían los pasos de los cuilios. El que estaba arriba tenía toda la ventaja.

Muchos compas muy aguerridos murieron en emboscadas en el cerro El Tigre, como Sánchez, uno de los mandos históricos de la BRAZ, y Maritza, su radioperadora. Los sorprendieron mientras se bañaban. Sánchez murió en el acto y Maritza logró arrastrarse herida unos doscientos metros. Los compas la encontraron varias horas después. Sobre el fusil había escrito “Venceremos” con su propia sangre antes de morir. También cayeron José Luis el Chileno, mando de las Fuerzas Especiales, El Ché de San Fernando, quien fue capturado, herido y muerto por orden de Monterrosa a inicios del 83 y la Pirulita, una compa brigadista muy inquieta, muy amable, que conocí cuando entré a Radio Venceremos; y también cayó Yaco.

Era tan difícil combatir en El Tigre que se decía que muchos de los compas de Morazán enviados allí desertaban. Otros muchos pelearon por años, y eso te llenaba de admiración. Pensabas: “Si estos compas que pelean en lugares tan complicados como el cerro El Tigre, o el cerro Guazapa que está a sólo veinte kilómetros de San Salvador y que el Ejército quiere recuperar a toda costa, o en las planicies del norte de San Miguel donde no podés defenderte de la artillería, o en los manglares al sur de Jucuarán, una zona plagada de zancudos donde es tanta la humedad que las velas no encienden, si estos compas le hacen huevos, ¿cómo no le voy a hacer huevos yo, peleando en Morazán que conozco palmo a palmo?”

La vegetación en el cerro El Tigre se parece a la del cerro Cacahuatique: las estribaciones medias son cafetales y cafetales, y en las alturas, cerca de la cima, hay un bosque de árboles grandes, de sombra espesa, parecidos a los de La Montaña de Nahuaterique. Lo extraño es que, cuando vas caminando por las vaguadas, sentís que pronto vas a encontrar un río, o una quebrada o un nacimiento de agua. Pero no: en el cerro El Tigre no hay agua.

Era tanta la escasez que los compas hacían embutidos de agua de lluvia: en invierno cavaban huecos que cubrían con un plástico para recoger la lluvia. Luego, cerraban el plástico como si fuera bolsa y lo enterraban hasta el verano siguiente.

Se dieron grandes combates por el control de unos tanques de agua que había en las alturas del cerro. Los compas tenían que darse verga bien para llegar a esos tanques. Los cuilios, antes de retirarse, se ensuciaban dentro de los tanques para que los compas no pudieran tomar agua limpia. Y no había de otra: tenían que beberla. Durante mi estancia en El Tigre, también me tocó beber de esa agua con sabor a orines y excrementos que dejaban los cuilios. Para quitarle el sabor, le echábamos Café Listo o sobrecitos de polvo Fresquitop. Cuando los compas retomaban el control de los tanques, minaban los accesos para que los cuilios no pudieran acercarse más a hacer sus chuchedades. Y para llegar nosotros, teníamos que seguir un guía: donde el guía ponía el pie, los demás poníamos el pie. A veces, la misma población nos traía algo de la poquita agua que tenía. Pero era un agua caliente que muy poco te aliviaba la sed.

Para bañarse y lavar ropa, había un lugar con un tanque grande y una cañería. El problema era que allí te tendían emboscadas. Mientras estuvimos en El Tigre, procuramos bañarnos al menos una vez por semana. Íbamos de noche, con mucho silencio a ese lugar. Una unidad de seguridad tomaba primero posición para defender a los que se bañaban.

Al Tigre no fuimos a pelear. Permanecimos quietos en los cafetales durante un mes con la orden de evitar todo encuentro con el Ejército. No queríamos que se dieran cuenta de que muchas de las unidades de combate del norte de Morazán estaban en esa zona: se estaba preparando la campaña del 90, la última gran campaña militar que lanzaría la guerrilla.

Esta vez, el objetivo no era tomar el poder ni promover una insurrección generalizada. Las negociaciones de paz habían empezado. El objetivo de la campaña era obligar al Gobierno a negociar seriamente y que el resultado fuera más favorable a la guerrilla. El Ejército tenía que entender que no se entregarían las armas a cambio de nada y para esto había que golpearlo, ponerlo en jaque en todo el país y demostrarle que el ánimo de la guerrilla no había mermado después de la ofensiva del 89. Pensaban que la guerrilla estaba muy debilitada y que a fuerza de operativos lograrían derrotarla sin necesidad de negociar nada. La campaña del 90 les demostró que la guerrilla estaba más fuerte que nunca.

El mensaje que nos dieron a los compas fue que ahora luchábamos para que, por la vía de la negociación, se sentaran las bases de un país realmente democrático. El discurso de la comandancia había cambiado: ya no hablaba de los obreros y campesinos unidos en una Revolución triunfante. Se hablaba de diálogo, de vía política y de democratización de El Salvador, y ya no de tomar el poder por las armas. Pero el simple hecho que se mencionara el final de la guerra nos subía la moral.

No sé muy bien cuál fue la estrategia militar de esta última campaña. Lester, un compa del área urbana que fue misilero, me explicó que el planteamiento era atraer al Ejército, sacarlo de los cuarteles y golpearlo a campo abierto, donde no se pusiera en riesgo a la población y donde su artillería no fuera tan efectiva. Además, se contaba con que la aviación, esta vez sí sería paralizada gracias a la llegada de misiles rusos SAM-7 y SAM-14. Puede que esa fuera la estrategia, pero a nosotros, a la unidad de Miguel

Ángel, nos ordenaron atacar posiciones de la Sexta Brigada, cuyo cuartel estaba en plena ciudad de Usulután. No era la primera vez que se atacaba la Sexta Brigada, y en esos ataques, la guerrilla había fracasado siempre y sufrido muchas bajas. En uno de esos ataques por poco capturan a mi sobrino Gerber.

El desplazamiento hacia Usulután que dio inicio a la campaña, lo hicimos la noche del 19 al 20 de noviembre. Empezamos a caminar a las seis de la tarde. Bajamos del cerro El Tigre y llegamos a un lugar donde había casas de personas conocidas que nos dieron agua. Descansamos hasta las doce de la noche. En la unidad de Miguel Ángel éramos como treinta y cinco, en medio de una agrupación de cien o ciento cincuenta compas. De madrugada, atravesamos milpas ya dobladas y tapizcadas.

En la fila, iban compas del área logística con munición y granadas de reserva. También iban los misileros. Cuidaban mucho de no golpear los misiles, ya que un pequeño golpe podía averiar el sistema electrónico que tenían. Me impresionaba mucho ver esas armas. Imagínate, cuando entré en la guerrilla con ocho años, los compas peleaban con escopetas y pistolitas 38...

Era chistoso porque varios compas llevaban morteros caseros, los secos, fabricados en el taller de explosivos y la población pensaba que eran misiles. Decía la gente: “¿Cómo no van a ganar la guerra los muchachos, con tantos misiles que llevan?”

A medida que nos acercábamos a la ciudad, la sombra del volcán de Usulután se hacía más grande y más oscura, hasta que abarcó la mitad del horizonte. Llegamos, y las unidades de combate y las unidades logísticas se desplegaron y tomaron posición. Se desplegaron también las tres piezas de artillería que se llevaba, morteros de 81 mm que iban a iniciar el ataque disparando sobre el cuartel. Con eso se ablandarían posiciones para que el grueso de la fuerza pudiera atacar con fusilería, cargas de mano y lanzacohetes.

Eran las cuatro de la mañana. Con el Gato y Miguel Ángel, nos apostamos en un lugar cubierto por palos de mango a unos trescientos metros del cuartel. Las comunicaciones se silenciaron y sólo se escucharon los chasquidos que servían de señal. Minutos antes de empezar el ataque,

recuerdo que estaba yo al pie de un palo de mango, nervioso, subiendo y bajando el seguro del fusil, pensando en lo peligrosa que era la Sexta Brigada. “¿Será este el último día que me toca andar con los compas?” —me pregunté. En eso, se me acerca Miguel Ángel y me toca el hombro.

— ¿Estás con miedo? —me dijo.

— Un poco.

— Ya vas a ver, esta mierda ya va a terminar. Quizás sea una de las últimas acciones en que participemos.

— A saber —le dije yo.

— No te ahuevés, estas son las últimas acciones. A estos hijos de puta les tenemos que ganar la guerra. Ponete buzo que ya va a empezar esta mierda.

Faltaban quince minutos para las cinco cuando empezó a disparar nuestra artillería. Se escuchó la salida de la primera granada, y enseguida, otras dos salidas. Los cañones empezaron a tirar y a tirar y a tirar y fue cuando la pálida se propagó entre los compas: las granadas caían sobre el cuartel pero no estallaban. Quién sabe qué pasó. Quizás esas granadas venían de un embutido ya viejo, quizás estaba mojada la pólvora. De todos los morterazos que se tiraron, sólo dos estallaron que nada más sirvieron para alborotar el hormiguero. Vi a Miguel Ángel bien preocupado, y por las comunicaciones preguntó lo que tenía que hacer. La orden fue atacar de todas formas, a pura infantería, a pesar del riesgo que suponían las fortificaciones del cuartel, a pesar de todos los fracasos anteriores.

No pasaron dos minutos cuando empezaron a oírse las primeras ráfagas, las primeras granadas, las descargas de Law, los semillazos de punto 50 arrasando con la palizada de mango y los cafetales. Se oían gritos. El fuego era tan tupido que se oía como un sonido continuo, sin pausa.

Es extraño, pero no recuerdo haber combatido allí. No podría asegurarte que desde mi posición disparé. Y sin embargo, el Gato me dijo que sí, que juntos estuvimos cubriendo un flanco.

— Yo gasté como 150 tiros —me dice el Gato—, y vos también disparaste conmigo.

Pero en mi memoria sólo queda el estruendo de las ráfagas de ametralladoras, los bombazos y la gritolera de los compas y los cuillos. Y

luego, la visión de los muertos y heridos que iban sacando.

Primero sacaron a Guillermito con una grave herida en la pierna. Guillermito era el gran amigo de Gerber; ambos formaban una dupla de delanteros imparable en los mascones de fútbol del refugio de Honduras. No pudieron detenerle la hemorragia. Cuando lo vi, ya estaba pálido, y a la media hora murió. Guillermito era hermano de Nácer, un comandante. No estaba previsto que participara en la campaña. Tenía que quedarse en Morazán, pero para que no dijeran que por ser hermano de un mando tenía privilegios, desobedeció la orden y alcanzó a su unidad en el cerro El Tigre.

Luego se oyó que habían herido a un mando que le decíamos Panchón. Era imposible sacarlo de donde había caído. Unos compas de las Fuerzas Especiales lo intentaron, pero no pudieron porque estaba demasiado cerca de una posición de cuilios. Félix, una brigadista, no quiso darse por vencida y se lanzó a sacarlo. Varios balazos le impactaron en la espalda y la doblaron. Lucas agarró entonces un tubo de RPG-7 y dejó ir un vergazo. El estruendo de un tiro de esos es algo que te impacta, te deja frío por un momento. Eso dio la pausa para sacar a Panchón de allí. Luego hirieron a Santillo. Una bala le cruzó las dos piernas, aunque luego se recuperó.

A las nueve de la mañana el combate no había mermado. Sin embargo, los compas ya no intentaban avanzar. Los soldados estaban demasiado bien apostados. Se dio la orden de retirada. Recuerdo haber visto varias hamacas con los heridos, pero no sé cuántas bajas tuvimos nosotros y las demás unidades. Llegamos a un lugar llamado El Nansal y descansamos a la sombra de unos palos de mango. En la cara de los compas vi la misma expresión que después del combate en Ciudad Barrios, el fracaso y la desesperación por haber perdido compas sin haber definido nada. Recordabas con odio los gritos de los cuilios envalentonados, seguros de que no podríamos desalojarlos de allí: “¿Qué no tienen huevos de avanzar, hijos de puta?” Y te preguntabas por qué no se había cancelado el ataque si la artillería no había funcionado. Qué razones políticas o militares tenía la comandancia para mandar a los compas a un combate perdido de antemano, creo que nunca lo sabré.

Todos estábamos agotados después de una noche de caminata y un

día de combate. Sufríamos también de la falta de agua. A los heridos los mandaron para los hospitales del cerro El Tigre. A los que estábamos buenos, los mandos nos hicieron una reunión para decirnos que, en vista de que la operación en Usulután no había dado los resultados esperados, a las cuatro de la tarde atacaríamos Santa Elena para desalojar al batallón Atonal. El Atonal era un batallón élite, el mejor que había en Usulután.

Órdenes son órdenes, y a las cuatro de la tarde empezamos la marcha. Me sorprendió lo rápido que llegamos al pueblo. De nuevo se oyeron los estruendos del combate. Era un ataque un tanto improvisado. Nos tocaba entrar al pueblo por una quebrada seca, y con poquito que asomaras la cabeza por el filo, veías las trincheras, los muros y todas las fortificaciones desde las que nos disparaban. Se escucharon las primeras explosiones, y de inmediato se supo que habían matado a Hernán, de las Fuerzas Especiales.

No sé cómo me junté con los compas de la Fuerzas Especiales. Allí estaba el Rey, disparando con un cañoncito 60. Disparaba a lo loco, lanzando granadas tan rápido como podía, sin apuntar y sin buscar saber si estaba haciendo daño o no. Tenía unas treinta granadas sobre el suelo, y me pidió que les sacara el seguro mientras él las tiraba.

Muy cerca de nosotros, Germán se puso a disparar con un mortero casero para desalojar las primeras posiciones de Santa Elena. Los proyectiles de los secos tenían una carga impulsora que los lanzaba a 150 metros. En un momento dado, el compa metió uno de esos proyectiles, prendió la mecha y se alejó del tubo. Se oyó la explosión de la carga impulsora, pero, a saber por qué, la granada no salió disparada. Pero él no sé percató de eso y volvió hacia el tubo para volver a cargarlo. La granada le explotó a bocajarro y el compa desapareció en la humazón.

Luego supimos de la muerte de Arturito. Una granada de Law le impactó directamente en el cuerpo. También murió Quique, otro mando, y La Catochita fue herida de gravedad y entregada a la Cruz Roja. El combate se prolongó hasta muy entrada la noche por todas las direcciones. Recuerdo haber visto a los compas de las Fuerzas Especiales adentrándose en las calles de Santa Elena a fuerza de ráfagas, descargando sus fusiles con una furia que pocas veces había visto yo en los compas. Pero no fue suficiente. En un momento dado el Rey, me parece que fue el Rey, le ordenó a Miguel Ángel que siguiera el ataque, y Miguel Ángel se negó; dijo que no iba a

arriesgar la vida de un compa más en ese desvergue. Poco después nos retiramos hacia el área de Tres Postes. Allí es que vi el cuerpo de Arturito que traían en una hamaca. Estaba todo achicharrado. Esa imagen, de Arturito con el cuerpo todo quemado y destrozado por la granada de Law, me impactó como pocas cosas en la guerra. Pocas cosas, de todas las que vi, me dolieron tanto como ver a Arturito así. Recordé las risas con él, sus bromas, su forma de andar jodiendo a los demás. A veces me pregunto qué hubiera pasado dentro de mí si yo hubiera visto a uno de mis hermanos en ese estado, todo achicharrado. No sé si lo hubiera soportado.

Siguieron varias semanas de combates en Tres Postes, Arenales, Las Marías, La Pata de Pollo, Tepesquillo Alto, Tepesquillo Bajo, Joyancha Arriba, Joyancha Abajo, El Nisperal y Jocote Dulce, donde cayó mi hermano Juan. Andabas por calles cubiertas por dos pulgadas de polvo. Allí pasaban carretas llenas de pichingas de agua que la gente traía desde bien lejos. Se notaba que esas comunidades estaban entre las más pobres de El Salvador. Estuvimos cerca de Santiago de María, pueblo del que Monseñor Romero fue párroco en su juventud. Recuerdo haber leído en un folleto que le conmovió mucho ver la pobreza de los cortadores de café, la gente más explotada y maltratada y la que realmente produce la riqueza del país.

El batallón Atonal nos siguió y tuvimos varios combates. Fue un ritmo raro: se combatía, pero también había días de tranquilidad que aprovechábamos para limpiar el fusil, cocer una gallina o escuchar las canciones de Juan Luis Guerra que estaban entonces muy de moda. Había muchos palos de coco, pero no podías treparte en ellos porque si llegaban los cuilios, te podían bajar como que fueras garrobo. Entonces, lo que hacíamos era botar los cocos a balazos.

Notamos mucho la debilidad de la aviación. Ya no nos bombardeaban como antes, ni nos podían perseguir después de un combate. Los pilotos de helicópteros no querían sobrevolar la zona ni para evacuar a sus heridos. Sólo de vez en cuando se acercaban tímidamente los A-37 y lanzaban sus bombas donde fuera para retirarse de inmediato. Ya no se quedaban a ametrallar como antes. Los misiles habían funcionado. Esto pesaba mucho en la moral de los cuilios. Nosotros, después de los fracasos de Usulután y Santa Elena, recuperamos la moral. Entendíamos que el final de la guerra

se acercaba y que se nos pedía un último esfuerzo.

En uno de esos días, andaba con Gilberto, un compa de las Fuerzas Especiales que perdió un ojo. Estábamos patrullando a la retaguardia de una compañía del Ejército cuando llegó un helicóptero a reabastecerla. Estaba a trescientos metros de nosotros, bien bajito y en vuelo estático. Por radio nos dieron la orden de darle con todo. Montamos los fusiles sobre un alambrado.

— Démosle pues —me dice Gilberto.

— Vaya.

Y empezamos a disparar tiro a tiro para asegurarlo. El helicóptero enseguida tomó vuelo y desapareció del área. Poco después asomaron los helicópteros rocketeros, pero no se quedaron mucho. Cuando volvimos con los demás, el Rey nos pegó una gran regañada por no haber derribado el helicóptero.

— ¡Son un par de pendejos que no sirven para nada! — nos dijo el Rey bien furioso.

Lo cierto es que, sin apoyo aéreo, los cuilios ya no se paraban como antes y preferían darse a la guinda cuando se sentían un poco apretados. En uno de tantos pequeños combates, los cuilios empezaron a huir después de unos cuantos tiros con morteros caseros. En eso vi a Will, un muchacho que acababa de incorporarse, persiguiéndolos imitando el sonido de los disparos con la boca.

— Hey, cabrón, ¿qué te pasa? —le grité yo.

— No jodás, se me acabó la munición.

— ¡Tomá cabrón! —y le aventé un cargador. Will cargó su fusil y siguió para adelante.

Luego llegué con él. En un terrenito donde había guate de milpa, los cuilios habían dejado un muerto con una M60, y más adelante, varias mochilas. Con Will las revisamos para ver si hallábamos cosas de comer. Los soldados rasos llevaban latas de guisos que sabían horrible. En cambio, los oficiales tenían un ayudante que les cargaba cosas mejores como mieles de durazno y de guineo. De esas hallamos en la mochila del soldado muerto. Nos las comimos y estaban ricas.

En un duro combate contra el Atonal, en El Nisperal, murió Saulito. Lo

cruzaron de un disparo en la cara. Saulito se llevó las manos a la cara, y cuando vio la sangre se fue de boca. Unos compas lograron traerlo hasta donde nosotros estábamos con el Gato y Miguel Ángel. Miguel Ángel nos pidió a otro compa y a mí que lo enterráramos. Cargué a Saúl, ya sin equipo ni fusil, y lo llevé hasta un hueco que encontramos, que estaba lleno de hojas secas y madera podrida. Escarbamos como pudimos, y allí dentro lo dejamos, cubriéndolo con un poco de tierra y hojas.

Pocos días después tuvimos otro desvergue con el Atonal. El combate se entrampó y nadie parecía tener las de ganar. Ni los compas ni los cuilios se podían mover de donde estaban, por la línea de fuego que cada uno había formado. Llegaron dos A-37 a apoyar, pero como estábamos bien pegaditos a los cuilios, no pudieron soltar las bombas sobre nosotros. Las descargaron lejos del combate. Luego, uno de los cazas se retiró, y el otro se quedó rafagueando. Bajaba en picada, ametrallaba y volvía a subir. Después de una picada, cuando ya se estaba elevando, desde una cancha de fútbol salió un misil. Vimos perfectamente su estela de humo, y cómo se incrustaba en la cola del A-37. En el cielo se dibujó una inmensa nube de humo negro, con una gran llamarada hacia un lado, y se escuchó el ruido de una explosión monstruosa.

Todos, ellos y nosotros, nos detuvimos a ver la caída del avión. Se silenció todo. Quién sabe por cuánto tiempo dejaron de oírse los fusiles, las granadas, los gritos de los combatientes, pero esos instantes parecieron horas. Se hubiera podido escuchar el canto de un pájaro, de haber quedado pájaros en la zona.

Cuando los compas reiniciaron el fuego, se fueron con todo contra los cuilios. Miguel Ángel gritó que los topáramos a rafagazos. Y así los hicimos, ya sin cuidar la munición. Los cuilios huyeron despavoridos, en una guinda como nunca había visto. Corrían por unos matorrales entre palos de coco, dejando heridos, dejando muertos, dejando armas en el camino. Y mientras seguíamos disparándoles, por primera vez puse en práctica eso de poner el fusil en horizontal para barrer más área con las ráfagas.

Siempre que recuerdo la caída del A-37, se me viene a la mente el rostro ya pálido de Saulito, como si el derribo del aparato fuera una venganza por la muerte de él. Tanto así que en mi memoria, esos dos combates eran uno sólo. Pero el Gato me asegura que fueron días distintos. El asiento de

ese cazabombardero está ahora en el Museo de la Revolución en Perquín. El que lanzó el misil fue Lester.

Después de lo del A-37, el batallón Atonal se desbandó completamente. Abandonó todas sus posiciones, abandonó Santa Elena, donde tanto daño nos había hecho, y se fue en guinda hasta parar por la carretera litoral. Entramos nosotros a Santa Elena junto con otras columnas. Tanta sed traían los compas que a balazos rompieron una tubería para tomar agua y bañarse. En ese momento, llegaron dos furgones de la Fanta y de la Coca-Cola y los compas decomisaron la bebida. Nos tomamos todo lo que pudimos, y lo que sobró, lo repartimos entre la población. Yo me reía viendo a los niños, a las viejitas y a las señoras agarrando todas las Coca-Colas y Fantas que podían para llevarlas a su casa. Como de costumbre, se hizo un mitin y se le explicó a la población las razones de nuestra lucha. La gente nos recibió bien, y muchos buscaron plática con nosotros. Al terminar el día, nos retiramos de nuevo al área de Tres Postes.

Seguimos peleando por varias semanas. Llegaron refuerzos del Ejército: el batallón Arce, los comandos de la Sexta Brigada, el batallón Calito, el batallón León y hasta los infantes de marina se hicieron presentes. En total, había como cinco o seis mil cuilios en la zona. Ellos decían que éramos cuatro mil guerrilleros. No sé si era propaganda o si de verdad, por la cadencia de fuego que teníamos, se lo creían. En realidad no éramos más de unos pocos cientos. El batallón Atonal, que se había desbandado, se volvió a reagrupar, pero ya no fue tan peligroso. Tanto así que en los primeros combates contra el batallón Calito, los cuilios nos gritaban, talvez para darse moral ellos mismos:

— Aquí no están con el Atonal, culeros. ¡Este es el Calito!

Pero el batallón Calito no era muy bueno, y eso se notaba rápido.

Uno de esos días, estaba con una pequeña unidad de compas vigilando una calle. No estábamos ni tan confiados ni tan avispados. Estábamos descansando, pero listos para reaccionar en cualquier momento. De repente, apareció un jeep a gran velocidad que frenó frente a nosotros levantando una gran polvazón. Nos miramos todos sorprendidos, a la espera de lo que pasaría. Se abre entonces la puerta del jeep, y sale

una mujer chele, colocha, con aspecto de mujer extranjera. Se acercó a nosotros y su rostro se me hizo conocido, aunque no logré recordar dónde lo había visto.

– Buenas –dijo la mujer.

– Buenas –dije yo.

– ¿Cómo está la situación?

– Más o menos normal. Yo creo que la conozco a usted.

– Es probable, soy reportera. Trabajo para la televisión.

Recordé entonces que la veía en el canal 2 o el canal 6 cuando monitoreaba los noticieros en Radio Venceremos. Mónica Soane se llamaba la mujer.

Salió luego del jeep un hombre, y rápido reconocí a Epigmenio Ibarra, un reportero mexicano que había venido varias veces a Perquín. Alguna vez había hablado con él.

– Hola –me dijo– ¿Cómo está la situación aquí?

– Un poco tensa y un poco normal.

– Venimos a cubrir un combate que tuvieron los del batallón León. Y los estábamos buscando a ustedes para hacerles una entrevista. ¿A quién puedo entrevistar?

– No sé, aquí habemos varios –cerca estaba un compa con una ametralladora RPK y estaba Pantaleón, un compa buenísimo con el RPG-7. Los demás estaban un poco replegados.

Pantaleón me dice:

– Contestá vos, yo voy a estar pendiente–, y se adelantó unos setenta metros sobre la calle.

Entonces le digo a Epigmenio:

– Pero es que así no puedo salir en la tele. Andamos bien sucios, hace como diez días que no nos bañamos.

– Así es la guerra. Te voy a entrevistar de todas maneras.

– Vaya, pero que sea rápido porque puede pasar cualquier cosa.

Epigmenio me hizo como tres preguntas sobre la moral de los combatientes y la moral del Ejército en Usulután. Le dije que el Ejército había tenido un bajón moral por la falta de apoyo aéreo y la ineffectividad de su artillería; que nuestra moral estaba muy alta y que esperábamos que esta campaña militar permitiera avances en el proceso de negociación. Mientras contestaba, siempre miraba de reojo hacia Pantaleón. Le dije que pronto se lograrían

acuerdos importantísimos que sembrarían las bases de un nuevo país.

Repetía el discurso que nos llegaba para esos días: que teníamos que seguir apretando al Ejército para lograr negociaciones serias que permitieran la disolución de los cuerpos represivos, la expropiación de las fincas de los grandes terratenientes y el desmantelamiento del aparato oligárquico en El Salvador. Sólo así lograríamos establecer las bases de un país realmente democrático. Ya no se hablaba de Revolución popular. Sabíamos que aquellas imágenes que habíamos visto en las películas sobre Cuba y Nicaragua, con grandes columnas guerrilleras entrando en carros y camiones a La Habana y a Managua celebrando, alzando las armas y saludando a la población que los recibía como héroes, esas imágenes no se verían en El Salvador. Se decía más bien algo como: el factor militar constituye un apoyo dinámico al factor político que logrará crear las condiciones de la paz. Pero no nos importaba tanto el cambio de discurso, ni que ya no se pensara en una victoria como en Cuba: después de diez años, todos queríamos que se terminara la guerra. Su próximo desenlace es lo que nos daba ánimos para seguir combatiendo, a pesar del cansancio que ya se sentía en esos últimos días de campaña.

Cuando Epigmenio me preguntó por el A-37 derribado, Pantaleón, desde la calle, me hizo señas de que se acercaban los cuilios.

—Zafate —le dije a Epigmenio, no recuerdo si en cámara o fuera de cámara—. Zafate que esto ya va a tronar.

—¿De verdad?

—Sí, záfense ya.

Epigmenio y la reportera tiraron todo el equipo al jeep y arrancaron. A los treinta segundos empezó la balacera.

Uno de los últimos compas en caer en esa campaña fue Piulito. En la finca El Gatillo nos sorprendió una unidad Recondor del batallón Arce. Piulito estaba de posta. En la espalda, a la altura de la mochila, lo partieron los balazos. Miguel Ángel y el Gato reaccionaron. Miguel Ángel disparó con una M79 en una mano y un AK-47 en la otra. Lograron desbandar a esa unidad. Miguel Ángel nos dijo luego que buscáramos un lugar donde enterrar a Piulito. Yo lo cargué. Era bien pesado. Una persona muerta se vuelve más pesada. Me lo eché al lomo jalándolo por las manos que ya

estaban frías. La camiseta me la unté de la sangre de él. En una casa nos prestaron una pala y una piocha. Cavamos su tumba a la sombra de un palo de mango, cerca de una línea de matas de piñuela, la mata que da el motate que la gente come con huevo. Antes de enterrarlo, le quité la mochila. Luego la lavé y me la quedé como recuerdo. Piulito era un chavo morenito, de pelo liso, muy humilde y muy sonriente. Su forma de bromear era parecida a la de Leoniditas, un compa que llamábamos How are you y que meses atrás había sido abatido por el mismo batallón en El Chagüitón de Perquín.

Aquello fue el ocho o nueve de diciembre. Ya para esos días, entre los compas se comentaba que había que seguir echando verga bien, pero que también había que cuidarse porque no podía ser que te mataran en los últimos días de la guerra. Se decía medio serio y medio en broma, pero dejaba ver que ya los compas avizoraban el fin de los combates. Por eso mismo, muertes como la de Piulito, la de Saulito, la de Arturito dolían mucho más.

A mediados de diciembre se inició la retirada. Nos movimos primero hacia la cumbre del cerro El Tigre donde estaban los heridos. La mayoría de ellos estaban lo suficientemente recuperados como para caminar hacia Morazán. Ninguno tuvo que ser llevado en bestia. Yo creo que la perspectiva del final de la guerra y el regreso a Morazán fue para ellos la mejor terapia. De allí, mientras el enemigo permanecía buscándonos en la zona, emprendimos la marcha. Con las Fuerzas Especiales y las demás unidades formábamos una gran columna.

En el camino, se decidió atacar a la Guardia Nacional en Sessori. Fue el último combate fuerte en que participé. Se hicieron planes y se decidió que en vez de atacar directamente el cuartel, atraeríamos a los guardias con barricadas a la salida del pueblo. El objetivo era aniquilarlos sin que nos hicieran un sólo herido, aunque al final nos lesionaron a Panchito.

Se formaron las barricadas y por la tarde asomaron los guardias. Eran como treinta. Un compa francotirador abrió fuego y de allí empezó el desvergue.

En un momento dado, la unidad de Oscarito se vio en aprietos y pidió apoyo. Es cuando el Terrible, un mando de pelotón, se me acerca y me

dice:

— ¿Vos ya has sido mando?

— No —le digo.

— Ah, pues te toca porque todos los mandos de escuadra ya cayeron en la campaña.

El Terrible me dio una escuadra, once compas y me mandó a apoyar a Oscarito. Me sentí muy nervioso. Ser mando era una enorme carga, y si te mataban a uno o dos compas, vos tenías que responder por ellos. Un chavo de la escuadra me dijo entonces:

— Mejor hagamos dos equipos. Te llevás uno vos por ese sector, y yo me llevo al otro por allá.

— Está bien —le dije, y sentí un gran alivio.

Nos desplegamos como acordado y, por unos potreros, mantuvimos a raya a unos guardias. Fue la primera y última vez que me tocó ser mando en una unidad militar. Hasta risa me da hablar de eso con los compas. Fue un combate rápido, en el que ya no se cuidaba la munición y podíamos usar ráfagas al antojo. Se aniquilaron a casi todos los guardias y se capturaron a cuatro o cinco. Luego, llegó la población a pedir que a los guardias prisioneros se les matara, y así se hizo.

Los compas recuperaron un buen lote de fusiles G3 pero, como todos pensaban que la guerra había terminado, nadie quiso cargarlos. Recuerdo a los compas pedaceando los fusiles contra el suelo, y apachando los cargadores con piedras. Un compa le decía a otro:

— No, hombre, deberíamos llevarlos. Aunque sea la munición llevemos.

— No, estas mierdas ya no las vamos a ocupar — le contestó el que pedaceaba los fusiles.

Realmente, entre los compas se sentía un ambiente como de finales de guerra. Era un error. Los combates siguieron casi un año más.

Llegamos por fin a Torola, entrando por Carolina. La gente nos recibió como si fuéramos unos grandes guerreros, héroes que volvían después de mil batallas y victorias. Nos dieron frijoles, queso y café. Hubo bailes para celebrar el regreso.

Poco después me desligué de la unidad de Miguel Ángel. Él siguió peleando varios meses mientras que a mí me dieron una unidad de

expansión política para proseguir el trabajo de concientización. No volví a combatir.

* * *

En mi unidad política venían otros diez bichos, entre los cuales Martín, Rosita, Hermelinda, Moisés, Dagoberto y uno que le decían Freddy Ceiba porque era originario de La Ceiba. Juntos hicimos ese trabajo de combatiente organizador del pueblo. Nuestra zona estaba al Sur del río Torola y abarcaba Carolina, San Antonio Del Mosco y San Isidro.

No partíamos de cero. Ya se había hecho mucha labor política por allí y había bases sociales, como en Aguas Calientes, la casa de don Noé, y más adelante, en medio de un mezcalar y unos palos de jocote, la casa de don Virgilio, donde teníamos tanta confianza para venir a descasar y comer que Martín hasta se enamoró de una de las hijas de ese señor.

Nuestra tarea era darle continuidad a la relación entre la guerrilla y la gente, informándole del curso de la guerra. La población estaba a la expectativa por todo lo que se decía de las negociaciones de paz. Había que convencerla de que mientras no hubiera nada firmado, la lucha seguía y por eso tenía que seguir colaborando con nosotros.

Procurábamos que la simpatía hacia nuestra lucha siguiera en pie. A los chavos que querían ir incorporándose o querían participar en algunas tareas, les decíamos dónde colocar mantas y regar propaganda, dónde hacer pintas con spray, y dónde ir a reventar una bomba de contacto para asustar a los cuillos.

Cuando llegábamos a un sector, empezábamos nuestra labor de hormiguitas. Yo les decía a los muchachos:

— Ustedes tres vayan allá para esas casas, ustedes tres esperan acá, y nosotros vamos a esas otras casas —y así íbamos cubriendo los caseríos.

Casa por casa nos hacíamos amigos de los niños, de las mujeres, de los señores, de todo el mundo. Dejábamos folletos y boletines, pedíamos permiso para escribir una pinta, y a los que no la conocían, les explicábamos cómo y cuándo sintonizar Radio Venceremos y así supieran de las victorias del FMLN.

Llevábamos un mensaje positivo sobre la guerrilla para contrarrestar la propaganda enemiga y el odio que nos tenían los soldados y que transmitían a sus familiares cuando volvían a su casa. La mayoría de las familias que visitábamos tenían al menos a un soldado en el cuartel. Explicábamos que no teníamos nada en contra de los soldados, que quien nos la debía era la oligarquía explotadora del campesinado y la clase obrera. Tengo la impresión que en esa zona, las familias de los soldados nos recibían con más curiosidad que miedo. Nunca sabías qué tan profundo les calaba tu mensaje, pero al menos tenían que admitir que nunca buscábamos por los cantones a los soldados con licencia para matarlos, cosa que hubiera sido fácil.

Y así, fuimos creando bases sociales en el cantón El Rosario, Aguas Calientes, El Talpetate, San Marcos que está pegado a San Antonio Del Mosco y donde la gente siempre apoyaba a la derecha, todos caseríos de gente muy humilde. Dormíamos en el monte, en las milpas o las maicilleras para que no nos fuera a denunciar un oreja, y por el día hacíamos nuestra labor política en las aldeas o entrábamos a los pueblos a hacer pintas, pegar carteles o colocar banderas del FMLN. Para llegar a San Antonio Del Mosco había que pasar por unos tulares, un cultivo muy tradicional en esa zona. En todas las casas veías a las muchachas y a las viejitas tejiendo petates con el tule. Se los pagaban baratísimos, una miseria, y eso que para tejer un petate grande se necesitan hasta tres días de trabajo.

Para esos días, recuerdo muy bien que estaba de moda la canción Vientos de cambio, de Scorpions, un grupo de rock alemán. Escuchábamos la versión española, que dice:

*Llévame a la magia del momento
de la gloria
donde los niños del mañana soñarán
los cambios que vendrán*

A mí me gustaba el mensaje de la canción, por lo de los niños del mañana. Aunque tuviera que ver con la caída del muro de Berlín y el fin del bloque socialista, sentía que hablaba de nosotros, de la paz que llegaría pronto y de las cosas nuevas que nos tocaría vivir. Y hablando de la caída del

muro de Berlín, la derecha salvadoreña decía que la derrota de la guerrilla estaba a la vuelta de la esquina con el derrumbe del bloque soviético. A nosotros, esos comentarios hasta risa nos daban. Creíamos en la causa que defendíamos, y luchábamos por el pueblo salvadoreño. ¿Qué nos importaba pues, lo que pasaba en Rusia y en Europa del Este?

Cuando había operativo del Ejército nos replegábamos hacia Tijeretas, El Picacho o El Chicagüite, que están al otro lado del río. Allí, nos hacían reuniones para que supiéramos cuáles eran los nuevos criterios del partido y las nuevas líneas de trabajo. También me daban el dinero para la unidad. Eran quizás trescientos pesos para quince o veinte días, o doscientos cincuenta si se valoraba que la población nos podía ayudar. Yo andaba una libretilla en la que apuntaba minuciosamente todos los gastos: en tal sector se gastaron veinte colones en comida, en tal lugar se gastaron doce en un par de zapatos para fulano, etcétera.

A la gente de la población civil que tenía más recursos, le pedíamos su colaboración a través de una nota: en pocas líneas te identificabas como mando de la zona, miembro del FMLN, y ponías que, a través de este medio, solicitabas la colaboración de ellos con tal cantidad de dinero, maíz, frijol, telas o calzado. Luego, ponías quién era el enlace para recibir la respuesta, y deseabas que ésta fuera positiva. Al final, te despedías con un saludo. Eran notas respetuosas, y las cantidades que se pedían eran acordes a las posibilidades de la gente. No siento que hubiera amenaza o imposición, al menos de mi parte, aunque se sabe que en ciertos sectores, algunos mandos cometieron abusos. Hoy después, esos mandos no vuelven a cruzar las zonas que anduvieron durante la guerra porque cualquier cosa les podría pasar. Yo no padezco de ese mal, y no hay ningún sector en el que me haya desprestigiado frente a la población.

O más bien sí. Hubo un momento en que talvez sí quedé desprestigiado, y fue cuando me dieron la orden de ir a El Bajillo a botar las sacaderas, los alambiques donde la gente hacía su aguardiente de maíz fermentado y dulce de laja. Estaba prohibido el consumo de guaro en todas las zonas liberadas, y por lo tanto, también su producción estaba prohibida.

Botar las sacaderas nos costó el resentimiento de la gente. Era gente muy humilde, y del guaro provenían sus únicos ingresos. Mientras rompíamos

los alambiques nos decían:

— Ustedes botándonos las sacaderas a nosotros que somos pobres, y a los grandes de allá, que producen tequila, cerveza o whisky, ¿qué les hacen?

Pero órdenes son órdenes, y lo hicimos aunque no de buena gana. Me acuerdo de que un señor me suplicaba:

— No me bote la chicha, es lo único que tengo para el sustento de mis niños.

Sentí feo, de veras que sentí feo, viendo la pobreza de la zona, y peor cuando tuve que advertirles que regresaríamos si las volvían a poner. Ojalá que se las hayan ingeniado para esconderlas en otro lugar.



Las negociaciones siguieron su rumbo. A finales del año 91, los combates se apagaron y la fuerza se reunió en grandes campamentos. Nosotros nos concentramos en los alrededores de Perquín. Se instaló una rutina bastante tranquila, cada quien cumpliendo sus tareas, y cuando ibas de posta o a patrullar al otro lado del río, ya no estabas tan pendiente, seguro de que los cuilios no asomarían. Un compa, Joelón, hasta se daba el tiempo de sembrar papas.

Hubo, sin embargo, algunos combates aislados. En uno de estos, en el área de Jucuapa de San Miguel, murió Nelson Cuereta por tratar de rescatar el cuerpo de un compa caído.

Aún así, la disciplina se fue relajando, y hasta los mandos que tenían fama de cuadrados y que por cualquier cosa te sancionaban o te acusaban de desviación ideológica, fueron más permisivos. Yo también era mando, pero más que andar dando órdenes, coordinaba distintas tareas. Un día, nos mandaron a hacer una lista de todos los compas y sus familias que serviría en el proceso de negociación. Lo curioso fue que, como la comandancia había reportado más combatientes de los que en realidad éramos, tuvimos que inventar muchos nombres y apellidos para que los números cuadraran.

Por las tardes, si no había nada que hacer, me gustaba salir a cazar palomas por unos manzanales que había por allí. Con Toñito y Freddy

Ceiba también hacíamos concursos de tiro al blanco, viendo quién le pegaba primero a unos pajaritos diminutos que revoloteaban entre las piedras del río Torola.

Una vez, llegó Carolina al campamento y me preguntó cuál era mi fusil. Le mentí diciéndole que ya lo había entregado. No me creyó y Jorgito le dijo cuál era. Mi hermana lo agarró y lo descargó de un rafagazo contra los cogollos de un palo de aguacate.

— ¿Qué te pasa? —le dije.

— Esto ya terminó, ya no te van a hacer falta estas mierdas.

La relación con la población se hizo más relajada. Podíamos ir a ver a nuestros familiares y ellos venir a vernos a nosotros. El campamento era un ir y venir de papás, abuelos, hermanos, novias que siempre les traían comida a los compas. Mi papá también llegaba a visitarme. Él ya estaba en el campamento de retornados de Los Quebrachos. Siempre que venía, me encontraba jugando futbol en una canchita improvisada en medio de unos pinos que nos servían de postes. Mi papá llegaba con su matata, extendía una manta, sacaba un cuchumbito de café, la mitad de un pollo asado con arroz curtido o frijoles y me decía:

— Vaya, vení a comer.

— Espere, que ya voy a acabar. Es que estamos jugando un campeonato.

Y él tenía la paciencia de esperarme. Sabía cuánto disfrutaba jugando. Fuimos varias veces a jugar contra equipos de Ciudad Barrios, del norte de San Miguel y de La Unión. Siempre nos metían unas grandes goleadas, diez a cero, once a uno. Teníamos buena condición física, pero la mayoría no teníamos ningún control de balón ni tacto en los pies. Pero al menos nos distraíamos e íbamos descubriendo cosas fuera de la guerra. Una vez, un equipo hasta nos entregó un banderín con su nombre y su escudo, como si fuera un partido oficial.

Un día, aparecieron los cascos azules. Cerca de la cancha de Perquín montaron su base de comunicaciones desde la cual empezaron a coordinar sus operaciones por toda la zona liberada.

Recuerdo que uno de estos cascos azules nos cayó muy mal cuando nos

dijo, riéndose, que habíamos caído en la trampa, y que una vez las armas entregadas, lo único que nos esperaba era un gran fracaso. Un compa le contestó muy enojado que probablemente entregaríamos las armas, pero no nuestra convicción y moral de lucha. Fuera de eso, nos llevábamos bien con ellos, y como el cese al fuego siempre lo respetamos, no tuvieron mayores quejas contra nosotros. Una vez, hasta fuimos a cazar un venado para que se lo comieran.

Recuerdo a un oficial peruano que conocí en Torola. Para esos meses, ya se había publicado *La terquedad del izote*, el libro de Santiago donde cuenta su experiencia en Radio Venceremos. Habla un poco de mí y de lo que le pasó a mi familia. Resulta que este oficial lo había leído, y alguien le dijo que el tal Chiyo era yo.

Se me acercó con el libro en la mano y me dijo:

– ¿Vos sos Chiyo?

– Sí, yo soy.

– Regálame un autógrafo.

– ¿Por qué?

– Para mi familia en Perú, porque tu historia le va a interesar a mis hijos.

– Pero yo no sé firmar.

– Sólo escribí tu nombre y un mensajito que me querás poner.

Le escribí un mensaje corto, y luego me dijo:

– Yo soy tu amigo. Cuando querás venir a Perú, escíbime.

Y me dio su dirección.

Un día en que íbamos a un baile para celebrar el fin de los combates, por poco me paro en una mina. Yo era el quinto de la columna y atrás de mí iba Caro, un compa miliciano de Sicahuite. Íbamos por El Amatillo, un lugar que había sido muy peligroso por las emboscadas de los comandos. De repente oí una explosión detrás de mí. Caí tendido, esperando las ráfagas que siempre seguían a la explosión de las minas en las emboscadas. Pero en vez de ráfagas, sólo escuché quejidos. Volví la cara y vi a Caro.

– ¿Qué pasó? –le dije.

– No jodás, me jodí el pie.

Tenía el zapato volteado hacia atrás y el pantalón desgarrado. Pasamos la

consigna que un compa se había parado en una mina y evacuamos a Caro a campo travieso para no usar más esa vereda. Resulta que unos compas la habían minado sin avisar.

Llegamos luego a Los Quebrachos donde se habían juntado para el baile muchísimos compas, sus familiares y población civil. Antes del baile, se montó un teatrillo sobre una tarima. La obra incluía una escena en la que un personaje daba dos disparos al aire. Cuando sonaron los tiros, todos los compas, como en una gran locura colectiva, alzaron su fusil y empezaron a disparar al aire a rafagazos y a gritar de alegría. Un compa, hasta con una M60 disparó, y otro más, con un lanzagranadas M79. En esa euforia, yo desocupé no menos de tres cargadores. Luego, nos sancionaron a todos con cuatro mil sentadillas por la munición desperdiciada.

Y es que, si bien los combates habían terminado, el batallón Arce seguía estacionado en Perquín. Fue el último batallón en irse. Al respecto, Carolina me contaba que una vez ella estaba con unas señoras que lavaban ropa en la pila de Perquín, mirando de reojo a los cuilios del Arce que descansaban en el corredor de una casa. Carolina dijo en voz alta, para que la oyeran bien:

— Qué bueno que ya viene la paz, para que estos malditos nunca vuelvan a ofender a la población de Morazán.

Entonces un oficial se levantó y le contestó:

— Es cierto, a nosotros nos van a desmovilizar. Pero cuando la delincuencia tenga a todas estas viejas putas culo arriba, no se anden quejando ni pidiéndole ayuda a las Fuerzas Armadas.

No podía imaginar Carolina lo premonitorias que eran las palabras del cuilio.

El 24 de diciembre del 91 hubo otra gran concentración con más de cuatrocientos combatientes para celebrar la Navidad. Se hicieron tamales y hubo baile con el Combo de las Estrellas de San Simón en un ambiente de mucha alegría, los compas bailando el sobaqueado tradicional con los fusiles a la espalda. De repente, a las ocho de la noche, apareció un helicóptero. Desde el Cerro Pelón, le soltaron un misilazo que pasó de largo. Igual que en el baile en Los Quebrachos, eso sirvió de excusa para armar una balacera de locos. Fue como una Nochebuena con fuegos pirotécnicos, todos apuntándole al helicóptero que luego fue a aterrizar de

emergencia a Honduras. Luego, vinieron las sanciones por haber violado el cese al fuego.

El 16 de enero de 1992 se firmaron los Acuerdos de Paz de Chapultepec entre el Gobierno y la guerrilla. Los recibimos con mucha euforia, pensando que El Salvador sería por fin un país en el que todos cabríamos. Para celebrar los acuerdos, toda la fuerza fue a San Salvador. Se formó una larga caravana de buses llenos de compas. Íbamos montados hasta en las parrillas de los buses, porque en ese tiempo, todavía podías ir colgado de allí como si fueras mono. Íbamos uniformados, con todos los pertrechos, las mochilas, las insignias, pero sin las armas. Llegamos a la plaza Salvador del Mundo, y allí empezó una gran marcha. Iban compas de todas partes, de Occidente, de Chalatenango, de Guazapa. . .

Fueron momentos de gran felicidad. Las banderas agitándose, la gente gritando, los grupos musicales, los discursos, todo eso te llenaba de esperanza. Era como si todo por lo cual habíamos luchado empezara a hacerse realidad en las calles de San Salvador.

Cuando volvimos a Morazán, colgados de la parrilla, vimos columnas de soldados, y los soldados se reían, levantaban los fusiles y nos saludaban con alegría. Un par de meses antes todavía peleábamos contra ellos, y en ese momento sentíamos que éramos parte del mismo pueblo y recibíamos la paz con el mismo entusiasmo.

Fue tanta la emoción por el final de la guerra, tanta la esperanza, que cuando todo se empezó a torcer, la frustración fue mucho más profunda.

Poco después de esa celebración, nos volvieron a concentrar a todos los compas. Esta vez no íbamos como FMLN, ni como ERP, sino como END, Ejército Nacional para la Democracia. No sé a quién se le ocurrió cambiarnos el nombre. Hubo un acto que empezó con un discurso del comandante Jonás. Dijo que éramos un contingente protagonista de la nueva nación que surgía en condiciones de democracia y libertad de expresión, y que marcábamos el fin de la opresión en El Salvador y la esperanza de una vida digna para millones de conciudadanos, y otras cosas por el estilo. Luego, nos formamos en fila para que nos entregaran un diploma con un grado militar: sargento, teniente, subteniente, capitán,

mayor... no sé muy bien en qué orden van. Pasamos uno por uno frente a una gran mesa detrás de la cual estaban unos comandantes sentados. Jonás te entregaba tu diploma, y con un saludo militar te despedía para que pasara el siguiente. Se suponía que según el grado que te dieran, sería mayor o menor el beneficio que obtendrías con los Acuerdos de Paz, pero luego no fue así. A mí me explicaron que por antigüedad merecía el rango de mayor, pero como sólo tenía 20 años, no me daban más que el rango de teniente. Todo el acto de entrega de diplomas me pareció algo ridículo, aunque no se lo dije a nadie.

Por la tarde fui a Los Quebrachos adonde estaba mi familia. Saqué mi diploma de teniente del END y lo quemé en la hornilla de la casa.

— ¿Por qué quemás el diploma? —me dijo Carolina.

— Nada más porque sí, porque me da la gana.

— Pero eso te va a servir para comprobar en lo que anduviste.

Pero nosotros no habíamos peleado tantos años para ganar un grado militar. Siempre nos habían dicho que sólo en un ejército mercenario se ambicionaban esas cosas. Poco después, Carolina se reía pensando en eso.

— Cuánta razón tuviste en quemarlo — me dijo.

Las incertidumbres de cara a la nueva vida que nos esperaba eran cada vez más agudas. ¿Qué voy a hacer? ¿Adónde voy a ir? ¿En qué voy a trabajar? Cada compa estaba solo con sus propias interrogantes.

Llegó el día de la entrega de las armas, el día en que definitivamente rompimos filas. El acto fue como una concentración normal. Te ponías en la fila y pasabas por una mesa a entregar tu fusil. Una persona tomaba el dato del arma, apuntaba tu nombre y te daba una libretita de pasta celeste con el logo de Naciones Unidas. Dentro, decía que eras un combatiente desmovilizado del FMLN. También hubo discursos y nos explicaron que la entrega de las armas suponía el inicio de nuevas condiciones sociales en un país con democracia en el que se implementarían grandes reformas en el sistema judicial y en el sistema electoral para que fueran totalmente transparentes y que se garantizaba desde ese día y en adelante la libertad de expresión y la libertad de tránsito.

No sé cómo describirte lo que sentí en ese momento. Entregar tu fusil no es cualquier cosa. Acababas teniendo una relación personal con tu arma.

Te servía para atacar, pero también para defenderte. Ponías tu confianza en el fusil y procurabas tenerlo siempre bien alineado y chaineado. Al momento de entregarlo, sentí un vacío, como si fuera otro. Desaparecían para siempre las consignas después de una victoria, las caminatas, los desvelos, las bromas de los compas antes del combate. No sé cómo lo habrán sentido los demás, pero ya desde allí empezó para mí la nostalgia de la vida que quedaba atrás, y hasta de la guerra misma. Y todas esas imágenes, Saulito muerto, Felix queriendo sacar a Panchón y muerta en el intento, Amaya lanzando cargazos, Miguel Ángel bromeando con los compas, los compas jugando ajedrez, de todo eso tenías que desprenderte sin saber adónde ibas ni qué significaba realmente aquello de reinserción a la vida civil.

Empezaron entonces los cursos de capacitación para los compas. Primero, vinieron brigadas de estudiantes y profesores a darnos cursos de nivelación educativa para ingresar a la Policía Nacional Civil que se creaba con los Acuerdos de Paz. A la sombra de unos manzanales, los compas recibían clases sobre bancas improvisadas. No mucho estuve yo en esos programas. No estaba interesado en ser policía. Vinieron luego programas de capacitación en ganadería, agricultura y diferentes oficios. A mí me mandaron a un curso de ganadería por Las Guarumas, y cuando quisimos dominar a un toro, el toro casi me mata de un golpe. Sentí unos rayitos en mi espalda y a partir de allí mi dolor empeoró. La ganadería, de plano, tampoco era para mí. Para mientras, traté de ayudar a mi padre en unas milpas que sembró por La Joya, en un pedacito de tierra que le dieron.

Un día, nos reunieron para una entrega de enseres. A cada compa le dieron una pala, una piocha, un corvo y un chimbo de gas, cosas que supuestamente regalaba el Gobierno. También nos dieron cuatro sillas y una mesa a cada uno para formar un comedorcito. Luego vimos que con poquito que te apoyaras sobre los brazos de la silla, se te rompía en pedazos. Recibiendo los enseres, un compa dijo:

— ¡Putá, para que me dieran esto eché verga más de diez años!

Y yo me quedé pensando. Parecía una burla, como si dijeran: “A estos tontitos que vienen de la montaña los vamos a engañar con estas cosas.”

Entre los compas, la frustración fue creciendo. Vimos que aquello de la reinserción era otra estafa. Los programas no desembocaban en nada y todos los proyectos productivos, cría de gallinas, talleres de calzado y hojalatería, cooperativas agrícolas y programas de reforestación que nos habían prometido, o nunca se llevaron a cabo o desaparecieron al poco tiempo.

Los que más fácil lo tenían para reinsertarse eran los que habían estado pocos años en guerrilla. Pero para los que habíamos peleado diez, doce años, los que habíamos entrado de niños y salíamos con las manos vacías, sólo eran dificultades. Por ejemplo, a nosotros nos consideraban como campesinos, y eso no era verdad. No conocíamos los trabajos de la tierra, ni sabíamos cuándo se siembra la milpa, cuándo hay que tapizar. No teníamos ese dominio. Mi papá sí lo tenía, pero otros habían perdido a sus padres y a casi toda su familia.

Recuerdo que entre la incertidumbre, el no saber qué hacer con mi vida, esa sensación de estar perdido, los fines de semana iba a Gotera con mi sobrino Gerber. Allí, nos la pasábamos rascando billetes de lotería instantánea, con la esperanza de sacar algo para repartírnoslo “mita y mita”. Nunca le atinábamos a nada, pero esa era nuestra pequeña esperanza.

Casi todas las promesas de ayudas para la reinserción se quedaron en eso, en promesas. Pero lo peor no fue el abandono por parte del Gobierno. Peores fueron las injusticias que generaba la misma organización. Por ejemplo, a mi hermana Irma no quisieron aceptarla como excombatiente porque en los últimos años de guerra había estado en San Salvador cuidando una casa de seguridad. Eso la excluía de las ayudas. De igual forma, la base social de la guerrilla, la gente que nos había apoyado de punta a punta, resistiendo los asedios de las fuerzas armadas, fue completamente olvidada. No recibieron absolutamente nada. Una señora de Perquín me decía:

— Nosotros apoyamos la guerra contra los ricos y poderosos por tantos años para que al final, salieran nuevos ricos y nuevos poderosos de la misma guerrilla.

Vimos que los fondos que llegaban de la ayuda internacional se estaban manejando al antojo de unos cuantos. Se dieron muchos casos de corrupción y desvío de fondos. Nadie controlaba nada y, razón tenía la

señora, al cabo de unos meses, ya se hablaba de nuevos ricos en la zona liberada. Y aquello que se decía durante la guerra, que luchábamos contra las injusticias y la opresión, o aquella consigna que decía “o todos en la cama o todos en el suelo”, lo olvidaron los responsables de la organización.

La unidad que habíamos mantenido en la guerra entró en descomposición. Ciertos sectores de excombatientes fueron favorecidos con tierras, programas de vivienda, préstamos, mientras que la mayoría fueron marginados. Por ejemplo, a Carolina le dieron una casa construida por un proyecto de vivienda en Los Quebrachos. Pero ella pasó años pagando los 10,000 pesos que le pidieron. A otras personas, esas casas se las regalaron. Al final Irma y Carolina recibieron cada una, una parcelita gracias a la intervención de un mando, Mario Chocho.

Surgieron mafias jugando sucio y asesinando por el poder y el manejo de fondos. Se supo que las armas entregadas y destruidas eran en realidad las armas viejas y desgastadas. Las nuevas, algunas de las cuales no se habían usado nunca, fueron vendidas ilegalmente no se sabe bien a quién. También hubo un lote de misiles que los norteamericanos compraron. El dinero debía repartirse entre los mandos destacados de la fuerza, pero en realidad, se lo quedó un pequeño grupo cercano a la comandancia.

Cuando te ponías a pensar en el heroísmo, en el nivel de sacrificio que habían mostrado tantos y tantos combatientes durante la guerra, y lo comparabas con la corrupción y la codicia que afloraba entonces, te dabas cuenta que la guerra sacaba lo mejor de las personas, y la paz sacaba lo más miserable y vil.

Entre los compas, la base social, los retornados y el resto de la población del norte de Morazán, las tensiones y confusiones fueron constantes. Tanto así que las elecciones del año siguiente las ganó ARENA, el partido de la derecha que surgió de los escuadrones de la muerte. Hasta en Perquín, nuestra pequeña capital guerrillera, ARENA ganó.

El final de Radio Venceremos es otro ejemplo de esto. Cuando vino la paz, Santiago siguió locutando por un tiempo. Pero ya no era lo mismo, su voz no tenía la intensidad de antes. Luego hubo un forcejeo para ver quién se quedaba con la radio, y lograron apartarlo. Los comandantes decidieron que Radio Venceremos se convertiría en una radio comercial. Pasó a llamarse RV, luego RV Mix, y su programación dejó de ser política.

Un par de años después desapareció y le vendieron la frecuencia a una radio evangélica.

Los comandantes del ERP se olvidaron de los compas, de los que les habían cuidado las espaldas. Dejaron de venir a Morazán, de tan ocupados que estaban en sus pleitos de poder en San Salvador. Pronto empezaron a tomar decisiones políticas contrarias a todo por lo cual habíamos luchado, y se ganaron el odio de los excombatientes. Un día, Villalobos vino a Morazán y fue recibido con una lluvia de huevos y tomates. Y hasta hubo un compa que dijo:

— De haber tenido un fusil en las manos. . .

Poco después, Villalobos y otros comandantes como Ana Guadalupe Martínez se pasaron a la derecha. Pasaron así de abandonar a los compas, a traicionarlos simple y sencillamente.

Pero la descomposición no se vio sólo a nivel de comandantes. En esos meses surgieron bandas de asaltantes integradas por excombatientes. El abandono, la frustración, la imposibilidad de reincorporarse a la vida civil desembocó en situaciones que duele recordar, como el caso de un amigo. La policía lo abatió a tiros junto con otros delincuentes que habían secuestrado a un chavo de Jocoaitique. Luego, fueron a tirar su cuerpo frente a la casa de su mamá, como diciéndole: “Mire en qué andaba su hijo”. Y a él yo lo había conocido en la unidad del Chele César, y era un muchacho muy tranquilo y amable.

Siento que yo también hubiera podido caer en alguno de esos grupos de delincuentes. Al fin y al cabo, lo mejor que sabía hacer era manejar armas. Un día, a Los Quebrachos, vino a buscarme un familiar algo lejano. Me pidió que lo ayudara con una cosa, y me dijo que me pagaría. Me fui con él. Él era pollero y quería que le cubriera las espaldas durante una operación para llevar gente a los Estados Unidos. Me dio una pistola y lo seguí por varios días. Fuimos a unos locales en San Miguel, donde lo esperaban como diez migrantes, y luego a Santa Rosa de Lima, donde había otro grupo aún mayor, chavos jóvenes, de veinte o veinticinco años. Era un ambiente como semiclandestino, delincuencial. Él organizaba movimientos furtivos, coordinaba puntos de encuentro y escondía a los migrantes en locales, y yo lo seguía un una 38. En la zona operaban varios polleros y entre ellos se

hacían competencia, se robaban clientes y hasta se enfrentaban a tiros. Se sentía una vibra bien rara.

Cuando me pagó, sentí una cosa bien fea por dentro. Después de haber luchado tantos años por un ideal en el que creía con todas mis fuerzas, me encontraba cuidando a un pollero. La situación se me hizo tan ridícula que decidí irme del país. Ya no me sentía bien en Morazán. Estaba como desconcertado y a cada paso que daba por una vereda, se me venían a la mente recuerdos de la guerra.

No fui el único en tomar esa decisión. Apenas dos o tres meses después de la firma de la paz, los compas empezaron a emigrar a los Estados Unidos. En ese tiempo no era tan difícil llegar al norte. Los polleros no cobraban tanto y no era tan peligroso como ahora. Pero se sentía esa frustración de no encontrar otra salida que el exilio a los Estados Unidos. Era una ironía terrible: una de las consignas que gritábamos cuando rompíamos filas era: “Muerte al imperialismo, ¡Venceremos!”. Y ahora, los compas no hallaban otra cosa que irse para allá, al país que había financiado la guerra con un millón de dólares diarios en ayuda militar y había formado a los peores asesinos del Ejército. Lo único que te hacía sentir un poquito mejor era pensar que la sociedad norteamericana no era lo mismo que el Gobierno norteamericano.

Así se fueron cientos de compas. De mi familia, el primero en irse fue Gerber. Luego, le siguieron Alexis, Juancito y Gladys, mis otros sobrinos. Unos años después se fue Carolina, y allá sigue viviendo, en San Francisco. Dirige el equipo de limpieza de un almacén de joyas y perfumes. Yo también pude irme a los Estados Unidos con mi familiar coyote. Pero antes vino Genaro, un compa mexicano, con dos becas que mandaba el PRD para ir a estudiar creación de microempresas. Con él me fui para México.

Mi padre volvió a visitar sus tierras. Llegó a un terreno saqueado y todo enguatalado. La casa de paredes de adobe ya no existía y habían talado muchos árboles. Habían volado los cedros que mi papá tanto valoraba, y también el gran conacaste del que te hablé una vez. Sólo encontró el mirto que Layito sembró a un costado de la casa.

Antes de irnos a los campamentos de la guerrilla, mi papá había enterrado muchas cosas, pensando que pronto podríamos volver a la casa. Las buscó,

pero no pudo salvar mucho. Sólo la piedra de moler que usaba mi mamá pudimos recuperar. Una vecina, doña María, la había conservado. Irma fue y le suplicó que se la devolviera, porque no había recuerdo más fuerte de su madre.

La gente de Osicala se burlaba de mi padre. Decían que por tonto se había ido a la guerra y lo había perdido todo. Algunos de ellos habían sabido lucrarse con la guerra. Una vecina dijo:

— Lástima que se salvó ese viejo cara colorada. ¿Por qué no lo mataron en la guerra?

Los odios entre la misma gente del cantón estaban bien frescos. Pero mi padre nunca perdió la serenidad ni buscó venganza de nada. Partiendo de cero, sin la fuerza de trabajo de sus hijos, volvió para quedarse en su terreno cuando yo ya me había ido a México. Levantó primero una rancho, y unos años más tarde, un amigo de los que llegaban al trapiche a comprar miel, le ayudó a construir una casa de bloques en la misma ubicación que la casa de antes. Cuando el Gobierno le dio una ayuda, siete mil pesos, por sus hijos caídos en combate, levantó la cocina. Puso de nuevo el empedrado alrededor de la casa y empezó a cultivar las tierras, a sembrar milpa y una huerta. Es allí donde han crecido los niños que tuvo con Native: Romeo, Valerio, Enedina y Verónica.

Antes de irme para México, lo acompañé al terreno. Allí vi que habían volado el conacaste que tantos recuerdos de infancia me traía. Del río cerca de la casa ya no se oían los ruidos de la gente pasando para ir a El Tablón, ni el latir de los chuchos persiguiendo algún animal. Llegamos adonde estaba antes la casa y mi papá sólo dijo:

— Esos bárbaros, aquí mataron a aquellas.

Cerca de donde Chepito hacía su tomatara, donde hay ahora un naranjo agrio, le dije:

— Mire papá, me voy a México un año a una capacitación. Pero si no me gusta, me regreso antes.

Mi papá volteó a ver hacia el Picacho, una altura desde la que los postas lanzaban bombas de contacto para avisar de los avances de cuilios, y con los ojos llorosos me dijo:

— Púchica, cuánto perdimos. . .



Emprendí el camino llevando una mochilita con un par de camisas y algo de comida, como cuando abandonamos la casa para irnos a los primeros campamentos guerrilleros. Antes de irme, mi padre, mis hermanas y algunos amigos me reunieron como setecientos dólares para el viaje. Me pasé el camino pensando en qué sería de mi vida en la ciudad más grande del mundo, cuando lo único que conocía de la capital de mi país era el camino entre la terminal de buses y el hospital Rosales, donde me curaron el oído.

La policía mexicana se subió al bus varias veces buscando indocumentados. Bajaron a varios. Cuando se nos acercaban los policías, Orlando y yo nos hacíamos los dormidos y dejábamos que Genaro contestara a las preguntas. Él tenía un documento que lo identificaba como asesor de un diputado y eso nos ayudó bastante.

Ya en la Ciudad de México, fuimos primero a Plateros, la colonia donde vivía la mamá de Genaro. Ella nos recibió bien, y nos preparó un mole de olla muy rico. Genaro le había hablado bastante de mí. Ella había visitado Perquín justo después del cese al fuego y tuvo la mala suerte de encontrarse allí la noche en que formamos una balacera de locos contra un helicóptero que sobrevoló el área. La pobre señora se asustó tanto que se escondió debajo de una cama, y esa anécdota la recordaba riéndose con nosotros.

En cuanto llegamos a México, desapareció lo de la capacitación para crear microempresas. No recuerdo por qué, pero ya no se habló más de esa posibilidad. Orlando se desesperó y se volvió para El Salvador.

Genaro me ayudó a buscar trabajo. Me llevó primero a Chiconcuac, donde vivía un amigo de él, Mónico, que tenía una fábrica de tornillos y un cultivo de fresas. Nos recibió muy amablemente, y me ofreció trabajo en su fábrica. Volviendo al DF, Genaro dijo que fuéramos adonde trabajaban Maravilla y Epigmenio, el reportero que me había entrevistado durante la ofensiva del noventa. Maravilla me vio llegar y dijo:

— Puta, cabroncito, ¡saliste vivo!

— Sí, salí vivo.

— ¿Y en qué andás?

— Mirá, yo no ando en nada. Lo único que sé es que estoy buscando alguna forma de vivir.

— Púchica —me dice—, con Epigmenio acabamos de montar una oficina pequeña donde hacemos edición de video. Si querés, te incorporarás con nosotros, aunque de inicio no te podemos dar un salario.

Y así empecé a trabajar de mensajero.

Uno de mis primeros días en la oficina, me encontré a Maravilla en el estacionamiento del edificio. Él me pone frente a una de las líneas amarillas pintadas sobre el suelo, y me dice:

— Cuando crucés esta línea, tu vida va a cambiar. Vas a ser niño, vas a volar, vas a estudiar. Todo lo que no hiciste de niño, lo vas a hacer de viejo. De esta línea para allá, te vamos a apoyar, pero tenés que poner mucho de tu parte para aprovechar este apoyo.

Doy un paso y cruzo la línea amarilla.

— Tu experiencia de allá, nadie te la quita. Pero este es otro mundo, y aquí tenés que aprender otras cosas. Tenés que ir a la escuela primaria. Allí, te van a enseñar muchas cosas que son engorrosas, como matemáticas, o que hay peces de agua salada y peces de agua dulce, pero necesitás tener paciencia y sacar tus estudios adelante.

Seguí los consejos de Maravilla y empecé a estudiar en una primaria nocturna que estaba por el metro Juárez. Allí, unos chavos menores, de trece o catorce años, se burlaban de mí porque era adulto y estaba en

primaria. Pero nunca les puse atención recordando lo que me decía mi papá:

– Cuando estén hablando de usted, déjelos que hablen. Mientras no le toquen la cara no hay por qué alborotarse.

Saqué mi primaria nocturna, y unos años más tarde, mi secundaria nocturna. A saber dónde dejé yo mis diplomas. Pero lo más importante es que eso me ayudó bastante a sacudirme las secuelas de la guerra.

En el trabajo no me iba mal. No tenía sueldo, pero me daban incentivos. Para completar, en mis ratos libres lavaba los carros de los demás empleados de la oficina por ocho o diez pesos. Fui conociendo mejor la ciudad. Llevaba recados, invitaciones, folders con documentos. Iba a los bancos a depositar cheques y a retirar dinero. Me aprendí las líneas del metro y las rutas de los buses. Julio, el chofer de la empresa, me enseñó a usar la Guía Roji que lleva los planos de toda la ciudad. Me pegué de todas formas unas grandes perdidas por la ciudad. Una vez, anduve perdido como tres horas en la estación Pantitlán buscando la línea que va a Chapultepec. Me desesperé tanto que hasta sentí ganas de llorar. Al final, se me ocurrió decirle a una persona que me pareció humilde que le pagaría si me llevaba hasta la línea que buscaba. El señor tomó el dinero y me mostró el andén, que estaba a veinte metros nomás. Fueron cositas que me pasaron, y luego vi que no hacía falta pagar porque en México, la gente siempre te ayuda.

La empresa creció y me pudieron pagar un sueldo. Ya no necesité lavar carros. Recuerdo que con mi primer sueldo, que fueron como mil pesos, me alegré tanto que lo primero que hice fue comprar una cartera. Nunca en mi vida había tenido cartera. Metí todo mi dinero y mis documentos y el mismo día la perdí en una tienda. Sin los documentos, me hubieran podido deportar. Por suerte, un amigo policía me ayudó con los trámites diciendo que yo era su primo.

Los demás empleados de la empresa me daban siempre consejos. Ellos me enseñaron lo del albur. Y es que los mexicanos tienen eso que, en la menor frase, ya te están albureando. Vos no te das ni cuenta, pero se están burlando de vos. Julio, el chofer, me decía:

– ¡Póngase buzo, mi chavo! Esa humildad que traés aquí no te va a servir mucho. Si te ven humilde, se van a aprovechar para chingarte y pasar por encima de vos. Buzo que aquí te van a alburear, y vos tenés que

contestar a todos los albures que te digan. Por eso, cuando escuchés la palabra “chorizo”, tenés que decir “siéntate a gusto, ¿no?”, y si escuchás la palabra “leche”, tenés que decir, “pos sácame de apuros güey”.

El otro asociado de Epigmenio y Maravilla era Carlos Payán, un señor muy tranquilo y sereno. Me dijeron que él era uno de los fundadores del diario La Jornada. La primera vez que me habló me dijo:

— Ah, Chiyo, ¿qué te parece México?

— Hasta ahora, las cosas que he visto me parecen bien.

— ¿Y cómo te han tratado?

— Aquí me tratan bien

— Bueno. Algo me han contado de su vida. Adelante con las cosas que tenga que hacer, y cuente con el apoyo nuestro.

Frasecitas así me ayudaron mucho para tener paciencia y superar la confusión que me había generado el final de la guerra. Estaba en un círculo de gente intelectual, gente de dinero, pero que me trataba bien y se comportaba como gente sencilla.

Me acostumbré a la comida mexicana, tacos de suadero, tacos al pastor, tacos de cabeza, guaraches, sopes, quesadillas. Aprendí lo que era una torta cubana, una torta suiza, una torta gringa. Muchas comidas eran parecidas a las de El Salvador, sólo que con otros nombres. Maravilla y Epigmenio me llevaron algunas a veces a restaurantes de lujo, y allí el problema que tuve es que no sabía usar el tenedor y el cuchillo. Una vez, hasta tiré un pedazo de carne a los pies de un señor, que sólo se volteó y me sonrió. Epigmenio intentaba enseñarme:

— Picás el tenedor sobre el pedazo que te vas a comer, y con el cuchillo cortás recto. Luego, te llevas a la boca tu pedazo de carne.

Cuando podía, practicaba, pero al principio les decía que se quedaran ellos en el restaurante mientras yo iba a comerme unos tacos a la calle.

Por las tardes, me iba al bosque de Chapultepec. Conocí el castillo donde se firmaron los Acuerdo de Paz. Cerca del Museo del Papalote había canchitas de fútbol en las que jugaban unos chavos. Yo me sentaba sobre un muro y los veía jugar. Un día, uno de los chavos me dice:

- Entrá a jugar por mí.
- Es que yo no sé jugar.
- ¡No te creo!
- No, no sé jugar.

Le dije así porque yo era muy malo con el balón en los pies, aunque me gustara mucho jugar al fútbol. Nos hicimos grandes cheros. Lo llamaban el España porque jugaba como Miguel España. Él me enseñó a dominar el balón, a tocarlo y a patearlo para que saliera con efecto. Gracias a él me animé a jugar con los demás.

Siempre que podía iba a conciertos. Fui a ver a Maná, a Arjona, a Sabina, a Marco Antonio Solís y a otros artistas que había escuchado en los campamentos sin imaginar que un día los vería en vivo. El concierto que más impresionó fue de Michael Jackson en el Estadio Azteca, con más de cien mil personas prendiendo encendedores.

Todas esas cosas lograron sacarme poco a poco el trauma de la guerra. Recuerdo que en los primeros meses en México, de madrugada, cuando helicópteros sobrevolaban la ciudad, yo me despertaba de un brinco pensando que era un ataque de rocketeros. La señora de la casa donde vivía me veía levantarme todo agitado, y me decía:

- ¿Qué le pasa?
- Nada —le decía, intentando esconder mis nervios.

Todas las noches soñaba con la guerra. Una vez, soñé que el fusil no me funcionaba y me capturaban en combate. Me rodeaban los soldados y luego se me acercaba un periodista vestido de militar que me decía:

- ¿Conoce usted sus derechos? —y me tendía un micrófono.

Otra vez soñé con mi hermano Pajarillo sentado sobre una piedra en la calle que va de San Fernando a Perquín.

- ¡Putá —le dije— me habían dicho que te habían matado!
- No hombre, esos cabrones estaban bromeando.

Los sueños fueron desapareciendo a medida que me asentaba mejor en México. Ahora son pocas las veces que sueño con la guerra.

La empresa de Epigmenio y Maravilla pasó a llamarse Argos y se convirtió en una de las productoras más fuertes de México. Después de

los programas culturales se pusieron a hacer telenovelas y a competir con las de Televisa. Las oficinas estaban llenas de técnicos, actores, ingenieros, guionistas y productores. Yo aprovechaba ese ir y venir de técnicos para aprender algo de cine. Ricardo Déneke, un camarógrafo, me enseñó cómo se hacían los encuadres, toma abierta, primer plano, segundo plano, y me fue iniciando a ese vocabulario de two shot, three shot, travelling, zoom in, zoom back, telefoteado. Hasta un folleto me dio para que aprendiera esos nombres. Yo observaba a los camarógrafos cambiar los lentes y los filtros de las cámaras para limpiarlos con muchísima delicadeza. Veía cómo se instalaban reflectores, grúas, trípodes, rieles para dollys.

Cuando vieron cuánta curiosidad tenía, me dieron la oportunidad de colaborar con estas tareas, para no sólo hacer de mensajero. Participé en algunos programas culturales, como uno que se llamaba Visitaciones en el que se entrevistaba a grandes artistas o intelectuales como Carlos Monsiváis. Una vez, seguimos con las cámaras a Eduardo Galeano por el Zócalo y las ruinas de Tenochtitlán.

En otra ocasión sobrevolamos las ruinas de Bonampak y Palenque en helicóptero para hacer tomas aéreas para un canal cultural. Durante el vuelo, Epigmenio me dijo:

— ¿Te imaginás lo que sentían los militares arriba de ustedes?

— Ahora sí.

Argos tenía también un programa llamado “Se vale soñar”, que consistía en reunir en un plató de televisión a familiares que se habían perdido y no se veían desde hacía diez o veinte años. Epigmenio me preguntó una vez:

— Si te traigo a tu padre, ¿vos llorás frente a las cámaras?

— No creo —le dije—. Me puedo emocionar, pero no llorar porque a mi papá lo vi después de la guerra.

— Ah. Entonces no te lo traigo.

También me tocó asistir a uno de los editores de Argos, José Ángel Llamas. Editamos varios comerciales y nos hicimos muy amigos. Él siempre me llamaba “Campeón”.

— ¡Hey, campeón! ¿Ya comió?

— Todavía no

— Vamos a comer.

Y nos íbamos a comer tacos al Nopalito. Me contaba que sabía karate y que

tocaba la batería. A veces me decía:

- ¡Hey, campeón! ¿Cómo anda de dinero?
- Pues ando cincuenta pesos
- Pues tome cincuenta más.

Y otras veces:

- ¿Y hoy cómo anda de dinero?
- Pues hoy sí ando algo jodido.
- Tome cien.
- ¿Pero, se los debo?
- No, no, usted no me debe nada.

Una vez que fui a cobrar un cheque de la empresa, me asaltaron y me robaron diez mil pesos. Alguien de la sección financiera insinuó que había sido un autoasalto. Nunca hubo desconfianza con Epigmenio o Maravilla, pero les dije que ya no quería trabajar de mensajero porque no me había gustado que sospecharan de mí. Entonces me pusieron de asistente de cámaras en la primera telenovela que produjo Argos.

Se llamó *Demasiado Corazón*, y su protagonista era ni más ni menos que mi amigo editor. A partir de allí, José Ángel Llamas se convirtió en un actor de telenovelas muy famoso. *Demasiado Corazón* fue un éxito porque tenía algo muy novedoso: además del tema del amor, hablaba del narcotráfico, de la corrupción en la policía y cosas así. Yo salí de extra en algunas escenas, y me integré al equipo de stunts para asaltar la casa de un narco.

Las jornadas eran bien pesadas. Se llegaba temprano, y se salía de madrugada. Pero yo en la guerra había aprendido a desvelarme. Lo bueno allí es que la comida nunca faltaba. La producción garantizaba que encontraras frutas, yogurt, quesadillas, tacos y café a cualquier hora. Y además, te pagaban las horas extras.

Luego se hicieron más telenovelas: *El amor de mi vida*, *Mirada de mujer*, *La vida en el espejo* y una que debía llamarse *Tentaciones*, pero que TV Azteca censuró porque hablaba de un sacerdote que se enamoraba de una mujer. Conocí a un montón de actores como Bruno Bichir, Fernando Luján, Angélica Aragón, Ana de la Reguera, Bárbara Mori, Jiménez Cacho. Siempre bromeo diciendo que para mí, que venía de Morazán, aquello fue

pasar de la realidad a la ficción.

Llegó un momento en que mi dolor de espalda fue demasiado fuerte. Lloraba del dolor, y sólo se me medio quitaba con unas pastillas que eran bien caras. En el trabajo me veían llegar pálido por no haber dormido y me dijeron que fuera a revisarme. Me hice varios exámenes. Tenía una callosidad discal, con dos discos dañados y otro del que sólo quedaban residuos y me tuvieron que retirar. Los médicos me metieron miedo diciendo que talvez no volvería a correr o a caminar bien. Pero un tercer cirujano que se llamaba Ricardo Takahashi me dijo que no habría problema. Él fue el que me operó, y la operación fue un éxito. Luego me dio un instructivo de ejercicios para evitar una recaída.

Un día me encontré con Albertón, el médico mexicano que había sido mando de zona en la guerra, el hombre con quien aprendí a desvelarme. Después de la guerra había montado su clínica en Sinaloa. Lo consulté sobre mi sinusitis. Era una sinusitis aguda, con una mucosidad que parecía engrudo y me subía hasta los oídos. Él me dijo:

— ¿Cuánto dinero tenés ahorrado?

— Como ocho mil pesos.

— Dame seis mil quinientos para pagarle la operación al cirujano. Por la clínica no vas a pagar nada porque es mi clínica.

Y con él me fui a Sinaloa. Me recibió muy amablemente junto con su familia, y hasta me ofreció quedarme a trabajar en la clínica. Dijo que me enseñaría a hacer radiografías. Se lo agradecí, pero le dije que me sentía bien en Argos. En su clínica me operaron, y estuve con serpentinillas en la nariz como una semana.

Pude respirar de nuevo. Sentí un alivio, casi como si hubiera vuelto a nacer. Con esa operación, resolví el último problema físico que acarreaba desde la guerra.

En Argos me reencontré con otros personajes de la guerra como Eduardo Médico y Marianita Chicas, una mujer que andaba en programas de formación política de los combatientes y que también trabajó en Radio Venceremos. Fueron encuentros muy entrañables.

Y un día, entrando a las oficinas, vi sentado sobre un sillón de cuero

negro a Joaquín Villalobos.

— ¿Cómo estás? —me dijo.

— Bien.

— ¿Y tu familia?

— Mi familia, bien.

— ¿Y en qué trabajás aquí?

— En lo que pueda.

Hasta allí llegó la plática. Luego, Víctor, un chavo del trabajo, me dijo:

— ¿Sabés en qué anda tu comandante?

— ¿Mi comandante? ¡Yo no tengo comandante!

— Bueno, el que fue comandante. Villalobos.

— No, no sé.

— Anda sobrevolando Chiapas.

Supe entonces que Villalobos estaba asesorando al Gobierno mexicano en la lucha contra la guerrilla Zapatista.

Epigmenio y Maravilla me veían de vez en cuando pasar el rato con una guitarra vieja, charranganeando con los tres acordes que conocía, sol, re, do. Un día en que cumplí años, Epigmenio me llevó a su carro y me dijo:

— Abrí la cajuela. Te tenemos una sorpresa.

Abrí, y había un estuche con una guitarra nueva dentro.

— Allí tenés para que aprendás a tocar.

— ¿O sea que la guitarra es mía?

— Sí, es tuya.

Inmediatamente busqué un lugar donde me enseñaran, y me incorporé al curso de guitarra popular que daba el maestro Topete. Allí aprendí a acompañar rancheras, cumbias, baladas. La música se convirtió en la mitad de mi vida. Vino a rellenar toda esa parte que perdí en la guerra. Ahora toco un poco de todo. No sé cantar muy bien pero disfruto con las canciones de Arjona, de Sabina, de Silvio o de los Torogoces de Morazán. Me sirve para sentirme mejor, para recordar cosas.

Y así corrieron los años. Mejoré en fútbol, mejoré en guitarra, terminé mi secundaria. Aprendí a moverme con libertad por el DF y a manejar el idioma mexicano. Fueron siete años hasta que sentí que mi ciclo en México terminaba y que tenía que volver a El Salvador junto a mi padre.

Había superado el trauma de la guerra y de la pérdida de mis hermanos, y me había librado de las secuelas físicas.

La despedida fue dura para mí. Lloré. Les dije adiós a todos los que se habían hecho amigos míos, Gisela, Gabriela Matus, David, jefe del staff de iluminación, el Goofy, el Gallo, Rotoplast... Hicieron una colecta en la oficina y me reunieron dos mil quinientos pesos. Epigmenio me dijo que si regresaba a México, me enviaría a una capacitación para ser camarógrafo.

* * *

Volví a Morazán con algo de dinero, mi cuerpo sano, la mente fresca, pero sin planes. Me di cuenta que en El Salvador, muchos compas se habían quedado con la mente atrapada en los años de guerra, como prisioneros de ese tiempo. Otros no habían superado la frustración de la postguerra. Yo había tenido la suerte de vivir buenas experiencias. Tenía otra perspectiva y entendía mejor lo que había vivido en la guerra.

Por un tiempo, me incorporé al trabajo de la milpa con mi padre. No podía trabajar por mucho tiempo porque sentía que la espalda me reaccionaba después de unas horas agachado, chapodando o tameguando, pero lo hacía con ganas. Mi papá se admiraba que después de todo lo que había hecho en México, yo quisiera trabajar en el campo. Lo importante para mí era estar cerca de él, de Irma y poder conversar con los compas que en cualquier momento me encontraba.

Un día, fui a visitar a Santiago a San Salvador. Al salir de Radio Venceremos, él fundó el Museo de la Palabra y la Imagen, un lugar donde se conservan montones de materiales, fotografías y videos de la guerra, y donde se montan exposiciones para rescatar la memoria histórica de El Salvador. Resulta que necesitaban a alguien que los apoyara, y allí me quedé, como empleado del museo. Montando y desmontando exposiciones, he recorrido todo El Salvador y he tenido la oportunidad de dar charlas a niños y jóvenes y explicarles a mi manera lo que fue la guerra.

En el museo conocí a una chava alemana, Raquel, y fuimos novios por un tiempo antes de que ella volviera a su país. Un día, me pidió que fuéramos a Morazán. Quería ver de cerca lo que había sido la guerra. Subimos hasta

la cima del cerro Cacahuatique, que culmina a 1600 metros sobre el nivel del mar, pasando por los cafetales y las calles de tierra colorada. Cerca de la antena, sobre el suelo estaban regadas cantidad de vainillas de fusil G3 y M16. Hasta un pedazo de hélice había. Recogí algunas vainillas, con la intención de hacer una pequeña vitrina con ese tipo de recuerdos.

Soplaba un viento frío. Cerca de la antena, nos pusimos a ver el panorama que abarcaba todo Morazán y una buena parte de El Salvador. Le empecé a señalar lugares:

— Aquello es Ciudad Barrios, el pueblo de Monseñor Romero, adonde mi mamá iba en procesión todos los años. Siempre nos traía regalitos. Aquel cerro que parece lomo de caballo es el Cerro Pando. De allí Radio Venceremos empezó a transmitir. Aquello es Los Chorros, donde murió Isra, el compañero de Irma, de un mortero. Al pie de ese cerro, el cerro El Moscarón, cayó Hubert. Aquella ciudad es Gotera, donde quedaron Pepito y Paco, el compa que me adoptó cuando no quise irme a Honduras. Allá atrás está el cerro Conchagua, donde una bomba de quinientas libras desapareció a un primo mío cuando traía armas desde La Unión. En San Simón, mi hermano Romeo dejó base social. En los cerros de Chinameca, a la derecha del volcán de San Miguel, murió mi hermano Juan. Allá, cerca de Torola, dormimos tan cerca de los cuilios que si nos detectan nos matan a todos. En Joateca murió Domingo Monterrosa cuando le volaron su helicóptero.

Le hablé de Arambala, de Perquín, de El Mozote, del cerro El Tigre, y hasta del mismo lugar en el que estábamos parados, donde habían desaparecido al pelotón de Bravo de un bombazo y matado a Rubidia, una muchacha de ojos bonitos que conocí en Agua Blanca. Cada cerro, cada pueblo, cada vaguada, cada vereda me recordaba una anécdota o un compa caído. Hablé y hablé, y le hubiera podido narrar la guerra entera apuntando los detalles del paisaje.

Raquel se impresionó tanto que luego me dijo:

— Deberías escribir un libro con todo esto.

Me sorprendí y le dije:

— No creo. Yo sé que para escribir un libro hay que ser académico y haber estudiado no menos de quince años.

— No, no tiene por qué ser así.

Me quedé pensando y le dije:

— Y pues, ¿cómo se hace un libro?

— Así... diciendo las cosas como me las has dicho a mí.





Aparte de las muy poco ordinarias circunstancias del protagonista —un niño guerrillero y superviviente con memoria casi fotográfica y un claro talento de narrador— lo que convierte este relato en algo extraordinario y aun ejemplar es la conjunción de dos hechos tan felices como improbables: la manera en que Chiyo, después de un inicio pesadillesco, muestra haber resuelto su vida en una nota armoniosa y desprovista de resentimiento, y su encuentro con un escritor que de inmediato intuyó el libro que, entre los dos, debían escribir: desde la niñez destrozada, pasando por los episodios bélicos, los interludios más o menos absurdos, los encuentros y desencuentros, hasta la poética visión del final.

Rodrigo Rey Rosa



"Era imposible quedarse más tiempo en la casa. Ya se hablaba entonces de campamentos de la guerrilla en El Limón. Mi papá empezó a enterrar cosas, los azadones, el arado, las barras, la piedra de moler, el molino. Dentro de unos botes, enterró algo de dinero pensando que talvez podríamos regresar pronto.

El día en que nos fuimos, enfurecido por todo lo que había pasado, mi papá macheteó los horcones de la casa y dijo:

— A estas mujeres las mataron como a un perro. A nosotros no nos van a matar como a un perro; a nosotros nos van a matar peleando.

Y era la voz final. Abandonábamos la casa. Cada quien agarró su mochilita y salimos hacia los campamentos. Los chuchos nos seguían. Como sos su dueño, o sos un gran amigo de ellos, los chuchos te siguen".